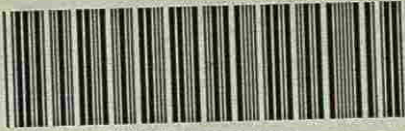


CCIO

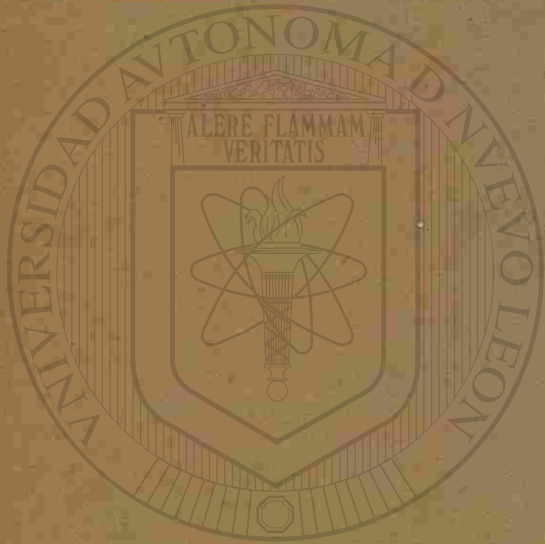
J. OHNET

EL GRAN  
MARGAL

RAI D  
PQ2378  
.03  
G78



1020026726

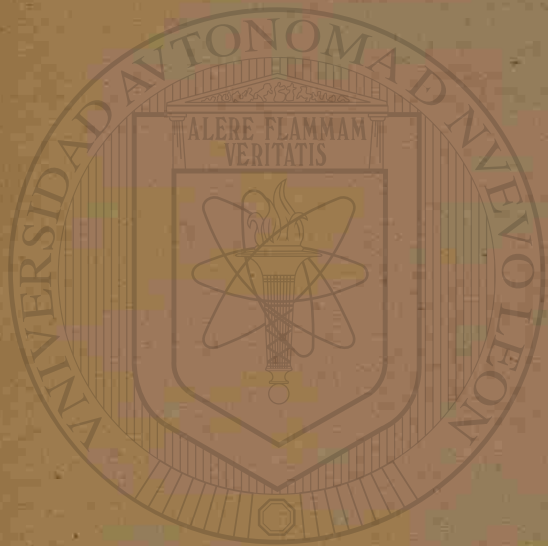


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EL GRAN MARGAL

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N  
Núm. Autor Oh. 3829  
Núm. Adq. 30626  
Procedencia -8-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Catalogó cy

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



OBRAS DE JORGE OHNET

**Lise Fleuron.**—Version castellana de José de Olave: un tomo en 8.º mayor de 528 páginas, 2,50.

**El Gran Margal.**—Version castellana de J. de la Cerda (tercera edición): un tomo en 8.º mayor 3.

**Las señoras de Croix-Mort.**—Version castellana de Carlos de Ochoa y Madrazo: un tomo en 8.º mayor de 300 páginas, 3.

**Negro y rosa.**—Version castellana de Carlos de Ochoa: un tomo en 8.º mayor de 328 páginas, 3 y 3,50.

BIBLIOTECA DE EL COSMOS EDITORIAL

# EL GRAN MARGAL

POR

JORGE OHNET

TRADUCCION DE

J. DE LA CERDA

TERCERA EDICION CORREGIDA



MADRID

EL COSMOS EDITORIAL

Arco de Santa María, 4, bajo

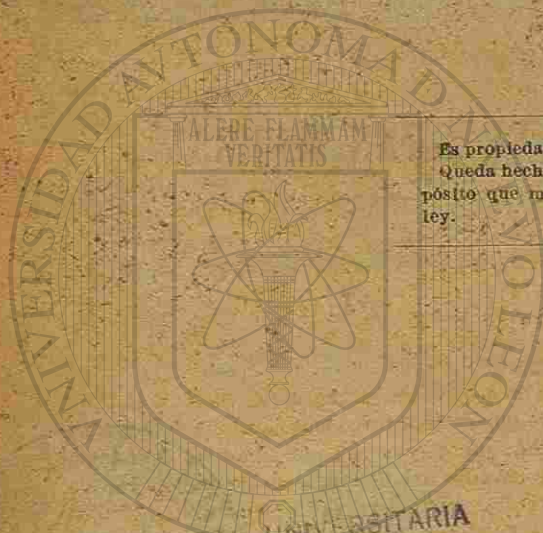
1890

85949

30626

873  
Q.

pa 2378  
03  
078



Es propiedad.  
Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

MADRID: 1890.—PINTO, IMP., BOLA, 8.



## EL GRAN MARGAL

I



ERA una hermosa mañana del estío; á lo largo de uno de esos tortuosos caminos de Normandía, que serpentean por entre las colinas cubiertas de grandes árboles en derredor de las granjas, á las cuales sirven de barrera impenetrable al viento y al sol, una amazona, sobre una yegua de apariencia algo más que mediana, con las riendas abandonadas sobre el cuello de su cabalgadura, avanzaba al paso de ésta, pensativa, y respirando con delicia el aire tibio, embalsamado por el aroma de las flores del trébol que crecía en derredor suyo. Con su chambergo de fieltro rodeado por un velo de gasa blanca, y su traje de larga falda, color gris oscuro, parecía una de aquellas señoras aventureras que en tiempo de Stofflet y Cathelineau acompañaron valerosas al ejército realista en las jornadas del Bocage, y con sus sonrisas embellecieron a sombría epopeya vandeana.

Elegante y esbelta, seguía con gracioso abandono



hace de estos contornos un laberinto inextricable y no sé dónde estoy.

—¿Adónde desea Vd. ir?

—A Neuville.

—Pues cae á sus espaldas de Vd. precisamente; si quiere seguirme, le podré en camino, y, sin pérdida, llegará adonde se propone.

—Mil gracias, señora: acepto..., pero en el supuesto de que no se desvía en su paseo por enseñarme la dirección que he de tomar.

La amazona sacudió la cabeza y dijo:

—No me desviaré ni un solo paso.

El extranjero saludó en señal de asentimiento, y separado de la jóven por el perro, que firme en su antipatía, trotaba al nivel de la yegua gruñendo sordamente, siguió por la fresca y verde alameda sin hablar, pero admirando la radiante belleza de su encantadora guía. De vez en cuando las ramas de las hayas cerraban el paso á la altura de la cabeza de la amazona, y ésta se veía obligada á evitar que la tropezasen, inclinándose hácia adelante; entonces, por debajo del ala de su sombrero aparecía un cuello blanquísimo y la nuca cubierta de ricitos, cuyos puros perfiles se destacaban sobre el fondo verde de la enramada. Luego se enderezaba con sencilla elegancia, y seguía jugueteando con el látigo, como si no creyese que era objeto de admiración por parte de su acompañante, ó no queriendo darse por enténdida de ello. Su fisonomía revelaba una gravedad melancólica, como si viviera bajo el influjo de un constante motivo de tristeza: esto pensaba el extranjero contemplándola, y por eso se decía: ¿Qué pesadumbre puede agobiar á tan jóven y bella criatura, que nació sin duda para ser mimada y servida por todo el mundo? ¿Acaso el des-

tino injusto causa pesares á quien Dios creó para la dicha? Parece rica: sus penas, por lo tanto, deben ser morales y no físicas. Y de inducción en inducción, llegó á formular otra nueva pregunta: ¿era soltera ó casada? su cintura, la amplitud de sus hombros y de sus caderas, cuyo desarrollo se acentuaba más por el contraste de la delgadez del talle, hacían suponer lo segundo; pero la suavidad de su cutis aterciopelado, la frescura de sus ojos, delataban á la doncella. En los rosados lóbulos de sus orejas pequeñas y bellas, no tenía agujeros para pendientes, y ni en el cuello ni en las muñecas llevaba alhaja alguna.

Hacia más de un cuarto de hora que los dos jóvenes andaban el uno junto al otro sin cruzar palabra, cuando desembocaron en un erial cubierto de brezos en flor, sobre los cuales revoloteaban multitud de mariposas amarillas; junto á una planicie donde crecía una hierba pobre, abrasada por el sol, pacía un rebaño de carnero; bajo la custodia de un perro negro, que apenas vió á Fox, le salió al encuentro saltando de alegría. Eran sin duda amigos, porque comenzaron á jugar, persiguiéndose en desenfadada carrera: el lebel corriendo en círculo, ligero como una flecha, y esquivando el ataque de su camarada por medio de una desviación rapidísima, y el otro cortándole el paso para lograr alcanzarle. La amazona silbó: el lebel se paró de repente, miró á su ama, y en compañía del otro perro fué á buscarla obediente.

—¿Dónde estará Roussot?—murmuró la jóven:—ha dejado el rebaño solo.

Apenas pronunció tales palabras, llegaron á sus oídos estridentes carcajadas, que partían de un bosquecillo de abedules. Y junto á una charca, de rodillas dentro de un cajón de madera lleno de paja, en



medio de montones de ropa blanca que se ocupaba en lavar, distinguió á una muchacha con los brazos desnudos y cubiertos de irisada espuma.

Un zagalon de cabellera roja, vestido de lienzo gris y con un gran sombrero de paja sobre la cabeza, era la causa de aquellas risas. Tenia cogida á la doncella por el cuello, y la echaba hácia atrás con un brazo, mientras con la otra mano, armada con unos tallos de hierba seca, le hacia cosquillas en la cara. La muchacha se defendía, riendo y enfadada al propio tiempo, y entre sus carcajadas nerviosas, se la oía gritar:

—¡Quieres dejarme en paz, demonio!... ¡Espérate!... ¡Verás cómo te acaricio yo con la paleta!...

Pero el pastor no soltaba su presa; todo lo contrario: apretaba más estrechamente á la jóven entre sus brazos, extraordinariamente velludos y musculosos; en su mirada estúpida brillaba un fuego extraño; sus lábios se contraían con ferocidad, descubriendo los dientes cruzados como los del lobo, y de su boca salía un gruñido salvaje.

Por fin, dió en tierra con la lavandera, que cayó de espaldas entre unos juncos, y la empujó hácia el agua con tal violencia, que ella dejó de reir, porque empezó á tener miedo. Mas no lograron sus gritos que Ruossot abandonase su intento; reía como un idiota, y posaba sus lábios sobre los hombros de la muchacha con tal brutalidad, que más parecía que trataba de morderla que de acariciarla.

La jóven y el desconocido experimentaron al mismo tiempo igual inquietud, viendo aquella escena semi-carriñosa, semi brutal.

—Hé ahí un juego de muy mal gusto,—exclamó el jóven.

Y levantando la voz, gritó:

—¿Acabarás, mal bicho, ó será menester que yo te caliente las orejas?...

A estas palabras, la lavandera se enderezó un poco; pero el pastor no pareció hacer caso; el extranjero montó en cólera, y se disponia á poner en práctica la amenaza, cuando la amazona, afirmándose en la silla, le dijo:

—Ese muchacho es sordo-mudo, ó poco menos; ¡es un idiota, á quien empleamos por caridad!... Déjeme Vd. á mí...

Y castigó á la yegua, la hizo saltar la zanja que separaba el camino del erial, llegó en pocos momentos al lado del estanque, y tocando al sordo-mudo con la punta del látigo, le hizo una imperiosa seña, mandándole alejarse. Ruossot lanzó un grito gutural, soltó una carcajada estúpida, echó á correr á través de los brezos y los juncos alcanzó sus carneros, llamó al perro, recogió del suelo un látigo, y restallándolo con todas sus fuerzas, parecía muy gozoso al oír cómo el eco de la colina repercutia los chasquidos.

La lavandera se levantó, roja de resultas de la lucha, ó de vergüenza por haber sido sorprendida; estaba encantadora y provocante en su desaliño, como una hermosa fruta silvestre; recompuso su traje, y sonriente, dijo, mirando á la amazona:

—Muchas gracias, señorita...

—¡Haces mal, Rosa!... ¡No debes permitir á Ruossot esas familiaridades!... ¿Quién sabe adónde puede llegar un pobre loco?...

—No; no es malo,—replicó Rosa;—es sólo un poco enredador, y vino para hacerme rabiarse... pero yo no le tengo miedo; ya hubiera sabido defenderme de él, y entonces... Pero no por eso agradezco menos lo



que hizo la señorita por librarme de ese majadero ..

Y poniendo una camisola sobre la tabla que tenía delante, empezó á golpearla con la paleta, cantando con voz fuerte y sonora:

*Tapez ferme la lavandière,  
Tapez ferme et rencez itou,  
A la maré l'eau n'est pas chère,  
Et c'matin il ya beaucoup.  
Tapez! Tapez (1)!*

Y llevaba el compás de su canción con el ruido sordo del golpe de su paleta sobre la ropa blanca mojada, sin acordarse de su aventura, alegre y sin cuidados, como una alondra, mientras al lado del erial el idiota, destacándose con su traje gris sobre el horizonte azul, hacía crugir el látigo, y reía con su risa estridente.

La amazona y su acompañante habían emprendido de nuevo la marcha; se acercaban á una alameda, cuya entrada cerraba una valla de madera pintada de blanco. El jóven la hizo girar sobre sus gozues, y dió paso á la amazona, que le sonrió; siguieron andando un breve espacio, siempre silenciosos, y al llegar á lo alto de una meseta, el valle de Thelle apareció delante de ellos. Sobre una altura, á la derecha, se levantaba un castillo de estilo Luis XIII, rodeado por un precioso parque, cuyos límites señalaba el cauce del río, que en el fondo de la hondonada corre brillante á la sombra de los álamos de sus orillas, y

(1) Golpea fuerte, lavandera.—golpea fuerte y aclara ídem;—en el estanco no es cara el agua, y esta mañana hay muchísimas. ¡Golpea! ¡Golpea!

serpentea por multitud de prados de color de verde esmeralda, para perderse detrás de los muros de lejanos huertos poco despues de atravesar por debajo del puente de piedra que junta las dos riberas. En la falda de la colina, al abrigo del viento Norte, Neuville, cabeza de partido, antigua parada de postas, coqueta, blanca como una paloma, se levanta orgullosa, ostentando por encima de los tejados de las casas la veleta del campanario de la parroquia y varias chimeneas de fábricas diversas. Un camino en zig-zag baja hasta el pueblo por entre un bosque de añosos pinos, cuyo color oscuro dá cierto aspecto severo al paisaje, y sobre el fondo de este cuadro un montecillo blanco, semejante á una enorme madriguera de topes, surge entre las verdes copas. Alrededor del pueblo el campo está cultivado y las amarillas mieses, los sembrados de avena con sus tornasoles de verde claro y las praderas de trébol con sus flores violetas, llegan hasta los muros de las primeras viviendas. Un cielo azul, puro y diáfano cubria este panorama; el sol radiante de esplendor lo llenaba de vida, y una impresion tranquila y dulce se apoderaba del ánimo ante el espectáculo bellissimo de aquellos lugares, que parecían la residencia de la dicha.

Los dos admiradores de aquel espectáculo tan pintoresco permanecieron un momento en muda contemplacion: el viento húmedo del río acariciaba sus rostros y les traía aromáticos efluvios de heno recién segado; uno y otro sentían grata melancolía que embargaba sus almas, acallaba las preocupaciones y amortiguaba toda lucha en el espíritu.

El jóven fué quien primero sacudió aquella especie de embriaguez; golpeó en tierra con el pié, como el desterrado que vuelve al suelo pátrio despues de



larga y dolorosa ausencia y toma posesion del sitio en donde vió la luz primera; luego, con acento de alegría, exclamó:

—¡Reconozco estos lugares!... Hé ahí Neuville; á la derecha el bosque y en medio el castillo de Clairefont; allá abajo el cerro que llaman del Gran Margal.

La amazona no respondió; miraba á lo lejos, en direccion de la eminencia que su compañero acababa de nombrar, y su fisonomía revelaba tristeza. Parecia como si investigase con inquietud un secreto escondido entre el polvo blanquecino del montículo, cual si entre sus blancos terrones creyera descubrir un misterioso peligro... ¿Qué recelaba para sentir miedo? ¿Acaso su aspecto sepulcral, la aridez de su sueño, la soledad que en ella reinaba, despertaban en su alma una idea amarga, tal vez un recuerdo doloroso? Lanzó un suspiro, y contestando mejor á su propio pensamiento que á las palabras de su acompañante, dijo con voz ahogada:

—¡Es el Gran Margal!...

Y como si quisiera disipar una preocupacion desagradable, movió la cabeza, y añadió:

—Hé ahí el camino que ha de seguir; baje Vd. todo derecho y llegará sin obstáculos á la entrada del pueblo.

—Muchísimas gracias, señorita,—exclamó el extranjero, contemplando á su placer á la bellísima jóven, que le miraba frente á frente.

Anduvo dos pasos, y como cambiando de idea, volvió junto á su guía y se inclinó respetuosamente, preguntándole:

—Si me hiciera Vd. el honor de decirme á quién debo agradecer tanta bondad como usó para conmigo...

Ea jóven envolvió al desconocido en su mirada ámpida y pura, y repuso sin afectacion:

—Soy la hija del marqués de Clairefont.

Al oír este nombre, el jóven dió un paso atrás, se puso encarnado, y volvió la cara con turbacion manifiesta. Admirada su interlocutora, le miró de piés á cabeza, y como si le impulsara una fuerza irresistible, dijo con viveza:

—Y Vd., ¿quién es?

La fisonomía del jóven se contrajo, dudó un instante, y luego, alzando la frente, repuso con voz sorda:

—¡Yo!... Yo soy... Pascual Carvaján...

A tal respuesta, el rostro de la señorita de Clairefont adquirió una expresion de soberbia altaneria; su mirada se tornó fria y dura: en sus lábios se dibujó una sonrisa de soberano desprecio, y cruzando el aire con su látigo, como para establecer entre ella y Pascual una valla inexpugnable, llamó á su perro, puso al trote la yegua, y se alejó, sin dignarse volver tan sólo la cabeza.

Cual si toda la vida se concentrase en sus ojos, Carvaján quedó clavado en su puesto, y siguió con la vista á la joven, sin recordar el desprecio, atento tan sólo á la contemplacion de su hermosura. Se alejaba altiva y desdeñosa, despues de pasar á su lado media hora en dulce intimidad, y acaso nunca más volvería á tenerla junto á sí.

A cada instante el alejamiento era más grande; poco á poco la silueta vaporosa de la bella amazona se perdía en la nube de polvo que levantaba en su carrera la poderosa yegua; la falda y el velo del sombrero flotaban todavía á la vista de Pascual; aún alcanzaba á ver al perro corriendo por dentro de la



cuneta del camino... De pronto, al revolver de una valla que cerraba la entrada del bosquecillo, amazona, perro, nube de polvo, todo desapareció...

Carvajal permaneció inmóvil un momento; luego golpeó los guijarros con su bastón, murmurando:

—¡Qué altanerfa!... ¡Al saber mi nombre, ni siquiera me otorgó la limosna de una mirada, que no hubiese negado á un mendigo!... ¡Cuán bien ha puesto de relieve que entre los dos nada es común!... ¡Sea!... El destino quiso que fuéramos enemigos, y en cualquier circunstancia nos pone frente á frente; ó Clairfont ó Carvajal. ¡Entre nosotros, la guerra existe siempre!... ¡Y es lástima!... ¡Es tan hermosa!...

Sacó el reloj; aún no eran más que las once. A paso lento emprendió el descenso hácia Neuville, por un cerrillo que bordeaban numerosas retamas, y encajonado en un hueco de la colina, á la mitad de su extensión, quedaba expuesto al medio día. Un calor violentísimo, absorbido por las aliagas, retorcidas de puro secas, hacia irrespirable el aire: Pascual buscó un refugio con la vista: junto á un grupo de abedules distinguió un tejado rojo, y un poco más abajo la rama de acebo, enseña de las tabernas rústicas: se dirigió hácia él, y después de atravesar un pedregal, llegó á un camino bastante malo, á cuya orilla se levantaban los muros recién blanqueados de una casa con persianas verdes; sobre el tejadillo de la puerta de entrada había pintadas tres bolas en forma de pirámide, entre dos tacos de billar cruzados, y por debajo, en gruesos caracteres, estaba un rótulo que decía: *Vinos, café, licores. Comidas de sociedad*: un poco más alto podía leerse en otro letrero, con tipos colosales amarillos: *Despacho de vinos de Pourtois*, y sobre el ramo de acebo dos hombres en actitud de brindar, y una bo-

tella que arrojaba un chorro de líquido encarnado para llenar las copas de los bebedores, daban pobre idea de las condiciones pictóricas del autor de aquella gráfica alegoría de la embriaguez. Detrás de la taberna estaba el jardincillo, dividido en túneles cubiertos por los pámpanos de un emparrado: el central servía para juego de bolos, y en el fondo se destacaban dos columpios.

Durante el verano era éste el lugar en donde los domingos se reunía la población obrera de Neuville; en el principal, un violín y un clarinete servían de orquesta para bailar los jóvenes; por las ventanas abiertas salía la voz del bastonero, ahogada por los gritos de los bailarines alegres y bulliciosos, y el ruido de los gruesos zapatos, marcando el compás, retumbaba como un trueno interminable sobre las cabezas de los consumidores instalados en el piso bajo.

En pocos años Pourtois, aquel hombron, especie de apoteosis de la apoplejía, embrutecido por la bebida, pero sumiso en absoluto á la voluntad de su mujer, había dado tal impulso á su industria, que los cafeteros de la vecina villa se quejaban amargamente, no pudiendo defenderse de tan poderosa competencia. Como el establecimiento estaba fuera de radio del pueblo, los productos que en él se vendían, no teniendo que pagar el recargo por la contribución de consumos, se ofrecían al público á precios algo más bajos que los de los expendidos en otras tabernas, faltas de esta ventaja: además, el jardín ofrecía á los bebedores el atractivo de sus frescos emparrados, y la amenidad del sitio era tal, que los jóvenes ricos de Neuville no desdeñaban esta circunstancia, y en más de una ocasión celebraron en casa de Pourtois banquetes campestres que llenaban de orgullo al propie-



tario, proporcionándole pingüe ganancia. Por otra parte, en tiempo de feria, en una pradera inmediata al edificio, se colocaba una enorme tienda de campaña capaz de contener á cubierto como unas trescientas personas: en ella se daban bailes, y aunque no costaba dinero la entrada, como era natural, el aumento en el consumo de refrescos, vinos, café y licores á consecuencia de la aglomeración de gentes, compensaban con creces aquel despilfarro aparente. Hasta la política había favorecido la envidiable suerte del tabernero; hacia ya dos años que la tienda y el baile tenían cierto carácter oficial; el municipio de Neuville honraba con su presencia la fiesta á petición de Pourtois, que cifró en este detalle el colmo de sus aspiraciones, y á quien no se rehusó el favor, teniendo en cuenta su influencia como agente electoral, que precisaba no tenerle descontento, so pena de perder un auxiliar muy poderoso en las elecciones.

Por lo demás, fuera de lo que se refería á su establecimiento, Pourtois no era ambicioso: una vez que trataron de elegirle concejal, rehusó enérgicamente, y con tal motivo, se le atribuía una frase, fruto sin duda de la sagacidad de su mujer, porque no era su cerebro capaz de semejantes agudezas: «Déjenme en paz (había dicho); trabajaré por sacar adelante á los amigos, pero á mi que no me vengán con tonterías. Harto me ocupa el tiempo despachar vino, para que vaya á perderlo despachando palabras.» Y, en efecto, lo hizo como había ofrecido; fueron elegidos los que protegió, y él se quedó tan simple tabernero como antes, sin más ventajas que hacer su taberna lugar de reunión obligatoria, mas no gratuita, donde así se consumía saliva hablando de política como vinos y licores adulterados.

De este modo, claro es que se va camino de la riqueza, y Pourtois estaba en buena disposición para hacer fortuna; mas no por esto se tornó orgulloso, y lo mismo que antes de la próspera suerte, si un carretero detenía las mulas á su puerta y entraba en la tienda para echar un trago ó una media copa, no desdeñaba de hacerle buen tercio, sobre todo cuando su mujer no estaba detrás del mostrador. Porque delante de ella hilaba muy delgado el buenó de Pourtois; malas lenguas había en Neuville que aseguraban como cosa cierta que la tabernera llevaba los pantalones en aquella casa, y aún algunos referían que en cierta ocasión en que trató el marido de hacer valer sus derechos de amo y jefe, hubo de darse por vencido ante los argumentos *contundentes* de su *cara mitad*.

Cuando Pascual divisó la taberna desde lo alto de la cuesta, apretó el paso, como el caballo querencioso á quien da el viento de la cuadra fresca y ansia verse en ella; al principio no reconoció el tabuco de Pourtois, pequeño, ruín, de paredes sucias y techumbre de aneas corroidas por la intemperie, en la grande y flamante casa de verdes ventanas y tejado rojo que se ofrecía á su vista espléndidamente iluminada por el sol. Tan sólo la antigua muestra, la rama de acebo, un poco impropia para una taberna con honores de café, había sobrevivido despues de algunos años.

Todo, incluso la misma colina, había cambiado: en otro tiempo, la pendiente inculta era un erial que se extendía por los cretáceos flancos del valle hasta el muro del parque de Clairefont. ¡Cuántas veces había él recorrido aquellos desiertos y escabrosos lugares que bordeaban el cerro de marga llamado el Gran Margal! ¡Cuántas había pasado horas enteras tendiendo lazos y poniendo trampas á los zarzales, en torno



del blanquecino monte, por aquel entonces inexplorado! No era aquel el mismo paisaje ya; era tan distinto, que no hallaba en él nada de cuanto lo hacia encantador, por encerrar gratos recuerdos de la niñez. Por doquier había caminos, casas, cercados; ya no tenía la salvaje bravura de cuando estaba á disposicion de todo el mundo...

Curioso por saber si el huésped correspondía á su vivienda, empujó la puerta del café-taberna: una fresca semi-oscuridad reinaba en la sala; acostumbradas sus pupilas á la clara luz del sol, no podia atravesar aquellas tinieblas, y tardó algunos instantes en descubrir tres hombres sentados alrededor de una de las mesas, y el mostrador alto, ancho, cubierto de botellas formadas en orden delante de una mujer morena, flaca, picada de viruelas, de barba angulosa y de frente ancha, grande y bombeada, que circunscribían los cabellos pegados á las sienas. De los tres hombres, dos jugaban al dominó, y, absortos en su partida, no habian notado la llegada de Pascual. El tercero levantó la cabeza para ver si la tabernera estaba en su puesto, y echando por boca y narices una espesa humareda de su pipa, volvió á prestar toda su atencion al juego.

Era una especie de hipopótamo, redondo como un globo inflamado; los ojos se le escondian en medio de círculos de grasa, y en sus mofletes relucientes no llevaba un solo pelo. Traía un pantalon gris y un chaleco color castaño; en los piés, casi tan anchos como largos, á semejanza de pezuñas, de puro gordos, ostentaba pantuflas de tapicería, representando un juego de naipes abiertos á modo de abanico. Pascual reconoció en aquel fenómeno al dueño de la casa.

—A Vd. le toca jugar, Fleury—dijo Pourtois con voz de tiple, que causaba admiracion oír despues

de contemplar el formidable cuerpo donde se producía.

Fleury, secretario del Juzgado de paz de Neuville, era un hombre de cuarenta años, de una fealdad repugnante y asquerosa: de ordinario tenia los labios llenos de pupas que le sangraban, y que para librarlas del contacto del aire cubria él con pedacitos de papel de fumar; y aquellas pupas debajo de sus respectivas ampollas blancas con puntitos rojizos, acentuaban la dureza de su fisonomía horrible é hipócrita. En sus ojos grises, vidriosos, apenas se distinguía lo blanco, y las pupilas se movían inquietas á cada paso; sus cabellos, mal cortados, se arremolinaban acá y acullá sobre el cráneo, y con su erizamiento completaban el tipo espantoso que ofrecia el funcionario municipal. Iba siempre vestido de negro, por considerarlo propio de un hombre que se tiene por persona de importancia; pero en aquel momento estaba en mangas de camisa, y se habia quitado la corbata.

Su contrincante era un hombre entrado en los cincuenta; robusto, de rostro coloradote y cabellos grises; traía aretes en las orejas, y en las piernas polainas de becerro color de avellana, que le llegaban hasta las rodillas; encima del chaleco llevaba una blusa de percal con respuntes de hilo blanco en el cuello, hombros y puños, y sobre una silla, junto á él, habia dejado la gorra de paño azul con orejeras, que usaba en invierno como en verano.

En el momento en que Pascual fijó en él la vista, iban los jugadores á empezar la segunda partida, y el hombre, á quien conocian todos por Tondeur, removía las fichas con sus manazas tau auchas como largas, capaces de matar á un buey de un puñetazo, y reía con violencia, tosiendo al propio tiempo, de tal mane-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES  
FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES  
CALLE 1225 MONTECERRE, BUENOS AIRES



ra, que en su rostro amoratado parecía que las venas le iban á estallar.

¿Se llamaba Tondeur (1), ó era este un apodo, debido á su manera de *trasquilar* á los que la suerte hacia que trataran con él algun negocio? Desde su niñez Pascual habia oído que le llamaban de aquella suerte; pero tambien recordaba que con frecuencia iba á casa de su padre; y cuando al marcharse saludaba á éste, solia decirle: *Conforme en todo; adelante*; lo cual viene á ser como una confesion del perfecto acuerdo que siempre reinó entre él y Carvaján. Tondeur era comerciante en maderas, y tenia empleados todo el año doscientos trabajadores en los cortes que contratava, bien con el Estado, bien con los particulares.

Pascual fué á sentarse al lado de una mesa cerca del mostrador: reinaba un silencio profundo en la estancia, sólo interrumpido por el zumbir de las moscas, que revoloteaban junto al techo en apiñadas cohortes negras y movibles, por el chasquido de las fichas al caer sobre el mármol, y por las sordas exclamaciones que de vez en cuando dejaban escapar Tondeur ó Fleury, intercalándolas con bromas al uso de los jugadores.

—Blanca doble... en señal de inocencia.

—Blanca seis... y á robar...

—¡Ca!... Ahí va el tintero con más tinta que un calamar.

—Y dominó... ¡Eh! ¡Siete y tres diez, y siete, diez y siete... que con ochenta y tres, hacen ciento!... Tío Tondeur, Vd. paga...

—¡Tendrá suerte el demonio del hombre!... No se puede con él...

(1) *Tondeur*, esquilador.—(Nota del traductor.)

—¿Quiere Vd. el desquite?

—No: tengo que ir á los tajos... Ya sabe Vd. aquel refrán que dice: «Hacienda, véate tu amo, y si no, te venda.»

—¡Quédese, hombre!... Con este calor va Vd. á tomar una insolacion.

—¡Y Vd. café á mi costa mientras viva... si me quedo!

Los tres soltaron la carcajada, y Fleury, vuelto á sentarse, removia alegre las fichas, cuando el ruido de un carruaje al pararse enfrente de la entrada de la taberna, atrajo la atencion de todos. El mismo Pourtois se disponia á levantarse, lleno de curiosidad: pero no llegó á verificarlo: la puerta se abrió violentamente, y un jóven alto, en traje de caza, con el semblante animado, entró sin más ceremonia:

—¿Hay gente?... Pues mejor (dijo con voz seca, mirando en torno suyo). Tío Pourtois, vaya Vd. á mi coche, y verá lo que le traigo; un mal bicho de su propiedad, á quien Vd. comete la tontería de abandonar errante por el monte. Por esta vez pase, y se lo devuelvo; pero como otra le tropiece en posesiones mias, ¡como hay Dios que le rompo el alma!... Ya se lo he advertido, y yo no hablo á humo de pajas...

—¿Cómo, señor conde!... No comprendo... ¿Que me trae Vd. un animal de mi propiedad, y que le ha advertido...?—exclamó Pourtois.

—¡Ande Vd... Vaya á buscarlo, y entonces comprenderá lo que significan mis palabras,—interrumpió el jóven impaciente.

Antes que Pourtois lograra ponerse en pié, ya Fleury estaba junto al carruaje; su fisonomía sardónica se dilató; sus ojillos centellearon con alegría; su innoble boca se abrió para lanzar una estrepitosa



carcajada, descubriendo sus dientes sucios y medio destruidos por las caries, y palmoteando, gritaba:

—¡Calle!... ¡Si es Chassevent, con las cuatro patas atadas, como carnero que van á degollar!... ¡Y vaya una facha que hace echado sobre la paja de la perreira!... ¡Buena cama para lebreles! ¿eh? ¡pero no para cristianos!...

Un gruñido de lobo preso en el cepo salió de la arqueta del carruaje á través de la rejilla que le servía de respiradero, y un hombre de aspecto siniestro, mirar biceo y cabellos grises, vestido con una blusa de blanca llena de remiendos, pantalones de tela forrados por delante con badana y abarcas en los pies, dirigió al bromista secretario una mirada rabiosa y vengativa.

—¿Quieres bajar, viejo bribon?...—dijo el conde. Y abriendo la portezuela, tomó al prisionero por un brazo, y cual si fuera un fardo, sin hacer caso de los gritos que lanzaba porque los cordeles que juntaban sus codos le estrangulaban las carnes, lo colocó encima de una mesa del café-taberna.

—¡Buenos puños!...—exclamó Tondeur admirado.

—Pero ¡qué lástima que se emplee tan mal toda esa fuerza!—añadió Fleury con hipócrita dulzura.— ¡Pourtois, traiga Vd. unas tijeras para cortar estas cuerdas!... Pero, Mr. Roberto, ¿es posible que un hombre como Vd. trate así á este pobre diablo?...

Pourtois habia ya desatado á Chassevent, que, al encontrarse libre, estiró sus entumecidos miembros, se palpó los brazos, y viendo sobre la mesa un vaso de vino, lo apuró de un trago.

—¡Vamos!... Traia sed el animalito,—dijo Tondeur.—Pero, ¿qué picardía ha hecho, señor conde?

—Poner lazos en la venta de los Sargentos, por dé-

cima vez en pocos dias. No se le podia atrapar; pero yo, suponiendo que era él quien los tendia, me fui á dar un paseo por aquel sitio, despues que el guarda se retiró, y lo encontré en el momento de reconocer la barzada, que afortunadamente no tenia ninguna pieza. Aquí traigo en el bolsillo el cuerpo del delito.

Y sacó una porcion de lazos de alambre dorado, que tiró á la cara del corsario, pálido y mudo de coraje.

—Toma: ¡ahí tienes tus herramientas, tunante!... Pero ándate con ojo; contigo ya está visto que los tribunales no dan resultado; te pasas en la cárcel unos días; te dan de comer mejor que en tu casa; tu hija tiene que mandarte tabaco y vino... Eso, en vez de castigo, te sirve de premio... Nada; hoy te pasaste tres horas atado á un árbol; otra vez...

Chassevent no contestó; su rostro moreno y pálido se llenó de arrugillas, que recorrieron la piel, como la ondulacion del agua en un estanque rizado por el viento. Sin levantar la vista, dió media vuelta, y sus labios produjeron un ténue silbido, que hizo enrojecer las mejillas del conde.

—¡Ah! ¡Canalla!... ¡Pues no se burla todavía!...—dijo.

Y levantó la poderosa mano, que detuvo la mirada de Fleury, señalándole á Pascual, sentado en un oscuro rincón de la taberna.

—¡Mr. Roberto!... ¡Por favor!... ¡Hay delante un forastero!... ¡No haga Vd. caso!... La conducta de Chassevent es muy punible; pero el proceder de Vd. no es legal, ni mucho menos. Tomarse la justicia por su mano... no es lo que procede en estos casos; para eso están los agentes de la autoridad. No es el secretario



del juzgado el que habla... ya sabe Vd. que mi adhesión no es dudosa... Es el amigo que deplora la violencia de su carácter, que muchas veces le coloca en una posición falsa.

—Los perjuicios que me pueda causar mi carácter, sólo á mi me importan (interrumpió el jóven con altanería). Los gendarmes del puesto se ocupan de todo menos de perseguir á los malhechores, y en cuanto á V., Fleury, es una excelente persona; pero no se meta en mis asuntos, y se lo agradeceré mucho.

—El consejo leal de un amigo, nunca debe ofender, —replicó sentenciosamente el secretario.

—¿Se va V. sin tomar un refresco siquiera, señor conde?—exclamó Pourtois, al ver que se disponía á marchar!

—Sí, muchas gracias; no quiero nada.

Y sacó del bolsillo una moneda, que echó sobre la mesa, añadiendo:

—Para el mozo que ha tenido cuidado del caballo.

Dió media vuelta, salió sin saludar, subió al carruaje, y partió al trote largo.

Apenas desapareció en medio de un torbellino de polvo, Chassevent desató la lengua, dando rienda suelta á su furor, contenido por la presencia del conde, en tremenda avalancha de insultos y amenazas.

—¡Ah, perro, ladrón, gran pillo, cobarde! (aulló, dando un puñetazo sobre la mesa, que hizo saltar una cuarta las esparcidas fichas de dominó.) ¡Ya me las pagarás, ya! Por cuatro miserables conejos que te quito para comer, me atas, y me tienes como un espantajo tres horas abrasándome al sol. Pero me cogiste á traición... que si no...

—¡Déjate de tonterías! ¡Si te echa mano, de una bofetada te hace polvo!...—interrumpió Tondeur.

—¡Dios de Dios!... Otra vez no iré como hoy, no; llevaré la escopeta, y... ¡como esa es luz, que le pego un tiro!...

—¡Vaya, vaya!... Chassevent, que no es tan fiero el león como lo pintan; Vd. habla por hablar (interrumpió Fleury), y no dice más que majaderías.

—En mi vida le perdonaré lo que me ha hecho (dijo el corsario con acento sombrío). Cuando esto se sepa, hasta los chiquillos se burlarán de mí... ¡Ah, conde de Clairefont!... ¿Cuándo llegará la hora de ajustarnos las cuentas?

Lanzó una horrible blasfemia, y mirando á Fleury con siniestra expresión, añadió:

—Sí, que Mr. Carvaján se encargue del padre..., y yo me entenderé con el hijo...

Era vergonzosa la mancomunidad repugnante establecida por Chassevent, y sólo imaginar tan odiosa alianza entre su padre y el vagabundo, hirió de tal modo á Pascual, que levantándose violento, con el rostro rojo de cólera, exclamó:

—¡Miserable!... No vuelva Vd. á pronunciar el nombre de Carvaján, si no quiere...

—¿Y por qué no he de nombrarle?—preguntó el cazador furtivo con aire á un tiempo insolente y amenazador.

—Porque es mi padre, y yo se lo prohíbo...

Estas palabras produjeron un cambio radical en la actitud de los tres hombres. Pourtois se adelantó cortesmente; Fleury sacudió la ceniza del tabaco que manchaba las solapas de su grasienta levita, y se arregló la ajada corbata. Chassevent saludó, quitándose el sucio pañuelo de seda que le servía de gorra. La tabernera sonrió, mostrando su dentadura amarillenta, detrás del alto mostrador.



—¡Ah! Es Vd. hijo de Mr. Carvajan... (dijo el corsario inclinándose con respeto). Eso es otra cosa... Mr. Carvajan; hé ahí una excelente persona... No hay cuidado de que nunca pensemos en contrariarle... En mi vida he cazado ni tan sólo un conejo en su monte de la Moncelle; pero es porque le estoy agradecido, porque es todo un caballero. Si quisiera á mi hija para criada, se la daría; sí, señor; y eso que es muy orgullosota...; pero tiene razon, porque, á la verdad, es muy bonita... Yo fui quien anduvo de aquí para allá, buscando votos, cuando las elecciones municipales; y aquí tiene Vd. testigos que pueden decir si me alegré ó no cuando le nombraron alcalde... Y no lo digo porque me lo agradezca; Mr. Carvajan es mi amigo, le aprecio en mucho, tanto como aborrezco á esa gente del castillo, y con esto basta y sobra... Pero lo que es él, me parece que no me va á la zaga en lo que toca á querer á los aristócratas... El se encargará de enseñarles cuántas son tres y dos.

Y excitándose con el recuerdo de la pasada aventura, amenazaba con el puño en direccion á la meseta donde alzaba sus muros el castillo de Clairefont, y decia:

—¡Ah, pillo, ladronazo! Ven, ven á cogerme otra vez y atarme á un árbol como un grajo muerto puesto en la punta de un palo, para escarmentar á los otros... Déjate, que ya me las pagarás... ¡Que se me vuelva veneno lo que beba, si no me vengo!...

Y así diciendo, apuró de un trago el vaso de cerveza que Pourtois acababa de servir para Pascual.

—¡Oye tú!...—dijo el tabernero.—¡Puedes dejarnos en paz con tus historias!... Más agradable nos será esenchar á Mr. Pascual, á quien vemos con satisfaccion despues de diez años!.. ¡Y cómo han cambiado

los tiempos!—prosiguió dirigiéndose al jóven.—Cuando yo le conocí á Vd. era chiquitin, y tan delgadito como un alfeñique... ¡Quién habia de decir que semejante mozo era el rapazuelo que venia al establecimiento con su madre, aquella buena señora, que en paz descanse, tan guapa y tan buena!...

—Es verdad. ¡Cuánto ha cambiado todo!—murmuró Pascual con los ojos bajos y llenos de tristeza.—¡Ya no son los mismos hombres... ni los mismos objetos los que me rodean!

—Pues espere Vd., que aún han de cambiar más—dijo Fleury con vez seca.—Hace treinta años que la lucha entre su padre de Vd. y el marqués de Clairefont no cesa un momento... y nos acercamos al desenlace. Las gentes del castillo no tienen escape; han caído en excelentes manos; y Vd. llega en oportuna ocasion para presenciar la victoria de los nuestros. ¡Que sea en hora buena, Mr. Pascual!

Y el secretario tendió al jóven la diestra, semejante á una garra de buitre, por lo seca, huesuda y afilada en las puntas de los dedos; pero indudablemente Pascual no lo advirtió, porque la dejó que volviese á caer sobre el muslo de Fleury sin estrechársela. Inmóvil, pensativo, su alma estaba bien lejos del lugar donde ocurría esta escena; el recuerdo abstraía por completo su actividad. Una hermosa jóven á caballo, escoltada por un lebrél que saltaba en torno suyo, se aparecía ante sus ojos, caminando á paso lento por debajo de la verde bóveda que formaban los árboles frondosos; un desconocido se le cruzaba en el camino; la interrogaba sobre la direccion que debia seguir para llegar al pueblo, y ella, con deliciosa complacencia, se prestaba á servir de guia. En el momento de separarse, al fin de la pequeña jornada, agradeci-



do y fascinado, la preguntaba su nombre; era la señorita de Clairefont, la hija del irracional enemigo de su padre. Le parecía entonces, como si una sombría tristeza oscureciese el rostro encantador de la joven; se la imaginaba en traje de luto, con la cabeza caída sobre el pecho, y el semblante melancólico de los seres á quienes consumen hondos pesares; sola, en completo abandono, con los ojos enrojecidos por el llanto y la vista fija en el suelo.

El camino, antes frondoso, había perdido su esplendor; los árboles, sin hojas, elevaban al cielo sus ramas escuetas, que, negras, heladas y temblorosas al impulso del viento frío del invierno, se destacaban como esqueletos sobre el fondo oscuro de un cielo sin sol.

¿Por qué estaba triste y sola? ¿Qué había sido del anciano padre? ¿Qué del vigoroso y robusto joven que la llamaba hermana? ¿Cómo podía formarse el vacío en torno de la admirable niña anegada en llanto? ¿Acaso el viejo Carvaján era la causa de tanta desventura?

El corazón de Pascual, oprimido por súbita angustia, latía apenas; no se explicaba aquel interés por una desconocida, á quien la víspera no hubiera mirado siquiera, si entre otras mujeres se presentara.

Cuando un Carvaján le hiriese en los seres amados, ¿él, que llevaba este nombre, no incurriría en su anatema? Sentíase atraído por una irresistible simpatía; hubiera deseado caer á sus piés, protestar de aquellas rencillas que le eran ajenas, y realizar prodigios de adhesión, para ser agradable y atraer sobre sí la dulce mirada de aquellos inolvidables ojos; formulaba tiernas frases, nacidas en su corazón, henchido por un sentimiento indefinible; dejaba de ser dueño de sí pro-

pio para rendirse subyugado, absorto, á la influencia de aquella criatura, fuera de la cual le parecía que nada bueno ni bello podía existir sobre la tierra, y con desconsuelo se reconocía, no obstante, condenado á su aversión y su desprecio... El viejo marqués de Clairefont y el atlético Roberto desaparecían de su memoria; ella sola quedaba, en representación de todos los suyos; ella sola, amenazada, y cuya ruina acababan de predecirle con infernal alegría; ella sola, víctima propiciatoria de miserables vampiros, confederados para aniquilarla, que ya celebraban su próximo triunfo, felicitándole á él, á él, que diera media vida por tener en su mano la manera de aplastarlos, ó que por lo menos hubiese querido no presenciar la horrible hecatombe, llegar cuando estuviera consumada...

Comprendió que chocaba su actitud, y alzó la cabeza; los que le rodeaban, llenos de sorpresa, no comprendían su abstracción desde que escuchó las triunfantes palabras de Flenry, y él, ansioso por saber al detalle lo que se tramaba contra el marqués, quiso desorientarlos; se pasó la mano por la frente como para desechar un pensamiento importuno, y exclamó, esforzándose por sonreír:

—Muchas gracias por vuestra bienvenida, amigos míos; pero permitidme deciros que, llegando de un país donde todo es grande, me parecen mezquinos vuestros intereses; acabo de recorrer los más agrestes departamentos de América; allí he visto propiedades que se miden por millones de hectáreas, donde se apacientan innumerables rebaños guardados por regimientos de pastores á caballo: vastos desiertos que atravesé solitario, y un año despues eran poblaciones magníficas, edificadas como por arte de magia: montañas donde la plata en bruto se encierra en pedrus-



cos que huella el viajero, y lagos de petróleo conteniendo líquido suficiente para alumbrar á todo Europa noche y día por espacio de diez años; he cruzado campiñas inmensas, donde el suelo vegetal mide cinco metros de espesor, y donde las mieses crecen hasta poder ocultar un hombre en pié; en suma, presencié la rápida marcha del progreso que cambia el mundo radicalmente; y al volver, despues de diez años de ausencia, os encuentro entretenidos en las mismas intrigas, víctimas de los mismos odios, devorados por iguales deseos. Por lo visto, en Francia todo alcanzó ya el *summum* del perfeccionamiento; nada grave tenéis que modificar, y os sobra tiempo. Yo, con otras costumbres, aceptó vuestro convite y asistiré al juego que me ofrecéis; pero estoy algo extragado y no respondo de que me divierta.

Y concluida esta perorata, Pascual se echó á reír; pero tan falsa pareció á Fleury aquella risa, que se llenó de desconfianza. Miró al hijo á quien parecía tan insignificante un asunto que tanto interesaba á su padre, y, creyéndose obligado á ponerle de relieve sus errores para que cambiase de criterio, le replicó:

—No se trata aquí de los lagos de petróleo ni de las minas de plata, ni ménos de tierras que pueden producir cosechas abundantes sin necesidad de abono; no estamos en el país de los prodigios; pero sí en Francia, donde ganar dinero cuesta mucho, y donde, por consiguiente, no deben abandonarse los buenos negocios. El Gran Margal, esa escueta colina, árida, y que tiene apenas cien hectáreas, que sólo produce brezos, sin contener plata, ni petróleo, entierra en sus entrañas muchos millones!... Explotada por el marqués, ese loco, ese inventor man ático, es un pozo donde se entierra oro y más oro, sin obtener resultados prácticos;

pero en manos de su padre de Vd. y de los que están de acuerdo con él, variará de aspecto la cuestión; entonces se convertirá en rico venero lo que hoy nada produce. Todo el país está interesadísimo en que el bosque y el castillo cambien de amo, y por muy antiguo que aquel sea, me parece que no perderá Vd. nada cuando lo habite, porque algo más vale que la casita de la calle del Mercado.

Maquinalmente, el jóven se dirigió hácia la puerta, la abrió, y el parque de Clairefont apareció á su vista. En los sotos sombríos reinaba la calma más completa; á lo lejos, el cuco, ese pájaro que nunca se deja ver, interrumpía el silencio con su melancólico canto; más allá del frondoso bosque, detrás de los blancos muros del edificio, se encontraba la mujer á quien pensaba defender, como si sus pensamientos fueran tan sólo un sueño. ¡Gran distancia le separaba de ella! Todo el ancho del valle, en cuyas pendientes las hierbas, secas, agostadas, parecían delatar los tesoros indicados por Fleury... Pero todavía era mayor y más infranqueable aquella barrera trazada por el latiguillo al cortar el aire con un silbido, cuando la señorita de Clairefont oyó el nombre de Carvaján. Aquel nombre, que sonaba en sus oídos como un funesto presagio.

—¡Hermoso parque! —murmuró Chassevent con voz aguardentosa.— ¡Y vaya un bonito edificio! Mi hija sirve en él... y me cuenta lo que pasa dentro.

—¡Se pueden cortar dos mil pies maderables sin estropear nada!... —Añadió Tondeur.

—Todo se andará... ¿Verdad, viejo zorro?... —Dijo el formidable Pourtois.— Hacén falta traviesas para el ferro-carril; de modo que más á tiempo...

—Pues aún hay detrás del castillo veinte fanegas,



cos que huella el viajero, y lagos de petróleo conteniendo líquido suficiente para alumbrar á todo Europa noche y día por espacio de diez años; he cruzado campiñas inmensas, donde el suelo vegetal mide cinco metros de espesor, y donde las mieses crecen hasta poder ocultar un hombre en pié; en suma, presencié la rápida marcha del progreso que cambia el mundo radicalmente; y al volver, despues de diez años de ausencia, os encuentro entretenidos en las mismas intrigas, víctimas de los mismos odios, devorados por iguales deseos. Por lo visto, en Francia todo alcanzó ya el *summun* del perfeccionamiento; nada grave teneis que modificar, y os sobra tiempo. Yo, con otras costumbres, acepto vuestro convite y asistiré al juego que me ofrecéis; pero estoy algo extragado y no respondo de que me diyierta.

Y concluida esta perorata, Pascual se echó á reír; pero tan falsa pareció á Fleury aquella risa, que se llenó de desconfianza. Miró al hijo á quien parecía tan insignificante un asunto que tanto interesaba á su padre, y, creyéndose obligado á ponerle de relieve sus errores para que cambiase de criterio, le replicó:

—No se trata aquí de los lagos de petróleo ni de las minas de plata, ni ménos de tierras que pueden producir cosechas abundantes sin necesidad de abono; no estamos en el país de los prodigios; pero sí en Francia, donde ganar dinero cuesta mucho, y donde, por consiguiente, no deben abandonarse los buenos negocios. El Gran Margal, esa eseneta colina, árida, y que tiene apenas cien hectáreas, que sólo produce brezos, sin contener plata, ni petróleo, entierra en sus entrañas muchos millones!... Explotada por el marqués, ese loco, ese inventor man ático, es un pozo donde se entierra oro y más oro, sin obtener resultados prácticos;

pero en manos de su padre de Vd. y de los que están de acuerdo con él, variará de aspecto la cuestión; entonces se convertirá en rico venero lo que hoy nada produce. Todo el país está interesadísimo en que el bosque y el castillo cambien de amo, y por muy antiguo que aquel sea, me parece que no perderá Vd. nada cuando lo habite, porque algo más vale que la casita de la calle del Mercado.

Maquinalmente, el jóven se dirigió hácia la puerta, la abrió, y el parque de Clairefont apareció á su vista. En los sotos sombríos reinaba la calma más completa; á lo lejos, el cuco, ese pájaro que nunca se deja ver, interrumpía el silencio con su melancólico canto; más allá del frondoso bosque, detrás de los blancos muros del edificio, se encontraba la mujer á quien pensaba defender, como si sus pensamientos fueran tan sólo un sueño. ¡Gran distancia le separaba de ella! Todo el ancho del valle, en cuyas pendientes las hierbas, secas, agostadas, parecían delatar los tesoros indicados por Fleury... Pero todavía era mayor y más infranqueable aquella barrera trazada por el latiguillo al cortar el aire con un silbido, cuando la señorita de Clairefont oyó el nombre de Carvaján. Aquel nombre, que sonaba en sus oídos como un funesto presagio.

—¡Hermoso parque!—murmuró Chassevent con voz agnardentosa.—¡Y vaya un bonito edificio! Mi hija sirve en él... y me cuenta lo que pasa dentro.

—¡Se pueden cortar dos mil pies maderables sin estropear nada!...—Añadió Tondeur.

—Todo se andará... ¿Verdad, viejo zorro?...—Dijo el formidable Pourtois.—Hacen falta traviesas para el ferro-carril; de modo que más á tiempo...

—Pues aún hay detrás del castillo veinte fanegas,



que yo sé cómo se pueden poner en riesgo, y que, convertidas en prados, no darían dinero que digamos...—dijo el comerciante de maderas.

Y luego, rodeándose á la muñeca la cadenilla que tenía junto al puño de su garrote, añadió:

—¡Vaya, señores; basta de conversacion; hasta la vista! Mr. Carvaján, estoy á la disposición de usted.

Estrechó la mano de sus amigos, saludó gorra en mano á Pascual, y con su andar pesado y torpe, tomó en dirección á la meseta donde tenía los jornaleros.

El jóven le siguió con la vista; quizás atravesando el bosque, acaso en algún camino del parque, el viejo Tondeur, indiferente, conseguiría, sin pedirlo, lo que él deseaba con ansia: ver á la encantadora amazona... Despues cambió el rumbo de sus ideas; con inquietud comprendía hasta qué punto estaban rodeados de enemigos los habitantes de Clairefont. Poco hacía que Fleury hablaba familiarmente con el hijo del conde; Tondeur, en relaciones comerciales con el padre, circulaba libremente por aquellas propiedades, contando las vetustas hayas y los robustos pinos, que le parecían parte del botín á repartir en breve; hasta el miserable Chassevent tenía á su hija al servicio de los séres á quienes espiaba en cambio del pan que le daban, en beneficio de la negra banda de enemigos, cuyo jefe era Carvaján. Cada uno de estos detalles venía á ser como un muelle del enorme cepo preparado para aniquilar á los descuidados moradores del castillo, y Pascual los descubría con inquieta mirada, pensando cuán formidable era el plan, y cuán presto debía tocar á su término. Ansioso por saberlo todo, se volvió hácia Fleury, que hablaba con la tabernera, sacó una petaca de plata, la abrió, y ofreció tabaco al secretario.

—Bien se conoce que viene Vd. de América—dijo mirando los habanos con admiracion; y eligió uno, le mordió groseramente con sus negros dientes, y lo encendió, lanzando enormes bocanadas de humo.—Si vuelve Vd. á Neuville, iremos juntos—añadió

—Con mucho gusto—replicó Pascual.

El colosal Pourtois les acompañó hasta la puerta; salieron, y ya en el camino, el jóven dirigió una última mirada al castillo, donde le parecía ver á la encantadora amazona, se apoyó con abandono en el brazo de Fleury, y dijo:

—Ahora que estamos solos, hablemos de Clairefont.

—¡Ah! ¡El marqués!... Se hunde por momentos; hoy por hoy le falta bien poco para caer del todo, y no ha de tardar mucho en sucederle, porque yo no sé ni cómo puede sostenerse. Está loco: hace veinticinco años que trabaja para arruinarse, mucho más que otros para enriquecerse. Mientras sólo le dió la locura por hacer arados de doble vertedera automática que no servían para labrar y trilladoras mecánicas que hacían papilla el trigo, todo fué bien; pero, amigo, un día se le puso en la cabeza fabricar cal hidráulica, y comenzó á hacer cal por todas partes: montó un horno, hipotecó todos sus bienes para atender á los gastos de su empresa, y más le hubiera valido tirarse de cabeza en el pozo más hondo del Gran Margal, que tiene ciento veinte metros... ¡El bueno del hombre entiende tanto de ese negocio, como yo de decir misa!... Le hacía falta una persona que fuera casi diablo para salir adelante... y esa persona tenía interés en que se hundiese...

Fleury guiñó un ojo, y produciendo con la lengua un chasquido, prosiguió:

—Su padre de Vd. es hombre á quien no es fácil re-



sistir: más vale ponerse mal con el demonio que con él, y el marqués, que á estas fechas sabe esto mejor que yo, debe lamentarse bien amargamente por haber causado en otro tiempo ciertos sinsabores á Juan Carvaján.

Pascual interrogó á Fleury con la vista:

—¡Oh! Vd. no había nacido todavía—prosiguió el secretario.—Es esa historia muy antigua... Pero su padre de Vd. entiende como nadie la regla de interés compuesto... y con él ninguno se escapa sin pagar...

—Pero si el negocio es malo, ¿á qué tanto interés en apoderarse de él?

—Porque, bien explotado, sería excelente: la cal esta puede rivalizar con las mejores que se producen en Bélgica; es muy superior á la de Senonches. Toda la colina que va desde Clairefont á Lisors contiene yacimientos de admirable riqueza. Hay allí millones enterrados; lo que falta es quien los sepa desenterrar.

Obtenido permiso para explotar los terrenos comunes del pueblo mediante una retribución módica, dentro de cien años habrá aún marga tan abundante, que seguirá siendo buen negocio. Es la fortuna más brillante que se puede imaginar para los que formen parte de la sociedad que Mr. Carvaján dirigirá; sí, una fortuna tan segura como rápida en formarse.

Los ojos bizcos de Fleury brillaban de codicia, y al pronunciar las últimas palabras extendió los brazos como para coger las riquezas que veía en lontananza.

—Esa es la ruina del marqués—dijo Pascual.

—Completa—replicó el secretario.—Ha tenido ya que abandonar la explotación. ¡Tiene empeñado cuanto posee, y de un momento á otro se le viene encima un embargo por una deuda enorme contraída con va-

rias personas á quienes hizo figurar como prestamistas su padre de Vd!... El vencimiento está al caer, y el viejo aristócrata sin un franco ni de donde le venga.

—¿Pero no tiene persona que le aconseje, que le ayude con su actividad ó su dinero?

—¡Cal!... Su hijo, que es quien pudiera ayudarle ya le ha visto Vd. hace poco tratando á los hombres como á perros; si él no tiene juicio para dirigirse á sí mismo, ¿cómo ha de dirigir á otros? ¡Si se tratara de cazar, ó manejar un caballo resabiado, ó perseguir muchachas!... Pero no le pida Vd. que se ocupe en otras cosas; se moriría de un ataque si no viviera al aire libre!... Y es el único hombre que hay en la casa; porque no cuento al baron de Croix-Mesnil, que viene sólo de cuando en cuando para hacer la corte á la señorita Antonieta.

Al oír esto, Pascual se paró, como si viera abrirse un abismo á sus pies: estaba pálido y balbuceó con voz ahogada:

—¡Será su novio ese caballero!...

—Sí; es un buen muchacho; sub-teniente de dragones: sirve en el regimiento que está de guarnición en Evreux, y hace cuatro años que anda detrás de la niña, sin aburrirse mucho por lo visto; pero eso durará hasta que tome las de Villadiego, cuando vea que se arruina del todo el futuro suegro.

Pascual se sintió reanimado; una horrible esperanza surgió en su corazón, al pensar que Antonieta podía ser abandonada por su pretendiente; vió que su interés y el de su padre se ponían de acuerdo; todo debía esperararlo de la ruina del marqués, y ésta era inminente, estando empeñado en ella el inexorable Carvaján. Antonieta, pobre, misera, se le hacía accesible. Pero tales bastardas ideas no arraigaron en el



alma de Pascual, noble y generoso de suyo. En breve se repuso, y se dijo:

—¿Soy un infame como este que va conmigo, y que tan friamente calcula los detalles de la desventura de toda una familia? Empujado por mi amor, ¿vendré yo á formar parte de su tenebroso complot? ¿Puede ganarse tan noble mujer á fuerza de infamias?

Levantó la cabeza, hirió el suelo con el pié, y con el corazón henchido por una audaz pero grande esperanza, se contestó á sí mismo:

—¡No, la ganaré á fuerza de adhesión!...



## II

El hombre á quien tan encarnizadamente odiaba Juan Carvaján, era un anciano, cuya frente surcaban multitud de arrugas, de cabellos blancos como la nieve, encorvado bajo el peso de los años, y de andar torpe y vacilante; en otro tiempo le llamaban *Clairefont el Hermoso*, y el origen de la enemistad entre él y el padre de Pascual, germinó de resultados de cierta aventura amorosa.

Cuando nació el marqués, el año 1816, la Restauración estaba en su apogeo: su padre, rico por parte de su esposa, encantadora inglesa con quien casó en el destierro, recuperó el castillo solariego, y formó un patrimonio, que le producía una renta de más de trescientos mil francos. Estaba en gracia del rey Luis XVIII, á quien hizo diaria partida de *whist* por espacio de un cuarto de siglo, desde Coblenz á Verona, y desde Hartwil hasta París, y siguiendo en todas sus fases la suerte del rey proserito, fué nombrado gentil hombre de cámara y comendador de la Orden de San Luis; muchos partidarios de la monarquía ofrecieron sus cuerpos á la metralla de los cañones

alma de Pascual, noble y generoso de suyo. En breve se repuso, y se dijo:

—¿Soy un infame como este que va conmigo, y que tan friamente calcula los detalles de la desventura de toda una familia? Empujado por mi amor, ¿vendré yo á formar parte de su tenebroso complot? ¿Puede ganarse tan noble mujer á fuerza de infamias?

Levantó la cabeza, hirió el suelo con el pié, y con el corazón henchido por una audaz pero grande esperanza, se contestó á sí mismo:

—¡No, la ganaré á fuerza de adhesión!...



## II

El hombre á quien tan encarnizadamente odiaba Juan Carvaján, era un anciano, cuya frente surcaban multitud de arrugas, de cabellos blancos como la nieve, encorvado bajo el peso de los años, y de andar torpe y vacilante; en otro tiempo le llamaban *Clairefont el Hermoso*, y el origen de la enemistad entre él y el padre de Pascual, germinó de resultados de cierta aventura amorosa.

Cuando nació el marqués, el año 1816, la Restauración estaba en su apogeo: su padre, rico por parte de su esposa, encantadora inglesa con quien casó en el destierro, recuperó el castillo solariego, y formó un patrimonio, que le producía una renta de más de trescientos mil francos. Estaba en gracia del rey Luis XVIII, á quien hizo diaria partida de *whist* por espacio de un cuarto de siglo, desde Coblenz á Verona, y desde Hartwil hasta París, y siguiendo en todas sus fases la suerte del rey proserito, fué nombrado gentil hombre de cámara y comendador de la Orden de San Luis; muchos partidarios de la monarquía ofrecieron sus cuerpos á la metralla de los cañones



republicanos, sin lograr con su heroísmo tanto como Clairefont por medio de sus adulaciones. A los trece años, el conde Honorato tuvo el primer pesar: perdió á su madre; pero no le dejó el autor de sus días mucho espacio para desesperarse; el marqués no favorecía los dolores improductivos. Obligó á su hijo á secar el llanto, y para distraerle, le hizo admitir en calidad de paje del Rey Carlos X; agradó la viveza del jóven: la duquesa de Berry se le aficionó; se dignó acariciar con su aristocrática mano la blonda cabellera del mozo, y bajo tales auspicios, la fortuna del hijo prometía competir con la del padre. Mas la revolución, que gusta de barajar en su juego lo mismo á los simples mortales que á los reyes, condujo á Carlos X á Cherburgo, y desde allí le envió á Inglaterra. El marqués, cuya carrera se habia hecho en la emigración, no consideró oportuno evitarse aquellas tristezas, que tan bien supo hacerse pagar otras veces; siguió á Go-riz á su rey, y empezó á iniciar á su hijo en la dificultad de ser cortesano en la desgracia de un monarca. Esta vez la revolución respetó los bienes de los proscritos, y claro es que, gozando de una brillante renta, el pan del destierro no es amargo; pero éste se prolongó más que preveía el marqués, porque las nuevas instituciones echaron hondas raíces, y Honorato de Clairefont, que llegó niño al suelo extranjero, creció, y se hizo hombre lejos de la patria. A medida que su carácter se formaba, más se apartaba de la semejanza con el de su padre. El paje del conde de Artois era tan generoso, tan entusiasta y tan amante de lo utilitario, de acuerdo con la corriente de la época, como ligero, escéptico y apegado á las frivolidades viciosas del siglo XVIII fué el viejo compañero de glorias y fatigas del conde de Provenza. Este, encas-

tillado en su aristocrática ignorancia, se burlaba de aquel, al verle estudiar con una aplicación que le parecía deplorablemente populachera.

—¿A qué piensas dedicarte, hijo mio? (solía decirle.) ¿Te propones ser industrial ó comerciante? No son oficios muy á propósito para una persona de tu rango, y el de saber vivir en tu puesto, que es el que mejor le cuadraría, me temo que no lo aprenderás nunca. Mucho me apena verte aficionado á lo que seduce á la gente ordinaria... ¡Así te perjudicarás en tu carrera!... Por fuerza heredaste semejantes ideas de tu pobre madre, que era una santa; pero en cuya ascendencia hubo roperos allá por el tiempo de la dictadura de aquel tunante de Cromwel..., porque lo que es entre los Clairefont, nunca se estiló aprender nada más que á manejar las armas y gastar honrosamente las rentas... Es decir..., ni eso siquiera, porque todos lo sabíamos desde la cuna...

Tales sarcasmos no cambiaban las costumbres y aficiones de Honorato, que hallaba en el estudio de las ciencias naturales alivio al aburrimiento que le producía la vida triste y lánguida que llevaban los cortesanos del rey sin reino. La física y la química le seducían; por suerte tropezó con un sábio catedrático jubilado, de la Universidad de Jena, y luego que le atrajo, á fuerza de halagos, convirtió en laboratorio su gabinete y maestro y discípulo pasaban en él horas deliciosas, entregados al estudio y los experimentos.

Una mañana en que por un descuido se produjo una explosión, su padre acudió al ruido: le preguntó con socarronería qué era lo que fabricaba con tanto estrépito, y al ver que el jóven, que le temía más que á un pedrisco, se callaba, añadió:

30626

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1925 MONTERREY, MEXICO



—Si es un elixir de larga vida como el que pretendía poseer mi amigo el conde de Saint Germain, no estaría de más que me diceses un frasquito, porque hace una porción de días que no me encuentro nada bien.

Estas palabras alarmaron á Honorato; hizo llamar en seguida al médico que de ordinario les asistía; pero inútilmente se esforzó el doctor en buscar remedio á la más peligrosa de las enfermedades, que era la que padecía el anciano marqués; sus ochenta años le mataban, y contra este mal no hay medicina que valga; el viejo aristócrata murió, pues, como la luz á quien falta aceite, sin agonía, y conservando su aire socarrón hasta exhalar el postrer aliento.

Huérfano, libre, rico y aburridísimo de la vida de la corte de un rey casi niño, sin trono ni estados, Honorato, á quien no importaba un ardite ver de cerca la cara de Luis Felipe, se apresuró á volver á Francia. El aire del país natal y la vista del castillo de Clairefont le produjeron una grata embriaguez; tan joven, tan lleno de vida y tan á gusto se encontró en medio de aquella nueva existencia, que apenas si se reconocía á sí mismo. Experimentó como una especie de renacimiento inesperado; pensó menos en sus alambiques y sus crisoles; abandonó el laboratorio; le dió el capricho de ver París, y si su padre, que murió un poco antes de tiempo para que conterto hubiese podido ir á la eternidad, le hubiera visto trasnochar, jugarse el dinero y *todo lo demás*, indudablemente modificara la creencia de que el nombre de sus abuelos había recaído en un belitre. El joven conde se hizo sócio del Jockey Club, recién fundado entonces; se metió en el escenario de la Opera, y allí corrió aventuras que le hicieron notable; no bastándole su renta

para subvenir á sus enormes gastos, la emprendió bonitamente con el capital, y los dos ó tres meses de verano que pasaba en Clairefont, con sus cacerías, sus recepciones, su lujo, sus trenes y su esplendor, escandalizaba y dejaba atónitos á los buenos de los habitantes de la villa con pretensiones de ciudad, entre quienes circulaban los más estupendos rumores. Contábase que en una sola cena se solían beber entre los comensales de Honorato ochenta ó cien botellas de vino de champagne, ni más ni menos que si fuesen de agua; añadían algunos que hermosas mujeres vestidas de hombres formaban parte de aquella pléyade de calaveras, y asistían con ellos, lo mismo á una orgía que á una partida de caza; y para confirmar esto, se citaba de público el hecho de haber gratificado con dos mil francos á cierto ojeador, á quien una de aquéllas Dianas propinó en las pantorrillas una perdigonada, en vez de acertar al corzo á quien se destinaban los mortíferos plomos... ¡Dos mil francos!... Una pequeña fortuna, tan grande para los campesinos aquellos, que desde entonces se aventuraban imprudentes á ser víctimas de otra análoga equivocación, con tal de recibir un puñado de lises, no bien se hablaba de cacería en el bosque del conde.

Este era un arrogante mozo, de mediana estatura, rubio, con los ojos muy azules y muy dulces. Cuando cruzaba por el pueblo guiando su tilbury y haciendo retemblar las vidrieras de las casas con el poderoso trote de sus caballos, más de una mujer se arriesgaba á ser sorprendida contemplándole, y no pocos corazones latían en secreto por el bello y espiritual aristócrata. Mas, ¿qué podían esperar del elegante parisense, á quien, según aseguraba su fama, se rendían y se le entregaban presas en floridas redes, lo mismo



las más célebres comediantas que las más encopetadas y altivas señoras? No obstante esto, un acontecimiento que produjo mucho ruido en el país, y que estaba llamado á influir de manera bien extraña y decisiva sobre el porvenir del conde, comenzaba á prepararse, y no debía tardar en ser un hecho concreto.

En la calle del Mercado, cerca de la fuente pública, cuyo chispear constante matizaba las fachadas de los edificios vecinos con multitud de pintitas verdosas, se alzaba una vieja casa, de sólo dos pisos, estrecha, con ventanas, cuyas vidrieras de *guillotina* ostentaban sus vidrios toscos, y cuyo tejado de alto caballete y anchos aleros le daba todo el aspecto de una barraca. Por encima de la puerta, sobre un tablero negro, había escritas estas palabras:

*Gatelier, comerciante de forrajes, salvados, mugueto y avena.* Alrededor de la tienda, en la planta baja, una multitud apiñada de sacos llenos acreditaba el surtido del mercader, y en una anaquelera, sobre la pared del fondo, el muestrario, formado por una porción de taleguillos, conteniendo muestras que no se renovaban nunca, servía de pasto á gorgojos y polillas. Era tristísimo aquel tenducho lóbrego y húmedo, adonde jamás llegaban los rayos del sol, y, sin embargo, en cierta ocasión le miró atento el marqués de Clairefont, y le halló espléndido y seductor.

Era día de mercado: dos carromatos obstruían la calle, y Honorato hubo de parar su coche en tanto que le dejaran paso franco: Distruido miró al tenducho, y quedó absorto, atónito: junto á una ventana abierta, una jóven rubia, blanca, de labios rojos y frescos, de ojos de cielo y cejas finísimas de color castaño oscuro, hermosa como una *madona* de Rafael, llena de gracia, interesante, pálida como una flor que

languidece en su maceta falta de aire y sol, bordaba sentada sobre una alta silla de madera ordinaria... Los carromatos se habían alejado; el grupo de campesinos que hacían un trato, gritando y palmoteando en medio de la calle, celebraban ya el alboroque en la inmediata taberna; el paso se ofrecía expedito á los caballos de Honorato, que pisaban impacientemente, y éste, sin pensar que llamaba la atención, despreciando los comentarios de los burgueses, estático, casi resuelto á bajarse del coche y entrar en la pobre morada para acercarse á la que tan hondamente le impresionara, todavía la contemplaba, creyéndola más bien ángel ó fantástica aparición que mujer tan sólo.

El discordante sonido de una campanilla ronca, agitada al abrirse la vidriera de la tienda, le sacó violentamente de aquel éxtasis; se fijó con desagrado en la sucia calle, en la negra y viejísima casa, y después de nuevo miró á la jóven; entonces se preguntó por qué capricho antiestético de la suerte aquella perla vivía en medio del lodo. Sintió como si una corriente eléctrica le recorriese el cuerpo, dirigió la vista al portal, y vió un hombre en el quicio de la puerta que le miraba provocador, con unos ojos amarillentos, que tenían algo del mirar del tigre. Era pequeño, flaco de cuerpo, muy moreno, y en su fisonomía se revelaba una gran viveza. Vestía de obrero, con americana de paño gris y pantalón de terciopelo verde, raído por las rodillas. Al levantar la cabeza, vió la jóven á Honorato delante de su casa, se ruborizó, y, afectando indiferencia, se apartó de la ventana y desapareció. Entonces oyó el marqués cómo dijo con voz dulce y argentina:

—Carvaján, en vez de mirar á la calle, podía usted acabar de poner corrientes los pedidos que es preciso que se entreguen hoy mismo.



El aludido sacudió la cabeza, como si quisiera desechiar un pensamiento desagradable, miró al marqués con aire sombrío y amenazador, y luego cerrando la vidriera con estrépito, se metió en la tienda con paso lento.

Honorato arreó los caballos que salieron al trote, y volviéndose hácia el lacayo, que inmóvil en la traseira, con los brazos cruzados, parecía uno estátua, le dijo con tono que afectaba la mayor indiferencia:

—¿Quién es esa muchacha tan bonita?

—Es la hija del tío Gatelier, señor marqués. ¡Oh! Tiene mucha fama en este país, y aunque se llama de nombre Edilia, generalmente la conocen por la *alhodiguera*.

—¿Honrada?

—¡Oh, mucho, señor marqués!... Honradísima. Su padre es rico, y si ella tiene ambición, se casará con una persona decente.

—¿Y ese muchacho con cara de zorro que estaba á la puerta?

—Es Juan Carvaján, el mozo del almacén. Un gran obrero que maneja la casa por sí mismo, porque el tío Gatelier está más en la taberna que en su negocio.

El marqués meneó la cabeza, como quien está enterado de lo que le importaba saber, y el lacayo, que no ignoraba cuál era su puesto, volvió á su inmovilidad y á su mutismo.

Por espacio de muchos días Honorato tornó á pasar en coche por la calle del Mercado: luego, con pretextos fútiles, se iba solo á pié hasta Neuville, causando la admiración de los campesinos, que extrañaban su aspecto meditabundo.

Se hacían comentarios sin cuento, y todos se preguntaban; ¿por qué, ó mejor, *por quién* abandona el

marqués sus paseos del parque, cubiertos de hierba, y prefiere el árido camino de Clairefont, y las calles del pueblo, sembradas de pedruscos, que rompen los zuecos de los campesinos, y aun mejor, por consiguiente, los aristocráticos y bien calzados piés del jóven?

Juan Carvaján, que desde la claraboya del granero observaba mejor que nadie, porque estaba celoso, podía contestar á esta pregunta. Un ódio súbito, feroz, implacable, por Honorato, ardió en su pecho desde que imaginó que perseguía á Edilia. Amenazaba sus intereses y su amor, porque su ensueño era heredar á su amo, casándose con la hija á quien adoraba: hacía algunos años que forjó aquel plan, síntesis de sus ilusiones, y no podía conformarse viéndole comprometido por el capricho de un gran señor.

Cuando en las horas más calurosas, mientras los habitantes de Neuville permanecían encerrados en sus casas, oía los pasos del marqués recorriendo las aceras de la solitaria calle, le ahogaba la rabia, y desde lo alto de su observatorio miraba á su rival, acariciando la idea de la venganza; pensaba que si uno de los pedruscos que sostenían las tejas cayese, podría terminar providencialmente la aventura, y furioso arañaba la pared con los crispados dedos, sin notar que por entre las uñas brotaba la sangre.

Un día se desprendió un fragmento del revoque, fué á caer sobre un hombro de Honorato, y éste levantó los ojos, y en medio del hueco de la claraboya distinguió las facciones crispadas de Carvaján, que le miraba con ojos de hiena que atisba la presa. Comprendiendo el peligro al reconocer á su rival, el marqués pasó á la acera de enfrente. Y desde luego se dedicó á reconocer los antecedentes de su adversario.



Entonces supo que era hijo de un subteniente español llamado Juan Carvajal, huido de su patria entre los que siguieron al rey José en 1813. Este emigrado fijó su residencia en Neuville, y allí vivió siempre en la pobreza, desempeñando, entre otros oficios, el de escribiente. Por una corruptela, de *Carvajal* se formó *Carvaján*, y en fuerza de costumbre quedó como usual el nombre adulterado por la pronunciación torpe de los lugareños.

Mas si el hijo del proscrito heredó un nombre francés, ó afrancesado al menos, no sucedió lo mismo con su carácter y su temperamento. Listo, y hasta cierto punto instruido, Juan tenía sangre española, y era, por lo tanto, vehemente, violento y vengativo. Era hombre capaz de guardar mucho tiempo el rencor, y, aprovechando el momento oportuno, asesinar á su enemigo con voluptuosidad y sin compasión.

A los diez y seis años entró en casa de Gatelier, y muy pronto se hizo cargo del negocio, hasta comprender que podía ser un elemento poderoso para dominar á la gente que vive de la agricultura. Era ambicioso, y no se contentaba con ser rico; aspiraba á ocupar una posición importante en el país, y con gran sagacidad se dió cuenta del movimiento social en Francia; comprendió que la burguesía caminaba al pináculo de la política, y se propuso ser burgués, rico y dominador absoluto del partido de que era cabeza Neuville. Con estos antecedentes, claro es que no se trataba de un enemigo vulgar, y así lo comprendió Honorato.

Aquel año la feria de Neuville, que se celebra el día de San Fermín, cayó el 25 de Setiembre.

La afluencia de forasteros hace que esta feria revista grande importancia comercial, pues así los gran-

des como los pequeños labradores de la comarca, llevan al mercado caballos, bueyes y cereales, origen de numerosísimas transacciones por espacio de cuatro días.

El tío Gatelier hacía su acopio para el invierno en esta época; entre copa y copa en el café del Comercio, celebraba sus tratos de compra, y claro es que, mientras la feria duraba, persistía su borrachera; mas ocurría el raro fenómeno de serle útil para sus intereses, porque cuanto más ébrio estaba, menos transigía, y á medida que su estómago se llenaba de vino, el bolsillo se le cerraba con más fuerza. Por eso decían los del pueblo en son de proverbio: *Cuando el tío Gatelier está remojado, el que le vende se queda en seco.* El último día, el bueno del borrachon estaba como una cuba, y sus negocios corrientes; ya podían acostarle para que digiriese las tazas de café y las copas de aguardiente que se había metido entre pecho y espalda.

Mientras los viejos comerciaban, los jóvenes se divertían; debajo del toldo que colocaban delante de la Casa Consistorial no cesaba el baile; todo Neuville acudía á él, y de fuera venían propietarios y colonos, cuyas mujeres ó hijos soñaban todo el año con la famosa fiesta. Era costumbre bailar una vez por lo menos, y Carvaján pensaba, temblando, que el marqués podría acercarse sin obstáculos á Edilia, hablarle casi á solas, y, de seguro, sin que él pudiese intervenir en la conversacion ni saber siquiera qué se decían.

Pero con gran sorpresa llegó el primer día de feria, y Honorato no fué al baile. Se le vió en la plaza hablar con sus arrendatarios, requebrar á las hijas, gastarse con ellas una porción de dinero: tuvo para todos una frase cariñosa, y para todas una sonrisa, y so pre-



texto de una gran jaqueca se volvió al castillo. Edilia rió, bailó, se divirtió con tal franqueza, que Juan desechó sus temores, no volvió á temer, y se divirtió también. Supuso que el capricho del marqués se había desvanecido al influjo de otra cualquiera idea y recobró esperanza y brio, burlándose de su propia suspicacia, porque ya creyó perdido su bienestar y su porvenir. A todos chocaba su alegría, que no le era habitual.

Al día siguiente, domingo, la fiesta alcanzó su más grande esplendor, y Carvaján se entregó con su vehemencia peculiar á los juegos en que los mozos lucían su destreza, y ganó en ellos varios premios; Honorato, á quien todos suponían enfermo, no pareció en todo el día por el pueblo, y esto ensanchaba el corazón del jóven; calmó sus nervios, y por algunas horas fué completamente feliz y se divirtió de lo lindo; bailó con cierta especie de furia, y, en fin, fué el más distinguido de todos los bailarines, casi el rey de la fiesta. Pero á media noche, en el momento en que el baile estaba más animado, buscó á Edilia para invitarla á un rigodon, y no la halló; recorrió la plaza, preguntando á todos los amigos del padre de la muchacha, y nadie le dió razón de ella; comenzó á inquietarse, su alegría se nubló, y cuando la idea de que había sido víctima de un engaño le vino á las mientes; cuando sospechó que la ausencia del marqués era tan sólo una ficción para confiarle, entonces perdió por completo los estribos, un nudo oprimió su garganta, y con vacilantes pasos corrió en busca de su principal, á quien estaba seguro de encontrar en el café del Comercio. El bueno de Gabelier nada pudo decirle para calmar su zozobra; estaba totalmente borracho, y tan incapaz de coordinar dos ideas como

de tenerse en pié. Entonces, á impulsos de una postrera esperanza, se dirigió á escape hácia la casa de la calle del Mercado; acaso Edilia se habría retirado, y sus temores fueran tan solo hijos de su desconfianza; pero al llegar frente al viejo edificio, su última ilusión se desvaneció; la fachada negruzca, semejante á un mausoleo, se ofreció á su vista en medio de la semi-oscuridad de la noche; ni una luz brillaba en ninguna ventana. Entró frenético; subió corriendo la escalera, que retemblaba bajo su planta con lúgubres chasquidos; fué al cuarto de la jóven, y golpeó la puerta primero con los nudillos, despues con furiosos puñetazos, que sólo obtuvieron por respuesta el repercutir de los golpes en el ángulo del corredor largo y oscuro. Por un instante permaneció atónito, sin saber qué hacer, percibiendo el latido de su corazón en los oídos y en el cerebro; luego, anonadado, se desplomó sobre el pavimento, y mesándose el cabello, rompió á llorar de rabia y de pesadumbre al reconocerse impotente...

Con la cabeza entre las manos crispadas, escuchando á lo lejos el rumor de la fiesta, los acordes de la música, el ruido de una multitud que se divertía, permaneció largo espacio inmóvil como la estatua de la desesperación; ideas de venganzas sangrientas, horribles cuadros de muerte y dolor se amontonaban en su cerebro, y el caos que formaba aquel maremágnum le impedía razonar; de pronto un pensamiento bulló en la mente oscurecida por la cólera; Edilia estaba sin duda en Clairefont; acaso aún llegaría á tiempo de arrancarla de entre los brazos del marqués...

De un salto se puso en pié; bajó las escaleras trompicando, sin notar el dolor que le producían los tropezones que daba contra las paredes en medio de la



oscuridad; ya en la calle, emprendió á la carrera el camino escabroso del castillo, con la cabeza descubierta, y sin que le detuviese la fatiga de los pulmones comprimidos por la angustia que le devoraba. En menos de un cuarto de hora ganó la meseta de la colina; halló abierta la verja del parque, y se precipitó por ella como un loco; siguió corriendo por una frondosa alamada y á poco, sobre el fondo negro del castillo que se destacaba en medio del horizonte, distinguió la luz de dos linternas á cierta altura del suelo; lanzó un rugido, violentó más su carrera, adelantó bastante en pocos segundos, y entonces vió que habia adivinado todo lo que sucedia... Delante de la puerta de la vetusta vivienda habia un carruaje tirado por dos caballos; oyó distinto el golpe de la portezuela al cerrarse, y por un supremo esfuerzo llegó junto al coche en el momento en que el postillon se disponia á levantar el látigo para sacudir á los vigorosos trotones. Dentro del oscuro fondo de la silla de postas creyó distinguir las formas de un hombre y una mujer: ahogándose casi, se abalanzó al coche, le abrió con violencia, y gritó con voz ronca:

—¡Edilia!...

Una exclamacion ahogada fué la respuesta que obtuvo: una mano vigorosa le rechazó, empujándole por el pecho, y una voz enérgica y varonil resonó con acento de mando:

—¡Adelante, postillon!

Carvaján comprendió que todo iba á concluir: dos vueltas de las ruedas bastaban para abrir un abismo infranqueable entre él y la mujer amada. Antes de que el postillon pudiera obedecer estaba Juan delante de la cabeza de los caballos, y agarrándolos por los frenos con mano temblorosa, decia con gritos de angustia:

—¡Edilia!... ¡Baja!... ¡Aún es tiempo!... No, no partirás mientras yo tenga un átomo de vida.

Los caballos se encabritaban, sacudiendo con impaciencia sus cabezas; la misma voz de hombre que antes diera la órden de marcha, volvió á resonar cólerica:

—¡Basta ya!... ¡Si ese hombre no se aparta, atropelladle!...

El brazo del postillon se alzó con fuerza, se escuchó el silbido de la tralla cortando el aire, y Carvaján, repelido por el casquillo de la lanza, que le pegó en el pecho, con el rostro cruzado por la fina punta del látigo, rodó por el suelo.

Cuando se le pasó el desvanecimiento que le produjeron el dolor y el rudo golpe, la oscuridad le rodeaba; logró ponerse de rodillas, y sus extraviados ojos distinguieron lejos, muy lejos, ya en la carretera de París, linternas del coche que conducia á Edilia, centelleando como dos luceros. Atolondrado, con el corazón oprimido, se alzó del suelo; tenia los párpados hinchados por el llanto, pero ya no humedecía sus pálidas mejillas ni una lágrima siquiera. Emprendió el camino de Neuville, llegó á la casa de Gatelier, donde ésta dormia ya con sueño torpe y profundo, entró en la alcoba del borracho, y le agitó con fuerza, gritándole:

—¡Amo!... ¡Señor Gatelier!... ¡Vuelva Vd. en sí! ¡Su hija de Vd., robada por el marqués de Clairefont, se va con él á París!... Que se la lleva ese miserable, ¿Oye Vd?

—¡Que se la lleva!... ¿Y qué?—murmuró Gatelier, en cuyo cerebro aún se agitaban girones de recuerdos de las ventas que habia realizado.—¡Deja que se la lleve!... Pero, ¿no sabes tú que los portes son siempre de cuenta del comprador?



Carvaján dejó caer el brazo de su amo, de nuevo atetargado ya; subió á su tabuco, y se arrojó sobre el lecho, devorado por la cólera y la vergüenza.

La fuga de Edilia, que parecía estaba llamada á destruir por entero los planes de Carvaján, lejos de esto, sólo tuvo para él ventajas enormes. Hay seres para los cuales hasta las desgracias se traducen en prosperidad. El tío Gatelier, abandonado por su hija, no encontró medio más á propósito para calmar la pena que hacerse aún más borracho. Desde por la mañana hasta por la noche pasaba el día delante de un ejército de tazas de café y de botellas, que llenaban la mesa para él sólo reservada. Totalmente embrutecido, no hablaba de la fugitiva, no se ocupaba de su negocio, y Carvaján era el verdadero amo de la casa. Este la hizo subir como la espuma, y en tres años su comercio adquirió importancia tan grande como jamás se había conocido.

Juan, frío, metódico, activo y muy formal, dió otro giro á las operaciones. Se dedicó á recorrer el contorno, hizo conocimiento con la mayoría de los labradores, y, prestándoles dinero cuando andaban en apuros, á subido interés y á cuenta de las cosechas, echó los cimientos de una especie de banco agrícola, del que más adelante había de sacar gran partido, así financiera como políticamente considerado.

Al comenzar el cuarto año de esta nueva etapa comercial de la casa Gatelier, éste murió; todos sus compañeros de embriaguez le acompañaron hasta dejarle en la fosa; su hija llegó la mañana misma del sepelio, y formó también parte del fúnebre cortejo, enlutada y con el rostro cubierto por un velo de granadina tan espeso, que apenas se la podía reconocer á través de él. Luego que terminó la ceremonia, volvió

á la casa donde vió la luz, se encerró con Carvaján hasta por la tarde, y al oscurecer partió. Al otro día el pintor de brocha gorda que adornaba las fachadas de las casas de Neuville, recibió orden para borrar en la muestra de la del difunto Gatelier este nombre, y poner en su lugar el de Carvaján. De este modo supo el pueblo que el dependiente se trocaba en dueño, y seguía haciendo los mismos negocios que su antiguo amo.

¿Qué había mediado entre Edilia y él? ¿Cuál era el contrato que hicieron? Nadie lo ha sabido. Ella se fué para no volver; él anduvo triste y cabizbajo por algún tiempo, pero nadie osó preguntarle, porque era más el temor que causaba á las gentes la ruda manera como acostumbraba á sacudirse los importunos aquel hombrecillo flaco, pequeño y anguloso, que la curiosidad que todos tenían por enterarse de la manera de hacerse un contrato tan útil para él.

A contar desde entonces, Carvaján se consagró á su ambición y su odio, sin que la una disminuyese el otro y vice-versa. Los dos tenían igual objeto: por la primera aspiraba á hundir á Clairefont y sustituirle; el segundo quedaria satisfecho al colmarse aquélla. El hombre que persigue una idea única con fé y constancia, es invencible; Carvaján poseía una voluntad de hierro, una calma inalterable y un tesón digno de mejor causa; debía subordinar, por lo tanto, sus actos todos á la idea de venganza, que estaba fija siempre en su mente. Ni el tiempo ni la ausencia de Clairefont fueron capaces de amortiguaria; con sólo alzar la cabeza y ver la silueta del castillo de su enemigo, le bastaba para reavivar el recuerdo; allí fué donde una noche de San Fermin llegó él, extenuado de fatiga, anhelante de pena, para recobrar á Edilia,



después de sentir la vergüenza del engaño de que el aristócrata le hizo víctima. Habían pasado diez años, y todavía la cólera le sonrojaba el rostro; aún le parecía sentir el dolor de la delgada punta del látigo, que dejó sobre su mejilla la cicatriz de una herida casi borrada ya... Todas, todas sus fuerzas, cuantas pudiera asimilarse á su plan vengativo, serian pocas para obtener el fin que se propuso, y ¡por Dios, que las emplearía en el momento preciso!.

Ni un sólo día perdió de vista la existencia de Honorato; vió con feroz gozo cómo su fortuna se aminoraba, mientras la suya iba engrosando; cada vez que sabía el fracaso de un negocio emprendido por su adversario, que cuando se cansó de hacer el loco volvió á sus aficiones científicas, sentía tal alegría, que no fuera ésta más completa si el dinero que aquél perdía en muchas ocasiones hubiera venido á reunirse con el suyo en su propia caja. Y de estos goces experimentó muchos; el marqués tenía más imaginación que talento; se le metía en la cabeza una idea, se encariñaba con ella, formaba fantásticos castillos en el aire, que halagaban su amor propio, y sólo después de una decepción, precedida de una pérdida metálica considerable, dejaba la empresa ruinosa para lanzarse de nuevo por otro camino tan ruinoso como el anterior. Era la antítesis de Carvaján, que nada emprendía sin madurar antes el negocio, hasta apreciarle en todos los detalles, y que, luego de lanzarse, no cesaba hasta haber sacado todo el partido posible. Cuando alguno de los que tenía encargados para enterarle de los actos del marqués le traía noticia de una nueva pérdida experimentada por aquél en alguna tentativa sin resultado, solía exclamar:

—¡Ya verán Vds. cómo no tengo necesidad de es-

forzarme para vencer!... Está loco, y se arruinará sin que nadie le empuje.

Cierta día, Carvaján tuvo un momento de verdadero entusiasmo: corrió por el pueblo la noticia de que Clairefont estaba en su castillo. Varios habían visto llegar á la estación un carruaje blasonado, y luego bajar del tren, para montar en aquél, á un hombre, sombra tan sólo del antiguo mozo que en otro tiempo hacía latir tantos corazones femeniles en Neuville. El sucesor de Gatelier no se contentó con la duda; quiso saber de cierto, si, en efecto, su enemigo estaba al alcance de su mano; y sin perder un momento subió la colina, y desde el camino vió las ventanas del edificio abiertas. Sumido en borrascosa meditación pasó largo rato contemplando el castillo y el parque, y ya, al caer la tarde, pudo distinguir en una alameda á un hombre que se paseaba con tardo andar; apenas si reconoció en él á Honorato: tan cambiado le halló. No era el mismo: su talle grueso no tenía la esbeltez del talle casi femenino de otra época; su rostro se había hecho vulgar; sus cabellos, ya blanquecinos, no eran tan abundantes. Aún era un hombre hermoso, pero ya no era seductor. Carvaján le siguió con los ojos animados por un relámpago rencoroso, y al verle desaparecer entre los árboles de un bosquecillo, exclamó, extendiendo hacia él su brazo amenazador:

—¡Oh! ¡Has cometido la imprudencia de volver á ponerte á mi alcance!... Pues bien... Ya nos veremos.

Y poco á poco, sumido en honda meditación, tomó el camino de su casa, cuyos negros y viejos muros, únicos compañeros de su soledad constante, eran mudos testigos de la tenebrosa lucubracion de cruel venganza.



El sino del marqués era asombrar á los habitantes de Neuville, y tornó á su morada campestre, despues de larga ausencia, bajo otro pié, más no de modo que su conducta fuera ménos digna de llamar la pública atención.

Su vida retirada y laboriosa contrastaba con las antiguas costumbres desarregladas y crapulosas: se ocupaba con asiduidad de mejorar sus tierras y explotar sus montes; parecía tener ideas particulares sobre el sistema de cultivo y explotación, pues trocó en prados los barbechos, compró muchas vacas, y montó una fábrica verdadera de queso y manteca, y al propio tiempo, en medio de lo más espeso del bosque de hayas que rodea el castillo de Clairefont, instaló una sierra mecánica y otros varios aparatos para labrar los árboles de los cortés que hizo.

En traje de campo, con gruesos zapatos, y con un baston en la mano, recorría las labores y los prados, vigilaba las faenas agrícolas, y parecía dichosísimo junto á sus obreros, no desdenándose de tomar parte activa en el trabajo cuando alguna máquina, entre las cuales habia algunas perfeccionadas y aún inventadas por él, no funcionaba del todo bien, ó era preciso instruir á los maquinistas. Lo restante del tiempo que estas ocupaciones le dejaban libre, lo pasaba en una torrecilla, donde hizo colocar un hornillo para hacer sus experiencias químicas, y en la cual tenia multitud de aparatos de física; allí, á la luz, teñida de matices varios, al atravesar los vidrios de colores de las anchas y antiguas ventanas, sin más compañía que un viejo criado que le siguió en todos sus viajes (pues desde que otro de los sirvientes cometió una torpeza y se abrasó horriblemente las manos al romper una retorta que contenia cierto ácido cor-

rosivo, el laboratorio era sitio cuya entrada estaba prohibida para los profanos), parecia una especie de doctor Fausto: esto daba lugar á mil fantásticos comentarios entre las gentes que habitaban los contornos, y sostenian que la prohibicion de que nadie entrara en el misterioso gabinete procedia de que el marqués era brujo, y practicaba, por lo tanto, la nigromancia, y en más de dos ocasiones los pasajeros que transitaban por la noche á través del monte de Clairefont, vieron la torrecilla iluminada por medrosos resplandores, y apretaron el paso llenos de terror murmurando una plegaria con honores de exorcismo.

Indudablemente habia descubierto un secreto para abonar sus prados y hacerlos fertilisimos; sus cosechas no tenian rival desde que los cultivaba por su cuenta, y los arrendatarios de las otras posesiones administradas por arrendamiento, solian decir:

—Nuestro amo tiene buenos trigos y buenos forrajes, pero sabe Dios cuánto le costarán... Sus abonos, desconocidos para nosotros, le deben salir por un dineral... y aún puede que su alma y el diablo tengan algo que ver el dia de mañana... Anda... buen provecho le hagan sus combinaciones, que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer...

Tales palabras eran propias de gentes sencillas que habitaban en el campo, y que por ser patrimonio de las agrupaciones de gente ignorante, la repulsion hacia las novedades que trae el progreso de la ciencia, no podian explicarse más que por un influjo sobrenatural, lo que no les cabia en la cabeza llena de rutinas y supersticiosas ideas; pero Carvaján, que no creia en diabluras ni en magias blancas ni negras, comprendió en seguida el partido que podia sacar de estos elementos inconscientes, á quienes asustaban los procederes



del marqués, y en sus viajes continuos por la comarca no perdía ocasion para hacer propaganda.

—¡Ojo!... Mucho ojo, pobretes—decía en cuanto se hablaba de estos asuntos.—El marqués de Clairefont es un mal enemigo para vosotros; trabaja por su cuenta, produce mucho, y vende directamente, haciendo una competencia que bajará los precios de los productos poco á poco... porque como á él no le hace falta para comer, y á vosotros si no vendeis os devora el hambre, claro es que ni podeis aguardar para dar salida á vuestros terneros, ni tirar la leche antes que darla al precio que á él se le antoje venderla; y si los compradores encuentran más barato lo que producen en Clairefont, no os comprarán á vosotros lo que os hace falta para que vuestros hijos tengan pan, sólo por vuestras bonitas caras...

Con estos y otros discursos análogos excitaba el descontento, y Tondeur, que no podía ver con tranquilidad cómo el propietario cortaba y preparaba las maderas por cuenta propia para despues enviarlas directamente á los arsenales de la costa y á otros centros de consumo, se alió con él, y no le iba en zaga en punto á crear atmósfera contra el marqués, valiéndose de otros argumentos no menos poderosos para exaltar los ánimos: provocaba la conversacion en la taberna siempre que podía, y, lo que era peor aún, al recibir jornaleros salía siempre con la misma cantinela, que le aprovechaba para recabar unos cuantos céntimos de rebaja en el precio de los jornales.

—Amigo mío; hágase cargo de lo que sucede, y verá cómo me da la razon. Hay mucha gente ocupada que no me es necesaria; yo veo un pobre que me pide trabajo, y le coloco, aun contra mis intereses; pero

¿cómo quiere Vd. que pague tres francos de jornal á un aserrador, si vendo ménos y sobran brazos? El marqués tiene aparatos que andan solos, y la madera de pié es suya, y donde ántes éramos cien hombres á mandar tablas y tablones, ahora somos doscientos; porque el tal ricachon, podrido de dinero, produce á máquina como ciento á brazo... Comprenda Vd. que harto es dar dos francos en lugar de tres... y eso, mientras con la competencia no tenga que abandonar el negocio, si no quiero arruinarme. Las máquinas, ya es sabido, son para dar á ganar á los ricos, y matar de hambre á los que no tenemos más que nuestro trabajo para ganar el pan...

Esto era inexacto, porque la sierra á vapor modificada por el marqués costaba dinero, lejos de ahorrarle; pero Tondeur realizaba así un doble objeto; en el órden moral combatía con ventaja á su competidor, y la rebaja de jornales le aumentó la ganancia de un modo considerabilísimo; pero así y todo, Carvaján y su cohorte de caciques no lograron destruir la influencia de las gentes del castillo sobre la poblacion rural, que necesitaba mucho tiempo para cambiar de ideas. En 1847, cuando las elecciones de diputados á Córtes, el marqués, con el apoyo de los comités realistas, obtuvo una enorme mayoría, y derrotó por completo á Doumontier, que representaba á los republicanos, y tenía gran influencia.

La lucha electoral fué cruda, y Carvaján se manifestó de tal manera adicto al fabricante de harinas, adversario político del marqués, que la hija del demócrata se prendó de él: lo que el jóven hizo por ódio á Clairefont, lo tradujo la infeliz por simpatías hácia su padre y amor por ella. Carvaján, demasiado listo para no aprovecharse de la romántica imaginacion de



aquella mujer que le convenia, supo darse buena maña, y seis meses despues celebró la boda con ella y sus cien mil francos de dote.

Al año siguiente, el marqués casó tambien; pero lo hizo con muy distinto criterio que el que inspiró á su ya difunto padre en iguales circunstancias; tomó esposa por amor y la elagida fué la hija más jóven del baron de Saint-Maurice, su vecino de propiedad, hombre chapado á la antigua, muy orgulloso de su nobleza, pero pobre á la par. La jóven marquesa, sencilla y dulce por temperamento, dió á Honorato dos hijos, Roberto y Antonieta; y durante su breve existencia fué un ángel para su marido, y constituyó el hogar perfecto, con todos los encantos que ofrece la familia; pero aún era muy jóven cuando murió, llevándose á la tumba todo el talento práctico, toda la prudencia de la casa, y, por consiguiente, el marqués se quedó sólo, sin persona que le fuese á la mano, y más monomaniático que antes en punto á inventos y experiencias, porque era más viejo y más infeliz, y los más perjudicados fueron Roberto, de trece años, y Antonieta, de diez, que vieron sustituidas las caricias maternales por la aparente indiferencia de un padre, absorto en utópicas lucubraciones científicas, y por la extraña ternura de una hermana de su madre, masculinizada por el celibato, y cuyas ideas la hacian vivir con medio siglo de retraso moral.

La señorita Isabel (así se llamaba la solterona) abandonó el pequeño patrimonio de Saint-Maurice para instalarse cerca de su cuñado, ó en tanto que éste se dedicaba á inventar cosas admirables en la teoría, pero ruinosísimas en la práctica, ella enseñaba á montar á caballo á la niña, á tirar al blanco al niño, y con aire altanero y caballeresco, sus teorías

absolutistas y su hablar hombruno, daba una idea aproximada del tipo de aquellas bravas amazonas de la Fronde, que de aventuras siempre, á todas horas en guerra, recorren los caminos, poniendo al rey á dos dedos de la ruina, de puro realistas.

Por lo demás, era la mujer más cándida del mundo, sin que fuera obstáculo para esto su fealdad, capaz de quitar un mal pensamiento al mismo diablo en persona. Era ignorante hasta decir que Enrique IV fué hijo de Enrique III, y tan fácil para enojarse, que rayaba en gruñona. Casi tenia perilla y bigote, y si alguien se equivocaba llamándola señora en vez de señorita, poco faltaba para que se hiciese justicia á sí misma calentándole las orejas. Jamás lábio humano pronunció mayor número de barbarismos; como cosa corriente decia: mi sobrino á caballo es un *bucenau-ro*, y fué inútil que el marqués pretendiese corregirla, contándole la manera cómo Aquiles se educó bajo la dirección del centauro Quiron, y notando en seguida la diferencia que habia entre este personaje mitológico y la galera capitana de la escuadra de Venecia en tiempo de la república; siempre le salió al paso diciéndole: Déjame en paz con tus *batiburrillos*; cada cual habla á su modo, y no es para mí de fe que el tuyo sea el mejor; lo que importa es que se entienda lo que se quiere decir, y hasta el día tus hijos no dejaron de hacerlo. Nuestros padres no sabian tanto, y sin embargo andaba el mundo mejor que ahora, que es una *Torre de Babilonia*...

La buena señora tenia sobre Roberto una influencia enorme, pero pecaminosa por sus efectos; le mimó tanto desde su más tierna infancia y á tal punto le metió en la cabeza las ideas absurdas de rancia aristocracia que á ella le ofuscaban, que del que hubiera



podido ser un hombre de provecho dirigiéndole con tino, fomentando su pereza de alma y la prodigiosa actividad de su cuerpo, resultó un ser discolito de puro orgulloso, sin más afanes que cazar, presumir de bebedor invencible y perseguir muchachas. Había en él algo de la viril pero brutal grandeza de los señores feudales, y esto entusiasmaba á su tía de tal manera, que, cuando su cuñado se lamentaba por la desaplicación de su hijo y la salvaje turbulencia de su carácter solía decirle:

—¡Sí, á tí no te gusta que sea de ese modo, porque no es un Clairefont *de ahora!*... Pero pierde cuidado, que no seguirá tu huella el niño; ¡es un renacimiento de los Clairefont y los Saint-Maurice de otros tiempos!...

En cuanto á Antonieta, á pesar de los esfuerzos de su tía, su natural, dulce, franco, y sencillo, no se cambió, y era una adorable criatura; nada tenía de *marquesa* en sus costumbres, tan humildes como violentas eran las de su hermano; sin que esto fuera obstáculo para dar gusto á su tía ejercitando el cuerpo; halló medio de instruirse leyendo mucho, y cazaba conejos en el parque en compañía de su padre, y estudiaba en su casa cuanto le era posible; pero le era más grato montar á caballo para huir del disgusto de ver morir á pobres animales, sólo por recrearse en matarlos, y más de una broma de su hermano, burlándose de sus sensiblerías, le costó verter lágrimas.

Era de mediana estatura, pero muy bien formada; su rostro, de cutis fino y color sano, estaba animado por unos ojos negros, brillantes y expresivos, y sus labios ligeramente gruesos, cuando se entreabrían para sonreír con dulzura, dejaban ver unos dientes pequeños, iguales y blancos. De ordinario su fisonomía expresaba la dulce calma de su espíritu alegre y bon-

dadoso; revelaba la bondad y el bienestar en él reinantes. Tenía verdadero fanatismo por su padre; le mimaba como á un niño; era la única persona que en aquella casa se preocupaba con atención por las teorías científicas del inventor; se esforzaba por comprenderle, sin lograrlo algunas veces, pero siempre admirándole; dibujaba muy bien, y de ella se valía el marqués para que le copiase los modelos, dándoles luego claro oscuro y colores á la acuarela; esto colmaba de alegría al pobre viejo, que en la admiración de su hija le parecía ver el más precioso de sus triunfos.

Pero éstos, estériles en lo tocante á la utilidad, eran los únicos que alcanzó; jamás inventor infeliz pudo serlo tanto; los múltiples descubrimientos de aquel hombre fecundísimo de imaginación, nunca sirvieron más que para costar mucho dinero.

Hacia una prueba en pequeño; no daba resultados; pensaba que, reducida la máquina á juguete, era injusto rechazarla por mala, y, lleno de ilusiones, la construía en grande; y como sucedía lo mismo que antes, las pérdidas eran formales, y se abandonaba el invento. No logró acertar en nada; siempre fueron sus aplicaciones infructuosas para la agricultura, mas no para los comerciantes que vendían los carísimos ingredientes ó aparatos que se ensayaban; y, sin embargo, el marqués no cejó delante de las dificultades, ni escuchó las amonestaciones de su cuñada, que le decía:

—Estás medio loco, y es una lástima que no lo estés del todo, ó seas totalmente cuerdo. Ni lo eres bastante para que te encierren, ni tampoco para que se te pueda dejar suelto... Con tus *maquinaciones* acabarás por arruinarte... ¡y entonces veremos qué inventas para evitar la miseria!



El marqués se reía de los arrebatos de la vieja, que peroraba contra su monomanía con vozarrón de marimacho, y se limitaba á contestarle:

—Deja, mujer; el día menos pensado encuentro lo que me propongo, y entonces verás como todo cambia; cómo hago una gran fortuna, que envidien los industriales más ricos. Porque de un sólo golpe voy á conquistar honra y provecho.

—Si, dirán: ¡Clairefont comerciante de esto ó lo otro!... ¡Valiente honra!... ¡Cuando te casaste con mi hermana, tenias veinte mil francos de renta: era una bonita fortuna; podias haberte reducido á economizar y dotar bien á tus hijos!... Pero no; mejor es que dotes á la ciencia... esto, sin contar con que te engañan vendiéndote á peso de oro mil chucherías que no valen diez céntimos y que te arruinarán. Porque tienes enemigos... Si; gente á la que conviene tu ruina, y se interesa porque llegue pronto... Y entonces... Ya sabes lo que dice el refrán: « Quien adelante no mira... »

El marqués escuchaba humilde estas reprimendas; bajaba la cabeza, meneándola como quien duda de la cordura del que le habla, y se encerraba en la torre-cilla, donde, entregado á sus pensamientos de gloria y riquezas, pasaba el tiempo, en medio del silencio y la calma del estudio.

Mientras así mortificaban á los Clairefont las preocupaciones que el progresivo aminoramiento de su fortuna les causaba, en Neuville reinaba el bienestar, aunque éste no alcanzase á la familia Carvaján.

A pesar de la próspera suerte que aumentó sus bienes, y de la influencia que ésta le daba entre sus convecinos, la casita de la calle del Mercado era, después de diez años, tan triste como antes. Carvaján

y los suyos se instalaron, y vivieron trabajando siempre; la hija de Doumontier, al caer desde lo alto del pináculo de sus ilusiones en medio del árido campo de la realidad, comprendía que había sido objeto de un negocio nada más.

Lloró amargamente, y la maternidad fué el único consuelo que halló; el pequeño Pascual era todo el universo para ella; olvidó sus pesadumbres viéndole sonreír, y se dobló á la ruda economía de su marido, pensando que así el niño sería más rico al llegar á ser hombre.

Pascual creció en aquella vivienda lóbrega, estrecha, triste; temblando al escuchar la voz de su padre, aquel hombre duro, de tez de color de café, de nariz delgada y de ojos amarillentos, brillantes como monedas de oro. Detrás de esta silueta amenazadora aparecía la pálida y triste fisonomía de su madre, cuya dulce mirada tranquilizaba el corazón del niño cuando se lo oprimía el temor, y cuyas frases tiernas alegraban su alma.

Habitaban la propia estancia; una habitación de paredes cubiertas por ensambladuras de madera hasta la altura de una persona; de techo cruzado por las vigas al descubierto, con una sola ventana, en cuyo alfeizar crecían dentro de un gran cajón, lirios y claveles; y cuyas vidrieras de viejos vidrios, sujetos con tiritas de plomo, dejaban pasar la luz oscurcida por tintas verdosas, que daban á los objetos cierto aspecto lúgubre. Allí, delante de aquella ventana, pasaron los años de la primera infancia de Pascual: su madre, mirándose en él y cuidando sus flores, vió discurrir los días casi felices, porque en su corazón la ternura maternal compensaba todo lo amargo.

A Carvaján sólo le veían á las horas de comer;



cuando no estaba de viaje, se encerraba en su gabinete del piso bajo, los días de mercado los labradores á quienes apuraban sus compromisos y necesitaban tomar dinero á préstamo, depositaban en el suelo de aquella estancia muestras de barro de todos los confines del distrito, traídas en las suelas de sus groseros zapatos.

El pesado aldabon retumbaba en el portal con triste eco, sacudido con fuerza por la impaciente mano de un infeliz labrador á quien la necesidad castigaba; despues se oía el ruido de los pasos de la vieja sirvienta que, arrastrando los piés, iba á franquear la entrada al visitante; algunas veces rumor de voces ásperas llegaba hasta el cuarto donde Pascual y su madre veían trascurrir el tiempo, sin más distracciones que su mútuo cariño; era una disputa, que atajaba Carvaján con su palabra seca y violenta... Las puertas volvían á sonar al abrirse y cerrarse con fuerza... Entonces Pascual se asomaba curioso por entre las flores de la ventana, y veía alejarse al campesino con la cabeza baja, con los hombros encogidos, como si el peso de una desventura le aplastase... Un día, uno de estos desventurados, al llegar á la esquina de la calle se volvió, y con rostro iracundo, amenazando con el puño al mudo edificio, cual si fuera un enemigo capaz de escucharle, gritó:

—¡Ties mis vacas! ¡Ties mi campo!... ¿Aún quieres más, usurero maldito?...

El niño tenía siete años; comprendió que aquella frase era una injuria lanzada contra su padre, pero no alcanzaba del todo su significación concreta. Mas aquellas palabras se grabaron en su mente, y no cesó de darles vueltas en ella hasta llegar á forjarse un tipo espantoso del hombre que era usurero. Le atribuía las

formas de un negro y feroz gigante, como los de los cuentos de hadas, que le infundían pavoroso terror y le quitaban el sueño; pero aún quería más certeza, y se atrevió por fin á interrogar á su madre:

—Mamá, ¿qué es un usurero?—la dijo.

La pobre mujer palideció al influjo de la mirada de su hijo; por un momento quedó perpleja, y despues repuso:

—¿Por qué me lo preguntas, hijo mio?...

Pascual la refirió la escena que cimentó sus dudas; la buena señora bajó la cabeza, y murmuró:

—¡No repitas jamás esa frase, niño mio! ¡Los infelices suelen ser injustos! ¡Ese hombre se fué quizás sin lograr un objeto que esperaba obtener, y descargaba su mal humor sobre tu padre, que, si es duro en la manera de tratar los negocios, es honradísimo asimismo! ¡Y, sobre todo, es tu padre, y debes respetarle y amarle, sin buscar más razon que tu debe!

Al decir esto, le temblaba la voz á la pobre víctima de la crueldad de su marido, y en sus ojos se amontonaban las lágrimas; todo esto se grabó en la memoria de Pascual, y más tarde pudo comprender el terrible significado de ello. La guerra sin cuartel que Carvaján hacia al marqués de Clairefont no llegó á poder apreciarla mientras fué niño; el alma impenetrable del prestamista no dejaba traslucir sus secretos así tan fácilmente; trabajaba en silencio, con una paciencia como la de la araña que teje su tela, mortal para el insecto á quien acecha. Pascual se alejó de su madre para ingresar en el colegio de Evrux, donde comenzó sus estudios; luego pareció insuficiente esto, y el presunto heredero de una fortuna que se acrecentaba como la espuma, se trasladó á Paris para continuar su carrera; fué un jóven aventajadísimo: cur-



só el derecho, y al volver a Neuville era ya doctor.

Hombre ya, podía discurrir por sí propio; nada le parecía nuevo en la casa de su padre, siempre lóbrega, triste, negra; dentro de ella las mismas costumbres; en el portal iguales manchas de lodo; en el despacho, discusiones ágras y hombres que entraban tristes y salían mustios ó vice-versa. Habían envejecido todos, prestamista y deudores... Mas el comercio de oro seguía como antes. Los rostros se contraían, y los labios formulaban una frase que se extinguía antes de ser pronunciada, porque Juan Carvaján era hombre á quien precisaba tener contento... Y esta palabra era la de aquel día; para Pascual ya no era un enigma, no ignoraba ya lo que significaba *usurero*...

Todo el mundo temblaba delante de aquel que le dió el ser; ¡bien lo veía!... ¡Era tan temido, que no le detestaban, aunque tuviese entre las uñas jirones de la fortuna de todos!... Impon a su dureza, sin que se murmurase contra él, y entre tanto el marqués, noble y generoso, era objeto de odio y desprecio. «Es un tonto á quien se puede engañar muy fácilmente,» decían... ¡Y esos mismos que le engañaban, encarnizábase contra él, como si pretendiesen hacer olvidar así su mala fé. Hé aquí el carácter de los campesinos en toda su repugnante desnudez; ¡se arrastran á los piés de quien los azota y los desprecia, y se alzan como víboras contra quien los favorece y quien los acaricia!

La manera de vivir de Carvaján no había variado; continuaba teniendo una sola criada, que trabajaba como un asno; su mujer, siempre sola, seguía reducida á su triste estancia, como antes de partir su hijo; sólo sus cabellos habían sufrido variación; de negros

se trocaron en grises... Al regreso de Pascual, tuvo un instante de suprema dicha... pero fué un instante nada más lo que duró. Comprandió presto que entre el noble jóven y su padre no cabía el acuerdo, y con un hombre de las condiciones de Carvaján, esto era gravísimo; ¡era motivo sobrado para que una tempestad horrible estallase, arrollándolo todo!... Pasadas veinticuatro horas que el jefe de la familia concedió á las expansiones maternales, Pascual fué llamado al despacho por aquél; lo halló paseándose tranquilo con las manos cruzadas atrás, y no bien se halló delante de él, cesó bruscamente en sus paseos, y procurando dar dulzura á su acento, le dijo:

—Hijo mio, estoy satisfecho de tí. Has hecho la carrera con gran lucimiento, y esto prueba que eres listo. Supongo que pensarás ocuparte en lo que de suyo corresponde á un hombre que estudió leyes; aquí tenemos un tribunal; los que desempeñan funciones de letrados son un atajo de borricos, y á poca costa te sobrepondrás á todos ellos. Por mi parte, yo puedo crearte una clientela superior, y deseo que me digas si te conviene emprender esta senda que te indico, para saber á qué atenerme.

Al ver que Pascual inclinaba la cabeza sin responder, el usurero se irguió, y mirándole fijamente, prosiguió:

—Tu silencio me indica que mis palabras cumplen tus deseos; en Neuville hay trabajo de sobra, y para comenzar voy á darte para su estudio varios negocios.

Así diciendo, cogió de encima de la mesa una porción de legajos, se los entregó, y dándole una cariñosa palmada sobre el hombro, añadió:

—Si quieres comprender lo que te conviene, puedes serme muy útil y ganar mucho dinero.



Pascual se encerró en una sala por todo aquel día; se engolfó en el estudio de lo que su padre llamaba *negocios*, y quedó calificado; era el arte de explotar á los míseros con una habilidad sorprendente; sorteando con pasmosa astucia los escollos, y arreglándose de modo que en caso de responsabilidad, ésta recayese sobre un testaferro, sin menoscabar las ventajas que el prestamista se proponía; el nombre del banquero no figuraba en ninguna de aquellas picardías... Siempre aparecía como cesionario de un tercero, y sólo percibiendo la tercera parte de los beneficios. Estupefacto primero, luego lleno de pesadumbre el jóven juzgó á su padre con irrevocable fallo...

Con la cabeza inclinada sobre aquel fárrago de papeles que encubrían un cúmulo de infamias, Pascual evocó el recuerdo del pasado; escuchó, como en sueños, las disputas en las cuales las frases violentas resaltaban siempre; recordó, como si le viese, al infeliz que abandonó aquella casa con la desesperación en el rostro, al que furioso, amenazando con el puño á las tristes paredes de la lóbrega casa, gritó con ronco acento ¡*Usurero!*...; y esta palabra, que significaba infamia, resonó lúgubre en sus oídos.

¿Era él hijo de aquel hombre? ¿El, que sentía agitarse dentro del pecho los más generosos sentimientos, se convertiría en infame cómplice de aquel explotador de pobres infelices á quienes arruinaba sin piedad? ¿Consentiría en patrocinar con su autoridad y defender con su palabra y su ciencia la obra infame de expoliar á los débiles y sumir en la miseria á quienes tenían por todo patrimonio su trabajo y cuatro terrones en que emplearle? . . . ¡No!... ¡Jamás! Palideció sólo á la idea de atreverse á rehusar el papel que su padre

le imponía; abrió la ventana, y el aire del campo refrescó su frente abrasada por la fiebre. Comenzaba á caer la tarde; el silencio y la obscuridad invadían las desiertas calles de la población; el cielo reflejaba los postreros rayos del sol, hundiéndose en el ocaso; el lejano sonido de la campana de una ermita llegó á sus oídos, y extraña melancolía sustituyó en su ánimo á la exaltación que antes le agitaba; parecía como si aquel eco metálico fuera una proclamación de su inocencia. Pensó que todo había concluido para él; que nunca la dicha residiría en su espíritu, y apoyado sobre el alfeizar de la ventana, lloró con amargura...

La voz de la criada le sacó de sus tristes meditaciones.

—Señorito Pascual, el señor le espera á Vd. para comer,—oyó que le decía.

Se estremeció, pensando que iba á encontrarse frente á frente con su padre; mas era imposible evitarlo; era aquella una situación insoluble para él. Bajó al comedor, en el cual sus padres estaban ya á la mesa; su aspecto triste impresionó á su madre, que le miró inquieta. Carvaján se frotó las manos con ruido, y riendo la dijo:

—Hé aquí un muchacho que trae cara de haber trabajado mucho... Eso me gusta... Ahora, á comer y de cansar...

La comida fué silenciosa; Pascual, absorto, daba vueltas en su cabeza á los argumentos que pensaba oponer para defenderse de su padre; la amorosa mujer que tanto le amaba, presentía la tormenta, y estaba abatida. Carvaján devoraba. Al concluir de comer, con acento que no admitía réplica, dijo encarándose con su esposa:



—Querida, puedes retirarte á tu cuarto, si te parece, Pascual y yo tenemos que hablar.

Condujo al joven á su despacho, sentóse delante de su escritorio, y exclamó, mirándole atento:

—Y bien!

Nada de preámbulos, nada de precauciones, nada de vacilacion: iba derachio al objeto y era preciso responder categóricamente; aquella frase, que envolvía el gérmen de una horrible tempestad, no permitía divagar. Pascual se esforzó por serenarse, se afirmó sobre sus piernas temblorosas, y con la boca seca y voz demudada, comenzó:

—Puesto que es preciso, padre, seré franco. Los negocios que me encomienda Vd. me parecen deplorables. Los estudié á fondo... Creo que no puede obtenerse más que una fama muy desagradable siguiendo litigios de esa índole... y, si me es lícito darle á Vd. un consejo..., opino que debe transigir para evitar que el público se entere.

Carvaján no contestó: sus facciones tomaron una especie de dureza enorme; parecían inflexibles como la piedra; sonrió irónicamente, y levantándose con calma, dijo luego:

—¡Pero, hijo mio, hazte cargo que yo adelanté mi dinero... y es muy justo que quiera recogerlo!... ¡Además, no me espanta á mí que el público se entere; cada tres por cuatro me veo en la dura precision de embargar á mis deudores que no pagan á tiempo! ¡Estos bestias de palurdos parece que tienen el dón de tomar á préstamo lo que no pueden pagar nunca!... Los que no tienen fincas, nos dan cosechas en garantía; esto se llama crédito agrícola, querido!... Sin mí no tendrían con qué pagar á los propietarios... ¡y se me figura que no creerás que debo regalarles mi for-

tuna!... ¡Y, sobre todo, no presumo de filántropo; soy un hombre de negocios; necesito grano ó metálico al vencimiento!... Pero, ¡oye, tú! ¿Se te figura que te engaño? ¡Tú no comprendes como yo la cuestion!... ¡Es menester juzgar por el prisma de la práctica, dejando á un lado la teoría!... ¿Quieres que te diga la verdad? Pues mira: ¡esos infelices, segun tú, son unos bribones, que me sacan el dinero y me arruinarán, si me descuido!... ¡En todos estos negocios pierdo, créeme, pierdo!...

Dijo estas frases con acento de tan honda conviccion, que su hijo no encontró palabras para responder. ¡Le arruinaban! ¡El era la víctima, y los dadores quienes le despojaban! Aquel impudoroso sarcasmo anonadó á Pascual.

El banquero dió unos pasos, y poniéndose enfrente del joven, le miró con sus escrutadores ojos, exclamando:

—En suma, y para concluir, Pascual: ¿quieres encargarte de mis negocios? ¡Sí, ó no!

Éste dudó un instante, luego su rostro se cubrió de rubor, y repuso con energia:

—No.

—¡Ah!... ¡Ah!...—exclamó en dos diversos tonos Carvaján.—¡Eres un valiente, no mascullas las palabras!... ¡Pero me figuro que no creerás que voy á mantenerte para que te pasees!...

—¡Ya tendré ocupacion, no tema Vd., padre!... ¡Pero le ruego que no me contrarie!...

—¿Has supuesto semejante desatino?—dijo con aspereza el banquero.—¿Acaso pensaste que me haces falta? ¡Me hubiera gustado asociarte á mis operaciones mercantiles, y hacerte aprovechar mi experiencia! ¡Te haces el desdeñoso, y pretendes valerte de tus



propias fuerzas!... ¡Buena; me parece muy bien!... Acaso engendré un águila...; pero mientras no me lo pruebes, creo que se trata de un simple ganso... En fin...: buenas noches; y ya que te bastas con tus ideas quijotescas..., véremos qué te producen, y me alegraré que no te arrepientas de ello nunca!...

Abrió la puerta, hizo salir á Pascual, y sin pronunciar palabra se volvió á encerrar en su gabinete de trabajo. Cuando se quedó solo, se paseó arriba y abajo por algun tiempo, agitado por la rabia, y por fin se detuvo, dió un puñetazo sobre el escritorio, y murmuró:

— ¡Bien me ha dado en las narices con su franca negativa!... ¡Soy un estúpido, que le dejé en libertad de hacer su gusto, y áun creo que me impone con su actitud!... ¡Un monigote de veinte años permitiéndose criticar á su padre!... ¡Por Dios vivo que no me reconozco!... ¡Es la primera vez en mi vida que me domina el obstáculo!...

Meneó la cabeza, se quedó pensativo, y luego concluyó sonriendo:

— ¡Bah! ¡Es lo mismo! ¡Sea lo que quiera, es un Carvaján!...

Sí, lo era; pero de la buena raza; con toda la resolución y la energía, con todo el ardor de un carácter franco, apoyándose sobre una base firmísima de delicadeza y honradez. Hizo como lo habia ofrecido; empezó á ejercer, y á los seis meses de esto su reputación estaba hecha, y se le enviaba á informar en la Audiencia de Reuen en un pleito de gran entidad contra cierta sociedad de mucha influencia. Hablaba con una claridad y una desenvoltura notabilísimas, y en breve alcanzó la verdadera elocuencia; los magistrados le escuchaban con admiración, sin fastidio ni sue-

ño; y esta manera de atenderle influía no poco en el éxito de sus empresas.

Esto produjo en su padre un doble efecto; le enorgullecía y le exasperaba; porque comprendía que el jóven estaba en camino de emanciparse muy en breve. Siendo nada más un abogado mediano, ¿qué le importaba? Le hubiese tenido junto á sí, desdeñando su medianía y sosteniéndole como de limosna; pero siendo toda una notabilidad, ¿no era tristísimo no poder aprovecharle en beneficio propio? En sus manos hábiles, aquel jóven hubiera sido un instrumento poderosísimo que le hiciera dueño absoluto de todo el partido; lo único que le faltaba, el don de hablar fácilmente, lo poseía con creces su hijo; podía ser la voz de su inteligencia, y se encontraba con que este elemento se le oponía en vez de ayudarle.

No se trataba ya para Carvaján de hacer estudiar á Pascual aquellos negocios que contenían los apollados legajos: su ambición era otra ahora; el talento de su hijo podía serle más útil todavía para combatir al marqués en el terreno de la política, apoderándose de la opinión, asegurando las elecciones en favor suyo, y, una vez en el terreno de las intrigas poder alcanzar lo meta deseada. Mas ¿cómo imponérsele, si jamás le manifestó cariño, si le dejó crecer sin ocuparse de él, absorto en sus negocios y en sus planes de venganza?... Para atraerla por medio de los halagos, era ya tarde; restaba una sola manera de lograrlo: aprovechando el amor que el jóven sentía por su madre; acaso, valiéndose de ella conseguiría aliársele para sus propósitos.

La pobre mujer, enferma hacia ya algunos años, se iba extinguiendo sin exhalar una sola queja. La vuelta de su querido hijo fué para ella motivo de una



profunda alegría, y á su presencia parecía que la vieja y obscura vivienda se llenaba de luz y de fresco ambiente.

Hasta el mismo Carvaján se mostraba menos grosero, más alegre; tenía momentos en que parecía otro, con sus efusiones desusadas y sus bromas, inverosímiles de puro chocantes. Por las noches, después de comer, se quedaba en el comedor, y hablaba y reía con ella y Pascual; se le conocía á la legua el interés por agrandar: la fiera se amansaba por sí sola.

Madre ó hijo como conocedores del carácter del jefe de la familia, se preguntaban con temor cuál era el secreto impulso que motivaba aquel cambio, y al propio tiempo, no sin incertidumbre, le favorecían con toda su alma, por si acaso fuera un milagro de la Providencia y no un efecto del propósito utilitario oculto bajo la capa del disimulo.

Una mañana muy temprano, la buena mujer vió con sorpresa á su marido entrar en su cuarto con semblante alegre; le escuchó no menos admirada, preguntarle por su salud con acento cariñoso, y su extrañeza no reconoció límites al sentir que le pasaba la mano por la frente con ternura, y después de sentarse sobre el borde del lecho:

—¿Quieres que hablemos de un asunto que me interesa muchísimo, y para cuyo éxito necesito que me ayudes? (le dijo, siempre acariciándola.) Si haces lo que te voy á pedir... te quedaré agradecido mientras viva... Y sólo hace falta que tú te empeñes para que se realice mi ardiente deseo...

—¿De qué se trata, Juan?...—preguntó la madre de Pascual palideciendo, porque sintió oprimirse el corazón.

—De nuestro hijo...

—¿Qué le ha sucedido?...—exclamó la pobre mujer con angustia.

—Nada, tranquilízate; no se trata del presente, sino del porvenir... Me preocupo mucho por él...: es una persona que vale..., y aunque sólo fuese porque me lo diste, merecerías todo mi cariño. Es un chico que puede aspirar á todo; pero conviene preparar el terreno..., y esto me trajo en tu busca.

Para ti no ha crecido; aún es aquel pequeñín de otros tiempos, y sólo te ocupas en mirarle; convenría que le aconsejases en serio, y vengo á prevenirte para que lo hagas. Hay en el país un puesto que le conviene..., y si sabe aprovechar las circunstancias, puede sacar mucho partido de su talento. Los republicanos se agitan, y le traería mucha cuenta figurar entre ellos. ¿Porqué no le hablas de esto? ¿Luego me dirás lo que opina!... Maneja con tacto este asunto, y si logras convencerle... ¡no tendrás por qué arrepentirte!... ¡Yo te lo fio!...

Después de haber revelado su propósito, Carvaján cambió de conversacion; mimó á su mujer para disponerla á servirle en su plan, y á poco le dió un beso, el primero que la daba desde hacia muchísimo tiempo, y salió.

Por espacio de algunos dias esperó sin decir palabra, escudriñando en las fisonomías de su esposa ó hijo la respuesta que aguardaba ansioso, pero sin descubrir nada que le revelase lo que deseaba. Al cabo de una semana de impaciencia se decidió á preguntar: la respuesta no le satisfizo; Pascual no ambicionaba figurar en la política, y rehusó lanzarse á la palestra. Presa de violenta rabia, escuchó á su mujer; le parecía que dentro de su cabeza, dura como la piedra, algo le apretaba el cerebro; amontonáronse las ideas



con una vertiginosa rapidez; estuvo unos instantes mirándose maquinalmente las manos que le temblaban, y despues, soltando una terrible interjeccion, dejó estallar la cólera que le ahogaba:

—Os habeis creído que os vais á reir de mí? ¿Eh? Pues estais en un error. Tú y tu hijo me obedecereis, ó tomareis bonitamente la puerta de esta casa, donde yo, solo yo, ¿entiendes? soy el amo. Nadie me contrarió jamás, ¡y ese muñeco va á ponérseme de frente! Pierde cuidado de que suceda; yo le ataré corto... y ¡ya veremos quién lleva el gato al agua!... ¡Por el diablo!... ¡Habrá quien sufra esto!... ¡y se opona, de potencia á potencia con su padre! ¡Pues que mire lo que hace; porque le planto en la calle como me llamo Juan... todo el mundo sabrá que me ha faltado al respeto...!

Esta escena y estos discursos, matizados de palabras soeces y duras, se prolongaron por largo espacio. La infeliz esposa de aquel hombre brutal estaba llena de pavora, y de tal modo la afectó ésta, que febril y enferma tuvo que acostarse.

Al día siguiente ofrecia síntomas alarmantes, y al fin de la semana llegó á un estado tal de gravedad, que se la consideró perdida. Su hijo, sin apartarse de su cabecera, pasó aquellos crueles días cuidándola con cariño, y lleno de amargura y pesadumbre al escuchar de sus labios las amenazas de Carvaján, que ella repetía en medio de su delirio.

Una noche, por fin, recobró el conocimiento, se alzó sobre un codo encima del lecho, y apoyando la otra mano helada sobre la frente de Pascual, que puesto de rodillas la contemplaba con terror, exclamó:

—¡Vamos á separarnos, hijo de mi alma! ¡Y con qué pena te lo digo, yo que te quiero tanto! Hemos sufrido mucho en estos últimos tiempos...; olvidalo...;

nunca recuerdes tales cosas...; y sé bueno. La mayor suerte en la vida, consiste en tener tranquila la conciencia.

La acometió una congoja; Pascual, con los ojos inundados por el llanto, la vió palidecer como si fuera á morir... Pero volvió en sí presto, y mandó llamar á su marido: le habló algunos instantes, sin que Pascual, que se retiró junto á la ventana, y miraba, sin ver, las plantas queridas de su madre, siempre lozanas sobre el alfeizar, pudiera oír lo que le dijo: Carvaján, con sombrío rostro, escuchaba sin responder aquel solemne discurso, y se limitaba á mover la cabeza, como quien afirma, cuando un imperioso gesto de la moribunda le forzaba á replicar. La fisonomia de la que agonizaba se dilató de alegría; se dejó caer sobre los almohadones como si se hubiese desembarazado de un peso abrumador, llamó con débil voz á su hijo, y murmuró:

—¡Pascual, abraza á tu padre delante de mí!

El jóven, ébrio de pena, se precipitó en los brazos de Carvaján, le besó con ternura, recibiendo, en cambio, una helada caricia de aquella boca paternal, que sólo sabia formular duras frases, beso más frio que si le estampara el yerto lábio de la moribunda.

Luego hizo ésta llamar al notario, mandó retirarse á Pascual, y quedó á solas con el guardador de la fé pública. Cuando acabó de dictar sus postreras disposiciones, volvió á llamar á su adorado hijo, y entre congojas y llantos llegó la noche en que debía terminar. Tras largos esfuerzos y más largo silencio todavía, pues apenas si tenía la infeliz aliento para hablar, atrajo hacia su boca la cabeza de Pascual, y murmuró con acento tan débil, que era casi imperceptible:



—He dejado á tu padre todo lo que la ley me consiente: sé que estás en aptitud de crearte una fortuna por tí mismo... y este era el único medio de asegurarte la tranquilidad. ¡Carvaján es un hombre terrible! ¡Huye del choque con él! El abandono de tu herencia es el precio de tu libertad... Perdóname este despojo... y sé bueno, hijo mío. ¡Acuérdate de tu pobre ma!...

La voz se ahogó en su garganta al pronunciar esta última frase. ¡Estaba muerta! Pascual la cerró los ojos; con febril energía la abrazó, sin una lágrima en los hinchados ojos, la besó con fuego extraño, y murmuró:

—¡Duerme tranquila, madre mía! ¡Tu bondad será mi norma, y tu recuerdo y mi afán por imitarte, la herencia que más valga para mí!

Y como si al cruzar el umbral de lo eterno este supremo voto llegase á ella, el semblante de la muerta palideció, y su frente pura, se iluminó con celeste encanto, con superior belleza.

Al siguiente día de los funerales, Juan Carvaján llamó á su hijo al gabinete donde tuvo lugar la primera cuestion entre los dos, y con acento tranquilo le dijo:

—Hijo mío: con la desgracia que acabamos de experimentar, nuestras existencias han de modificarse necesariamente. Antes de tomar una resolución, quisiera saber cuáles son tus propósitos.

—Mi plan es sencillo, padre,—repuso el joven.—Si Vd. no ve en ello inconveniente, quiero abandonar á Neuville...

—Eres dueño de tu albedrío,—dijo Carvaján, cuya frente se contrajo al recordar con escozor en el alma cómo se habían desvanecido sus esperanzas acerca del

papel que le convenia hacer representar á Pascual.

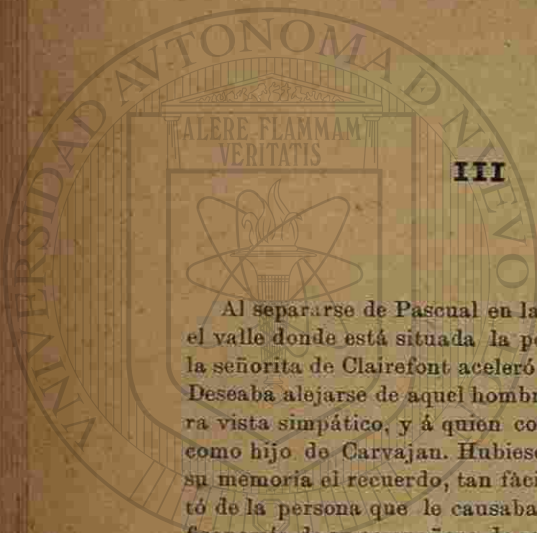
—Entonces, partiré mañana.

—Y cuando quieras volver... hallarás mi casa abierta...

—Gracias, padre.

Ni una palabra más se cambió entre los dos hombres. Al otro día, Pascual se fué, dejando en su casita de la calle del Mercado, á Carvaján, sólo con su odio.





### III

Al separarse de Pascual en la meseta que domina el valle donde está situada la población de Neuville, la señorita de Clairefont aceleró el paso de su yegua. Deseaba alejarse de aquel hombre, que le fué á primera vista simpático, y á quien con disgusto reconoció como hijo de Carvajan. Hubiese querido apartar de su memoria el recuerdo, tan fácilmente como se apartó de la persona que le causaba; pero á su pesar, la fisonomía de su compañero de una hora, con su frente ancha, sus dulces ojos y su mirada grave, se obstinaba en aparecérsele. «Tiene aspecto que revela la honradez y la nobleza,—pensaba,—y, sin embargo, lleva en sus venas la infame sangre de un miserable.» De pronto, en su ánimo, hizo esta concesión: «Y, no obstante, puede que sea bueno y leal.» Pero rehecha en el acto contra un movimiento espontáneo de indulgencia, se dijo: «No, no es probable. De tal palo, tal astilla. Además, cuando supo quién era yo, bajó la cabeza, vaciló antes de decirme su nombre... ¿De dónde vendrá este otro enemigo?...»

Para Antonieta, un Carvajan no podía tener otro móvil en la vida que el de hacer daño á los Clairefont. Es decir, este *nuevo enemigo*, ¿qué mal les podía hacer ya? ¿No estaba todo en el principio del fin? ¿No había ya llegado el instante en que la decadencia progresiva cesó en su límite, la miseria encubierta?...

Con profunda pena la joven, que tenía sólo veintidos años, se acordaba del pasado, y determinaba cada época de aquella ruina lenta pero inevitable. Parecía ver el castillo lujoso, nuevo, lleno de vida y bienestar, como cuando ella era muy pequeña; luego, á medida que iba creciendo, el tren y el lujo decaían poco á poco, los caballos eran menos numerosos, los criados más escasos, el mobiliario envejecía y no se renovaba, el nido, en fin, se endurecía, se enfriaba, y, semejante á un pajarillo inexperto, con la inexperiencia de la niñez, no daba importancia á estos detalles. Pero un día la razón esclareció el espíritu: comprendió el valor de aquellas, hasta entonces pequeñas, porque eran progresivas en sí, y de un importante hecho á otro no menos grave, se sucedía un mundo de insignificancias que eran la decadencia lenta; la miseria, después de la pobreza que siguió á la economía en la vida fastuosa, llegaba á los umbrales de Clairefont, á las puertas vendidas por la insensatez de quien tenía encomendado guardarlas, y se trocaba en aliado del infortunio con una ceguera desconsoladora.

Y no era posible engañarse más tiempo: sobre la mesa del ancho vestíbulo halló Antonieta alguna vez pliegos de papel sellado conteniendo notificaciones que no se cuidaron de poner fuera del alcance de sus curiosidades de niña; leyó, con extrañeza primero y con pena después, aquella jerigonza curialesca con la cual



se intimaba á su padre para que saldara el débito tal ó cual, con un señor Fulano ó Zutano. Se pagaba antes que la amenaza de embargo se realizara; un supremo esfuerzo aniquilador, porque cada vez era más grande y requería el sacrificio del último recurso, salvaba el apuro, mas siempre rebañando. Como un racimo que ya dió naturalmente todo el jugo y aún se le estruja para extraer una última gota, así la pasada opulencia, exprimida hasta reducir á dinero los adornos de las paredes, fué sirviendo para conjurar la tormenta, el insaciable afán de ruina que la suerte manifestaba. Ya se vivía de los últimos restos; el gallinero surtía de aves, la huerta de legumbres, y el terreno cultivado por administración proporcionaba el pan y la carne. Los grandes árboles del parque alimentaban la cocina; los caballos se sostenían con el heno de las praderas del bosque, pero el metal era rarísimo. La señorita de Clairefont se vestía de antiguo, haciéndose los trajes y reformando los que se relegaron al guarda-ropa como inútiles para el uso. El marqués, absorto en su monomanía, de nada de esto daba cuenta, y por lo tanto no padecía las torturas que su hija y cuñada experimentaban, y éstas, la primera sobre todo, se esforzaba por evitárselas. Había establecido Antonieta una tan poderosa muralla de ternura en torno del fanático inventor, que se estreñaban contra ella todas las pesadumbres que pudieran afectarla. Se manifestaba verdaderamente maternal para con aquel niño anciano, siempre sonriendo á su esperanza de inventar algo que volviese á los suyos centuplicado lo que les quitaba para investigar y lograr su propósito.

Sólo en un asunto fué imposible engañarle. Hacia dos años que Antonieta era la prometida de M. de

Croix-Mesnil, y cada vez se mostraba más rehacia al matrimonio, y dilataba su enlace. El joven baron era un militar de excelentes dotes; hermoso de cuerpo, amable, y cuyo padre, magistrado eminentísimo, podía aspirar á los más elevados puestos en la carrera judicial. Esta boda, que se concertó cuando el marqués era aún dueño absoluto de su patrimonio de Clairefont, fué aceptada sin repugnancia por Antonieta, y parecía próxima á efectuarse. Entonces el joven oficial era subteniente, y se manifestaba muy ávido de casarse. Los notarios de las dos familias celebraron varias conferencias, cuyos resultados fueron satisfactorios, y de los cuales se venía en conocimiento de que el futuro marido poseía por parte de la herencia de su madre cuarenta mil libras (1) de renta en papel del Estado, y la futura baronesa trescientos mil francos de capital por igual concepto que aquél, por cesión de la parte de su hermano. Todo estaba corriente; se iban á publicar ya las amonestaciones, cuando de pronto la novia cambió de propósito, y excusándose con la muerte de un pariente lejano, deseó que se aplazase la ceremonia. Su tía Isabel, encargada de anunciar al novio la resolución de Antonieta, salió del apuro con su rudeza habitual, mezclada con un tantico de enternecimiento desusado. Por vía de consuelo había dicho á Croix-Mesnil:

—Querido amigo; á mi sobrina se le puso en la cabeza no casarse hasta dentro de tres meses. Es menester que se conforme V. Despues de todo, lo que se difiere... no se niega.

(1) Moneda antigua que valía veinte sueldos, y hoy no existe ya; pero se usa éste nombre en sustitución de la palabra franco.



Y como el pretendiente se lamentara de un retraso que menoscababa su bienestar, añadió con una emoción que le hizo aumentar el número de barbarismos habituales:

—¡No se apure V.! ¡Es la suma perfección Antonietta! ¡Si V. supiera!... Pero no puede V. saberlo. ¡Es un ángel *inmatriculado* esa criatura!...

El barón se mostró inconsolable; pero sin exagerar con exceso, como corresponde á un hombre de mundo, rogó que se le permitiera seguir desempeñando su papel de futuro esposo acerca de la jóven; el marqués se lo otorgó, manifestándole su pesar por esta semi-ruptura: interrogó á su hija con insistencia, y nada sacó en limpio. La encontró tranquila, sonriente, y á todas sus preguntas respondía igual:

—Soy tan feliz cerca de ti, que no tengo prisa por casarme. Quiero esperar...

—Pero, hija mía—la replicaba el viejo,—yo estaré más tranquilo viéndote colocada... Tu casamiento es importantísimo; representa para mí el quitarme un quebradero de cabeza enorme.... Si yo faltara, ya comprendes...

Antonietta y su tía cambiaron una mirada; la jóven sonrió, y, tomando entre sus manos la blanca cabeza de su padre, la acarició diciendo:

—No te preocupes. Un día ú otro se celebrará la boda; pero no me apures...

Y cambiando de tono, con acento de alegre mimosería, súbitamente prosiguió:

—Además, sabes que tengo mal genio...., y que si se me fuerza cuando yo no quiero una cosa....

—Algo me oculta—pensó el marqués,—pero todo se aclarará cualquier día de estos.

Si el inventor, en vez de proseguir en sus medita-

ciones, hubiera vivido siquiera unos instantes en el mundo de lo real, de seguro hallara en la conducta de su hija no poca relación con una experiencia de malísimos resultados que acababa de enterrar doscientos mil francos en el pozo del Gran Margal, y, por consiguiente, hubiese deducido la causa por la cual su hija no se quería casar. Mas sólo el escribano que representaba á Carvaján y la tía de la jóven conocieron el asunto, y supieron el sacrificio de ésta para evitar que se procediese al embargo. La señorita de Saint-Meurice, que tenía ideas muy particulares sobre las cosas modernas, sacó de la conducta de Croix-Mesnil una consecuencia consoladora para su sobrina.

—Mira, hijita; ¿sabes que me parece que hiciste bien en no casarte así tan de ligero con el jóven dragon? No debe amarte cuanto mereces; ¡lo ha tomado con una calma!... Yo me figuré que se apuraría y declararía contra tu inconsecuencia..., al ver que le dejabas con un palmo de narices. . . por una temporada al menos. ¡Me figuré que se pondría *fanático* de puro disgusto! . . . ¡Pero, nada, se quedó tan fresco!... ¡Los hombres tienen sangre de horchata!... ¡Yo no sé de qué se hacen los enamorados y los militares en estos tiempos!...

El marqués, cuyas ideas no se dirigían al mismo punto por espacio de mucho tiempo, había emprendido de nuevo sus trabajos, pero le quedaba una duda en el fondo del corazón, así como un punto doloroso, y con intervalos muy cortos solía preguntar á su hija:

—¿Cuándo vas á decidirte á celebrar la boda con Croix-Mesnil?

—Ya veremos, papá,—le replicaba Antonietta con tranquila sonrisa.



El baron iba al castillo cada dos ó tres meses, y pasaba en él unos días. Cazaba con Roberto, paseaba con su prometida, y tornaba á su destino, sin que se resolviera nada de matrimonio. En el contorno aquel se hablaba mucho de esto; le llamaban el *novio de los cuatro jueves*, y algunos murmuraban:

— Cuando con tan poco se conforma... será porque tiene todo lo que necesita. Se conoce que es de familia, porque la señorita Isabel, cuando joven... tambien tuvo sus aventuras.

¡Ira de Dios!... Si la vieja aristócrata lo hubiese oído... Menuda algarada hubiese armado y pequeña nube de bofetadas hubiese descargado sobre el que tal osara decir... Pero los Clairefont, alejados de todo el mundo, nada podían saber; la calumnia no atravesaba los umbrales del silencioso castillo.

El eco de la campana que llamaba á la familia para el almuerzo sacó de su meditacion á Antonieta, que en aquel instante contemplaba abstraída los taludes blanquecinos de las obras del Gran Margal. Lanzó una melancólica mirada sobre el solitario montecillo, árido y triste: los armazones de los pozos de extraccion, vacíos, se podrian; las barraeas estaban vacías de obreros: los vagones permanecian inmóviles sobre los rails del camino que sirvió para arrastrar la cal hasta los hornos, apagados desde mucho tiempo ya. Toda aquella explotación, que por muchos años impulsó el marqués con febril actividad, habia cesado por falta de recursos: los trabajos comenzados sólo, otros á medio concluir, aquellos momentos de calcárea en bruto, y todo aquel conjunto, representaba una improductiva suma de fuerza y desvelos inútiles que envolvieron las esperanzas de una joven, el bienestar de una familia, la calma de la vejez de un padre de familia.

El pasado, el presente y el porvenir estaban comprometidos sin remisión... y, sin embargo, cuando el viejo aristócrata dijo mil veces, señalando las canteiras: «Aquí está el porvenir de mis hijos;» no mentía; de sus experiencias resultaban hechos concretos, conclayentes: la cal de aquella colina era superior, hasta no ser posible que otra le hiciera competencia con ventaja.

Por espacio de muchos años, la venta fué muy considerable y los rendimientos pingües; mas, con objeto de mejorar los medios de extraccion, el marqués se empeñó en inventar máquinas perfeccionadas; se lanzó en busca de nuevos medios para calcinar, y en sus locas pruebas derrochó las utilidades, siempre incierto en sus empresas, siempre sujeto á su imaginacion, que le revestia las utopias con ropajes de realidades; siempre bajo el diabólico influjo de ese afán por lo desconocido que causó la ruina de no pocos hombres de talento faltos de criterio práctico; siempre en pos de lo nuevo, y desechando lo que la experiencia demostraba ser bueno realmente.

La ruina sucedía á los pasados éxitos y á pesar del natural desencanto que produce siempre la realidad extensa de imaginaciones fantásticas, Honorato no cejaba, y su hija, que tenia en él una fé supersticiosa, abrigaba aún cierta esperanza de que, al fin y á la postre, tropezara con la manera de resolver una incógnita, que equivaldria á la riqueza sin limite.

— Acabará por encontrar lo que busca — pensaba; — y entonces, como por arte de magia, los pedruscos de la montaña esa se trocarán en oro finísimo...

En esto llegó junto á la verja; sacudió su cabeza como para desechar una idea fija, tomó un aire sonriente, atravesó un ancho patio, en el cual crecia la



hierba por entre las piedras que revestían el suelo, saltó á tierra sola, abrió la puerta de una cuadra, y quitándole la brida á su yegua, la dejó ir á su pesebre lleno de paja fresca; luego, recogiendo su larga falda y plegándola sobre el brazo izquierdo, seguida por su perro, se dirigió el comedor.

En aquella vasta estancia, con paredes jaspeadas y artesonados encuadrando escudos de armas, que le daban régio aspecto, en la cual se conservaban á lo largo de los muros aparadores, en cuyos estantes todavía lucían piezas de una vajilla de plata, restos de la antigua opulencia, en derredor de una mesa muy grande, cuatro personas almorzaban, servidas por un criado viejo. A la izquierda del marqués había un puesto vacío: era el de la jóven; á su derecha estaba la señorita de Saint-Maurice, con su aspecto de granadero, su cara rubicunda y su vozarrón de marimacho; enfrente de ésta Roberto, y junto á él un extraño, barbilampiño, muy calvo, y cuyos ojos de vago mirar se escondían tras los gruesos cristales de sus gafas de miope, montadas en fuerte armadura de oro.

—Vamos, ya está aquí mi niña —dijo con alegría el marqués, viendo entrar á Antonieta. —Empezaba á inquietarme, querida mía: tres veces mandé repicar la gran campana para llamarte. Estabas, por lo visto, muy lejos.

—Fui hasta Saucelle, papá —repuso Antonieta, besando al viejo aristócrata. —Los niños del arrendador están enfermos, y me llegué á saber de ellos. —¡Buenos días, tía!

—Buenos días, primos; ven, ven que te dé un beso: hueles á rocío despues de saturarse del aroma de las rosas.

—Eso de tí se puede decir, tía. Hoy estás radiante.

—¡Bueno, bueno, aduladora! —replicó la vieja. —Estoy radiante como el sol al ponerse; es decir, como cuando se va á apagar...

La tía de la jóven sonrió; ésta dió vuelta á la mesa; al pasar, acarició una mejilla de su hermano; y luego, parándose en frente del otro personaje, exclamó:

—No esperaba tener el gusto de verle por aquí, mi querido señor Molegean. El estudio seguirá en su sitio, ¿verdad? ¿Qué tal? ¿Cómo está Vd. de salud?

—Siempre, señorita, á la disposición de Vd., —respondió el notario, que por estribillo usaba en todas sus respuestas un caballero, señora ó señorita, de raro efecto en la conversacion familiar.

—Vaya, me alegro mucho, —concluyó la jóven.

Y sentándose alegre junto á su padre, prosiguió:

—No traiga Vd. nada para mí, German; comeré lo que los señores; tengo hoy un apetito voraz y no quiero aguardar.

Y se puso á almorzar con tanta alegría, que daba gusto verla; su hermano la miró un instante, y luego dijo:

—¿Sabes, hermana, que me parece que no nos cuentas todo lo que hiciste? ¡Es verdad que has estado en Sancelle; te vi sobre la meseta de la colina..., pero no ibas sola!

Antonieta se puso como la grana, y la tía Isabel, levantando la cabeza con energía, exclamó:

—Vamos, Roberto; ¿qué significa esa broma de tan mal gusto? ¿Te parece á tí que tu hermana se pasea por ahí con gente desconocida?

—Y, sin embargo, tía, es verdad lo que dice Roberto



—interrumpió la joven.—Por espacio de más de media hora paseé esta mañana con un desconocido.

—Algun mendigo que te seguiría, y...

—No, nada de eso.

—Esto pica en historia... ¿Era, pues, un millonario?—preguntó el marqués.

—Si es verdad lo que dice la gente... pudiera serlo... con el tiempo...

—¡Ah, vamos! Ya verán Vds. cómo resulta que era algun tunante, que le pidió á Antonieta la bolsa ó la vida—dijo la vieja.

—¡Casi, casi acertaste, tía! Porque, aunque no media pidió la bolsa ó la vida..., era el hijo de Carvaján, en cuerpo y alma.

Todos callaron; hacia veinte años no se pronunciaba este nombre en aquella casa sin que fuera precursor de alguna desdicha. El marqués bajó los ojos, y con acento sombrío murmuró:

—No me acordaba de que Carvaján tenía un heredero...

Envolvió en una mirada indefinible á sus dos hijos, como si temiera que el odio del padre, transmitido á su natural sucesor á manera de fatídica herencia, pesara un día sobre aquellos seres tan queridos como pesaba sobre él; luego, con vaga inquietud, añadió:

—Pero, ¿cómo fué encontrarle? ¿Le hablaste?

—Sí, papa; me habló con mucho respeto, para preguntarme qué camino era el de Neuville.

—Le felicito—murmuró Roberto, cuyos ojos brillaron—; porque de otro modo...

—Yo no sabía quién era, ni pensaba averiguarlo. Me preguntó dónde estaba el camino, le dije que me signiera, anduvimos largo rato sin hablarnos, y al separarnos me dijo su nombre.

—¡Y es fino, ó es un patán?—dijo la señorita de Saint-Menrice.—¿Tiene la cara de lobo de su padre?

—Parece un jóven bien educado, y en cuanto á su figura, no es desagradable. Pero si tienes deseos de saber detalles sobre su familia—prosiguió Antonieta con ironía,—el señor Molegean puede ilustrarte mejor que nadie.

—¿Yo, señorita?—balbuceó el notario, poniéndose las dos manos sobre el pecho, en actitud de protesta.

—El alcalde de Neuville no es tambien su cliente como yo?—interrogó el marqués.

—¡Oh, señor mio, es muy distinto!—repuso Molegean, cuyos ojos pestañeaban muy de prisa detrás de sus gafas de oro.—Con Carvaján estoy en relaciones mercantiles, señor marqués; pero con Vd., señor marqués, y con su simpática familia, me unen lazos de la más respetuosa amistad.

—En fin, Molegean; ¿come Vd. hoy en casa del alcalde?—interrumpió Roberto con sorna.

—Hoy, no..., y eso lo hago allí cuantas menos veces—dijo el notario, que parecía estar en el tormento.—Vd. sabe lo que pasa en estas poblaciones; que ni son pueblos ni ciudades. Un hombre como yo, tiene que contemporizar con todos, se pena de no poder ejercer su profesion. Los tiempos están muy malos... Carvaján hace muchos negocios..., y para mi estudio es el primer elemento que le sostiene. Pero, créame Vd., entre él y yo no existe intimidad ninguna.

—Vamos, no se haga Vd. el jesuita, Molegean—interrumpió con violencia la tía de Roberto, plegando con desden sus bigotudos lábios.—¿Se le han criticado nunca sus familiaridades con ese personaje? ¿Somos nosotros de los que indisponen á las gentes? ¿Hemos



contestado jamás á sus ataques de otro modo que por medio del desprecio?

—¡Es cierto, y tal vez esto fué lo peor, señorita!... —murmuró el notario, mirando inquieto en torno suyo.—¿Quizás resistiéndose con energía se le hubiera obligado á reflexionar, señorita!... Le han facilitado Vds., lejos de entorpecerle, en su marcha..., porque el enemigo es siempre digno de atención, por insignificante que parezca.

—¿Y quería V. que nos rebajásemos hasta ponernos de potencia á potencia con semejante tuno? ¡Sólo en estos tiempos puede ocurrirsele á nadie tamaño desatino! ¡Véale Vd., nada menos que alcalde!... En otra época, ni para alguacil se le hubiese admitido..., y en cuanto á su hijo...

—¡Oh, señorita Isabel!... En cuanto á Pascual Carvaján, crea Vd. que no puede decirse que sea como su padre. Abandonó la patria después de ser la víctima de quien le dió el sér, porque no veía las cosas por igual prisma que éste.

—Le felicito por ello,—interrumpió Roberto.

—Ha viajado mucho—prosiguió el notario.—Ha tenido la suerte ó el talento de saberse hacer querer por una persona de gran importancia en la esfera de los negocios; éste le dió el encargo de liquidar algunos muy delicados en América, y ha quedado airoso. Dicen que tiene mucho talento, y habla con suma facilidad el inglés y el español, hasta el punto de haber defendido sus asuntos por sí mismo ante los tribunales en Australia y en el Perú con un éxito admirable. Ha visto y aprendido mucho, y no perdió el tiempo, pues tiene una bonita fortuna, fruto de su trabajo y su economía. Es independiente en absoluto, y, si he de decir verdad, me parece que no ha de permanecer mu-

cho tiempo en Neuville... porque creo que no se ha de entender con su padre mejor que antes...

—Será como todo el mundo... porque no hay quien tenga simpatías por ese hombre—dijo el marqués con tristeza.—Pero aunque no le quieran á él, que sólo hizo mal, todos le respetan, siquiera sea por miedo, y á mí, que sólo hice bien, me aborrecen...

—No es respeto lo que Carvaján inspira—dijo Molegean;—es miedo, señor marqués; sólo miedo. Tiene una influencia grande, señor marqués; porque en cada casa puede producir un conflicto: nadie está libre de él, y saben todos que resistir á su capricho cuesta caro.

El marqués nada replicó; meditaba. La figura sombría de Carvaján, en pié en el umbral del almacén de Gatelier, se alzaba en su recuerdo; le veía de nuevo con sus ojos amarillentos de tigre, y leía en ellos la celosa rabia que cimentó su ódio. Todas las desastrosas consecuencias de aquella enemistad, nacida por una mujer, cruzaban en tropel por delante de su vista, que recorría el pasado. El, él, que fué un tiempo idolo del país, estaba derrotado por aquel extraño á todos. Y por su causa se le odiaba; la obra de veinte años de rencor estaba casi terminada: ya no subsistían más que vestigios de su influencia, de su antiguo esplendor... En vez de un marqués de Clairefont, causa de respeto y cariño, quedaba un viejo, origen de ódio y desprecio. Y el autor de este desastre se elevaba cínico sobre los escombros del edificio que echó á tierra con su trabajo de zapa incesante.

Sí, era cierto; resistir le costaba caro, muy caro; nadie mejor que Honorato podía apreciarlo, y con angustia se preguntaba en qué se propendría herirle á un aquel implacable enemigo. ¿Acaso en su honra? Se consideraba invulnerable en este punto; lograría acelerar



su ruina material; pero manchar su nombre no era posible que lo lograra; y siendo así, aún era posible que se rehiciera; bastaba descubrir un motor económico para su industria, y entonces cambiaría el aspecto de las cosas; su afán de inventar le entusiasma, y, pensando ya en el privilegio de invención que le valdría tantos millones, perdía la conciencia de lo real.

El mundo entero le rendiría tributo; recogería después de sembrar por toda la vida; causaría la admiración de quienes al presente le criticaban; y su cuñada, que era la que menos creía en sus invenciones habría de felicitarle. Carvaján, aquel grotesco enano que intentó luchar con su picardía de ignorante contra el genio gigantesco del hombre de superior talento, se humillaría; sus miserables medios de lucha, ¿de qué le servían entonces? Aplastado, hundido, huiría delante del poderoso inventor.

Y poco á poco pensando así, al influjo de este sueño, el marqués volvió á sonreír; su fisonomía se dilató, y frotándose las manos, dijo:

—¡Ya veremos, ya veremos!... El pobre viejo aún vive, y sólo Dios sabe lo que espera.

Al ver que los que le rodeaban le miraron con extrañeza, cayó en la cuenta; rehizo la cadena de ideas que le llevó hasta pronunciar aquellas palabras, y comprendió que se precipitaba en sus juicios, pues por el presente más debía temer que esperar. Se levantó, y apoyándose en el brazo de su hija exclamó:

—Vamos al cenador del jardín. Allí tomaremos el café.

Bajaron los peldaños de la escalera de piedra, y se detuvieron junto á la balaustrada entre un muro de follaje verde oscuro. El cielo estaba azul, sin que una

nube le empañara; débil brisa agitaba la hojas de los árboles y refrescaba el ambiente; una sensación de inefable bienestar invadía los corazones y animaba los espíritus. La vista se perdía en un horizonte cubierto de ligera bruma, que hacia difuso el artístico lejos; confusos ruidos, procedentes del valle, animaban la soledad de las arboledas, y los cuatro compañeros del marqués permanecieron un instante absortos ante tanta belleza, hasta que el viejo German los sacó de sus meditaciones, trayendo sobre una bandeja tazas finas de porcelana de Sajonia y una cafetera de plata con primorosas cinceladuras que representaban las armas de los reyes de Francia; recuerdo que un príncipe dió al padre de Honorato.

Antonietta se levantó, y comenzó á manejar aquellos elegantes objetos de plata y de porcelana con esa gracia sonriente y coquetona de mujer bella, que hace más grata la golosina que ofrece.

—¿Un poco de café, Molegean?

Y el azúcar cogido con las pinzas sonaba al caer en el fondo de las tazas, que dejaban escapar nubecillas de aromático y ardiente vapor. La tía Isabel era la encargada de los licores, y los ofrecía con actitudes hombrunas, de gendarme.

—¿Una copa de *kummen*, señor Molegean?

—Mil gracias; pero si Vd. me lo permite, mejor quiero tomar *fine champagne*... Es una antigua costumbre, señorita; á mi edad ese licor es ya necesario al estómago... Estas bebidas modernas no me gustan.

—Como Vd. quiera. No le hemos convidado á almorzar para molestarle. A tí, Roberto, no te ofrezco nada; es menester que te moderes; has bebido mucho vino.

Dirigió á su sobrino una mirada significativa; pero



el joven arrebató la botella de entre las manos de la tía Isabel, y alejándose un poco, dijo:

—¡Tía de mi alma, ya no estoy en estado de que me destetes!...

—Al menos, gran diablo, no bebas más que una copa.

—¿Una? Bueno. Vas á ver.

Y el joven llenó la taza hasta los bordes.

Con su constante vida de campo, Roberto había adquirido hábitos de campesino; sus apetitos eran insolentes, y constituían verdaderas necesidades.

Su naturaleza atlética le permitía los excesos consiguientes á las comidas de los cazadores, cuando, rendidos de correr por el monte, prolongan las veladas con los codos sobre la mesa entre el alcohol y el tabaco. Tenía cierta vanidad de ser un gran bebedor, y lo era famoso; en sus tremendas apuestas se acreditó de ello; alguna vez ganó una, bebiendo sin consecuencia, gran cantidad de esa espantosa mezcla de *coñac*, *chartreuse*, *kirsch* y *ajenojo*, á la que llaman *café* de cuatro colores, y es capaz de volver loco al que tenga la cabeza más firme. La suya y su estómago resistían estas peligrosas experiencias, y experimentaba un necio orgullo cuando le decían que era capaz de hacer competencia al más valiente mosquito de la comarca sin caer jamás. Comenzó á beber por ostentación; poco á poco se trocó la costumbre en vicio, y no se desdenaba de bajar los domingos á casa de Pourtois, para jugar á los bolos con los jóvenes de Neuville. Estos no le trataban con respetuoso temor, cual sucedía á su padre con los contemporáneos de su juventud; pero no era extraño, porque, sin contar otras razones, entre el Clairefont gigantesco, encarnado, francote, y el Clairefont pequeño, delgadito, frío, muy cortés, pero que

sabía conservar la distancia con las gentes de otra clase, había tanta diferencia como entre el día y la noche. Todos se preguntaban por qué capricho de la naturaleza había nacido Roberto tan distinto de su padre.

En un principio, estas propiedades de carácter del joven y sus intemperancias inquietaron al marqués; descendió al terreno de la práctica, y trató con franqueza estos asuntos tan extraños al círculo de sus lucubraciones científicas; dirigió á su hijo fuertes reprimendas, pero se estrelló contra la influencia de su cuñada, que le defendía incondicionalmente. Siempre halló la vieja aristócrata un medio de paliar las locuras de su sobrino; no merecía hacer tanto ruido una pequeñez que hubiera hecho mucha gracia á sus antecesores, algo más violentos que él. Recordaba al Clairefont que en tiempo de Luis XIII sobrepujó á Bassompierre, bebiéndose dos calderos llenos de vino de Sicilia. Los calaveras de la época de la Regencia, ¿acaso no eran admitidos en las fiestas del Palais Royal? Y toda una série histórica de caballeros más ó menos alegres y desenfrenados, era evocada por Isabel, que los hacía desfilar á la vista del marqués con la copa en la mano, protestando de su gazmoñería, y proclamando la soberanía de las francachelas aristocráticas. Después de todo, aún era un chiquillo, y estaba en lo justo que se divertiera con sus amigos: precisaba dejarle correr un poco...

—Que corra en buen hora—decía el marqués—pero no vaya á correr tanto, que reviente...

—Pero, hombre; comprende que tu hijo no es como tú; delicado como una señorita—exclamaba la señorita de Saint-Meurice.—Es un Goliath.

El marqués obtuvo de su hijo la promesa de ser



sóbrio; pero era mas fuerte que él su afición, y cuando se veía entre gente joven y botellas, sin poder remediarlo, bebía, se animaba, gritaba, y daba al traste con todos sus prudentes propósitos.

Y lo grave del caso era que, siendo de suyo dulce y bueno, en cuanto tenía una chispa de exceso de vino en el cuerpo, se tornaba violento y malo como un diablo; reñía con todo el mundo; las personas prudentes huían de él como de un loco, y el año anterior dió esto lugar á un desagradable incidente.

De sobremesa, el día que se levantó la veda de la caza, estropeó á un mozo de cuadra que equivocadamente engancho en su *break* el caballo de otro convidado. El infeliz estuvo en cama seis días de resultas de la paliza; cuando Roberto se despejó, tuvo un enorme disgusto, y se propuso evitar en adelante toda reunion peligrosa. Hacia ya muchos meses que se mantenía firme en su propósito, y su tia Isabel, orgullosa al ver su teson, como fué indulgente cuando cometió la locura aquella, le ayudaba á cumplir su formal promesa de no abusar de los licores. Adoraba al último vástago de la noble casa, y, por cariño á su sobrino, hubiera sido capaz de hacer volver del revés el mundo.

Le contemplaba con amor viéndole golpear el azúcar que en el fondo de la taza se obstinaba en no disolverse en el alcohol, y admiraba su robusto cuerpo. Tenía anchos hombros y el talle esbelto; las manos pequeñas y los brazos de acero; su fisonomía franca, revelando la salud más envidiable, era simpática, y la dulzura de sus ojos azules y el tinte moreno de la piel, atezada por el sol y el viento del campo, el color castaño de sus cejas y cabellos, y el rubio pálido de su bigote, daban á su rostro extraña expresion, fruto de

la mezcla de rasgos varoniles con otros de belleza femenina. Su hermana y él contrastaban de la manera más completa. En ella todo era finura y gracia: las dos razas de que procedían se encarnaron en los dos hermanos con distincion perfecta. El uno era un Saint-Meurice gigantesco, de apetitos materiales violentísimos; la otra una Clairefont delicadísima, soñadora: por eso comprendía como nadie á su padre.

Hacia un rato que el notario se paseaba impaciente de un lado para otro: la arena rechinaba bajo el peso de su cuerpo, y él parecía inquieto, como si experimentase el vivo deseo de abordar una cuestion difícil y no se atreviera.

El marqués, con la vista perdida en el espacio, sonreía distraido, y sus dedos, movidos máquinamente, golpeaban el tablero de mármol de la mesa al compás de una cancion ó de un paso doble. Algun grato recuerdo ó una agradable esperanza debía alegrar su espíritu; trasportado por mágico ensueño á las regiones etéreas, debía pensar algo muy placentero. De pronto se dió sobre la rodilla un golpe con la mano abierta, y lleno de contento exclamó:

—Mi horno de corrientes circulares producirá un ochenta por ciento de economía en el combustible, y quemará todos los residuos hasta hoy desperdiciados por falta de elementos. ¡Oh! ¡oh! ¡Molegean, ya verá usted qué prodigio!... ¡Qué mina de oro!

La frente de la señorita de Saint-Meurice se contrajo, cruzó las manos á la espalda, y paseándose con movimientos de gendarme, dijo:

—Hermano mio; ya es esta la décima vez que descubres el Perú.

—¡Oh! Pero tambien es la decisiva—replicó lleno de fé el inventor.—Mi descubrimiento responde á una



necesidad imperiosísima: todas las empresas de este género experimentan la de un medio para cohesionar la explotación con la carestía siempre creciente del combustible. El carbon, con mi sistema de hornos, si no resulta facilísimo de reemplazar, se puede sustituir con paja húmeda, leña menuda, cañas, ó con cualquier producto análogo á éstos. ¿Comprenden ustedes la importancia de este asunto? Las huelgas en los centros mineros de hulla serán ineficaces, y no amenazarán á la industria. Una vez que tenga el privilegio de invención, todas las fábricas del mundo me serán tributarias: tan cierto estoy del éxito que apostaré hasta mi nombre...

—Hermano, poco á poco; un caballero no tiene derecho á arriesgar el nombre de sus mayores,—interrumpió bruscamente Isabel.

—Es cierto—dijo el marqués.—Este nombre que heredé sin mancha, debo transmitirlo immaculado á mis herederos...; pero creo que no se empañaría su pureza si le añadiese un timbre más con mi triunfo científico.

—Ya sabes mi opinión en punto á eso: un hombre como tú no se expone á ganar nada en esas aventuras industriales, y en cambio puede perder mucho.

—Isabel: el rey Luis XVI sabía el oficio de cerrajero, y...

—Y ya ves cómo le salieron todas sus empresas...

—Supongo que no me angustarás que moriré en el cadalso...

—No; pero sí en la miseria...

Antonieta se acercó á la señorita de Saint-Menrice, la abrazó, y besándola con mimo, murmuró:

—Vamos, tía, sé buena; contenta á papá.

—¡Ta, ta, ta! Eso es; ven á engatusarme para que

calle—repuso Isabel, cuya barba se le erizaba.—Tú eres la causa de la mitad de las locuras de tu señor padre, porque, ¡claro!, en vez de criticárselas, le animas... y, persisto en lo dicho, acabará por quedarse como Adán. Pero, por mí, hacéd lo que queráis... Molegean tiene, por lo visto, ganas de quedarse solo contigo para hablar de negocios...: escúchale, y haz caso de sus consejos.

Al oír «negocios», Roberto hizo un movimiento para marcharse. El marqués miró al notario con tranquilo semblante, y, apoyándose en el brazo de su hija, exclamó:

—¿Es cierto la que dice mi hermana? ¿Quiere usted que entremos en casa, amigo Molegean?

—Señor marqués, si á Vd. le parece, entremos; tengo que consultarle algunos detalles de ciertas cuentas, y desearía que me prestase atención.

—Vamos, pues, al despacho; le enseñaré el modelo del horno, verá Vd. qué sencillo... Pero así y todo, hasta que logre concretar la idea... Porque, hermana, la primera idea es todo...

—Bueno, bueno. ¡No son ideas lo que á tí te hace falta—gruñó la vieja;—sólo que sueles tenerlas infernales... para producir resultados del infierno!...

Y acercándose al notario, que seguía á Clairefont y su hija, le preguntó con una agitación que hacía que temblase su voz:

—¿Es grave lo que le trae á Vd., Molegean?... Hace mucho tiempo que no le veíamos, y para que Vd. venga sin que le llamen, se necesita que sea muy serio lo que tiene que decirnos...

El notario bajó la cabeza en señal de asentimiento; cerró los ojos, se encogió de hombros y abrió los brazos, como dando á entender que precisaba resignarse.



La señorita de Saint-Meurice se estremeció. Hacia ya muchos años que estaba acostumbrada á las embajadas del agente de negocios, y á la vez notario; cada vez que aquel aparecía en Clairefont, el patrimonio del marqués mermaba en algun terreno de cultivo, ó un trozo del monte. Ya estaba todo hipotecado; la renta apenas bastaba para cubrir los intereses; un poco más de peso que se le echara encima daría en tierra con todo lo existente.

—Por Dios, niéguese Vd. á proporcionarle dinero— dijo Isabel con angustia.—Está dominado por esa nueva idea, y no reparará en nada con tal de realizarla. Es caso de conciencia, Molegean. Se trata de un pródigo... ¡Ah! ¡si quisiera renunciar á sus manías... qué bien estaría y cuánto ganaríamos todos!...

—¡Descuide Vd. ¡Estoy resuelto á mostrarme inflexible, señorita!... Pronto tendrá Vd. la prueba.

Al llegar al umbral, el marqués se volvió, y fijó la vista en el panorama que ofrecía el valle, radiante de luz y sonriente de hermosura; por entre los verdes prados el río serpenteaba como cinta de bruñida plata, á la sombra de los álamos que en sus riberas se alzaban enhiestos; los techos de las casas, de pizarra unos, y otros de teja, brillaban bajo los rayos del sol; la atmósfera estaba á tal punto limpia, que el gallo de bronce que tenía la veleta del campanario de Neuville resplandecía y se distinguía perfectamente claro el sonido de la campana de una fábrica llamando al trabajo á los obreros llegaba hasta el castillo con claridad completa, mezclándose con el alegre rumor que producían una porción de alumnos de un colegio, que jugaban esperando la hora de volver á las clases. El marqués, apoyado sobre el balaustre de hierro de la escalerilla, se detuvo un

instante para admirar aquel espectáculo; respiró con ansia el aire embalsamado y tibio; dos lágrimas brillaron en sus ojos, y murmuró muy bajo:

—¡Qué encantador reposo en medio de esa naturaleza que sonrío! ¡Qué dulce vida la mía, sin más pensamiento que el bien comun, ni otro móvil que el amor! ¡Acaso esto fuera lo prudente y lo bueno!... ¡Pero cada cual tiene dispuesto de antemano su destino, y ni debe ni puede desviarse de la dirección que él le señala!...

Sacudió la cabeza, y viendo que el notario hablaba aún con la señorita de Saint-Meurice, exclamó en voz alta:

—Cuando Vd. quiera..., Molegean.

Y entró en el castillo.

Roberto se dirigió hácia la derecha de la fachada del edificio; penetró por una puertecilla que daba á la escalera practicada en una torre, por la cual se subía á sus habitaciones, y silbando alegremente una sonata de caza, siguió el largo corredor que cruzaba las dependencias del castillo por aquella parte; pasó por delante de la inmensa cocina, cuyo hogar estaba circundado por anchos bancos de encina, y en una de cuyas paredes un enorme asador, capaz de contener una res entera, permanecía inmóvil y polvoriento; saludó con un «buenos días» muy amistoso á la única mujer que guisaba la modesta comida de aquella pequeña familia, en aquel local hecho para preparar festines dignos de Gargantúa ó de las bodas del opulento Camacho; y ya se disponía á subir los primeros peldaños de piedra de la escalera de servicio, cuando escuchó sonoras carcajadas y unos golpes sordos y á compás, que le hicieron detenerse.

Por la puerta entornada de una estancia vió á Rosa Chassevent planchando y hablando con Russot,



que, en cuclillas sobre el alfeizar de la ventana con la barba entre las rodillas casi, mirándola con estúpida fijeza, parecía un lobo, disponiéndose á lanzarse sobre su presa á la primera oportunidad. La jóven, sin dejar de charlar con su idiota interlocutor, limpiaba la plancha sobre la bayeta llena de quemaduras rojizas, trabajaba con rapidez extraordinaria, y con los brazos desnudos, la chambra desabrochada que descubría su garganta, y las megillas rojas por el calor y el trabajo; estaba hermosa, pero con salvaje hermosura: era la hija del corsario de oficio.

De vez en cuando el pastor lanzaba roneas interjecciones, no decidiéndose á pronunciar palabra más que cuando no podía menos de responder, como si su mutismo fuera más bien producido por la pereza que por defecto físico. Rosa, con su acento normando, que daba cierta picante gracia á sus frases, era la que hablaba cuando Roberto llegó frente á la puerta.

—No, Russot, no—decía;—tienes muy poco aseo con tu persona. ¿Ves? El pantalon se te cae á pedazos. la camisa es gris de puro sucia...; además, apesta como tus carneros... y esos aromas no agradan á las chicas.

El pastor la miró con sus ojillos de urraca, fulgurantes de concupiscencia, y como si le costase un enorme esfuerzo articular frases, gruñó:

—Ya... ya... veás tú... pa la fiesta...

—¡Hola! ¡hola! ¡pilleté!... ¡Conque nos preparas una sorpresa!—exclamó la jóven, golpeando con la plancha sobre la pieza de vestir que tenia encima de la mesa.—Pues bien: como te presentes decente y sin oler mal, te prometo bailar contigo como con los demás.

Russot no dijo nada; una sombra oscureció su

frente, y sus labios se crisparon con expresion salvaje; durante unos segundos, su rostro reflejó espantosa brutalidad; de pronto se echó á reir con secas carcajadas, como si tuviera hipo.

—Vaya, ¿estás contento?—dijo Rosa.—Pero eso no es razon para que te pases el dia en la ventana. Anda, vete á cuidar tus animalitos... porque si te encuentran aquí...

No tuvo tiempo de concluir su pensamiento, porque la presencia de Roberto la distrajo. El pastor saltó como un mono; igual que si fueran muelles sus piernas, le despidieron desde el alfeizar al patio, y echando á correr, lanzó un silbido agudo, y desapareció detrás de la esquina de la cuadra.

—Te cogí pelando la pava con tu novio, Rosa—dijo Roberto, sentándose sobre la mesa de planchar.—No hay por qué te pongas fosca conmigo de vez en cuando, si eres tan amable siempre con el hombre más feo de la casa...

—¡Bah, señorito!... ¡Qué cosas tiene Vd.!... ¡Ha venido Vd. al planchador para que armemos camorra?... —repuso la muchacha, sonriente y coqueta.

—No, hija, no. Pasaba cuando hablabas con ese animalucho, te oí, y me dió gana de veros. Pero no abrigué el propósito de molestarte... sino el de escuchar vuestro amante coloquio.

Alargó el brazo, y tomando á Rosa por la cintura la atrajo hácia sí, y estampó un sonoro beso sobre su blanca garganta.

—No me parece muy bien esto, señorito Roberto—dijo la jóven, abrochándose la chambra.—Cuando se acaricia á la hija no es justo maltratar al padre. ¡Me han dicho que le hizo Vd. yo no se qué diabluras al pobre viejo!...



El jóven frunció las cejas, y exclamó:

—Mira; si quieres que seamos buenos amigos, no me hables del bribon de tu padre...

—Pues no me hable Vd. á mí de nada, si ha de tratarle así otra vez,—repuso la muchacha, con las mejillas rojas de rubor y rechazando á Roberto.

—Anda, tontuela; no te pongas fastidiosa—dijo éste; atrayéndola de nuevo por un brazo, y acariciándola con dulzura.

Ella seguía fingiéndose enfadada, con los ojos bajos y los labios en gracioso mohín, que debia concluir por fuerza en sonrisa; Roberto le acariciaba los cabellos rubios, rizosos sobre la nuca robusta; por entre el cuello de la chambra se le veía el nacimiento de los hombros, cubiertos de fina pelusilla como los melocotones.

—Si Vd. quisiera, ¡qué bien podía arreglarse todo!—comenzó á decir Rosa, alzando los ojos y fijándolos con cariño en los de Roberto.—El pobre viejo tiene pasión por la caza... si le hiciera Vd. guarda de ella, no pondría más lazos para liebres, y sobran conejos en el monte para que él se mantuviese sin perjuicio para Vd. ni para nadie... La casita de Saucelle está sin habitar... Yo me iría allí con mi padre... Me sería más cómodo venir aquí... y luego, ¡tendría yo tanta alegría si esto pudiera ser!...

El jóven la besó en las mejillas, sin resistencia por parte de Rosa, que, al sentir sobre su piel el roce de los largos bigotes de Roberto, hizo un gesto encantador; luego dijo éste con alegre acento:

—¿Sabes que no eres tonta, niña? Todo eso sería muy fácil, si Chassevent no fuera el mayor tuno que hay en diez leguas á la redonda. ¡Buen guardian tendría la caza! ¡Uno que es compinche de todos los ca-

zadores de este contorno! No, hija mía; no coloco yo á tu padre; como no sea en la cárcel... Y esto te convenría, porque, mira, mientras esté á la sombra, ni te quitará lo que ganas, ni te sacudirá el polvo, como suele hacerlo.

—¡Ah! ¿Si? Pues mire Vd., no se me arrime más, si no quiere que me queje á la señorita...

—¡Bravo! ¡Bien, chiquilla!... ¡La virtud te hace aparecer más guapa!... Persevera, hija, persevera... Mira, mira cómo te come con los ojos tu galante y seductor Russot....

Atraído por una invencible y celosa curiosidad, el idiota, látigo en mano, rondaba la ventana del cuarto de planchar, lanzando furiosas miradas á los jóvenes. Aquella fisonomía, que, á impulso de los celos, estaba animada en aquel momento, revelaba tal astucia, y en sus ojos se reflejaba tan grande picardía, que hubiese dado mucho que pensar á los que le tenían por imbécil.

Al ver que era notado, se volvió, tomó su aire estúpido, y comenzó á chasquear el látigo furiosamente, como si lo acostumbrara á distraerse con ello.]

—Russot,—dijo Rosa con acritud,—es un pobre chico, incapaz de hacer mal á una hormiga, y que me da mucha lástima. No está bien que Vd. se burle de él... Se le recogió en casa del señor marqués, porque le hallaron abandonado en medio del camino... Yo le he visto crecer, y es un compañero de la niñez, á quien quiero de veras. ¡No tenga Vd. miedo de que él maltrate ni insulte á mi padre!...

Roberto miró á Rosa sonriendo; la cogió una orejita, y estirándosela con cariño le dijo:

—¿Hacemos las paces? Yo trataré de ver en qué puedo colocar á Chassevent sin perjudicar á nadie.



La fisonomía de Rosa se dilató; sus labios sonrieron, y acercando su rostro á la boca de Roberto, dijo con acento picareseo y lleno de coquetería:

—Es Vd. tan simpático... cuando quiere...

El joven la abrazó con violencia, y ella se desasíó con fuerza, pálida y exclamando:

—¡Me ha hecho Vd. daño, señorito!... No me apriete tanto. Es Vd. tan fuerte, que sin querer sería capaz de ahogarme...

—¡Lo cual sería una lástima!...—se oyó decir en el patio por una voz robusta y sonora.

Roberto volvió la cara con disgusto, y en la ventana tropezaron sus ojos con el busto de Tondeur, que sonriente y colorado como un tomate por la fatiga de la caminata, exclamó:

—Servidor de Vds., señorito Roberto y la compañía. ¡Eso es bueno! .. Buena madera para calentarse.

Y guiñando el ojo, soltó una carcajada que le hizo ponerse de color de violeta.

—¿Qué le trae por aquí, Tondeur?—preguntó con rudeza el joven.

—¡Caramba, señorito!... Una cosa que le importa á Vd. más que á mí: visitando los tajos he tropezado con un nido de gavilanes... y creí oportuno avisárselo.

—Muchas gracias; se lo agradezco...—dijo Roberto dulcificando su acento.—Voy á tomar la escopeta, y nos vamos en seguida.

—Que no olvide Vd. lo que me ha prometido,—gritó Rosa removiendo las planchas en la anafre con estruendo.

—¡Bien, bien, ya veremos!... ¡Espéreme Vd., Tondeur!...

Y el joven desapareció, tomando escaleras arriba.

—¿Qué te ha prometido, Rosita?—dijo Tondeur apoyando sus manazas peludas sobre el alfeizar de la ventana.—¿Es promesa de casamiento?

—¡Majadero!... Mire Vd., por allí va Mr. Molegean; vaya Vd. á preguntarle si le dieron ya el encargo de hacer el contrato.

El notario acompañado del marqués, atravesaba efectivamente por el patio. Mr. de Clairefont hablaba con ademanes muy expresivos, y su interlocutor le escuchaba encogiéndose de hombros cual si soportase con ellos un peso, y en realidad aguantando una avalancha de razones, sin replicar, resuelto á no quebrantar su propósito. El inventor sin parar mientes en la actitud resignada de Molegean, seguía su discurso lleno de fogosidad, diciendo:

—Sí; para cincuenta mil francos, tendré suficiente garantía, y con ellos podré plantear mi invento, divulgarlo y obtener con un horno tan perfecto, beneficios incalculables. ¿Me comprende Vd., amigo Molegean?

—Sí, señor marqués, comprendo; es clarísimo. Pero ¿dónde hallar, señor marqués, ese dinero, si la semana pasada no pagó el señor marqués ciento tres mil? Estamos pendientes de un embargo, y Vd. á punto de tener que abandonar esta casa?

—¿Dónde? Pues en su caja de Vd. Supongo que por tan poca cosa no me va á hacer el enorme perjuicio de no proporcionarme semejante pequeñez. ¡Cincuenta mil francos, que son mi fortuna!... ¿No me los prestará Vd.?

—Yo no tengo dinero propio, señor marqués; y con respecto al de mis clientes, la delicadeza y la ley, señor marqués, me impiden disponer de él á mi antojo. Créame Vd.: renuncie á la realización inmediata de



sus planes, y reuna todos sus recursos para salir de la apurada situación que le aflige. Mire Vd., señor marqués, que envuelve una gravedad enormísima.

—Ya se arreglará eso... yo le respondo de ello... pero no haciendo economías... Mi invento me salvará... ¡y para esto necesito cincuenta mil francos, Molegean!... Por supuesto, en segunda hipoteca.

—No los hallará Vd., señor marqués. Su crédito está agotado en el país, y si no fuese por mi intervención, hace mucho tiempo que no encontraría ni un céntimo.

—Está bien. No insisto. Esta noche espero a mi futuro yerno; le pediré ese dinero, y él me comprenderá...

Molegean vaciló un instante; pero reunió todo su valor, y tuvo el de exclamar:

—Le ahuyentará Vd. sin resultado. ¿Quiere usted dar pretexto para romper en definitiva una boda que hace tantos meses que amenaza destruirse.

—¿Pero acaso supone Vd. que Croix-Mesnil está dispuesto a ello? Si así fuera, no sentiría nada que mi hija se haya resistido a casarse... Cuando esté en condiciones de dotarla como a una princesa, no le faltarán maridos... En suma; puesto que no podemos llegar a un acuerdo, voy a ver cómo salgo del apuro por mí solo. Usted, entretanto, ocúpese de ganar tiempo: vea a mis acreedores...

—Señor marqués, sólo hay uno...

—¡Ah! —exclamó Clairefont, cuyas ilusiones se extinguieron de pronto, con mortal ansiedad añadiendo:

—Y ese acreedor, ¿quien es?

Molegean bajó la cabeza con desaliento, y dejó oír un nombre terrible:

—¡Carvaján!..

—¡Ha adquirido todos mis créditos, por lo que veo!

—Sí; quiere que tenga Vd. que habérselas con él nada más.

Todas las ilusiones del inventor, barridas como las nubes por el soplo del huracán, se disiparon en un momento. Su falsa seguridad desapareció; vió a su paso, abierto delante de él, el abismo hácia el cual caminaba con rápida marcha. Mientras él soñaba felicidades, Carvaján trabajaba en prepararle la ruina. A pesar de haber trascurrido tantos años desde el día en que el dependiente de Gatelier quiso oponerse a los designios de Honorato, no había olvidado el ultraje y el dolor que sufrió. En aquella plazoleta misma, en el mismo patio aquél, rodó sobre la tierra con el rostro cruzado por el látigo y el amor propio herido; el marqués aún creía escuchar su acento de suprema desesperación, cuando gritaba: «¡Edilia, baja!... ¡Edilia!...»

Y de aquella linda criatura, ¿qué era? detrás de algún mostrador, vieja, fea, vulgar, no sería ya sombra de la belleza de su florida juventud. Nada quedaba de lo que pudiera hacer excusable la locura de Honorato; pero el odio del amante postergado vivía más vigoroso a cada momento, y como una nube cargada de electricidad se cernía sobre las riquezas de Clairefont y las personas por él amadas, negra, rugiente, fatídica. Se acercaba la hora de que estallase, y al pensar cuán implacable sería su devastador impulso, Honorato temblaba: su corazón sentía como si una mano helada lo estrujase; le zumbaban los oídos; le pareció que el sol se oscurecía, y lúgubre toque de agonía retumbó en su cabeza, como si las campanas de Neuville doblasen por su ventura muerta.

La voz de su hijo le volvió en sí: el joven salía con la escopeta al hombro, y junto a él iba Antonieta con



una sombrilla abierta en la mano; los dos, alegres y sonrientes, se acercaban al anciano, y Roberto exclamó antes de llegar á él:

—Papá: ¿vienes con nosotros? Vamos con Tondeur hasta los tajos.

—No, hijo mio; es menester que termine un trabajo, y voy á mi despacho.

Su mirada cariñosa siguió á los dos hermanos; él, ágil y vigoroso, parecía un Hérenles: ella, esbelta y delicada, semejava una ninfa. ¿Quedarían sujetos á la venganza de Carvaján aquellos dos hijos queridos, que eran su más preciado tesoro, su único amor en el mundo? Extraño fuego le abrasó el cerebro, y se reconoció fuerte súbitamente: le pareció que era capaz de hacer prodigios... mas, por desgracia, veía la salvación en sus inventos; se entregó de nuevo á su locura, y cuando aún le quedaban recursos para hacer frente á sus apuros financieros, se dispuso á profundizar la sima donde enterraba su fortuna hacia mucho tiempo.

—Obtenga Vd. de Carvaján un plazo, y respondo de salir airoso de mis compromisos.

Miró de arriba abajo al antiguo castillo, y añadió con acento profético:

—¿Ve Vd. esas torres? Pues en breve las podré construir de oro si se me antoja.

Riendo con alegría, saludó al notario, quien dudaba, no sin motivo, de la salud del cerebro que había encerrado en aquella blanca cabeza, y se volvió á su laboratorio.



## V

Con profunda emoción regresó Pascual á Neville, y mayor fué todavía la que le produjo volver á entrar en casa de su padre: era casi un niño cuando partió, y tornaba trocado en hombre. En sus largas meditaciones, durante sus horas de soledad en países extranjeros, mientras viajaba, había discutido mucho consigo mismo sobre las causas ocasionales de su partida, y ni una sola vez halló en su conducta motivo de reproche; había hecho lo que era justo y áun necesario: antes que verse en la necesidad durísima de criticar la manera de ser de su padre, se había castigado por su falta de respeto, expatriándose y entregándose al trabajo con toda su alma.

Poco á poco se fué hallando muy á su placer; la ausencia tendió un velo entre sus recuerdos y la memoria de su niñez, que envolvía la terrible figura de Carvaján, y acabó por no ver lo repugnante de ésta; quiso creer (y lo creyó) que con el tiempo y las prosperidades se trocaría en otro aquel, ser respetabilísimo en su esencia, pero que dejaba de serlo por sus



una sombrilla abierta en la mano; los dos, alegres y sonrientes, se acercaban al anciano, y Roberto exclamó antes de llegar á él:

—Papá: ¿vienes con nosotros? Vamos con Tondeur hasta los tajos.

—No, hijo mio; es menester que termine un trabajo, y voy á mi despacho.

Su mirada cariñosa siguió á los dos hermanos; él, ágil y vigoroso, parecía un Hérenles: ella, esbelta y delicada, semejaba una ninfa. ¿Quedarían sujetos á la venganza de Carvaján aquellos dos hijos queridos, que eran su más preciado tesoro, su único amor en el mundo? Extraño fuego le abrasó el cerebro, y se reconoció fuerte súbitamente: le pareció que era capaz de hacer prodigios... mas, por desgracia, veía la salvación en sus inventos; se entregó de nuevo á su locura, y cuando aún le quedaban recursos para hacer frente á sus apuros financieros, se dispuso á profundizar la sima donde enterraba su fortuna hacia mucho tiempo.

—Obtenga Vd. de Carvaján un plazo, y respondo de salir airoso de mis compromisos.

Miró de arriba abajo al antiguo castillo, y añadió con acento profético:

—¿Ve Vd. esas torres? Pues en breve las podré construir de oro si se me antoja.

Riendo con alegría, saludó al notario, quien dudaba, no sin motivo, de la salud del cerebro que había encerrado en aquella blanca cabeza, y se volvió á su laboratorio.



## V

Con profunda emoción regresó Pascual á Neville, y mayor fué todavía la que le produjo volver á entrar en casa de su padre: era casi un niño cuando partió, y tornaba trocado en hombre. En sus largas meditaciones, durante sus horas de soledad en países extranjeros, mientras viajaba, había discutido mucho consigo mismo sobre las causas ocasionales de su partida, y ni una sola vez halló en su conducta motivo de reproche; había hecho lo que era justo y áun necesario: antes que verse en la necesidad durísima de criticar la manera de ser de su padre, se había castigado por su falta de respeto, expatriándose y entregándose al trabajo con toda su alma.

Poco á poco se fué hallando muy á su placer; la ausencia tendió un velo entre sus recuerdos y la memoria de su niñez, que envolvía la terrible figura de Carvaján, y acabó por no ver lo repugnante de ésta; quiso creer (y lo creyó) que con el tiempo y las prosperidades se trocaría en otro aquel, ser respetabilísimo en su esencia, pero que dejaba de serlo por sus



actos y por su ódio y su rencor, más que por nada; y á su pesar, en medio de aquellos pueblos extraños donde se creía solo, rindió culto al amor á la patria y la familia, y embelleció estas ideas con los ropajes purísimos que su nostalgia le hacia ver claros y distintos.

Las relaciones con su padre habían subsistido; le escribió siempre con regularidad, dándole cuenta de sus proyectos, de sus empresas y de sus esperanzas, y con exactitud comercial obtuvo respuesta á todas sus cartas; pero éstas eran cortas, frías, verdaderas cartas de negocios, en donde no había una frase tierna que revelase al padre que echa de menos al hijo ausente. Siempre consejos oportunos, que demostraban un maravilloso instinto comercial y una vigorosísima imaginación para concretar las situaciones; pero nunca una sola palabra tierna, sentida, que evocase el pasado ó descubriese una esperanza para lo futuro. Nunca aquel padre sintió el triste influjo de su soledad; jamás la efusión brotó de los puntos de su pluma, acostumbrada á trazar números, para que, impulsada por el corazón, escribiese un «vuelve» consolador... La ruda tenacidad del orgullo de Carvaján se revelaba, sin nada que la aminorase, en su conducta para con Pascual.

Este quiso partir, sustraerse á la autoridad paterna y ser independiente y libre; pero cuando, cansado de recorrer el mundo, y concluidos los trabajos á que se había comprometido, se decidió á anunciar su regreso, recibió una carta de su padre, breve, seca, pero en la cual se reflejaba una inesperada alegría. Pascual sintió una emoción grandísima; experimentaba verdadera ansia de cariño paternal, y le sentía desarrollarse con entusiasmo, sin reticencias, sin velo

que amortiguase sus destellos. El viejo, por su parte, era feliz, volviendo á ver á su hijo, y un pálido destello de ternura reanimaba su corazón helado.

Pascual se puso en camino con doble gozo, porque tornaba al patrio suelo y en él esperaba hallar á su padre trocado de áspero y duro en cariñoso; su viaje, corto relativamente, le pareció largo. Interminable, mucho más que otros que hizo á través de los inmensos bosques de América. Sentía fiebre de impaciencia; apenas se tomó el tiempo preciso para rendir cuentas de sus actos á las personas que le encomendaron desde París sus negocios, y sin perder momento emprendió el camino de Neuville, hallando lento el vertiginoso impulso del tren que le llevaba.

Al bajar del coche que le condujo á su pueblo, el corazón le saltaba dentro del pecho; siguió á lo largo del muelle, anhelante, con los ojos velados por las lágrimas, y buscando impaciente un objeto de sus ansias indescriptibles; distinguió por fin el cuerpecillo raquítico de un hombre pálido que le miraba con extraña sonrisa, y una doble exclamación se dejó oír:

—¡Pascual!..

—¡Padre mío!..

Los dos hombres aquellos se abrazaron con el llanto en los ojos y las gargantas anudadas por diversas emociones; el alcalde de Neuville fué el primero que se repuso, y arrancándose de entre los brazos de su hijo, dió con tono breve las órdenes para que se llevase el equipaje á la casa de la calle del Mercado, y en compañía de Pascual atravesó el pueblo, respondiendo distraído al saludo de los que le salían al encuentro, apretando el paso para evitar á los importunos y sin cesar de preguntar al recién llegado por sus asuntos, sus resultados y la manera como los terminó.



Comieron, pasaron la velada juntos, y Carvaján sintió algo desconocido; escuchaba á su hijo con admiración y sorpresa y su voz grave le resonaba en el alma, agitándole algo dentro del pecho; le admiraba, le encontraba brillante en sus discursos, inteligente, superior.

Cuando le oyó decir que traía un capital de seiscientos mil francos, parte sólo de sus beneficios, el banquero lanzó un grito de júbilo y de sorpresa; luego una sombra oscureció su frente; las palabras se le helaron en la garganta, y su gesto recobró la ordinaria dureza: acababa de pensar lo siguiente:

—Siendo rico mi hijo, puede pasarse muy bien sin mí: no tendré influencia sobre él...

Esta frase sintetizaba la manera de ser de Carvaján; dominante hasta no poder interesarse por nadie que de él no dependiese, le era repulsivo cuanto tenía vida propia; pero la impresión aquella se borró presto; Pascual había comenzado de nuevo su interrumpido discurso, y con su voz le dominó otra vez hasta el punto de que el banquero se dijo:

—¿Qué extraña influencia ejerce sobre mí? ¿Qué tiene su palabra que se me hace irresistible? ¡Al escucharla, me parece que me subyuga y me impone su criterio!...

Pascual estaba fatigado, y se recogió temprano. Su padre le condujo al piso principal por los corredores oscuros y la estrecha escalera que el joven recordaba con emoción; se detuvo delante de una puerta, y al verla, en la mente del hijo del banquero se agolpó un mundo de recuerdos; era la estancia de su madre. Carvaján abrió, y la habitación tal cual era en otros tiempos, se ofreció á su vista; todo lo halló como antes, cual si en tantos años nadie hubiera penetrado en

aquel recinto que santificó la muerte de un ángel. Sobre la mesa estaban los mismos objetos del uso de aquel ser querido; en un rincón el biombo de tapicería, cubierto por una funda gris, permanecía plegado junto á la chimenea, enfrente de aquella butaca preferida por la mujer que tanto adoró á su hijo del alma... La impresión que Pascual experimentó fué tan profunda, que por un instante, como si no existiera una solución de continuidad de su vida, desde que abandonó su casa despues de morir su madre hasta su regreso, creyó que iba á oír la voz de aquella adorada mujer muerta... Pero sólo llegó á sus oídos la de Carvaján, que retumbaba en los ámbitos de la deshabitada estancia al pronunciar con acento seco:

—Te he alojado aquí... porque me pareció que estarías mejor que en tu antigua alcoba...

¡Mejor!.. al abrir aquella, llena de recuerdos, Carvaján solo pensaba en el bienestar material, en la comodidad del cuerpo. No había previsto el enternecimiento, lógico tratándose de un hijo que idolatró á una madre que le adoraba; no comprendía que una palabra sentida en aquel momento supremo le hubiese tornado en hijo sumiso y amoroso... Pero aquella palabra no se le ocurrió á quien sentía apenas, y se limitó á estrechar la mano de su huésped, ni más ni menos que lo hubiera hecho al despedir á un compañero de viaje en el dintel de la habitación de una fonda.

Pascual se levantó muy temprano; pero ya su padre le había tomado la delantera y salido á sus negocios; el joven experimentó una secreta alegría; dueño de sí, quiso visitar minuciosamente la casa donde trascurrieron los primeros años de su vida. Abrió la ventana, y vió la estrecha y sombría calle, con su fuente



y las mismas tiendas con el mismo aspecto de otro tiempo, y las mismas gentes detrás de los mostradores. El movimiento de la población era también el mismo de aquellas pasadas épocas, y á lo lejos percibió el sonido de la flauta de un cabrero que conducía al monte su rebaño.

Cuando él era niño, todas las mañanas su madre le llamaba para que viese pasar á aquel los animalitos que tanto le gustaban, y por espacio de quince días que estuvo enfermo le dieron á beber su leche. Oía el sonido del cencerro del macho cabrío que iba delante del ganado; poco á poco sintió cómo se acercaban las cabras, después las vió desfilas por delante de la ventana en tropel, haciendo sonar sobre las piedras el golpe de sus pezuñas, meneando sus barbudas cabezas, y balando á intervalos. El pastor no había cambiado, y la música que ejecutaba tampoco; hombre y rebaño se alejaron, se fué perdiendo el eco de su marcha, y Pascual quedó absorto en medio de aquel silencio, con el corazón oprimido, cual si acabara de ver alejarse rápida toda su juventud.

Bajó lentamente la escalera; se encontró por casualidad con la criada, y quedó admirado al ver su belleza; era una moza de veinte años, trigueña, con ojos azules, que le saludó sonriendo: estaba vestida con coquetería, y llevaba un gran cántaro de metal sobre la cadera.

—¿Buscaba Vd. al amo, señorito Pascual?—le dijo.  
—Se fué muy temprano á la granja, á la Moncelle... No volverá hasta medio día, de modo que si quiere Vd., tiene tiempo para dar un paseo y despertar el apetito.

—Gracias, hija mía; eso voy á hacer precisamente.

—Entonces, hasta luego, señorito.

La sirvienta prosiguió su ascension con el cuerpo doblado por el esfuerzo que hacia para sostener el cántaro, y balanceando la falda con una gracia especial. Esta muchacha en casa del viejo, desagradó á Pascual: hubiese preferido una criada vieja para el servicio del alcalde de Neuville.

Salió; el aire era fresco; los vencejos lanzaban chillidos, persiguiéndose por encima de la torre de la iglesia; ganó las alturas de Couvrechamps, se internó por los caminos frondosos, se perdió á través de los campos sembrados de trigo ya maduro, respirando los aromas de la tierra natal, aturrido por el calor del sol, embriagado por la perfumada brisa, y conducido por la suerte en busca de aquella linda amazona, que, solitaria y pensativa, recorría los alrededores de Clairefont. Y él, que el día antes era libre, que no pensaba más que en olvidar el pasado, y conformarse con el presente, viviendo tranquilo, sin querer ver lo que fuera malo, se encontraba de pronto, desde el primer momento, en medio de violentas borrascas, más horribles que ninguna de las que había sufrido hasta entonces. Un poder desconocido le empujaba, le subyugaba á su pesar, le hacia su esclavo: por segunda vez le ponía frente á frente con su padre, y con circunstancias más agravantes que nunca.

Era cierto: llegaba á la mitad de la batalla. El desafío entablado entre Clairefont y Carvaján hacia treinta años, alcanzaba el paroxismo del encarnizamiento, y uno de los dos combatientes debía caer sin remision.

Bajando desde la taberna á Neuville, Fleury le había contado cuanto necesitaba saber; conocía á fondo la historia de su padre y del marqués, por el relato de aquél y por sus propios recuerdos, que completaron



su conocimiento, esclareciéndose en su mente de hombre tanto como fueron oscuros cuando los apreció su curiosidad de niño. Vaia á Carvaján y á Clairefont comprometidos en su horrible contienda, semejantes en sus odios y en lo implacable de su guerra á la que libraron Montaigu y Capuleto al influjo de un odio de raza contra raza. Los medios puestos en práctica eran diferentes, como el lugar, la época y las costumbres eran distintas: estaban en Neuville y no en Verona; en 1880 y no en 1800; no luchaban con espadas y picas, sino con el insensible dinero; no corría sangre que se coagulase al contacto del aire, sino tinta que manchaba al secarse sobre el papel: no era una pelea franca, declarada, activa, entusiasta; era una lucha sorda é hipócrita, más peligrosa y más cruel que la otra.

Se daba exacta cuenta de sus fuerzas, y eran éstas desproporcionadas. Por una parte, el marqués, pobre hombre, de alma débil é incapaz de prevenir ni calcular, ocupado solo en sus utopías, sacrificaba lo pasivo á lo quimérico: por la otra, Carvaján, con su corazón de piedra, su cerebro lúcido, frío y calculador y su voluntad de acero, no daba un paso en falso, y una vez lanzado, no retrocedía por nada. Era el combate de un atleta contra un pigmeo; la victoria estaba decidida de antemano. Y Pascual sabía los medios con que contaban los confederados; se veía entre ellos; los contemplaba maniobrando como un ejército de hormigas encarnizadas en el cuerpo inerte de un animal espirante, arrancándole las carnes poco á poco, sin preocuparse de sus dolores ni proponerse más que el despojo hasta descubrir el esqueleto. Tondeur había adquirido ya la sierra mecánica de la Saucelle, aquella famosa máquina que fué causa de que bajaran los

jornales; éstos no habían vuelto á subir; el mercader de maderas se aprovechaba de ello... y los jornaleros seguían maldiciendo al marqués. El cuñado de Carvaján prestó ciento veinte mil francos con la hipoteca de los admirables prados que fertilizaba el Thelle. Fleury, el mal genio de Carvaján, el padre José de aquel Richeleu, no había adelantado dinero, pero sí contribuía con sus buenos oficios de secretario del juzgado. Era el testaferro que manejaba todos los negocios que se resolvían ante el juez de paz por causa incoada por el banquero.

Pourtois, atento á la prosperidad de su taberna, tenía interés por ver comenzar de nuevo los trabajos en el Gran Margal; desde que cesaron y se fueron los obreros, ya no fiaba por semanas, con interés crecido, y fuera de los días de fiesta, su establecimiento estaba vacío.

En cuanto á Carvaján, necesitaba las fincas, el dinero, el bienestar y la honra de Honorato Clairefont; los desastres más horribles apenas le parecían suficientes para saciar su odio; necesitaba ver á sus piés al hombre que le humilló, para pisotearle y satisfacer sus ansias de venganza. Mas no por esto prescindía del interés material: era hombre práctico primero que hombre rencoroso, y su objeto era vengarse útilmente. Una vez que poseyera el patrimonio de Clairefont, sería dueño del país, dominaría la opinión, iría á las elecciones generales, sería diputado, y explotando el Gran Margal con el desarrollo de su plan se crearía una posición industrial brillantísima y una influencia sin límites.

Pascual sabía á qué atenerse con respecto á la ambición de su padre. El antiguo hortera tenía un orgullo silencioso ó salvaje, que le hacía suponer que todos



los honores eran dignos de él por derecho natural: los obstáculos no le acobardaban; los sorteaba ó los desafiaba. Era uno de esos hombres que nacieron en la nada y llegan á todo, sin que jamás les falten recursos.

Cuando intentaba una cosa y se le frustraba el intento, volvía á comenzar sin desalentarse. Con la vuelta de su hijo, Carvaján varió algo de conducta; estaba inquieto de ordinario; era más afable, hasta conversar en la calle con las gentes y no cesaba de alabar las condiciones de su heredero. La casa de la calle del Mercado tenía otro aspecto: las ventanas, de ordinario cerradas, se abrieron; aquella vivienda, siempre triste, pareció animarse perdiendo su carácter misterioso y triste. Hasta dieron sus puertas acceso á los amigos, y por las noches se tomaba en ella té y pastas.

—No quiero que mi hijo se fastidie—decía el alcalde á los que se manifestaban admirados.—Es joven y necesita divertirse; para un perro viejo como yo, de cualquier modo es buena la vida; mas para quien como él, empieza á vivir, precisa la distracción; quiero recibir señoras... Pascual tiene treinta años y debo pensar en casarle.

Esta última idea era su monomanía desde hacia poco: hablaba de ella á todas horas, y no perdonaba medio para convertirla en realidad.

Había hecho favores sin cuento á los Leglorieux, los molineros de Capendu. Los señores Leglorieux, invitados á comer en casa del alcalde de Neuville, estaban fuera de sí de puro satisfechos; habían llegado en el tren de Rouen, y celebraron una conferencia de dos horas con la señorita Simeon, la modista más famosa de la ciudad, que vivía en la calle Beauvoisin.

La señorita Leglorieux era una muchacha de veinte años, tipo perfecto de la raza normanda, de cútis

blanco y basto, cabellos magníficos, piés grandes y manos robustas. Era hija única, y Fleury, que conocía con cierta exactitud todas las fortunas del país, solía decir: «No será mala talega la que lleve en dote.»

La señora de Leglorieux, temblorosa de esperanza, abrió su corazón á su heredera:

—Se prepara una boda, querida mía—le dijo.—Es la primera vez que Carvaján convida señoras á comer. Nunca recibió más que hombres. ¡Así, pues, Felicia, disponte! ¡Es hombre millonario y su hijo un buen mozo! Se dice que tiene un gran talento... mucho más que el abogado Sr. Bonet. Si quisiera residir en Rouen llegaría á ocupar cualquier puesto importante en la Audiencia. ¡Entonces, tu figurarías en primera línea, asistirías á los banquetes de la prefectura!...

La señorita Felicia no pronunció palabra; pero sus ojos estaban húmedos, y el rubor coloreaba sus mejillas.

Sin embargo, Pascual, siempre que su padre le dejaba libre un instante, se dirigía hácia Clairefont, y en más de dos ocasiones, al caer la tarde, fué hasta la meseta en donde se despidió de la encantadora amazona. Allí se ocultó entre los árboles, y sentado sobre el trébol florido, aún caliente por los postreros rayos del sol, esperó inútilmente, porque la hermosa joven se había vuelto invisible.

Alguna vez se atrevió á llegar hasta la verja; el magnífico lebrél escocés, echado perezosamente sobre la fresca tierra de un arriate, en el cual había hecho un agujero para poner en contacto su cuerpo con la tierra húmeda, se levantó, y adelantando su puntiagudo hocico, ladró con disgusto. El joven se escondió tras la pared del parque temiendo ser descubierto,



y en el silencio de la noche oyó la armoniosa voz de Antonieta, que decía:

—¡Calla, Fox! Es algún mendigo, sin duda. ¿Vas á enseñar los dientes á los que más dignos de lástima son, porque están necesitados?

Y la voz bronca de la señorita de Saint-Meurice, añadió:

—Uno de estos días nos los enseñará á nosotros también.

Estas palabras cayeron como una losa sobre el corazón de Pascual. Más que la distancia, más aún que aquella pared de piedra, le separaban de la señorita de Clairefont. ¿No era Carvaján el que labraba su ruina?

Se alejó lentamente: la noche cerraba; una ligera neblina se veía sobre las copas de los árboles del parque, y á través de las ramas de los abetos y las hayas, el sol poniente lanzaba sangrientos reflejos. Siguió por la orilla de la laguna, donde había visto á Rosa lavando la ropa, y distinguió el rebaño de carneros que guardaba Bussot, con ayuda del perro negro, paciendo la hierba agostada por el calor. El pastor estaba acostado sobre su zamarra, cerca del aprisco, abierto para encerrar ya, y se entretenía en silbar con el tallo hueco de una ramita de Saúco. Los sonidos que producía aquella flauta primitiva, agudos y plañideros, semejaban el grito de un pájaro herido.

En cuanto el idiota vió á Pascual, se levantó de un salto, lanzó dos silbidos extridentes, á los que obedeció su perro, corriendo en torno al disperso rebaño; tomando el látigo comenzó á saltar por encima de las retamas con gestos furiosos, como si al acercarse á sus animales hubiese cometido un grave delito, y por largo espacio oyó ésta los gritos de Rus-

sot, alternando con el restrallar de su tralla. Triste hasta lo infinito volvió á su casa. Hacia solo ocho días de su llegada á Neuville; Carvaján, que observaba el cambio verificado en el carácter de su hijo, lo estudió primero en silencio, y acabó por interrogarle:

—¿Qué tienes?—le dijo.—¿Qué te sucede? ¿Hay algo que te disguste? Se cambiará, hijo mío: Quiero verte contento...

Pascual miró á su padre; y, juzgándole sincero, pensó:

—Los años le han dulcificado ¿Quién sabe si, en efecto, por comp'acarme, haría un sacrificio?...

Tuvo la idea de aprovechar sus buenas disposiciones y confesarle la verdad; quizás era aún tiempo de parar el golpe que amenazaba á Clairefont. ¡Si la llegada del hijo, despues de tan larga ausencia, pudiera ser el origen de que se borraran las hondas enemistades que mediaban entre su padre y el de Antonieta!... ¡Con cuánta ternura le devolvería al primero la condescendencia que con él tuviese, si se resolvía á perdonar á sus enemigos derrotados!... Imaginaba á la linda jóven libre de preocupaciones, sonriente y feliz: él era quien la proporcionaba el bienestar y la calma... Un grato enternecimiento se apoderó de su ánimo, y, sin pérdida de tiempo, quiso tantear el terreno.

—Padre mío,—dijo,—desde mi vuelta no ceso de admirar cuán cambiado está todo. Es Vd. la primera figura de este contorno; ocupa una posición brillantísima, y entiendo que aún no llegó Vd. al límite...

Carvaján afirmó bajando la cabeza, y una sonrisa animó su moreno rostro.

—No obstante—prosiguió el jóven,—veo un punto negro en el horizonte, y es la hostilidad entre nosotros y el marqués de Clairefont. ¿Le parece á Vd. digno de



persona, cual Vd. elevada, sostener una lucha que tiene en emoción al contorno entero, puesto que da lugar á que existan dos bandos? ¡Fomenta Vd. la discordia!...

El banquero bajó los ojos, como acostumbraba cuando no quería responder en concreto á una pregunta, y murmuró con ironía:

—Sí; es verdad. Pero no la fomentaré por mucho tiempo...

Pascual no se dió por vencido ante la ambigüedad de la respuesta de su padre. Conocía al viejo, y no ignoraba cuán difícil era vencerle con palabras; pero aún insistió:

—Oigo decir por doquier que el marqués está en las postrimerías, y por eso precisamente me atrevo á hablar á Vd. con esta franqueza, aunque sé que no es motivo agradable para Vd. el de nuestra conversacion. Esas pobres gentes, á fuerza de torpezas, y excentricidades, y locuras, han llegado á la ruina más completa. ¿Qué más puede Vd. desearles como castigo del mal que hayan podido hacerle?

La fisonomía de Carvaján tenía una expresión de alegría terrible; alzó la cabeza, y fijando en su hijo sus ojos amarillentos, que centelleaban de odio, dijo con acento de desdenosa lástima:

—¡Chiquillo! .. ¿Qué entiendes tú de esos asuntos? ¡No sabes lo que dices!

Tanta amargura, tan profunda ironía encerraban sus palabras, á tal punto revelaban el instinto de venganza insaciable, que Pascual quedó helado. Creyó poder influir sobre el viejo hasta volverle en sí mismo; esperaba entablar una discusión por la cual obtuviera algo favorable á sus propósitos, y encontró á su contrincante invencible, al amparo de su mar-

mórea frialdad, escudado en su orgullo, contestándole con el despreciativo desden del hombre que discute con un niño!... Así y todo, no cejó; volvió á la carga.

—Pues habrá V. de permitirme que no comprenda su afán por vencer. El pobre marqués está reducido casi á la nada; es un adversario bien insignificante, para tan poderoso contrario.

—¡Eh! ¡Eh!—exclamó con acento burlón Carvaján.—No hay que despreciar al enemigo, por muy débil que parezca. Si hace treinta años hubiese repetido el marqués estas palabras, como una jaculatoria, todos los días antes de acostarse... puede que se viera de otro modo...

—Es un viejo...

—¡Toma!... ¡Tiene mi edad!...

—Le rodean infelices mujeres, dignas de interés...

Al oír esto Carvaján, se irguió; lanzó á su hijo una mirada investigadora, y con voz metálica, con su verdadera voz, que hizo estremecerse á Pascual, exclamó:

—¡Mujeres! ¿Quién te lo dijo? ¿Las viste acaso? ¡Ah! ¡Ah! Muy bien, perfectamente; como semejante ralea se mezele en nuestros negocios, lucidos estamos. ¡Mujeres!... ¿Por casualidad no las hay siempre en lo que se refiere al marqués? ¡Lo que pasa es que él no pensó en que no hay bien ni mal que cien años dure!... Y dime, ¿cuál de las dos inspira tu interés, la vieja, ó la encantadora Antonieta?

El nombre de la jóven, pronunciado con tono despreciativo, con áspera familiaridad, hirió el corazón de Pascual. Le pareció como si aquel acento con que se la nombraba la envileciese; quiso poner coto á tales demostraciones, pero no tuvo tiempo, porque el viejo le atajó, añadiendo:



— ¿Y quién te habló de esas mujeres? ¿Por ventura, las encontraste? Desde que viniste recorres estos contornos, y como ellas hacen lo mismo, semejantes á dos aventureras, no sería extraño vuestro encuentro. Quizás te habrán hablado... Porque no son muy vergonzosas; y luego... el hijo de Carvajan... no sería mal negocio...

El banquero soltó una carcajada nerviosa, atroz, infernal.

— ¡Padre!... Ruego á Vd...

— Deja, hombre, deja, que tú no las conoces como yo... A estas fechas, por dinero, son capaces de cualquier cosa... Pero es menester andarse con tiento... Son peligrosas. La joven, sobre todo, con su aspecto cándido... y su capitán de caballería..., que no se casa ni por Cristo... ¡Ay, hijo mío!... Son mala gente... Créeme; no te ocupes de ellas. Se necesita mi energía para llegar al fin..., y con ella y todo me costó trabajo. Si te da miedo escuchar el estrépito que producirá la caída de esa raza leprosa, de esa casucha vetusta y mal apuntalada que llaman casa de Clairefont, vete á dar una vuelta por París. Eres joven, y debes divertirte... pero, créeme, nunca te ocurra cambiar los propósitos de tu padre... Te quiero mucho, eso sí... pero pudiera suceder que te alcanzase el golpe, si tratas de evitarlo...

Pascual intentó un postrero esfuerzo. Pero su hermosa voz no ejercía ya influencia alguna. Tratándose de su odio, el alma del viejo usurero se envolvía en un arnés de diamante, que embotaba los golpes mejor dirigidos: era invulnerable.

— Por lo demás, —añadió, como final de su discurso, afectando benevolencia, —tus sensiblerías son ridículas. Junto al marqués no hay tan sólo mujeres: hay

un moceton de veintiocho años, fuerte como un castillo, y que hasta la fecha no empleó su fuerza más que en hacer barbaridades. Si quiere trabajar, tiene medios de sobra... Nosotros sabemos cómo se hace eso... Yo empecé barriendo la tienda del tío Gatiellier... y tú has dado la vuelta al mundo... ¿Quién se opone á que ese buen mozo reconstruya la arruinada fortuna de su padre? ¡Eh! ¡Eh! Y hasta es posible que le juzguemos mal. Acaso tenga una aptitud, que no es la de apalea palafreneros, ó zurrar á los cazadores de más en el estómago... Yo me alegraría mucho si le viera el día de mañana capaz de algo útil...

Carvajan hizo una pausa; su semblante se tornó duro y sombrío; luego prosiguió, con t no seco y áspero, como el chirrido del acero que destroza un cuerpo rígido.

— Pero si, como todos los suyos, es un ente incapaz de nada bueno..., entonces poco importa que desaparezca. En nuestra sociedad culta, tal cual está constituida, los ociosos y los holgazanes sobran.

Para encubrir sus malos sentimientos á los ojos de su hijo, Carvajan pretendía dar á su conducta cierto carácter social. No era él arruinando á la raza de los Clairefont, era la democracia laboriosa triunfando y aplastando á la nobleza inactiva ó inútil: era la burguesía, representante del trabajo, destruyendo el parasitismo que agobiaba al país.

Al verse rechazado con tanta rudeza, Pascual quiso volver sobre sí, y tomando un aire indiferente, se rebizo. Despues de todo, cuanto dijo era purísima tontería: un exceso de escrúpulo. La familia Clairefont le era del todo indiferente: él no conocía á aquellas gentes, y no tenia interés por conocerlas.



Su padre guardó silencio, y le dejó hablar, pero sin confiar demasiado: se proponía hacer que alguno de sus secuaces le vigilase; mas por su parte el joven se proponía no dejarse sorprender, y tenía ya resuelto no volver á sus paseos sobre la colina, por miedo de que descifraran el enigma de su conducta.

Los dos, pues, estaban sobre aviso, separados por intenciones opuestas y ocultas: Carvaján temiendo habérselas otra vez con su hijo, y éste viendo de nuevo en su padre al tirano que le ahuyentaba del hogar donde nació: eran dos adversarios, y no debían tardar en desenmascarse al influjo de las circunstancias.

La comida con que el alcalde de Neuville se propuso festejar el regreso de su hijo, y á la cual estaban invitadas las personas más importantes de la población, tuvo lugar con ese aparato que es patrimonio de los tacaños cuando se proponen exhibir sus riquezas con una mira interesada. La suntuosidad de los platos que se sirvieron deslumbró á los comensales, aunque se trataba de gente acostumbrada á presenciar banquetes de pueblo, esos banquetes interminables en comparación con los cuales las bodas de Camacho adquieren todo el carácter de verosimilitud posible. El teniente alcalde estaba presente; no se atrevió á rehusar la invitación. El servicio era de la fonda de Rouen, y de igual origen procedían los criados, que impusieron tanto con su presencia á Dumontier, el cuñado de Carvaján, que aún á pesar de las miradas, que le dirigía su mujer, no pudo evitar el decirles: «muchas gracias,» cada vez que le sirvieron.

La comida empezó con frialdad en aquel comedor sombrío y triste, desamueblado casi, porque la afluencia de veintidos comensales que ocupaban todas las

sillas en torno de la mesa, dejó el resto del comedor escueto. Pero poco á poco se fué animando, y al llegar al asado, al que precedieron muchas viandas, cuando comenzó á servirse el vino de Borgoña, las lenguas se desataron y la conversación se hizo animadísima.

Fleury, que estaba separado de Pascual por la señora Leglorieux, se propuso exhibir al joven, y le sacó la conversación de sus viajes; pero le halló rebelde, y no logró meterle en harina. Taciturno y abortivo, el hijo de la casa no ocultaba su mal humor. Aquella esfera en que estaba colocado no era la suya, le causaba horror: sentía malestar invencible; la perspectiva de vivir entre aquella gente, cuya manera de pensar y de ser le eran repulsivos, le causaba espanto. Carvaján, frío, severo, sóbrio en palabras y gestos, tenía el continente orgulloso y amenazador de príncipe, comparado con los que le rodeaban. Aquella alegría que abrumaba á Pascual como la turbia corriente de un barranco, le descorazonó y le sumió en amarga tristeza.

La señorita Leglorieux, colorada como un pimientito, se esforzaba por llamarle la atención con gestos y con dengues; se empeñaba en ser elegante en sus maneras, bebía alzando el meñique con estudiada coquetería, y escogía las palabras con tal énfasis, que resultaban ridículas. Tondeur, encerrado en su leviton, que era para él una especie de aparato de tortura, bebía como un cosaco, y á cada broma de Fleury soltaba la risa ahogada y asmática. La señora Leglorieux encomiaba al oído de Carvaján las bellas propiedades de su hija y las esperanzas de riqueza que abrigaba.

—Sí, señor alcalde —le decía,—puedo asegurarlo. Felicia será un partido de primer orden, tanto, que en este contorno no habrá otro mejor. Gracias á Dios, su



padre y yo no pensamos aún en morirnos; pero cuando se case, llevará trescientos mil francos de dote, sin contar con lo que debe heredar, porque, ¿Vd. no sabe cómo la llaman? La señorita de las herencias. Ha de tener varias, sin contar la nuestra, que espero que tarde un poco...

Y al decir esto, se echó á reír; los tirabuzones negros, que le colgaban á los lados de la cara, se agitaban con violencia, y Carvajal la miró con aire tranquilo é indiferente.

Pascual, que escuchaba sin querer, tuvo el capricho de comparar á la madre con la hija. Con estupefacción halló el más completo parecido entre las dos. A los veinte años la primera debió ser como la segunda; con cuatro lustros de diferencia, tenían el mismo tipo, igual color, y los mismos rasgos en la fisonomía. Vea cómo debió ser la madre á los veinte; igual sería la hija á los cuarenta, con su tez rojiza, su talle grueso y su cuerpo linfático, efecto de las comodidades de la vida de pueblo. ¡Y pensaban que se casara con semejante mujer!

A su pesar, razonando friamente, pensó: ¿Qué tenía de extraño aquello? ¿No era lógico? ¿Debia esperar otra unión? La jóven aquella, ¿no era de su clase, de su tierra, y á propósito en todo para el hijo de un patán enriquecido? ¿Podía él aspirar á la heredera de un gran señor? Pensando de otro modo, ¿no le llevaba su fantasía fuera del campo de las aspiraciones naturales dados su condicion humilde y su origen?

Olvidando todo lo que le rodeaba, en medio de la animacion creciente de los convidados, y del ruido de las conversaciones de las risas, se figuró hallarse solo en aquel apartado rincon del parque silencioso y sombrío. La dulce imágen de una jóven pasó ante su vis-

ta, envuelta en una ligera nubé, cual la evocacion de un sueño. Era la mujer amada: Se sentia dispuesto á todo para obtenerla. Nada cansaria su paciencia ni abatiria su valor. ¡Concluiria por destruir los obstáculos, por desarmar las iras, seria feliz! Sí. A esta idea se estremecía su ser. ¡Qué encanto tan inefable le produciria la presion de la delicada mano de aquella encantadora criatura en su brazo tembloroso! ¡Qué embriaguez pasar la vida á su lado, adorarla siempre, hacerla reina de sus pensamientos, fundirse en su alma, y no tener ni un solo deseo, ni una sola esperanza que no se cifrase en ella! ¡Ser su esposo, y sólo abandonarla para volver más tierno y sumiso á rendirse á sus piés, para trocarse de dueño en esclavo!

¡Ver su hermosura acrecentarse con una maternidad triunfante, y poseer de esta mujer adorada niños rubios, sonrosados, impetuosos, amantes como ella, y comprender que el corazon no es bastante grande para encerrar el amor que estos seres divinos pueden inspirar! Se necesitaria un paraíso, un lugar privilegiado, un sitio bendito y lleno de luz, de aromoso ambiente y de radiante sol, para que estos ángeles pudiesen vivir sin penas y sin dolores. Los árboles inclinarian sus floridas ramas para acariciar sus delicadas frentes. Los pajarillos modularian sus más dulces canciones para encantar sus oídos delicados. La arena se haria más blanda, para no herir sus pequeños piés jugueteros y traviesos.

Nada de lo que existia en la naturaleza era bastante puro, bastante bueno para Antonieta y para los querubines que de su seno nacieran.

Una ruidosa aclamacion arrancó á Pascual de su delicioso ensueño. Todos los asistentes al banquete estaban en pié, y chocando sus vasos bebían en honor



de su feliz regreso. La señora Leglorieux, sacudiendo sus rizos, dirigió á Carvajan una mirada victoriosa, que parecia decirle:

—Vd. nos lo ha traído. A nosotros corresponde el guardarlo...

Fleury, despues de saludar con servilismo al alcalde para que le dispensara la libertad que se tomaba, empezó un *speech* que llevaba estudiado, y que emitía con dificultad para hacerle pasar por improvisación. Dirigió alusiones poco veladas á la lucha entablada entre Clairefont y Carvajan, insinuando que el alcalde de Neuville habia sido, desde hacia muchos años, defensor acérrimo de los intereses provinciales, amenazados por los últimos representantes de la antigua opresion feudal..

—Llegará el día, que quizá no esté lejano— dijo para terminar,—en que el admirable premio de esta resistencia gloriosa será el acrecentamiento de la prosperidad del país, por medio del trabajo que arranca al suelo una extraordinaria riqueza.. Este maravilloso resultado se deberá al señor Carvajan, al alcalde de Neuville... No quiero decir más por hoy.. Además, todos Vds. me han comprendido... Unámonos, pues, y bebamos todos juntos á la salud de nuestro excelente amigo...

—¡A su salud!

—¡Viva! ¡Es de buena madera! Yo lo conozco,—exclamó Tondeur.

Fleury no mentía. Todos se comprendían. Los rostros animados, los ojos brillantes, llevaban impreso el sello de la concupiscencia que se despierta. Todos se hallaban dispuestos á lanzarse sobre el botín. Del Gran Margal, del venero de riqueza de la colina, debia brotar un raudal de oro, y cada uno de los asocia-

dos se aprovecharia holgadamente de ello. El sindicato, preparado hacia ya años, registraria las entrañas de la finca señorial, y explotaria la calcárea piedra que la incuria del marqués habia dejado improductiva.

Se restableció el silencio: contestaba Carvajan. Estaba de pié, grave, y las palabras salian de sus labios frias y comedidas. Declinaba modestamente la honra que se le queria dispensar, atribuyendo á su débil iniciativa las grandes ventajas que ofrecia el porvenir. Habia tenido útiles colaboradores... Y al decir esto, acariciaba con la mirada á Dumontier, á la vez que halagaba á Tondeur... Se encontraba, además, muy satisfecho de haber merecido la general aprobacion; porque el único objeto que le guió fué el interés de aquellos que le rodeaban.

Se puso la mano sobre el corazon con actitud dramática, como si se hallase dispuesto á sacrificarse por la humanidad.

Sus convidados, llenos de entusiasmo, le aplaudieron con furor.

Pascual asistia á esta escena con estupefaccion, lleno de dudas. Creía soñar, ó que al menos hasta entonces le habian engañado falsas apariencias. Pero el cínico gesto de Fleury, cuyo rostro se contrala en silenciosa sonrisa, le llamó la atencion. Recordó las confidencias que le habia hecho, y vió claro. Todo lo que acababa de presenciar era una odiosa comedia; todo lo que habia oido, una desvergonzada mentira.

Sintió rubor y asco. Recordó la vida libre y franca que hacia algunas semanas antes. Las vastas praderas de América se desarrollaron de nuevo ante su vista, como llamándole á compartir sus soledades frondosas y tranquilas, ofreciéndole el reposo dulce y sano: él



las vió con acariciadora mirada. Le parecía sentir sobre sus sienes una ráfaga del perfumado ambiente de las *sábanas*, que venía á calmar las tempestades del pensamiento.

¿Por qué había regresado? ¿Qué hacia metido en aquel fango? Sintióse viril con la fuerza de otro tiempo como cuando por nada en el mundo se le hubiese hecho aceptar la complicidad de una infamia.

Un entusiasmo repentino se apoderó de su corazón: se sentía dueño de su conciencia, superior á todo cuanto le rodeaba, seguro de huir del rebajamiento que deseaban hacerle compartir. Juró para sus adentros abandonarlo todo, familia, hogar, patria, y de nuevo ir á ocultar sus penas en los países de donde no regresaría nunca. El porvenir se le apareció como un abismo insondable. Sin vacilación, sin debilidad, resolvió huir lejos del pátrio suelo.

Concluyó la comida. El gabinete de Carvaján, aquella sala de tortura, entre cuyas paredes se habían lanzado tantos suspiros y quejas, estaba brillantemente iluminado. La mesa escritorio del dueño, desembarazada de papeles, ocupaba un rincón.

La chimenea estaba rodeada de sillones y sillas. En un testero, entre dos ventanas, se veía un piano. Aquella mansión triste y sombría se llenaba de luz y de ruido. En la calle, algunos vecinos, con la boca abierta, se extasiaban ante un espectáculo tan inesperado, el de las ventanas deslumbradoras de Carvaján, y oían los acordes de un vals mal ejecutado por la señorita Felicia. Los convidados llegaban á la puerta, y tocaban misteriosamente, como con temor de engañarse.

Sin embargo, no se equivocaban. El alcalde de Neuville se quedaba en casa, y todos los notables,

deseosos de verle hacer los honores de ella, llegaban unos tras otros con la cara sofocada y la mirada curiosa. En un ángulo de la sala, Pascual, sentado en una silla, prestaba escasa atención á los dichos de su tío Dumontier. La ventana estaba abierta, y por entre los barrotes de la reja entraban bandadas de mariposas nocturnas que, revoloteando alrededor de las bujías, se quemaban las alas en la llama. Mirándolas, las comparó Pascual al pobre marqués, que ahora no podía ya escapar de la ruina definitiva. El nombre de Clairefont, pronunciado muy cerca del joven, le hizo volver la cara, y entonces vió, al lado del piano, á su padre hablando con el señor Molegean.

—Vd. no ignora, Sr. Carvaján, que yo no soy hombre que dé un consejo á la ligera,—decía el notario.—Pues bien; no use Vd. de rigor con el señor de Clairefont; concédale algún respiro...

—¿Qué quiere Vd. decir con eso?—preguntó el banquero.

—Que no le ponga Vd. el puñal al pecho como lo viene Vd. haciendo desde el año pasado; al decir que le de respiro, quiero significar que le conceda Vd. un plazo...

—¡Pero si no es cosa mía! ¡Si yo fuera el prestamista!... Como Vd. sabe muy bien, me corresponde sólo la tercera parte, y si me las echo de generoso con el marqués, puede desmerecer mi crédito. Podría hasta llegar á perder...

—No, hombre; no lo crea Vd.

—Es menester pensar en todo.

—¿Quién sabe si, por el contrario, dándole un poco de tiempo, el señor de Clairefont llegará á amortizar una parte de su deuda?

A estas palabras, Carvaján, que desde el principio se mostró frío é indiferente, sonrió, y tomando á Mo-



legean por el brazo, se apoyó familiarmente en él, y le dijo con cariño:

—¿Hay alguna novedad? Cuénteme Vd., cuénteme.. ¿Acaso el baron de Croix-Mesnil se decide á casarse? ¿Volverán las aguas por donde solian ir?..

El notario se arrepentia ya de haber despertado la atencion de Carvajan, comprendió que habia ido demasiado lejos, y quiso recoger velas; pero el banquero no era hombre á quien se le escapase fácilmente la presa. Insinuante ó imperioso como quien suplica y manda al mismo tiempo exclamó:

—Vamos, Molegea; sea Vd. sincero. El marqués le ha puesto al corriente de su nuevo descubrimiento, le ha enseñado á Vd. su horno.

—¿Cómo sabe Vd?..

—¿No estoy en el deber de saberlo todo? Hace seis semanas que no se habla de otra cosa. Se dice que es sorprendente; que por su nuevo sistema el marqués llegará á quemar los leños mojados, desarrollando un calor extraordinario. ¿Es verdad esto?

El notario, lleno de turbacion, guardó silencio. Carvajan le sacudió el brazo con viveza, y con ojos centelleantes y áspero acento dijo:

—¿No contesta Vd? Quien calla otorga. Ha visto Vd. el aparato, ¿no es cierto? Un ingeniero á quien he consultado, pretende que esto sería una aplicacion maravillosa para ciertas industrias...

La animacion de Carvajan era tan viva, á tal punto aquel hombre, dueño siempre de sí mismo, se manifestaba deseoso de saber lo que se referia al marqués, que Molegean esperó poder sacar partido de la situacion en beneficio de su cliente. Acaso, dando á entender que los resultados de la invencion serian considerables, llegase á intimidar al banquero, y le atraje-

se á un arreglo; le dirigió una mirada investigadora por encima de sus gafas de oro, y dijo con estudiada lentitud:

—He visto, en efecto, el horno; es muy curioso; el marqués ha tenido la bondad de encenderlo á mi presencia.

—¿De modo que es un bonito modelo? Pero, ¿es un juguete, ó puede uno fiarse de la prueba que se ha hecho?

—No; es un aparato de gran tamaño, que el señor de Clairefont tiene adaptado al hornillo del laboratorio. Se sirve de él para sus experiencias de quimica... Y estoy convencido de que en grande funcionará lo mismo que en pequeño. Se me figura, querido Carvajan, que en un breve plazo, el marqués va á salir de sus apuros. A mi juicio es un hombre notable, tanto, que me parece más conveniente estar de su parte que en contra suya.

—¡Oh!—dijo Carvajan, suspirando para desahogar su pecho oprimido.—Sin duda es un hombre notable, y me alegro mucho. En medio de todos sus descubrimientos, el que más me interesa es el que puede servir para devolverme mi dinero, que deseo reembolsar. Es Vd. muy especial, amigo Molegean; ¡pues no viene á calentarme las orejas con semejantes tonterías!..... ¡Un hombre notable! Pues bien, acuérdesese Vd. de lo que le digo: con toda su notabilidad, si no está dispuesto á satisfacer ese dinero á fin de mes, es decir, tres dias después del de San Fermín, le embargo y le pongo en la calle á él y á su noble familia... Tan cierto como me llamo Carvajan.

Estaba irascible; su rostro moreno habia tomado un tinte livido, le centelleaban los ojos de odio, y con movimiento nervioso se frotaba las manos; hizo una



pausa, y mirando fijamente al notario exclamó con sorna:

—Si el invento es una maravilla, mi querido Molegean, yo lo explotaré, y seguramente he de sacar mejor partido de él que ese viejo loco.

Y viendo que el notario abría la boca para intentar un supremo esfuerzo en beneficio de su cliente, le atajó, exclamando con tono áspero:

—No hablemos más de esto; puedo Vd. decirle que espero hasta fin de mes, ni un día más... Y añada usted que se acuerde... porque yo no me olvido de nada.

Con el índice de la diestra, señaló sobre su mejilla una cicatriz blanca que resaltaba sobre el color cetrino de la piel; aquella señal indeleble, impresa por el latigazo que recibió treinta años antes la noche de San Fermín, reanimaba á todas horas su espíritu de venganza, y en aquélla, mejor que en ninguna, despertaba su odio implacable.

Sonriendo con amargura, sin añadir una palabra más, atravesó el grupo que formaban los convidados, y se reunió con el subprefecto, engolfado en una discusión administrativa con uno de los comensales. Entonces, Pascual, con el alma llena de angustias á causa de sus tristes pensamientos, se acercó á su padre. Confuso daba vueltas en su mente á los detalles terribles del drama próximo al desenlace.

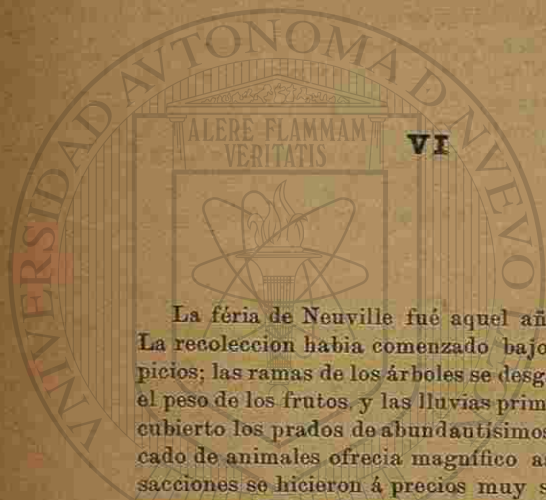
Sí, los errores de M. de Clairefont fueron muy graves... El odio de Carvaján era legítimo... Entre aquellos dos hombres se abría un abismo tan profundo, que jamás voluntad humana podría rellenarlo, y los hijos de uno y otro, aunque inocentes y capaces de amarse entre sí, serían por fuerza víctimas de aquella enemistad; estaban condenados á perpétuo odio y á perpétua tristeza.

La animación y el ruido de la sala le causaban horror. Sin ser notado, pudo salir y ganar la desierta calle.

La noche estaba tranquila; la tibia brisa acariciaba su rostro; en el trasparente cielo brillaban multitud de estrellas. Se dejó caer sobre un banco de piedra, junto á la fuente marmuradora, y en medio de aquel silencio, no hallando más que tristes recuerdos en su pasado y amarguras en su porvenir, maldiciendo al marqués, sintiendo rubor por la conducta de su padre, resuelto á desalojar de su corazón aquel profundo afecto hácia Antonieta, desesperado, se oprimió la cabeza entre las manos, y rompió á llorar.







La feria de Neuville fué aquel año animadísima. La recolección había comenzado bajo excelentes auspicios; las ramas de los árboles se desgajaban casi bajo el peso de los frutos, y las lluvias primaverales habían cubierto los prados de abundantísimos pastos. El mercado de animales ofrecía magnífico aspecto; las transacciones se hicieron á precios muy subidos, y, como consecuencia de todo esto, la alegría brillaba en el rostro de todos los afluentes con motivo de las fiestas. Inmenso gentío llenaba las calles; las tiendas se ofrecían hospitalarias á los campesinos que, arrastrando los pies, con la boca abierta, y sus blusas nuevas color azul muy oscuro, flotándoles hacia las espaldas, recorrian las aceras, seguidos de sus mujeres y sus hijas engalanadas con sus cofias y sus grandes agujas de oro.

A la entrada de la calle Mayor, delante de la posada del *Cisne de Plata*, una porción de cochecitos y

carros con las varas alzadas por los tentemozos, cuya sombra se acertaba por momentos, cerraban el paso; y muy cerca, en una pradera, las caballerías con los arcos puestos, los frenos colgando de las cabezadas y sujetas por los ronzales á estacas clavadas en tierra, pacían azotándose los flancos con las colas para espantar las moscas. A cada momento un carromato cubierto de polvo se detenía con estrépito delante de la puerta. El carretero, con la gorra en el cogote y el grueso cigarro pegado á los labios, comenzaba á desenganchar. Entonces se oían por doquier conversaciones como ésta:

—¡Calle, si es el tío Lavasenr!... ¿Qué tal, qué tal hombre?

—¡Oeh! ¡Juan Luis, oeh!

—¡Ah, pícaro, qué bien hiciste en vender el grano el año pasado, porque lo que es éste, no ha de subir mucho!

—¿Tomamos un café? Le Bourgeois, cuida de mi yegua, dale un pienso de avena y dentro de media hora llévala á beber.

El posadero, su mujer y el mozo de cuadra iban solícitos y presurosos del salón á la bodega, de ésta á la caballeriza; en el patio resonaban tremendas voces, que no parecía sino que degollaban á alguno; pero no se trataba de nada de esto: era sencillamente que varios amigos intervenían en la venta de una pareja de bueyes. Acre olor de aceite frito salía de la cocina, envuelto en nubes de humo azul, y sobre el alfeizar de la ventana, en una tartera, estaba puesto á enfriar el dulce de manzanas dorado, recién salido del horno. Detrás de la lona que formaba una barraca, retumbaban las detonaciones de un tiro de pistola. Un poco más allá, el organillo del *Tío Vivo* hacía oír



sus desafinadas sonatas, y en lo alto de una vieja carretela, junto á la cual tocaba un criado la trompa de caza, el dentista ambulante, blandiendo un sable llamaba á los campesinos y los explicaba, con su popular locuacidad, cómo, valiéndose de aquella *mortífera herramienta* arrancaba las más recalcitrantes muelas sin dificultades ni dolor.

—Un dentista de la ciudad, para deslumbraros, hablaría de la *pata de cabra*, os ofrecería el *gatillo*, os aconsejaría la *llave de Garengeaud*, —gritaba con estentórea voz.— ¡Ignorancia, impostura! Para operar, nada hay como la mano. Con el instrumento perfeccionado podría *facturaros* el alvéolo, y romperos la mandíbula. Pero yo, señores, con un sable, con un clavo, con un alfiler, en menos tiempo que se piensa, sin producir dolor, y solo por cincuenta céntimos, dejo tranquilo al más dolorido...

Y la trompa de caza ensordecía al auditorio, mientras que un campesino, con las mejillas echándole sangre de vergüenza, y sudando de emoción, enseñaba al *verdugo* dos filas de dientes blanquísimos, entre los cuales uno estaba ennegrecido por la carie.

Buhoneros que vendían peines, cepillos, espejuelos de plomo, cofias de lienzo para las mujeres, esponjas y almohazas para limpiar caballos, habían instalado sus puestos sobre las verdes márgenes de una acequia.

En un carretón largo, de ruedas toda una tienda de vajilla ofrecía á los palurdos, desde el plato más barato de barro hasta el que imita á porcelana, y desde el vaso de grueso vidrio que rueda por el suelo en las tabernas sin romperse, hasta el de cristal con grabado, que representaba una zorra corriendo por entre los pámpanos de una viña: todo se encontraba en

aquel almacén ambulante. Un poco más allá un herrero vendía, junto á la acera, marmitas con baño de porcelana, planchas, martillos, sierras, clavos y tornillos: y rodeados por una cuerda, pateando el polvo de la calle, y balando de hambre, una veintena de corderos esperaban ser vendidos, bajo la custodia de su propio dueño.

Debajo de los tilos de la alameda, un chalan á caballo hacia probar que trotaba conducido del roncal por el palafranco, y se encabritaba al sentir el ruido del mango del látigo golpear el duro fieltro del sombrero de quien trataba de enajenarle.

Un sol ardentísimo calcinaba la tierra, que á su vez despedía un vaho abrasador; ni un soplo de aire refrescaba la atmósfera, impregnada por el fuerte olor de los ganados, y en la gran plaza, la apiñada multitud se dividía, entregándose á los negocios ó á los placeres.

Cerca de la Casa de la Villa estaba formada la compañía de bomberos, de uniforme, y en el gran salón de la escuela, adornado con multitud de banderas tricolores, se celebraba la distribución de premios bajo la presidencia del sub-prefecto.

Carvaján leyó un discurso, calurosamente aplaudido, y á los violentos acordes de la charanga del pueblo, dió fin la ceremonia. A la orden de su jefe los bomberos se alinearon y la corneta saludó el paso de las autoridades.

El cortejo desfiló poco á poco, y en la Casa Consistorial se despidió, dispersándose por entre los grupos de campesinos, entretenidos en sus conversaciones. En la esquina de la calle del Mercado, el sub-prefecto, que iba junto á Carvaján, le dijo:

—¿Le veremos á Vd. esta noche en el baile?



—Sin duda, — contestó el otro; — es mi obligación, y además es costumbre que las autoridades den una vuelta por allí.

La frente del padre de Pasenal se oscureció. Todos los años la fiesta de San Fermín reanimaba sus ódios, porque no era él hombre que supiera perdonar, y aunque lo hubiera querido, olvidar su injuria le hubiese sido imposible. ¡La misma fiesta, la misma alegría, la misma animación!... Todo era lo mismo que treinta años antes, y su antigua herida sangraba, á su pesar, con los recuerdos que esto evocaba.

—¿De modo que vendré á buscarle á Vd?

—No; allí nos reuniremos; más hará Vd. en una hora en el baile para las elecciones, que en tres semanas de recorrer estos contornos; en él hallará Vd. reunidos á los principales electores. Y mucho cuidado con los bomberos, nadie sabe hasta qué punto son influyentes.

—Veo que conoce Vd. á fondo la cuestión, — dijo alegremente el funcionario público. — Por eso, poniéndose de acuerdo con Vd., se gana sin remedio.

Carvaján miró atentamente á su interlocutor, sospechando un sarcasmo; pero al verle sonreír con franqueza, pensó: «¿A santo de qué había de atacarme? ¿No sabe por ventura que si quisiera podría destruirle?» Una ráfaga de orgullo brilló en sus ojos. En aquella población en que todos le conocieron criado de un almacén, era el amo: nada se le resistía. Bien pronto sus enemigos vertían lágrimas de sangre. Se volvió hácia los que le seguían, y con tono desposito exclamó:

—Señoras: en el banquete municipal nos volveremos á ver.

Después apretó el paso, y se dirigió hácia su casa.

Eran las doce; al pasar por enfrente de la iglesia, tropezó con los que salían de la misa mayor; las mujeres, en traje de fiesta, unas con sombreros, otras con sus cofias cubiertas de cintas, llevando las más de ellas el devocionario entre las manos, pasaban por delante del alcalde, y bajaban la voz ó interrumpían sus alegres conversaciones. La impresion de terror que producía la presencia de Carvaján, se extendía hasta el sexo débil, que no tenía por qué temerle.

No le desagradaba causar miedo, pues demostraba su poder, y sonrió. Encontró personas conocidas, y distribuyó algunos saludos; luego atravesó la plaza y apretó el paso.

En el momento de levantar el aldabon de su casa se detuvo; habia visto á su hijo que avanzaba lentamente. Todo en él revelaba preocupacion y disgusto. Sumido en hondas preocupaciones, ajeno al mundo exterior desde que volvió á Neuville, parecia otro hombre, estaba pálido y habia enflaquecido.

Nada de esto se escapó á la escrutadora mirada de Carvaján, y al verle se preguntaba si era el mismo jóven ágil y vigoroso que pocos dias ántes vió aparecerse del ferro-carril.

Se juntaron enfrente de la casa.

Pascual, al encontrarse con su padre, no pudo evitar un estremecimiento. Le miró, procurando afectar indiferencia, pero no logró dilatar sus contraídas facciones.

—¿Vienes de la feria? — preguntó Carvaján, examinando á su hijo atentamente.

—Sí, padre mío — repuso el jóven, como si despertara de un sueño.

—¿Tienes buen apetito?

—En efecto...



Sentáronse á la mesa; los dos callaban, y Carvaján pensaba; «ni siquiera ha notado que es día de fiesta en Neuville. El polvo blanquecino que cubre sus zapatos es el del Gran Margal: fué sin duda á Clairefont.»

¿Que proyecto acaricia? Desconfía de mí, y siempre que le pregunto, miente al responderme. Cuando le miro parece que teme que adivine sus pensamientos.

Por su parte, Pascual, silencioso, distraído, comía con la cabeza inclinada sobre el plato. Resuelto á abandonar el país, no pudo resistir al deseo de recorrer una vez más la colina de Clairefont, y no bien se vió libre de su padre cuando éste se dirigía á la alcaldía, partió, y por el sendero que atraviesa el Gran Margal llegó á la meseta.

No quiso ocultarse detrás de las tapias del parque, como de costumbre, por temor de ser encontrado.

Al pensar que pudiera tropezarse con Antonieta, profunda emoción se apoderaba de él. ¿Cómo se atrevería á mirarla frente á frente? ¿Qué triste juicio formaría de él si le encontrara atisbándola como un ladrón!

Supuso que la jóven iría á misa, y desde las nueve se instaló en la iglesia: envuelto entre las sombras, sobre un banco de madera, esperó con calma, fijando los ojos distraídos en el altar, en los cuadros de la nave, en los vidrios de colores del coro, en las inscripciones que sobre los muros recordaban la munificencia de los Clairefont, y mil detalles de su vida íntima.

Sobre una losa de mármol, junto á un confesionario, decía en letras de oro: «El Señor me ha conservado á mi adorada hija; ¡bendito sea su santo nombre! Y por debajo esta fecha «1872,» y esta firma ¡Honorable de Clairefont!...»

Era una promesa del marqués por alguna grave enfermedad de Antonieta...

En la oscuridad misteriosa de la iglesia se perdía el pensamiento de Pascual, y tuvo una alucinación. Le pareció que una fuerza sobrenatural que le subyugaba le llevaba á la estancia donde la jóven, pálida, moribunda, niña aún, pero ya encantadora, yacía sobre el lecho. Un anciano á quien no conocía, pero en el cual adivinó al marqués, con los ojos llenos de lágrimas, apretando la diminuta mano de la agonizante, estaba á su cabecera, sus labios murmuraban una plegaria; Pascual comprendió que salía del fondo del alma, implorando la salud de la enferma.

Y como si la voluntad divina se manifestara de súbito, el rostro de Antonieta se animó, sus ojos se abrieron llenos de vida, y la interesante enfermita se trocó en adorable doncella. En aquella jóven encantadora, que encontró en su camino, á quien adoraba y á quien temía al propio tiempo, por la que estaba dispuesto á dar la vida sin esfuerzo...

Intentó fijar los ojos en un objeto real, y, sin querer, volvió á clavarlos en la losa de mármol, y relejó la inscripción como en acción de gracias á Dios que salvó la vida de Antonieta.

Quizás apartó de ella la muerte para que él la viese y la amara. Pero si esto era así, ¿por qué ella pagaba su amor con odio?... Ya que una promesa hecha por el padre, pensó, fué atendida, ¿por qué no he de hacer yo otra? Se levantó, y andando lentamente llegó á las primeras sillas que estaban junto á las gradas del altar mayor.

En medio de la primera fila había un reclinatorio de madera negra tapizado de terciopelo azul. Pascual se fijó en él, y como si un poderoso imán le atrajera,



como si una voz celestial le dijese que aquel mueble pertenecía á Antonieta, se acercó, se arrodilló sobre él, y viendo que la cajita que terminaba el respaldo estaba abierta, la alzó con temblorosa mano, y sus ojos se fijaron llenos de emoción en una bolsa de pedir y un devocionario. Era pequeñito, con las tapas de tafílete blanco y broche de plata. En la primera página había una fecha; la de su primera comunión... y nada más: en el resto de la hoja, todo era blancura, virginidad, como en el alma de Antonieta. Pascual no pudo resistir al deseo de hojear aquel libro, con la esperanza de sorprender una huella del pensamiento de la jóven. Sólo estampas de santos se intercalaban entre las páginas: en una de Santa Antonieta había esta dedicatoria: *A mi querida hermanita; Roberto de Clairefont*; y al leer aquella tierna é inocente frase que trazó la incierta mano de un niño, Pascual sintió humedecerse sus ojos, y una infinita ternura invadió su ser. Reprochó su propia curiosidad como si fuera una acción mala, una profanación odiosa. Cerró el libro, apoyó la frente sobre aquel mudo testigo de las decepciones y de las esperanzas de una mujer angelical, y sus labios murmuraron una plegaria.

Poco á poco la calma volvió á su espíritu; tornó á ser dueño de sí, y tomando la bolsa con la cual la señorita de Clairefont debía de recoger aquel mismo día las ofrendas de los fieles, deslizó en ella su limosna. Despues volvió á dejarlo todo como estaba; se levantó con lentitud, y volvió á ocupar el rincón oscuro de la iglesia.

Se escuchó el tañido de la campana; el sacristán apareció en el presbiterio, encendió los cirios, y la nave sombría se iluminó con los difusos resplandores

de sus rojizas llamas. El sordo ruido de las pisadas de los fieles retumbaba en las bóvedas; las sillas producían extraño ruido al ser movidas por las mujeres que venían á ocuparlas: poco á poco se llenó la iglesia, y al tiempo de salir el cura de la sacristía, el leve paso de una mujer hizo latir el corazón de Pascual. Volvió la cara hácia el pórtico, y con emoción distinguió el elegante perfil de Antonieta, que entró seguida de la señorita Saint Meurice, y acompañada por un jóven alto, de aspecto marcial, en quien su ansiedad le hizo reconocer al señor de Croix-Mesnil.

Sus ojos se oscurecieron, le pareció que un velo de sangre se los cubría, y un zumbido, semejante al rugir de lejanas olas, retumbó en sus oídos, le pareció como si la iglesia se removiera desde sus cimientos; hizo un esfuerzo y logró reponerse.

El murmullo de la salmodia del sacerdote se escuchaba distinto en medio de aquel profundo silencio; las dos mujeres y su acompañante se habían confundido entre la multitud; Pascual, en pié contra un pilar buscó á Antonieta con la vista, y allá á lo lejos la vió con la cabeza baja rezando con fervor entre su tía y su prometido. ¡En esto terminaba el dulce soñar del pobre jóven; viendo á la señorita de Clairefont lejos de él, y junto al hombre que debía ser su marido!

Tanta agitación, tanto proyecto, tanta esperanzas tanto temor como le acongojaron, fueron suyos tan sólo. El origen de todos, la criatura celestial que los produjo, fría, tranquila como el día antes de encontrarle, proseguía el camino de su vida, sin sospechar siquiera las tempestades que agitaban á un corazón suyo por entero. Él, mientras tanto, con la cabeza abrasada por la fiebre y el pecho oprimido, veía con rabia que ni estaba en su mano defenderla, ni ménos



hacerse amar por ella. Para lo uno, precisaba arrostrar la cólera de su padre; para lo otro, era menester luchar contra un desdén invencible.

Todo eran peligros, todo era dolor; en su negro horizonte no había ni siquiera un punto luminoso, que siempre ven los amantes correspondidos en medio de las mayores desgracias, para que les sirva de consuelo y les infunda valor.

Lleno de amargura, se preguntó que podía esperar: «Nada,» le replicó su claro juicio...

Concentró su energía toda, se levantó, salió sin volver la cabeza, y tomando el camino del pueblo, se dirigió á su casa. Entonces fué cuando encontró á su padre de regreso ya de la alcaldía.

Enfrente el uno del otro, continuaron almorzando en silencio. Por la calle pasaban sin cesar grupos de alegres campesinos, y el ruido de lejanas detonaciones de gritos y de risas, excitaba los nervios de Pascual. Todo el pueblo en movimiento, andaba disperso por las calles, y dispuesto por cierto á beber y divertirse: la tristeza estaba relegada al hermoso castillo de Clairefont y á la sombría vivienda de la calle del Mercado; vencedores y vencidos tenían hondas preocupaciones: el marqués por la llegada del futuro esposo de Antonieta, que debía pasar algunos días entre su familia; Carvaján al ver la sombría inquietud de su hijo, á quien deseaba coligar á sus planes por medio de los lazos indestructibles de un tranquilo bienestar.

Honorato, arrancado de súbito á sus egoístas ensueños, hubo por fuerza de descender á la realidad de la vida. La presencia del señor de Croix-Mesnil reanimó á sus ojos lo apurado de su situación financiera y la inquietud que le causaba la inexplicable resistencia de su hija al matrimonio.

Por su parte, Carvaján estaba lleno de zozobra. Se preguntaba con angustia si algún obstáculo insuperable iría á oponerse á sus designios en el momento de alcanzar el triunfo, y el abatimiento de Pascual le preocupaba tanto, que se decidió á interrogarle para provocar una explicación decisiva.

Se propuso aprovechar el primer pretexto favorable, y entonces, si era preciso descubrir al joven sus planes, iniciarle en el secreto de su ambición, hacerle ver el brillante porvenir que se le ofrecía, y ya que no pudiese retenerle por el cariño, lograrlo por medio del interés. Pensando así, estaba bien lejos de imaginar que pocas horas más tarde un incidente, que traería consecuencias trascendentales, iba á proporcionarle la ocasión deseada.

Desde por la mañana los moradores de Clairefont fueron despertados por el estampido de los cohetes anunciadores del comienzo de la fiesta. Se abrió una ventana de la fachada del castillo, y apareció Antonieta envuelta en un peinador blanco y con las gruesas trenzas de sus hermosos cabellos tendidas sobre las espaldas. Estaba triste, pensativa; su rostro pálido y sus ojeras denunciaban una noche de insomnio. Se apoyó sobre el alfeizar, y tendió la vista indiferente, mirando sin ver, el encantador panorama que ofrecía el valle. En las arboledas los pajarillos se perseguían, lanzando chillidos de alegría, y posándose encima de las flores, que se doblaban sobre sus tallos, vertiendo el rocío contenido en sus cálices semejante á cascadas de diminutos diamantes.

La brisa gemía en la enramada, y el aroma de los campos saturaba la atmósfera. Antonieta, pensativa, con la tersa frente fruncida, conservaba aún en los ojos la triste huella de su reciente llanto. El crujir de



la puerta de su estancia, al abrirse, la sacó de su meditación; se volvió, y, al encontrarse con su tía Isabel, una melancólica sonrisa dilató su fresca boca.

Envolta en una bata de percal, con los cabellos grises alborotados, y con las mejillas rojas como una guinda, no obstante la espesa capa de polvos de almidón que la cubría, entró la vieja con aire de misterio, y acercándose á su sobrina, le estampó dos ruidosos besos en la frente. Despues, con las manos atrás, en actitud hombruna, se apoyó contra la chimenea, y dijo:

— He oído que abriste la ventana, y vine á verte. Pasé una noche espantosa; me atormentó una horrible pesadilla... Yo no sé si tú creerás en los sueños... pero yo sí creo. Mi madre los explicaba de una manera admirable, y siempre se realizaron sus predicciones. He soñado con un gallo rojo, y eso significa desgracia y muerte. Durante el sueño le vi pasearse delante de mí, agitando las alas y cantando... se parecía á Carvaján. Me desperté llena de sobresalto... y ya ves cómo estoy todavía, sofocadísima.

Tía Isabel suspiró con la violencia de un fuelle de fragua, y prosiguió, diciendo:

— Ya sabes el apuro que nos agobia. Ayer llegó un requerimiento para pagar ciento sesenta mil francos y algunos céntimos. Naturalmente, hice desaparecer el maldito papelucho... y nada he dicho á tu padre. Pero es menester resolver algo, porque esto no puede durar; estamos en las postrimerías, y no sé cómo demonios hacer para salir del compromiso. Ciento sesenta mil francos no se encuentran al revolver de una esquina, y, por mi parte te aseguro que no tengo ni un céntimo. Solo me queda Saint-Meurice... Es una pequeñez. Produce dos mil quinientos francos de renta... Lo pre-

ciso para que tengamos un hogar donde cobijarnos y un pedazo de pan para no morirnos de hambre en los días de miseria, que están muy cercanos. De esto no quiero deshacerme; estamos con el dogal al cuello, y es preciso conservar este último recurso... ¡cuando pienso que tu padre lo ha disipado y perdido todo tan neciamente!

Antonieta hizo un gesto, como quien pide gracia; fué á sentarse junto á su tía, y con acento dulce, pero tristísimo, dijo:

— ¡No acuses al pobre papá, te lo ruego! Es cierto que ha perseguido una quimera, que le cegaron sus locas esperanzas; pero su intencion era buena! Enriquecernos, aumentar nuestro bienestar; este fué su objeto. El no tiene necesidades, bien lo sabes; la casita de Saint-Meurice le parecerá un palacio, si en ella le rodeamos con nuestro cariño.

— ¡Oh! ¡Sé muy bien que tiene un corazón de oro; pero desgraciadamente, con eso no se paga, y no hay que esperar que los acreedores nos dejen en paz, Molegán ha visto á Carvaján, y lo ha encontrado duro y áspero, como de costumbre. Hija mía, hay para darse al diablo. Si no encontramos, antes de concluir esta semana, un medio de ganar tiempo, porque pagar es imposible, veremos al escribano en la casa de nuestros mayores, y nos pondrán en la calle. ¿Qué va á pensar el barón de Croix Mesnil, ante semejante escándalo?

— ¡Oh! Eso me importaría poco—dijo Antonieta.— Le conozco: sé que se casaría conmigo, lo mismo pobre que rica... si yo le amase...

— Pero, ¿acaso no le amas?—exclamó la señorita de Saint-Meurice con voz terrible.— ¡Como! ¿despues de dos años de hacerte la corte salimos con eso?



—Tía, me parece un excelente muchacho, pero no el hombre á quien debe tomarse por compañero cuando sólo su ternura puede causar nuestra dicha. Lo sabes muy bien: tú misma me lo digiste un día; es muy bueno, es capaz de todas las delicadezas y de los más nobles sentimientos; pero jamás tendrá esa iniciativa de los espíritus elegidos, ese ardiente desinterés de las almas apasionadas... Consentir en ser su esposa para verle correr el riesgo de que le envolvamos en nuestra ruina, con la certeza de que no ha de tener ni la energía ni el talento necesarios para triunfar de las dificultades que nos rodean, no sería noble, tía de mi alma, no sería digno ni generoso..., y estoy resuelta á no consentirlo.

—La verdad es que teniendo que habérselas con Carvaján, haría el pobre muchacho un triste papel. ¡Ah! ¡Si yo tuviese una varita de virtudes, para que un génio, pero un génio sério, práctico, no como el de tu padre, nos ayudase ¡con qué placer le pondría enfrente de ese demontre de alcalde!... Mi gusto sería devolver á ese bribón todo el daño que nos hizo, y herirle con sus propias armas para, luego que le viese vencido, reirme de él. No sabes tú lo que yo haría por conseguir esto.

La tía Isabel movió la cabeza con violencia, dió un paseo por la habitación, y sentándose enfrente de su sobrina, dijo:

—¿Por qué tu hermano no había de ser tan inteligente como vigoroso de cuerpo? A él le correspondía hacer frente á la situación; pero no entiende de negocios; le pasa como á tu padre y á mí. Veo que tú, hija mía, eres la persona de más talento de la familia. ¡Qué tiempos, Dios mío, qué tiempos estos, en que un Carvaján puede atormentar á un Clairefont, que no enuen-

ta con más recursos que los suyos propios! Antiguamente se acudia al Rey, y en un momento quedaba todo arreglado; pero hoy, nada: si la balanza se inclina hácia alguna parte, es hácia la de los bribones, y todas las ventajas son para ellos. Cuanto más canallas, más favor encuentran. ¡Pobre niña mía! Ya ves lo que sucede; no tenemos escape, y fuerza es resignarnos.

—Esto será fácil, tía, y nuestra existencia continuará siendo la misma. ¿No vivimos miserablemente hace ya dos años? Estamos perdidos: la pobreza es cien veces más penosa en una morada que se construyó para el lujo, que en una modesta casita. Nací en Clairefont; aquí pasé mi niñez, y aquí experimenté las primeras penas. Mil afecciones me unen á estos lugares: pero las romperé sin esfuerzo si en adelante nos aguarda una vida modesta y tranquila. Vea yo á mi padre libre de estos quebraderos de cabeza; que acabe sus días contento junto á nosotros; salgamos de apuros con nuestro nombre sin mancha; yo te prometo que no he de verter ni una lágrima recordando mi ayer, y en cambio daré muchas gracias á Dios si nos concede un presente feliz.

—¿Y te quedarás soltera?

—Claro que sí, como tú. Llegaré á tener la edad que tú tienes ahora, pensaremos lo mismo, jugaremos á las cartas, procuraremos rejuvenecernos por medio del tocado, haremos dulces de almibar, papá nos contará sus inventos irrealizables por falta de dinero, y nosotros se los alabaremos sin reticencias, puesto que nada han de costar. Y en encontrándonos bien en Saint-Meurice, si tenemos con que alimentar un caballo, pasearemos en coche cuando haga buen tiempo con Roberto. Vamos, ríete, tía. Aún nos esperan días felices. Con un poco de filosofía, todo puede arreglar-



se. Y estando entre seres queridos, ¿se puede echar de menos alguna cosa?

La señorita de Saint-Meurice abrió los brazos, y estrechando á su sobrina, exclamó enternecida:

—¡Ángel de Dios! Donde quiera que tú estés reinará la dicha. Eres nuestro consuelo. ¿Qué sería de nosotros sin tí? Tienes razon, hija mia: haces bien en no casarte con tu dragon. Junto á nosotros serás pobre, pero libre. Con él serías rica, pero no dueña de tí misma. Esto sería horroroso. Es egoista que yo te anime á persistir en tus ideas de independencia; pero reprócheme quien quiera, tú serás mi disculpa viviente.

Tenia entre sus brazos la encantadora cabeza de Antonieta, y la miraba con adoracion. Con los cabellos en desórden, las mejillas sonrosadas, los azules ojos, su fresca boca y su aire cándido, recordaba esas poéticas figuras de Greuce, llenas de púdica gracia y de inocente coquetería.

Sus brazos desnudos salían por entre las mangas del peinador, y por debajo de la ancha falda asomaba un diminuto pié calzado con elegante zapato de satén, moviéndose ligero como un pájaro próximo á volar.

—No te dirijas reproches, tía—dijo Antonieta acariciándola.—No has influido en mi voluntad: hace mucho tiempo que tengo esta idea, y sólo espero un instante oportuno para hacérsela presente á Mr. de Croix-Mesnil. Es un caballero; se hará cargo de mis razones, y continuará siendo nuestro amigo. En cuanto á mi padre, mejor es no decirle nada, y ahora menos que nunca. Dejemos pasar la fiesta, y más adelante, si es preciso, celebraremos el consejo de familia.

—Espero que nada desagradable agravará la situa-

cion; pero, francamente, tengo un presentimiento, y siempre que los tuve se realizaron.

La señorita de Clairefont movió la cabeza en actitud pensativa.

—Roguemos á Dios que nos ayude. Él no querrá aniquilarnos; pero si quisiera, cúmplase su voluntad.

—¡Si ha de herir á alguien, que sea á mí sola!—exclamó la tía Isabel, con un entusiasmo que hizo enrojecer su semblante.

Una ráfaga de aire más fuerte trajo hasta Clairefont el tañido lejano de la campana de la iglesia del pueblo.

—El primer toque de misa—dijo la señorita de Saint-Meurice.—Voy á escape á vestirme... Haz tú lo mismo.

Salió corriendo, y desapareció como un torbellino. La tía Isabel no era muy pesada para ataviarse, y desde el castillo á la iglesia se tardaban escasamente cinco minutos.

El cura habia comenzado apenas la misa, cuando Antonieta, con su tía y su prometido, estaban ya de rodillas delante del altar. Nada les distrajo; todo sucedió como de ordinario; el hijo del sacristan se sonó las narices con estrépito irrespetuoso en el momento de la consagracion, y su padre, que cantaba en el coro, le dirigió una mirada precursora de una nube de pescozones. La señorita Bihorel, la hermana del párroco, dió, como de ordinario, los acostumbrados golpecitos sobre su reclinatorio para indicar á los niños de la escuela cuándo debían levantarse ó arrodillarse.

El profundo suspiro que exhaló Pascual al ver al señor de Croix-Mesnil no llegó hasta los castos oídos de Antonieta, y el rumor de los pasos de aquel hombre que la adoraba no produjo en su ánimo el más leve eco.



Tranquila en su recogimiento, rezaba con devoción, y fué menester, para que dejara de hacerlo, que su tía la empujara ligeramente con el codo, murmurando:

—Prepárate para pedir...

La jóven cerró su devocionario, abrió la cajita del reclinatorio, y cogió la escarcela de terciopelo, sobre el cual, gastado por el uso, se ostentaba el escudo de armas de la casa de Clairefont.

El sacristan se acercó con profundo respeto. Antonieta se dirigió hácia el presbiterio. Le pareció que la bolsa que llevaba en la mano no estaba vacía, y aun creyó percibir cierto ruido metálico que procedía de ella. Curiosa y admirada, la abrió, y llena de sorpresa, que la hizo ruborizarse, vió en el fondo de badana negra relucir cinco monedas de oro.

Llena de turbación, se arrodilló delante del altar, rezó un instante, y luego comenzó la colecta. Las monedas de cobre iban llenando la escarcela, y cubrían los cinco misteriosos luises; ella, distraída, recorría la iglesia, murmurando maquinalmente las habituales palabras «*para los pobres*,» y al propio tiempo pensaba: «¿Quién será el autor de esta limosna anónima?»

Miraba en turno suyo, escudriñando los oscuros rincones, como buscando á la persona caritativa y espléndida además. Pero sus ojos sólo encontraron rostros conocidos. Pascual estaba lejos, los muros de piedra, testigos de su acción, permanecían silenciosos, y el secreto parecía estar bien guardado.

Hasta el final de la misa, Antonieta estuvo distraída. El libro para nada le sirvió, porque no volvió á leer las oraciones. Con la mirada fija en una gran vidriera de colores, donación de sus antepasados, que representaba la lucha de Jacob con el ángel,

torturaba su mente, procurando hallar una persona á quien atribuir el extraño hecho de la inesperada limosna.

Debajo del cuadro en donde el hijo de Isaac aparecía abrazado á su celeste adversario, que se le escapaba al impulso de las alas, habia esta inscripción en caracteres góticos: *Así el hombre, sujeto sobre la tierra, se esfuerza por conquistar el cielo*; y le parecía á Antonieta que el rostro de Jacob, en el que nunca, hasta entonces, habia fijado la atención, se parecía mucho al de una persona que no le era desconocida.

Recordaba aquella fisonomía enérgica, circundada por espesa barba, y llena de animación por la expresiva mirada de sus ojos inmóviles. Pero no se le ocurría el nombre... en vano repasaba su memoria.

El sacerdote se habia retirado ya. Los asistentes á la misa comenzaban á abandonar la iglesia, y Antonieta continuaba absorta.

—¿Concluiste ya, niña?—dijo en voz baja tía Isabel.—Mi querido barón, ¿quiere Vd. esperarnos en el atrio, mientras vamos á dar cuenta de la colecta al señor cura?

Mr. de Croix-Mesnil se inclinó en silencio, y ganó la puerta, en tanto que las dos mujeres se dirigían hácia la sacristía. El párroco de Clairefont, venerable sacerdote, dulce y sencillo, habia bautizado á Antonieta, y también fué quien le dió la primera comunión. La señorita de Saint-Meurice y su sobrina le encontraron despojándose de los ornamentos con la ayuda de su hermana. Al verlas entrar, se apresuró á quitar-se el alba, y les salió al paso.

—¡Por Dios, señor cura, no se moleste Vd.—exclamó la tía Isabel.—Venimos un instante solo para que



Antonieta le entregue su colecta, y nos marchamos corriendo.

La señorita Bihorel abrió la bolsa, y volcó su contenido sobre la mesa. El oro brilló entre las monedas de cobre y algunas de plata, haciéndole exclamar:

—¡Mira, hermano, hay oro!...

El cura sonrió, y tomándole las manos á la niña, la dijo con dulzura:

—Has sido muy pródiga, hija mía... Reconozco en este detalle tu hermoso corazón; pero, lejos de darte las gracias en nombre de los pobres, mereces que te reprenda... Eso es demasiado.

Al oír estas palabras, Antonieta se ruborizó, y bajó los ojos con vergüenza. Pero la mirada de su tía se fijó en ella con tal expresión de asombro, que la obligó á decir con viveza:

—No merezco que se me agradezca nada, señor cura. Este dinero no le puse yo en mi bolsa; lo encontré en ella antes de comenzar la colecta...

El asombro de la tía Isabel llegó á la estupefacción al escuchar estas frases dichas con embarazo. Permaneció silenciosa un instante, y después, lanzando un suspiro con honores de relincho, exclamó, con el rostro enrojecido por la emoción que la embargaba:

—Hé ahí una cosa que me parece extraña. ¿Cómo pudo ser eso? Yo misma mandé á Bernardo ayer tarde, ordenándole poner la bolsa en el sitio de ordinario... ¿Se habrán permitido registrar tu reclinación?

—En todo caso,—replicó la jóven,—no fué un ladrón quien lo hizo, porque en vez de quitarme nada, han dejado dinero para los pobres. Por lo demás, acaso Bernardo dejase la bolsa encima del reclinatorio, y entonces no tuvieron necesidad de registrar. En suma:

el asunto no tiene importancia, y no merece la pena que nos ocupemos de él..

Tenia los ojos llenos de lágrimas, y la voz temblorosa. Su tía, temiendo haberle causado un pesar, le apoyó una mano en el hombro, y exclamó sonriendo:

—¿Qué apostamos á que fué el señor de Croix-Mesnil, quien se levantó muy temprano, y vino para proporcionarte esta sorpresa?...

—No, tía, eso no puede ser. En primer lugar, monsieur de Croix-Mesnil sabes que no es madrugador; y además... ignoraba que yo debía pedir...

—Pues no acierto quién nos pudo dispensar el honor de semejante liberalidad,—dijo la señorita de Bihorel.

—Forasteros no sé que haya venido ninguno esta mañana á visitar la iglesia,—añadió el cura.

Pero, interrumpiéndose de pronto, se dió una palmada sobre la mano, y exclamó:

—A menos que un jóven que ví esta mañana al entrar...

—¿Qué jóven?—interrumpió la señorita de Saint-Menrice frunciendo las cejas.

—Uno moreno con toda la barba, que estuvo mucho rato cerca de la pila bautismal, y á quien no he vuelto á ver.

Como por arte de magia, la fisonomía de Pascual apareció á los ojos de Antonieta. El era quien se parecía al hijo del patriarca luchando con el ángel. El pintor le retrató queriendo ganar el cielo. ¿Y qué podía ser éste para un Carvaján, sino el amor de una Clairefont? El fué, sin duda, quien registró su reclinatorio, dejando la huella de su indiscreta curiosidad. Esto le pareció un atrevimiento extraordinario. La vez de su orgullo se alzó colérica contra el atrevido.



¿Qué quería? ¿Qué esperaba? ¿Acaso por el hecho de haberle encontrado en un camino pensaba llegar á imponerse en su pensamiento? ¿Pretenderia forzarla á estarle agradecida por medio de su ofensiva generosidad?

Y al propio tiempo otra voz dulcisima, la de la razon, contestaba: ¿De qué te quejas? ¿De que ejerció la caridad valiéndose de tí para ocultarla? Pudo permanecer en la iglesia, esperarte, y al pasar junto á él darte francamente la limosna. Pero temió tu disgusto, temió afrontar tu mirada. Su timidez es hija de su respeto. ¿Merece que le recrimines?

Y precisamente esto era lo que la molestaba. A su pesar, se establecia cierta especie de comunidad entre un aeto suyo y el del hijo del enemigo de su padre. Ocupaba un lugar en su pensamiento; al verla, podria sonreir como si entre los dos existiera una secreta relacion. Hubiera querido nombrarle, decir en voz alta que él fué quien tuvo la osadía de registrar su reclinatorio, dejando aquel dinero, despreciable sólo por ser suyo. Pero no se atrevió á tanto delante del cura y de su hermana. Le parecia que era humillante para la casa de Clairefont, y mortificada, herida, permaneció silenciosa.

—Puesto que ya rendimos cuentas,—dijo la tia Isabel,—vámonos. Hace un buen rato que el baron nos espera, haciendo centinela en el atrio. Hasta la vista, señor cura. Buenos días, señorita Bihorel.

Ésta, que tenia ya más de cincuenta años, hizo una reverencia de beata, y acompañó á las dos señoras hasta la puerta de la sacristía. Apenas estuvieron solas en la iglesia, la señorita de Saint-Meurice, mirando á su sobrina con los ojos centelleantes de curiosidad, dijo:

—Me figuro que por el retrato que hizo de él, habrás reconocido en el caritativo incógnito al ilustre hijo de Carvajan.

—¡Tia!...—murmuró la joven con fastidio.

—¿Y qué tiene de particular?... Lleno de remordimientos por las canalladas de su padre, quiso restituir, valiéndose de tí, un poco del dinero que aquel robó. Esto es muy moral y muy galante, y hasta conveniente... Ya verás cómo nos encontramos con un aliado en casa del monstruo.

—¡Por Dios! No echas á broma un asunto tan serio—dijo la señorita de Clairefont con voz angustiada, casi llorando.

—¿Lloras?—exclamó la vieja con asombro.—Francamente, no lo entiendo.

—Es que esto me humilla y me hiere... Es que no puedo admitir que un extraño se ingiera por fuerza en mi vida íntima... Me es odioso, no le conozco, y no quiero saber de él más que los antecedentes de su padre para aborrecerle, ya que no para despreciarle. Además, ¿quién me dice que no fué por insultarnos por lo que procedió así? ¿No encierra esto un cruel sarcasmo? ¿No sabe perfectamente que somos pobres hasta el punto de no poder dar limosnas? Y, sabiéndolo, ¿no ha querido hacernos comprender que sin un Carvajan quedaria vacía la mano de los pobres que imploran nuestra ayuda?

—¡Vaya por el amor propio! En honor de la verdad, el asunto no merece la pena; pero con tu manera de mirarle, resulta que por cien francos un *quidam* ha encontrado el medio de que nos ocupemos de él. Bien le deben sonar los oídos. Si fué esto lo que se propuso, se salió con la suya... Pero antes de dejar á un lado semejante personaje, voy á decirte una cosa: que no



me parece tan malo como tú te lo figuras. En otro tiempo dicen que no andaba muy de acuerdo con su padre; y aunque es verdad que ha vuelto á su casa, no es una razon para suponerles en conformidad completa con él. Yo me alegraría verlos devorarse el uno al otro... y si no desmiente la sangre de la familia, tendría que ver la lucha entre un Carvajan contra otro Carvajan. A bribon, bribon y medio.

—No llegará ese caso—dijo Antonieta con desden y amargura al propio tiempo.—En el instante preciso, verás cómo se ponen de acuerdo para hundirnos... Y Si quieres, dejaremos esta conversacion, para no ocuparnos más de lo ocurrido.

Salían de la iglesia, y el baron de Croix-Mesnil, que estaba muy entretenido descifrando el epitafio de una sepultura antigua junto á la puerta, se les reunió sonriendo. Era un jóven de treinta años, con ojos negros y bigote rubio, de maneras distinguidas y agradable trato. Durante la guerra se acreditó de valiente á las órdenes del general Charrette. Se le citaba como tipo de hombre de carácter dulce, de esos que van al peligro sin entusiasmo y se juegan la vida con perfecta tranquilidad. Llevaba pantalon azul y una americana á cuadritos blancos y negros. Traía un baston en la mano, y en la cabeza un sombrero de fieltro gris.

—Evoqué todos mis recuerdos sobre las lenguas clásicas para descifrar esta inscripcion latina, y si no me engaño, se trata de un Clairefont, que dispuso que se le enterrara aquí para que pisaran su tumba todos los fieles al entrar y salir en el templo... *Calcabunt fidelium pedes.*

—Perfectamente—dijo la señorita de Saint-Meu-ri-ce,—en efecto: el que aquí yace es Foulque de Clairefont, abad de Juniege. Si puede entretenerle á usted

digale á mi hermano que le cuente su historia. Comenzó por ser mosquetero, fué un gran calavera, después modelo de piedad, y acabó como un santo. Es la gloria religiosa de la familia. Su retrato está en el oratorio...

—Mira papá y Roberto que vienen á buscarnos,—interrumpió Antonieta.

El marqués, andando lentamente, adelantaba, apoyado en el brazo de su hijo, por la alameda de tilos, que terminaba en la verja del castillo. Roberto, abandonando por un día el traje de caza, que usaba de ordinario, traía uno de paño azul, que hacia resaltar su figura atlética, pero elegante. Hablaba alegre con el anciano, y con la mano izquierda sujetaba por el collar al lebrél de Antonieta. Al ver á su hermana, dejó al perro, que partió como un rayo, y al llegar junto á la jóven comenzó á saltar, manifestando así su alegría.

—¿Por qué le ataste? ¡Pobre animal!—dijo la niña cuando estuvieron al alcance de su voz el marqués y Roberto.

—Porque ya habia tomado el camino de la iglesia, y me figuré que la misa no se dice para los perros

—¡Ah! Es verdad—dijo Antonieta sonriendo.—Cuando Mr. de Croix-Mesnil está con nosotros, Fox no quiere abandonarme.

—Tendrá celos,—exclamó Roberto con acento festivo.

—Pues no tiene razon—replicó con dulzura el militar.—En honor de la verdad, entre mi rival y yo él es el preferido...

—Todo se arreglará, amigo de Croix-Mesnil,—interrumpió el marqués,—volvamos al castillo, y despues de almorzar le enseñaré á Vd. el horno. Es un prodi-



gio: cuando se ha inventado un aparato semejante, tan sencillo y tan útil, no debe dudarse de nada... El Gran Margal recobrará bien pronto su actividad, y esta vez, con los adelantos que pienso introducir para la fabricación de la cal, nos vamos á hacer de oro. Ya lo verán Vds.

Y frotándose alegremente las manos, se volvió hacia el castillo.

Antonieta y su tía cambiaron una mirada. El corazón de la jóven se oprimió al ver la confianza con que su padre hablaba de riquezas la víspera de un embargo, que era su ruina.

Esclavo de su imaginación, el pobre viejo se divertía con un juguete cuando la desgracia, por tantos años amenazadora iba á resolverse por una catástrofe. ¡Cuán dolorosa sería para él una caída que no esperaba! ¿Qué hacer para arrancarle aquellas fISIONES, y aminorar la violencia del golpe cruel? ¿Cómo curarle para siempre, quitándole de la cabeza su locura y obligándole á renunciar á sus ensueños, que eran el único elemento en que fundaba su felicidad?

—Será menester, hijos míos, asociarnos á la fiesta—dijo el señor de Clairefont.—Dejaremos pasar lo fuerte del calor, y despues de comer vendremos dando un paseo.

Antonieta palideció.

—¿Crees que chocaría nuestra ausencia, papá?—le preguntó con embarazo.—Porque tales reuniones carecen de interés para nosotros. ¿Qué vamos á hacer en el baile?

—Es preciso conformarse con las costumbres y no tenemos derecho á no respetar las tradiciones.

—Sin duda; pero será muy molesto para tí andar por medio del barullo...—insistió Antonieta, que tem-

blaba tan sólo al pensar que una palabra indiscreta podía revelar la verdad á su padre.

—¡Oh! No, hija mia; yo no pienso salir de Clairefont. Eso queda para vosotros, que sois jóvenes.

—Bueno,—dijo la jóven con viveza.—Nosotros te representaremos. Y así estarás tú tranquilo, y á nadie le extrañará...

—Muy bien, *señorita prudencia*—exclamó Honorato sonriendo.—Me alegro que apruebes mi plan. Yo aprovecharé vuestra ausencia para hacer un análisis químico que hace mucho tiempo voy retardando por temor á vuestra crítica.

—A ver si te sucede lo que la otra vez, que se ennegrecieron todos los cuadros de la galería con los vapores que salían del laboratorio, y quedó la casa apesando por espacio de más de quince días.

—Es verdad—repuso el anciano humildemente.—Distraído, olvidé abrir las ventanas, y algunos dorados se echaron á perder. Pero esta vez pondré más cuidado...

Aquí llegaban de la conversacion, cuando penetraron en el patio de honor. El viejo Bernardo tocó ceremoniosamente la campana para anunciar el almuerzo y acercándose á su amo, dijo con respeto:

—Cuando el señor marqués guste: está servido...

—Dame el brazo, Antonieta.

Y apoyado en el de su hija, como si lo acostumbrase, con una dejadez que tenía mucho de mimoseria, el anciano se dirigió hacia el comedor.

En aquel mismo instante Carvaján y su hijo, sentados uno enfrente de otro, sin cruzar palabra, lucubraban gravísimas resoluciones. El primero se proponía estrechar los lazos que le unían con el segundo, para retenerle junto á sí; éste estaba resuelto á desen-



tenderse de los proyectos de su padre y buscar el olvido en la ausencia.

La fiesta, interrumpida á la hora de comer, daba treguas al bullicio. Un sol abrumador abrasaba la atmósfera, y entre los árboles de las alamedas, los pájaros, medio asfixiados, buscaban alivio entre las verdes hojas, con los picos entreabiertos y mudas las arpadas lenguas. A la mitad de la cuesta de Clairefont, escuchábanse, con regulares intervalos, alegres gritos y francas risas. Unos y otras procedían del café taberna de Pourtois, donde todos los años el gremio de carpinteros, almorzaba en corporación, á expensas de Tondeur.

A los postres, que se prolongaban hasta bien entrada la tarde, acostumbraban cantar, entre brindis y chanzonetas, entre nubes del humo de sus pipas y con formidable estrépito, á impulso de los vapores del alcohol.

De pronto reinaba un profundo silencio; la voz del solista se percibía distinta, hasta que el coro de los comensales atronaba los ámbitos del comedor, extendiéndose por el valle, bien alegre si la canción era picaresca, bien melancólico si era uno de estos cantares naturalmente sentimentales que caracterizan á los naturales de Normandía.

Cerca de la ventana de un saloncito del castillo, Antonieta bordaba, prestando atento oído á los lejanos ecos del ruidoso banquete. Velaba el sueño de su padre, que dormía la siesta sobre un sofá. En la terraza, Roberto y Croix-Mesnil paseaban hablando, mientras la señorita de Saint Meurice, armada de largas tijeras, cercenaba las rosas mustias de las macetas que embellecían aquel lugar.

De pronto el hermano de Antonieta se detuvo, y

mirando á su interlocutor con aire resuelto, exclamó:

—En su lugar de Vd., yo le hablaría francamente. Para mi carácter, nada es más fastidioso que las situaciones equívocas. Todo depende de ella. Vd. sabe cuánto nos queremos los individuos de la familia. Si nuestro consentimiento hubiera bastado, hace mucho tiempo que sería Vd. el marido de Antonieta. Pero ella es árbitra de su suerte; nosotros incapaces de forzarla, y no ignora Vd. que, aunque buena como un ángel, es testaruda como un diablo.

Esto sucedió enfrente á la ventana, junto á la cual estaba la joven. Creyendo no ser observada, dejaba ver su rostro, y éste expresaba profundísima tristeza. Una melancólica sonrisa dilataba sus labios; pestañeó para retener una lágrima, y la labor se le escapó de entre los dedos dando en tierra, sin que hiciera nada por evitarlo... Fox, tendido á sus pies, como si comprendiera la agitación que atormentaba á su ama, se levantó, colocó el puntiagudo hocico sobre las rodillas de aquélla, y la miró con ojos que tenían algo de humano. Ella á su vez fijó la vista en el perro, le estrechó la cabeza entre sus blancas manecitas, y, sin poder contenerse, rompió á llorar. Entonces el noble animal puso las patas sobre el regazo de Antonieta, centelleó su mirada, y lanzó un sordo gemido. El marqués se removió en el canapé, próximo á despertar.

—Cállate, Fox—murmuró la niña, señalándole al viejo.—Déjale dormir... Mientras está tranquilo...

—¡Llora! ¡Mire Vd., Roberto!—exclamó con emoción Croix-Mesnil.—¿Qué significa esto? Fuerza es que yo lo sepa, aunque interrogándola incurra en su desagrado.

Y así diciendo, se acercó á la ventana, cuyo alfeizar quedaba un poco más alto que su cabeza, y se disponía á hablar, cuando Antonieta, poniéndose un de-



do delante de los labios, le impuso silencio. Entonces él le hizo seña para que saliese al parque; ella obedeció, levantándose silenciosa, y ligera como una silfide, dirigió una última mirada al anciano dormido, que sonreía, soñando algo muy hermoso sin duda, y abandonó la estancia. El sol iba declinando, y á la sombra de las seculares hayas, el ambiente era tibio y perfumado.

Las cigarras chirriaban sin reposo; las flores volvían hácia Occidente sus cálices ávidos de la frescura del rocío, y por tácito acuerdo, los dos jóvenes fueron á sentarse sobre un banco de piedra aún impregnado del calor del mediodía. Antonieta comprendió que no le era posible esquivar las preguntas de su prometido, retardadas por su conducta hasta entonces. Fijó en él los ojos aún húmedos, le vió lleno de turbación, inquieto y suspirando, y le tendió la mano. El se la estrechó con ternura, y exclamó:

—¿Me la das para siempre?

Antonieta movió tristemente la cabeza.

—Es preciso que fijemos nuestra situación. Hace algún tiempo eres otra para mí. Te encuentro desanimada, fría... Yo no soy expansivo, pero creo que no por esto he sufrido menos al ver tu despego. No soy como ciertas personas, que saben expresar sus sentimientos con calor. Esto me hace pasar por indiferente, cuando mis afectos son tan grandes como los suyos, aunque los comprima mi carácter. Antonieta, créeme; no soy yo de los que fácilmente...

El joven se detuvo un momento; su rostro revelaba profundo pesar; lanzó un suspiro, y prosiguió con voz temblorosa:

—Cuando tú y tu padre me hicisteis abrigar la esperanza de que serias mi esposa, fui muy feliz... Te

amaba, y al verte junto á ese pobre anciano, á quien quieres tanto, medía la inmensa ternura que encierra tu bondadoso corazón; y pensaba que quien sea tu marido será digno de envidia... Cuando aplazaste nuestra boda, tuve un pesar muy hondo, pero acaté tu voluntad; creí probarte con mi paciencia y mi fidelidad el sincero amor que te profeso. Hoy me arrepiento de haber procedido así; acaso con ardientes recriminaciones hubiera logrado que cedieses; no quiero violentarte, aún á riesgo de parecerme indiferente, y tengo el amargo pesar de ver que, lejos de agradecerme, se han borrado, se han desvanecido las buenas disposiciones que te impulsaban hácia mí...

—No, no lo creas—dijo Antonieta con energía.—No me acuses de ingratitud; á mi vez tampoco te acuso de indiferencia... Las circunstancias fatales fueron las únicas causantes de todo.

Se detuvo un momento, como si dudara; pero de súbito tomó su resolución, y prosiguió con voz ahogada:

—En un solo día cambió mi suerte tan radicalmente, que hubiera sido gran falta de delicadeza por mi parte consentir en nuestro matrimonio. Decirte la verdad, fuera lo mismo que colocarte en la cruel alternativa de casarte conmigo aunque te repugnara, ó retirarte de una manera indecorosa. Los dos hemos representado el mismo papel con igual abnegación y la misma dignidad, bien mal pagadas por cierto una y otra, pues que tú sufres, y yo no puedo consolarte.

—¿Pero qué sucedió que era imposible remediarlo con nuestros buenos deseos?—exclamó el joven con angustia.—¡Ah! ¡Si la causa única fuera que no me querías, no hubieses tenido que pensarlo tanto!...



—Te quiero profundamente, de un modo inalterable; pero...

—¿Como una hermana, verdad?... No era esto lo que esperaba de ti.

—Te amaba de manera que al darte mi mano lo hacía sin repugnancia, con alegría.

—Pero no era ésta tan grande, que te impidiera sacrificarme ante un obstáculo probablemente ilusorio.

—No, no es eso; un afecto anterior, mucho más grande, se interpuso entre los dos...

—Tan grande era, que rayaba en exceso, y sacrificó mi porvenir.

—El amor de un hijo para su padre nunca puede ser excesivo—repuso la joven con energía.—¿Pero por qué tanta insistencia? ¿Nada has visto, nada de lo que aquí sucede te chocó? ¿No descubristes en nuestras costumbres la ruina que nos amenaza hace dos años, y que muy en breve nos reducirá á la miseria? La triste comedia que representamos para evitar á mi padre una pesadumbre que nos viene encima sin remedio, ¿se escapó á tu perspicacia? A fuerza de sacrificios, hemos podido hacer frente á nuestras necesidades hasta hoy; pero ya no es posible resistir más; ni los últimos restos de nuestra riqueza nos pertenecerán en breve. Mañana embargarán, si quieren, esta casa y ese bosque... y si querrán, porque nuestro enemigo es implacable. Mi padre aún no sabe nada de esto; sería inútil hacerle ver el resultado de sus desgraciadas empresas, puesto que su pesadumbre no evitaría tantos males. Es un niño mimado con exceso, á quien mataría la decepción si nosotros no cuidásemos de envolverlo en una atmósfera de ficticio bienestar. Todo lo sabes ya. ¿Reconoces que fui justa no consintiendo que compartieras mi desdicha?

—Compartirla hubiera sido mi ventura, y lo será. ¿Eres pobre? Mejor. Yo soy rico para los dos. Amaré á tu padre tanto como tú. Tendrá un hijo que le atienda y le sirva. Con mi fortuna reconstruiremos la suya, y...

—Nunca,—dijo Antonieta.—Ha aquí lo que yo temía. Convencido de la excelencia de su descubrimiento, nada le arredra, y todo lo sacrificaría ante la esperanza de un quimérico porvenir. Hace veinte años que se desarrolla este drama: mi padre ha enterrado oro y más oro, sin obtener en cambio más que cenizas... ¡Unirte á nuestra suerte! Siempre me lo censuraría. Tenemos el derecho de hacernos el mal que queramos; pero envolver á un extraño en nuestros errores, sería criminal.

—Rechazándome, padezco mucho más que sucediéndolo que dices: bien lo sabes. Pero si yo te importo poco, piensa al menos en tu propio interés.

Antonieta quedó pensativa. Reflexionó un momento sobre la grave determinación que debía tomar, que decidiría la suerte de toda su vida. Por una parte, el celibato le ofrecía una existencia monótona, ajena al sentimiento, y esto le repugnaba; por otra, el matrimonio representaba el porvenir tranquilo. No dudó mucho; alzó la cabeza, y serena, casi alegre, exclamó:

—¡Mi interés!... ¡Me quedaré soltera..., y Dios me ayudará!...

Y al ver que el joven iba á insistir, prosiguió:

—Te ruego que respetes mi resolución. Sé generoso; no aumentes mis penas descubriéndome las tuyas; yo guardaré de ti un dulce recuerdo que nunca me abandonará... pero tú procura olvidarme. Te devuelvo tu palabra. Mañana mismo vete á ver á tu p



dre, cuéntale lo ocurrido, y verás como aprueba mi conducta y te aconseja lo mismo que yo.

—No puedo prometértelo. No me exijas lo que no he de hacer. ¿Por ventura, pensaste que consentiría en alejarme para no verte más?

—No, no era ese mi propósito. Muy por el contrario, siempre pensé ser tu amiga más leal, ya que no pueda ser tu esposa.

—En cuerpo y alma te pertenezco. Con toda el alma admiro tu franqueza y tu lealtad. Pero tomemos una resolución definitiva. Esperemos los dos. ¿Quién sabe si el tiempo cambiará las circunstancias y tu manera de pensar? No repitas las palabras *nunca*; di *actualmente*. Déjame la esperanza para que me consuele. Me aferraré á ella, y así podré soportar tu resolución...

Antonieta se levantó sin contestar, y apoyándose en el brazo que le ofrecía Croix-Mesnil, se dirigió lentamente hácia la entrada del castillo.

El sol comenzaba á caer; ligera niebla se desprendía del río. La fiesta alcanzaba su apogeo, y los desentonados acordes de una orquesta de saltimbanquis, dominando el rumor de una multitud alegre y bulliciosa, llegaban hasta la colina. Las detonaciones de los cohetes herían los oídos, y el resplandor de los fogonazos brillaba sobre el fondo azul del cielo que la noche comenzaba á oscurecer. El sonido de la campana de un barracon, donde se rifaban mil baratijas, llamaba á los curiosos, y espesa nube de polvo que levantaba el ganado, cuyos dueños lo recogían ya, cubría por completo el ferial.

—¡Cuánta alegría reina allá abajo!—dijo la señorita de Clairefont, señalando hácia la plaza de Neuville, donde una apiñada concurrencia se agitaba semejante á un hormiguero.

—Preciso es que hagamos lo que ellos. Nuestra tristeza no debe ser notada por nadie.

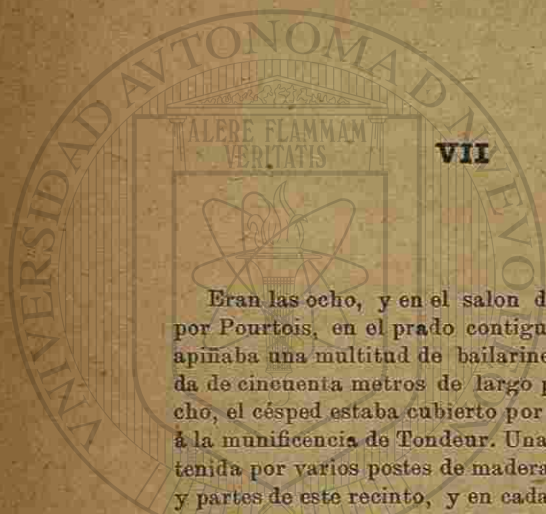
El marqués, en compañía de su cuñada, salió al encuentro de los dos jóvenes.

—¿Ya os habeis puesto de acuerdo, hijos míos? ¿Vencisteis todas las dificultades?—dijo el anciano con acento bondadoso.

—Si, papá,—replicó Antonieta.—Todo se arregló, y no debes preocuparte.

Dirigió al baron de Croix-Mesnil una tierna sonrisa, y apretándole la mano, se esforzaba por transmitirle su resignación.





Eran las ocho, y en el salón de baile construido por Pourtois, en el prado contiguo á su taberna, se apinaba una multitud de bailarines. En una explanada de cincuenta metros de largo por cuarenta de ancho, el césped estaba cubierto por un tablado, debido á la munificencia de Tondeur. Una inmensa lona, sostenida por varios postes de madera, formaba el techo y partes de este recinto, y en cada madero un escudo de carton, ostentando las cifras R. F. (República Francesa) doradas, en medio de un trofeo de banderas, sostenía otros tantos quinqués de hoja de lata, que difundían rojizos resplandores y olor á petróleo.

En derredor, bancos cubiertos de percalina roja servían para el descanso de las personas mayores. En un rincón, sobre una pequeña tribuna, varios músicos esperaban la señal de Tondeur para comenzar el primer baile. Al extremo opuesto, otro tenderete semejante al de la orquesta estaba reservado para las autoridades, y en él, debajo de una especie de altar ó arco de triunfo, que sostenía un busto de yeso osten-

tando el gorro frigio, tres butacas de terciopelo verde y varias sillas de anea esperaban ser ocupadas por el alcalde, á la cabeza del municipio. A la izquierda de esta gran tienda de campaña, varias puertas comunicaban con el jardín de la taberna, alumbrado por farolillos á la veneciana pendientes de los sarmientos de las parras.

La casa, como el salón de baile y el bosquecillo, todo estaba lleno de mesas, alrededor de las cuales hacían gran consumo los asistentes, que desde por la mañana ocuparon aquellos lugares, sin abandonarlos más que con intervalos cortos, y esto para volver con más entusiasmo todavía.

El alcohol se revelaba ya por sus efectos; á cada instante surgía una disputa; y en medio de los gritos é improperios de los borrachos, aparecía la tabernera, con su traje de fiesta, y con tres palabras solas ponía en paz á los contendientes:

—Si quieren Vds. armar escándalo; váyanse á la calle... Hacen falta mesas... Ó están Vds. como conviene, ó pueden marcharse... Aquí no se consienten más que personas bien educadas.

Y los más rabiosos se callaban, no tanto por la influencia de estas frases, cuanto por el influjo de la presencia de Anastasio, el plomero Nenoill.

Este que era primo de la dueña de la casa, y con motivo de la fiesta acudía en ayuda de sus parientes, era capaz de levantar á un hombre de su asiento, ni más ni menos que si fuera una pluma.

Pourtois, embutido en su levita negra, tenía su cuartel general en el salón del baile, y sudando de calor y de emoción, iba de la puerta de entrada á los grupos ya instalados en sus asientos, colocaba á las mujeres sonriendo y alardeando de galantería, y se



llevaba á los padres y á los maridos á la taberna. Su voz de tiple dominaba el tumulto; estaba sobrexcitadísimo, y á cada paso enjugaba su frente sudorosa con la servilleta que por costumbre traía siempre en la mano.

Junto á la tribuna oficial estaban instalados los *notables* de los arrabales. Los ricos propietarios del llano, y los más acandalados molineros del valle. A la llegada de cada uno se repetían las mismas muestras de satisfacción, ruidosas risas, apretones de mano capaces de descoyuntar los dedos, y entre las mujeres besos y dengues estudiados, que pretendían ser distinguidos.

Las muchachas se abrazaban satisfechas, si se consideraban superiores á sus compañeras, ó pálidas de envidia, si reconocían que su traje era inferior al de sus rivales. Reunidas en un ángulo, criticaban á más y mejor.

—¡Qué alegre estoy de haberte encontrado!—decía una.—Mira, mira á la señorita Delarne. ¡Cuidado que está cursi esta noche! Pues, ¿y su madre, que parece que se ha hecho el vestido de una cortina vieja?

—Calla, mujer, calla. Dicen que el hijo de Levasseur, que era su novio, no ha querido casarse con ella ¡Claro! Como que están tan mal, que han vendido la mitad del ganado.

—Ahí viene Verónica Anclain... Mira qué patas!.. Cuando se tienen semejantes piés, no se pone una zapatos blancos.

—¡Qué bonitos pendientes lleva Vd.! ¿Son antiguos?

—Sí; me los compró mi padre en Rouen, en casa de un anticuario.

—¿Sabe Vd. que Pourpier, el notario de Sain-Fram-

bert, va á tronar?... ¡Qué lástima! Fea y sin dinero, tardará en encontrar marido Clementina.

—¡Pues, anda, no se daba ella poco tono porque tenía relaciones con un escribano! La encontraban en la calle, y apenas se dignaba saludar.

—Y los señores condes de Edennemare, ¿vendrán al baile?

—¡Oh, no! No salen este año á causa de la enfermedad de su abuela; pero su hijo Pascual me dijo ayer que no faltaría, si venía yo. ¡Qué bien baila!

—Lo que mejor le ha hecho bailar hasta ahora, ha sido el dinero de su papá.

—Los Leglorieux acaban de llegar. Mire Vd., se sientan allá abajo, á la izquierda. Felicia va á coger una *torticolis* á fuerza de menear la cabeza como un caballo.

—Dicen que le hace la corte al hijo de Carvajan...

—Sí, lo creo; pero no conseguirá nada. El alcalde es millonario, y querrá para su heredero una mujer rica. Allí viene precisamente con él.

Pourtois se dirigió hacia los recién llegados, atropellando á todo el mundo y haciendo grotescas reverencias. Quiso llevarlos á la tribuna de las autoridades; pero el alcalde, más sombrío que de costumbre, le rechazó con impaciencia; y tomando el brazo de Pascual, se mezcló con la muchedumbre, diciendo:

—Luego, amigo Pourtois, luego. No se preocupe Vd. por mí. Antes quiero dar una vuelta con mi hijo para ver la gente.

Y con esto dejó descorazonado al cafetero. Se proponía hacer ver á su hijo la consideración que merecía á todas aquellas gentes, poniéndole de relieve ésta, en vista de las genuflexiones con que le saludaban las



personas más importantes del contorno. En una palabra: tenía empeño en deslumbrarle con el esplendor de su omnipotencia.

—Es menester, hijo mío, que trabes de nuevo conocimiento con todos los que hace diez años perdiste de vista. No conviene arrinconarse. Exhibete con rostro alegre á todos aquellos antiguos amigos que se acuerdan de tu madre y te hablarán de ella.

Al oír esto Pascual sintió que el corazón se le oprimía, y el recuerdo de aquella santa mujer, que vivió postergada en el fondo de su hogar sombrío, en donde languideció de tristeza, hasta morir como una flor sin aire y sin sol, llenó su alma. ¿Por ventura la pobre mártir tuvo un amigo? Aquello era un sarcasmo amarguísimo: mejor aún, el colmo de la audacia.

¿Habría olvidado Carvaján su triste ayer? Pues ¿por qué si no lo había olvidado se atrevía á evocar en el espíritu de su hijo los pensamientos peligrosos que envolvían el recuerdo de la pobre víctima? Todas aquellas personas que se agitaban en derredor suyo como una apoteosis de la vanidad ridícula, grotesca, pretendiendo pasar por gente instruída, ¿podían llegar á tener algo de común con él?

Mientras paseaban, su padre le fué presentando á todos.

Le enumeraba las cualidades y los méritos de cada uno; calculaba las riquezas de todos, y justipreciaba la influencia política que tenían ó llegarían á tener. Todos estrechaban las manos del alcalde. En los ojos de los más se revelaba el miedo, en los de muchos el odio, oculto bajo las apariencias de una franqueza falsa. En suma: se descubría á primera vista quién era el tirano y quiénes los súbditos que le acataban humildes y temerosos.

Con los más altos era con quienes Carvaján se manifestaba más duro y más frío.

Encontraba gran placer en poner de relieve ante su hijo su preponderancia, áun tratándose de los jefes de las familias más pudientes del contorno, y, á su pesar, Pascual se admiraba al ver cómo aquél hombre, nacido en la nada, se imponía á los que le despreciaron cuando era el dependiente mayor de Gatelier. Todos le adulaban.

—Querido señor Carvaján, tengo muchísimo gusto en conocer á su señor hijo. Si Vd. es tan amable que cualquier día de estos honre nuestra mesa con su presencia, nos causará verdadera alegría. Ya sabe usted que en nuestra casa está como en la suya.

Estas ó análogas frases escucharon por doquier, y el banquero contestaba con sobriedad muy grande, con aire despreciativo, á los que se le acercaban llenos de complacencia. Comprendía que quien tiene el poder que presta el dinero, está, en efecto, en su casa, en todas partes.

Nadie merecía la preferencia; continuaba su paseo triunfal sin detenerse, como un soberano que pasa revista á los dignatarios de su corte y se ofrece á su adoración. Sin embargo, al llegar donde estaban Dumontier y la familia Leglorieux, hizo una pausa y se mostró amable. Su cohorte le rodeaba en aquel rincón de la sala, y se apretaban unos contra otros, mientras que en otras partes circulaba la gente con desahogo. Carvaján miró á sus cortesanos, y con altanero tono exclamó, dirigiéndose á su hijo:

—Me parece que estamos un poco estrechos.

Sus labios se dilataron en un gesto, que podía pasar por sonrisa: era la primera en toda la noche.

—¿Y no sucede esto en donde quiera que usted



se encuentre? — dijo con tono melifluo M. Leglorieux.

—¡Caramba, si todos sus futuros electores estuvieran aquí!...—añadió su cuñado Dumontier.

—Entonces sería menester la plaza Mayor para contenerlos, y aun puede que no cupiesen—dijo Fleury.—Pourtois, traiga Vd. una silla para el señor alcalde. Está Vd. viendo que desea sentarse, y no se le ocurre...

El tabernero se alejó tan de prisa como le era posible, y volvió con el objeto pedido.

Fleury, recién afeitado, con los cabellos impregnados de grasa, que les hacía brillar como alambres, y con la camisa ya arrugada y la corbata en forma de cuerda, estaba más repugnante que de ordinario. Sonreía con aquella sonrisa diabólica que descubría sus negros dientes, esforzándose en vano por llamar la atención de Pascual, que, preocupado y silencioso, apenas se daba cuenta del sitio en que se encontraba.

—Ya es preciso pensar en las elecciones de diputados que se acercan—dijo Dumontier;—no sea que vayamos á dejarnos derrotar como nos sucedió hace siete años.

—Perdone Vd. si le interrumpo—exclamó Pourtois.—Si el señor alcalde quiere, yo por mi parte respondo del éxito. Tengo segura la elección en Clairefont, Couvrechamps, La Saucelle y Pierrebal, sin contar con los arrabales de Neuville... Tondour llevará los votos de todos los aserradores, y en cuanto al resto del distrito, Vd. y Mr. Leglorieux pueden hacer en él lo que se les antoje. Como Vds. quieran, yo les aseguro que sacaremos una mayoría enorme. Porque al viejo zorro de allí arriba... A ese no hay que temerle. No tiene ya ni dientes, ni pelo siquiera.

Y la voz atiplada del tabernero resonó más chillona al hacer esta insolente afirmación.

—Y despues vendrán las elecciones municipales—añadió Fleury.—Cada cosa á su tiempo.

El rostro moreno de Carvaján adquirió un tono sombrío. Sus ojos brillaron, frunció las cejas, y dijo con voz seca:

—¡Ya veremos! El momento para formar tales proyectos no es este... Hay que contar con la oposicion...

Y al decir esto, señaló el ángulo donde por instinto se habían reunido los representantes de la aristocracia de aquellos contornos. La señora de Saint-André acababa de llegar con su hijo y sus tres hijas; el viejo marqués de Couvrechamps, que mandó un batallón de móviles durante la guerra, y se distinguió muchísimo en la batalla de Buchy, estaba rodeado de muchos de sus antiguos soldados, que, en la paz y en medio de la tranquilidad de sus respectivas familias, gustaban de recordar los tiempos de lucha y de peligros.

El vizconde de Edennemare rondaba en torno á la Sra. Tourette, cuyo marido, agente de cambio en París, había comprado hacia muy poco, la magnífica propiedad de Barallerie, á dos leguas de Neuville. La baronesa viuda de Sainte-Croix era el objeto de la atención de todos los aristócratas, á quienes distraía con su agradable conversacion.

Entre los dos grupos, uno rodeando á Carvaján, y otro formado por los más nobles propietarios de la provincia, se notaba una diferencia, causa de extraño contraste. Los unos estaban vestidos como para una boda, y el traje de los otros ostentaba la más absoluta sencillez. Para los primeros, la fiesta del pueblo era el único motivo de diversion en todo el año, y por ese



estaban fuera de su centro; para los otros no tenía más importancia que la que le prestaban la curiosidad y la ridiculez, y bien se veía que no les llevó más objeto que distraerse un rato, ó, como decía la baronesa de Saint-André, el deshcnrar la fiesta.

Sin embargo, el espacio del salon que separaba estos dos bandos, era salvado con frecuencia por algun arrendador que iba á saludar al propietario. El viejo marqués de Couvrechamps tenía su escualida mano á la mayor parte de ellos; éstos la tomaban con cordedad, y él les tuteaba á todos, porque á los más les vió nacer, y era hombre amado y respetado en extremo por las gentes del país.

Pascual, indiferente á todo lo que le rodeaba, sordo á las adulaciones de los partidarios de su padre, sin parar mientes en las sonrisas de las jóvenes, estaba apoyado contra uno de los piés derechos del salon de baile, y buscaba con los ojos, en el aristoerático grupo, á la mujer objeto de todos sus pensamientos.

La esperanza de encontrarla, y, aunque fuera desde lejos, poder verla, hasta grabar su imágen en la mente con indestructible huella, fué el móvil que le impulsó á seguir á su padre. En pié, con los brazos cruzados, en actitud que hacía traicion á su deseo de fingirse indiferente, parecía un extraño en medio de los que se llamaban sus amigos. No tardó mucho en llamar la atencion de la viuda de Saint-Croix, que, inclinándose hácia el elegante señor de Tourette, le preguntó:

—¿Quién es aquel buen mozo, que está allí, entre los dignatarios de sir Carvajan?

—Es su hijo.

—¡Calla! Pues no se le parece. Es un tipo muy agradable.

—Y además, hombre de gran mérito—añadió el agente de cambio.—Hace muy poco tiempo estuvo empleado en allanar las diferencias que mediaban entre Nicaragua y la Compañía del canal de Panamá. Parece que salió adelante con gran lucimiento; y no es extraño, porque ya otras veces en Chile y en el Perú desembrolló cuestiones muy complicadas, y tan bien lo hizo, que aunque se le pagó muy caro, me consta que aún le están agradecidos los que le encomendaron tales empresas.

Todas las cabezas se volvieron hácia la puerta de entrada. Escoltado por su secretario, acababa de llegar el sub-prefecto. Pourtois, empujando á la gente, le salió al encuentro. Haciéndoles mil cumplidos, los condujo hasta donde estaba Carvajan, cuyo orgullo aumentaba al ver la deferencia con que le trataba el alto funcionario. En aquellos momentos parecía el alcalde el verdadero rey de la fiesta. Era el dominador absoluto, capaz de imponer su voluntad á todos, altos y bajos. Tuvo un momento de embriaguez, y para gozar de su triunfo emprendió de nuevo su paseo por el salon, haciéndole los honores al recién llegado. La música empezó á tocar, y por las puertas que daban al jardín asomaron una porcion de personas que, sin soltar el vaso, contemplaban el animado cuadro.

Llegaba á la mitad del salon el orgulloso Carvajan, cuando aparecieron en la puerta de entrada Roberto de Clairefont, y junto á él su hermana Antonieta, seguida por la señorita de Saint-Meurice, y el señor de Croix-Mesnil.

Como si la suerte hubiese querido poner de relieve el antagonismo que entre ellos existía, enfrente del alcalde, á quien rodeaba una multitud dispuesta á



prestarle su apoyo, estaban, completamente solos, los dos hijos del marqués.

Pascual observó este detalle con profunda ansiedad; parecía verlos dispuestos á lanzarse los unos sobre los otros. Su corazón se oprimió, y toda su vida se reconcentró en su mirada. Deseó que se abriera la tierra, que un súbito cataclismo pusiera fin al drama, antes de consentir que llegase el lógico desenlace. Sintió deseos de arrojarle sobre su padre, que miraba á sus inocentes enemigos con aire sarcástico, y llevarse lejos, muy lejos, adonde fuera inofensivo. Todo le pareció preferible á la espantosa situación que se preparaba.

Tras breve pausa, los antagonistas prosiguieron su camino. Roberto, sin desviarse un ápice, iba derecho á Carvaján, y en su semblante se leía la firme resolución de no cejar un paso.

Antonieta, pálida y llena de zozobra, intentaba arrastrar á su hermano, apartándole del grupo oficial. Pero el atlético jóven, sin esforzarse apenas, la arrastraba á su vez, mientras que Carvaján, con la cabeza baja, semejante á un toro que acomete á su adversario, seguía avanzando.

—¡Roberto, por Dios!—murmuró Antonieta.

—Déjate—replicó éste, apretando los dientes;—si no deja franco el paso, pasaremos por encima de él.

Iba á producirse el choque en medio de ansioso silencio, cuando inocentemente el sub-prefecto salvó la situación. Al ver á la señorita de Clairefont junto á sí, la contempló admirado, y apartándose del alcalde, la dejó pasar, inclinándose con galantería.

Antonieta, que se ahogaba de angustia, suspiró al ver el paso libre, y no pudo evitar una sonrisa de agradecimiento, que el superior de Carvaján acogió con

un nuevo saludo: y pasando junto á éste, que, conteniendo la cólera á duras penas, se apartó á su vez, llegó al rincón en donde estaban reunidos los amigos de su padre. Escuchó un suspiro junto á ella; alzó los ojos, y vió á Pascual, que, lívido por la emoción, la devoraba con la vista.

—¿Quién es esa encantadora criatura?—preguntó el sub-prefecto, dirigiéndose á su guía y enderezándose los quevedos para ver mejor.

—Es la señorita de Clairefont—repuso Carvaján con irónica sonrisa;—y acaba Vd. de hacerle una acogida que no debía esperar.

—¡Bah!—añadió el alto funcionario—es una muchacha preciosa... Combatiré al padre en el terreno de la política, pero no por eso dejaré de admirar á la hija.

—Pero no muy de cerca, á menos que quiera usted habérselas con el jabalí que la acompaña... mire usted, mire Vd., lo que hace.

Roberto había buscado sitio donde colocar á su hermana y á su tía, pero no halló lugar.

En el ángulo donde estaba la tribuna oficial la viuda de Saint-Croix se estrechó, y procuraba obligar á sentarse á las recién llegadas: Croix-Mesnil se disponía á ir en busca de dos sillas al jardín; pero el hermano de Antonieta vió las que rodeaban á las butacas destinadas á las autoridades, y exclamó en voz alta:

—No se moleste Vd.; aquí tenemos dónde echar mano... Es ridículo que el Ayuntamiento tenga asientos de terciopelo y las señoras bancos de madera...

Y así diciendo, alargó el brazo por encima de la barandilla de la tribuna, y tomó dos sillas de las que rodeaban las butacas.

Una risa ahogada recorrió el grupo de los aristó-



cratas. Pourtois, estupefacto, mirando alternativamente al alcalde y al joven, fluctuaba entre el deseo de halagar á Carvaján y el temor de incurrir en el disgusto de Roberto. Los confederados, llenos de sorpresa, se preguntaban en voz baja si el banquero, que era su jefe, toleraría aquella pública provocación. Con imperioso gesto, Carvaján impuso silencio, y volviéndose hacia el sub-prefecto, dijo de manera que todos le pudiesen oír:

—Me parece que es conveniente dar ejemplo de moderación y de prudencia. Si contestamos á las provocaciones del señor de Clairefont, acaso un disgusto entristezca la fiesta, y mejor será que no hagamos caso de ellas...

Y añadió en voz baja:

—Además, sus costumbres desenfundadas le han vuelto medio loco, y no siempre es dueño de sí mismo.

—La tribuna vacía cuando hay tantas apreturas, produce mal efecto—exclamó el sub-prefecto.—Mande usted que la ocupen las señoras.

—Tiene Vd. razón.

Fleury y Pourtois fueron á cumplimentar esta orden, y las señoras de Dumontier y Leglorieux subieron á la tribuna.

—Muy bien,—dijo irónicamente la viuda de Saint-Croix.—Las cosas marchan bien...

—Si fuéramos á hacerle la corte al señor Dumontier...—propuso Edennemare.

—No nos la hizo poco su abuelo cuando era criado en casa de mi madre,—replicó la señora de Saint-André con acritud.

—Como decía la mariscala Lefebre, bajo el primer imperio: "Ahora somos nosotras las princesas..."

—Estos palurdos de Neuville son tremendos—exclamó Roberto.

Y dirigiéndose á los jóvenes que le rodeaban, prosiguió:

—Si quieren ustedes, vamos á invitar á unas cuantas campesinas y á mezclarlas en la danza.

—Pues las hay muy bonitas,—dijo la Tourette, mirando con los lentes á Rosa Chassevent; que entró seguida de Russot.

Con su traje de gala estaba encantadora la graciosa obrera. Vestía una falda de cretona estampada con ramitos de flores y un *fichu* de muselina á modo de pañuelo de talle. Las mangas del cuerpo eran cortas y dejaban ver sus robustos brazos; llevaba mitones que le llegaban casi al codo, y su peinado era sencillísimo. En la mano traía una toquilla en que se envolvió hasta llegar al baile.

El pastor, deslumbrado por el resplandor del salón, como un buho durante el día, iba detrás de ella, sin querer apartarse. Estaba vestido de nuevo, como le ofreció á la muchacha, y su blusa de alpaca se cerraba en el cuello con un corchete de plata. Se le conocía que intentó peinarse, y sus cabellos ásperos, partidos sobre la frente, daban á su rostro, acribillado por la viruela, una expresión al propio tiempo grotesca y espantosa.

—¿Quién es ese monstruo, que parece la sombra de esa muchacha tan bonita?—preguntó el vizconde de Edennemare.

—El pastor de Clairefont: un idiota, que recogimos en nuestra casa desde muy chiquito,—replicó Roberto.

—¡Valiente paje se ha echado!

Al ver á Antonieta, Rosa se le acercó, y al oír que celebraba su traje, le dijo sonriendo:



—¡Pero, señorita, si es un vestido de Vd.! ¿No lo recuerda Vd.? Me lo dió esta última primavera. Yo le he cambiado la forma, porque una muchacha pobre como yo no está bien que se vista igual que una señorita. ¿Verdad que no está del todo mal?

—Es que tú lo embelleces,—dijo Antonieta sonriendo con benevolencia.—Anda, ve á divertirme; pero no bailes hasta muy tarde, porque mañana temprano te necesito.

—¡Oh, esté Vd. tranquila! No tardaré más que de costumbre.

—Y cuida de no tener toda la noche junto á tí á ese animalucho de Rassot. Es un espantajo que ahuyentará á los que quieran bailar contigo,—dijo la señorita de de Saint-Meurice.

—Voy á dejarlo con mi padre.

—Que le emborrachará, y dentro de una hora no sabrá dónde tiene la mano derecha,—añadió la tía Isabel.

—¡Con tal de que me deje en paz! Y eso que le ofrecí bailar con él, y lo prometido es deuda.

Rosa se alejó despues de saludar, moviendo el airoso cuerpo, y atrayendo sobre sí las miradas de los hombres, á quienes seducía la esplendidez de su juventud.

Eran las ocho; la tribuna oficial estaba llena del todo con la llegada de la familia del registrador, la del juez de paz y la del presidente de la Sociedad laica de Escuelas. El capitán del cuerpo de gendarmes acababa de dar una vuelta por la taberna, donde una violenta disputa reclamó su presencia. La atmósfera estaba pesada, el olor era de vino, y el ruido de las conversaciones, á cada momento más animadas, dominaba casi el de la música.

En medio de tanto ruido y tanto calor, Antonieta

estaba silenciosa y preocupada, tanto que en dos ocasiones apenas contestó al señor de Croix-Mesnil. Parecía indiferente á cuanto tenía en derredor, y con los ojos bajos se entregaba á profundas meditaciones. Desde el momento en que entró, su mirada se cruzó con la de Pascual, y cuando Carvaján y Roberto estuvieron á punto de chocar, le vió palidecer, y comprendió que compartía con ella su angustia. Esta comunidad de sufrimientos la impresionó profundamente. ¿Acaso era su compañero de desventura! El horror que antes le inspiraba por llamarse Carvaján, ¿no sería una injusticia indigna de ella?

Varias veces alzó los ojos, y le vió inmóvil, con los brazos cruzados, y con la más profunda tristeza retratada en el semblante. ¿Qué pasaba en su alma? ¿Qué podía esperar de aquel hombre llamado á vivir entre gentes que pensaban de muy distinta manera que él?

Como si las miradas de Antonieta influyeran sobre él, cada vez que ella dirigió sus ojos hácia Pascual, éste la miró también, y él era quien primero bajaba la vista con un respeto que tenía algo de religioso. Por fin, á paso lento, se alejó como queriendo decirle: «usted me aborrece; pero yo la venero; mi presencia puede disgustarla, y yo debo irme.» ¿Qué más podía hacer? ya que no fuera posible acercársele para expresarle con palabras lo que sentía, se alejaba para atestiguar su ferviente adoración; y más ternura encerraba esta conducta, que las más ardientes frases hubieran podido envolver.

Un codazo que le dió su tía, sacó á la jóven de su ensimismamiento. En la tribuna de las autoridades, Carvaján, en pie, cerca del Sr. Leglorieux, miraba con insistencia á la muchedumbre, y Felicia, roja de impaciencia, hacia lo mismo.



—¿Dónde diablos se ha metido mi hijo! Hace cinco minutos le vi enfrente de nosotros.

—Y parecía divertirse muy poco,—añadió con despecho la señora Leglorieux.

—Le pareció, sin duda, que aún tardarían en comenzar otro baile. Voy á buscarle,—dijo Fleury; y atravesando por medio de la sala, se fué á la calle.

—Van á bailar un rigodon: me parece que debes tomar parte en él,—dijo la señorita de Saint-Meu-  
rice.

—¿Quiere V. dispensarme el honor de bailar con-  
migo?—preguntó el elegante Mr. Tourette.

—Muchas gracias; pero lo tengo comprometido con  
de Croix Mesnil.

—Es muy justo—exclamó el agente de cambio.  
—Voy á invitar á una de las señoritas de Saint-André;  
porque no es natural que baile con mi mujer.

—Gracias, Antonieta,—murmuró de Croix Mesnil al  
oído de su exprometida.—Es Vd. adorable, y parece  
que lo es más aún cuando pienso con amargura que  
nos separa su voluntad.

La señorita de Clairefont sonrió, impuso silencio al  
jóven, colocando un dedo delante de los lábios, y to-  
mándole el brazo, se dispuso para el baile junto á la  
señorita de Saint-André y el agente de cambio, dejan-  
do á su izquierda al vizconde de Edennemare y madame  
Tourette.

El cuadro del rigodon ocupaba toda la sala, de  
modo que para bailar había de establecerse cierta  
fraternidad. Era esto tradicional, y así sucedía que el  
arrendatario bailaba enfrente del patrono, y la gran  
señora se cruzaba con la hija de un labrador. Una  
vez terminado el rigodon, que servía para inaugurar  
la danza, cada uno quedaba en libertad de divertirse

á su antojo. La fiesta adquiría violenta animación, y  
á última hora tenía cierto aspecto de bacanal. Las  
muchachas del pueblo, embriagadas por el baile, exci-  
tadas por la música y alegres por el vino, saltaban  
como bacantes del brazo de sus parejas. El bosque-  
llo del jardín de Pourtois se llenaba de gente, resona-  
ban en él alegres gritos y carcajadas, y á la luz de las  
estrellas se cambiaban más de dos besos, causa de no  
pocas lamentaciones ulteriores.

Este desenlace diabólico de la fiesta era cosa cor-  
riente, y por eso, á las nueve ó las diez, cuando el bai-  
le comenzaba á tomar cierto carácter, las señoras de  
los alrededores y los burgueses de la villa abandonaban  
el local dejando el campo libre á la gente del  
pueblo, que se entregaba desde luego, á sus ruidosas  
manifestaciones de gozo, de todo punto imposibles de  
dominar. Al principio, los bailarines estaban come-  
didos. Los hombres hablaban en voz baja, y las mu-  
jeres, esperando la señal, alisaban sus vestidos con  
movimientos elegantes de paloma que se apresta á  
tomar el vuelo. Los piés se movían con impaciencia.  
Enfrente de Antonieta, que por casualidad estaba en  
el centro de la línea, había un lugar vacío.

Roberto, en pié junto á su tía Isabel, observaba,  
buscando la pareja que debía hacer *vis-a-vis* á su her-  
mana, cuando Pascual, del brazo de la señorita Le-  
glorieux, se dirigió hácia aquel puesto.

Fleury le precedía, y al llegar, interrogó á Car-  
vaján con los ojos; éste hizo un gesto imperioso, como  
diciendo «eso quiero precisamente;» y Pascual, cuyas  
rodillas temblaban, se encontró enfrente de la seño-  
rita de Clairefont.

Roberto se adelantó, cogió por un brazo á Croix-  
Mesnil, y le dijo en voz alta:



—Venga Vd., amigo mío; no quiero que baile mi hermana.

Mr. de Croix-Mesnil miró al joven con sorpresa, y exclamó, en medio del silencio que produjo aquel incidente:

—Pero ¿por qué?

—Porque la pareja que está enfrente es la del hijo de Carvajan.

—¡Ah! Es cierto—replicó con calma el dragon;—en efecto, es fastidioso esto.

Y así diciendo, dirigió á Pascual una mirada altanera, é inclinándose delante de la joven, como dándole excusas por haberla expuesto á un contacto denigrante, exclamó:

—Usted dispense, señorita.

Y la acompañó á su sitio.

Nadie pronunció una sola palabra. Ninguno osó intervenir en aquel asunto. Entre las fuerzas físicas de Roberto y el poderío de Carvajan, era peligroso exponerse. El alcalde, siempre en pié, miraba estupefacto aquel espectáculo, sin atreverse á dar crédito á sus ojos. Semejante afrenta en público, aquella ruda manera de contestar á su provocación le dejó atónito. Cuando imaginaba tener bajo el pié á la familia Clairfont, se le rebelaba enérgica.

Tembló de rabia; sus ojos brillaron como los del tigre en la oscuridad. Se volvió á los que le rodeaban, como esperando encontrar una frase de censura, y solo encontró semblantes contritos y azorados. Entonces miró á su hijo y le vió pálido, descompuesto. Pero su furia se estrellaba contra una barrera insuperable para vengarse, era menester arrollar al hermano de la mujer amada.

La señorita Leglorieux se encargó de resolver el

conflicto. Revolvió los ojos en las órbitas, se puso pálida, luego muy encarnada, lanzó un grito, cayó entre los brazos de su madre, que inquieta venia hácia ella, y un ataque de nervios la excusó de manifestar su opinión por otro medio más expedito.

Al mismo tiempo la orquesta empezó á tocar, y las parejas, muy satisfechas al verse libres de la penosa impresión que produjo el desagradable incidente, comenzaron el rigodon. Antonieta, conducida junto á su tía, no tuvo tiempo de darse cuenta de lo ocurrido. Sus amigos la rodearon, lanzando exclamaciones y haciendo comentarios.

Los hombres, graves y silenciosos, hablaban con Roberto y Croix-Mesnil. En la tribuna oficial no era menor la agitación que reinaba. El alcalde corrió en busca de su hijo, sin escuchar las lamentaciones de Mme. Legrorieux. El joven estaba en el mismo sitio, inmóvil, un poco más atrás de los bailarines. Los acordes de los instrumentos le atronaban.

En su espíritu, lleno de confusión, sólo una idea brillaba: le habían insultado por ella, y delante de ella. Crispaba los puños con fuerza y su resolución de tomar venganza era firmísima; pero, ¿de quién vengarse? ¿De Roberto? El fué quien le insultó y le provocó en público. Pero, no obstante, no era contra él contra quien se sentía animado. Era contra Croix-Mesnil, que á sangre fría se adhirió á la conducta del hermano de Antonieta. Sentía ansia por arremeter á aquel hombre dueño del cariño de la que él adoraba, abofetearle y jugarle con él la vida. ¿No llevaba del brazo á la joven cuando fué insultado? ¿En su sonrisa no había una insolencia cien veces mayor que la de la actitud de Roberto? Y, por fin, ¿no era el prometido de Antonieta? Este motivo más que ninguno le ponía



fuera de sí, y hacia palidecer su frente. Más le torturaban los celos que la cólera.

A los ojos de Antonieta quería aparecer más digno que á los de nadie. La idea de que pudiera despreciarle, le infundía valor para arrostrar cien muertes.

Sintió que le cogían por el brazo, y trataban de arrastrarle fuera del salón; se volvió, y vió junto á él á su padre.

—Ven conmigo,—oyó que le decían.

Él resistió, y repuso con voz temblorosa:

—No; déjeme Vd.; no ha concluido todo, y no debo salir de aquí sin terminarlo.

—¿Qué pretendes hacer?

—¿Cree Vd. que soy yo hombre capaz de soportar semejante injuria sin exigir reparación?

—¿Estás loco!

—¿Me aconseja Vd. que huya? ¿Qué pase á los ojos de todos por un cobarde?

—¿Pero es que piensas batirte con esa gente? ¡Vaya una tontería! Deja á mi cargo tu venganza: será más pronta y más segura.

—Lo más pronto y más seguro es lo que va Vd. á ver,—exclamó Pascual con acento terrible.

Concluyó el rigodon. Pascual atravesó por entre la multitud, se acercó al grupo, en cuyo centro estaban Roberto y Croix Mesnil, y tocando á éste en el hombro con aire provocador, le dijo:

—Caballero, tengo que decirle dos palabras. ¿Quiere Vd. salir conmigo ahí fuera, y se las diré?

El baron se inclinó, y ya se disponía á seguir al hijo de Carvaján, cuando Roberto, interponiéndose entre ellos, les cerró el paso, diciendo:

—Poco á poco; me parece que hay aquí un error. No es con Vd., amigo mio, sino conmigo, con quien

este caballero debe entenderse, Vd., no hizo más que asentir á mis opiniones: yo fui quien dijo...

—Yo no oí sus palabras de Vd., ni quiero hacer mérito de ellas,—interrumpió Pascual con violencia.—El señor me ofendió, y sólo con él tengo que ver.

—Verá Vd. cómo se arregla todo,—exclamó Roberto, resuelto á cometer una violencia.

Pero su hermana, pálida y temblorosa, se interpuso entre los adversarios, diciendo:

—Roberto, retírate; yo te lo ruego...

—Pero...—dijo éste, intentando resistir.

Dos lágrimas brillaron en los ojos de la jóven y apenas tocaron las mejillas, se evaporaron al calor de éstas: extendió el brazo, y con un gesto de soberana autoridad, repitió:

—Retírate, Roberto: te lo mando.

El jóven, dominado por la mirada de su hermana, volvió la espalda á Pascual, mientras Antonieta le decía:

—Tiene Vd. razón, caballero. Por causa mia fué usted ofendido: á mi me toca reparar el daño, y no me excuso de hacerlo. Yo le ruego que me perdone...

El hijo de Carvaján la vió inclinarse humilde. Intentó hablar, y no pudo; sus lábios se movieron sin articular palabra; tambaleándose, más anonadado por la humillar de Antonieta que por el insulto de su hermano, se dirigió hácia la puerta, pero su padre le salió al encuentro, y le detuvo, exclamando:

—¿A dónde vas? Acuérdate de lo que decías hace un momento. ¿Quieres que se figuren que huyes?

—¿Y qué me importa?—replicó el jóven prosiguiendo su camino, como si quisiera ocultar entre las sombras de la noche su amarga desesperación.



—¿No quieres vengarte?—continuó Carvajan, que siguió á su hijo hasta la calle.—Di una palabra, y el que te ha ofendido estará á merced tuya.

—¡Nunca!

—¿Qué pretendes, pues?

—Huir; alejarme para siempre de este país, donde sólo amarguras y disgustos encuentro; no volver nunca á este pueblo, y olvidar las miserias, las infamias, las perfidias de sus habitantes. Borrar de mi memoria hasta el nombre que Vd. me dió, y que me pesa sobre el alma como una losa de plomo.

—¡Pascual!...

—Padre: Vd. sembró el odio; no es mucho, si recolectamos insultos y amenazas... Yo no podría vivir así, y prefiero partir...

—Dirán que tienes miedo...

—Bueno... me es igual...

—¿Serás capaz de abandonarme?

—No me necesita Vd. Los hechos lo probaron perfectamente.

—Pues bien; entonces yo seré quien no te abandone—le dijo Carvajan tomándole el brazo.—Puesto que lo deseas, nos retiraremos, y mañana, cuando estés más tranquilo que ahora, hablaremos de este asunto.

Y así, enlazados padre é hijo, se encaminaron á Neuville.

En el salón de baile, el efecto que produjo la conducta de Antonieta aún no se había calmado. La tía Isabel, en un principio quedó atónita; pero luego recobró ánimos, y pudo decir:

—¿Pero qué significa esto? ¿Te has vuelto loca? ¡Pues no has dado satisfacciones á un quidam, que merecía una buena lección por su impertinencia!

—No tía, no; la culpa es nuestra. Si no hubiéramos

venido adonde sabíamos que nada bueno podía sucedernos, se hubiese evitado este disgusto... Además, no había razón para provocar á ese jóven por una genialidad.

—¿Pero tú no viste al viejo zorro riéndose de la gracia?... Porque fué intención suya el arreglar las cosas de modo que te encontraras enfrente de su hijo.

Antonieta se encogió de hombros, y con triste acento respondió:

—Créeme, tía; lo mejor que podemos hacer es no ocuparnos de esa gente. Luchar contra ellos es una insensatez; son más fuertes que nosotros. Cedámosles el campo, y será lo más prudente.

Así diciendo se levantó; Croix-Mesnil, se apresuró á ofrecerle el brazo, y ella se apoyó en él con tal dejadez, que á primera vista se conocía el aniquilamiento que la dominaba. Roberto y su tía la siguieron; al llegar al coche que les esperaba, subieron todos menos el jóven Clairefont, que declaró francamente que aún no quería volver á casa.

—¿Que vas á hacer?—le preguntó Antonieta, llena de inquietud.

—Divertirme como todos los años... mal que le pese á ese necio de Carvajan.

—Prométeme que no vas á armar cuestión nueva... Anda, ven con nosotros... Me quedaré intranquila... ¡No sé por qué, me parece que te va á suceder una desgracia!...

Roberto hizo un gesto de impaciencia, y exclamó con áspero tono:

—¿Sabes, niña, que te ocupas demasiado de lo que no te importa?... Vete á casa, acuéstate, y duerme tranquila, que es lo que más conviene á una muchacha.



cha de tu edad... Y en cuanto á lo que me corresponde hacer no necesito consejos para practicarlo... Buenas noches.

—Roberto, sé prudente, —añadió la señorita de Saint-Maurice.

—No tengas miedo, tía, que no me comerán; tengo los huesos duros...—repuso el atlético jóven riéndose.

Y cerrando la portezuela, dijo al cochero:

—¡Arrea!...

Tarareando entre dientes una sonata de caza, volvió Roberto al baile; atravesó el salón, y entró en él café.

La noche estaba templada; los murciélagos revoloteaban en torno de los faroles del jardincillo, y los bebedores gritaban y reían á los lejanos acordes de los instrumentos, rodeando las mesas:

El viejo Chassevent, á horcajadas en un tonel, entonaba una canción de color muy subido. Era la cuarta aquella noche, y en los intervalos de una á otra, recorría los grupos de consumidores, bebiendo copas de aguardiente ó vasos de cerveza. No parecía estar borracho, pero su animación se acrecentaba por instantes. Sus gestos eran cada vez más picarescos, y la letra de sus cantares más soez.

En un rincón, el gendarme, á cuyo cargo estaba el orden, porque los campesinos cuando se embriagaban reñían con mucha frecuencia, sentado sobre un taburete, escuchaba al corsario, riendo como un loco.

Roberto se detuvo un momento, y prestó atención al estribillo aquel, aprendido en alguna cárcel por el vagabundo.

El auditorio le hacía coro, golpeando con los vasos sobre las mesas con estrépito horroroso. De pronto, el silencio reinaba de nuevo; la voz del cantador salva-

je resonaba nuevamente, aguardentosa, vibrante, pronunciando aquellas groserías, que resultaban más innobles en medio de la esplendidez de aquella hermosa noche.

Todas las mujeres de conducta equívoca que había en Neuville y sus contornos, estaban allí mezcladas con los hombres, provocándolos con impudor.

Pourtois, después de que desempeñó en la sala su oficio de acomodador, volvió á la taberna, y dando rienda suelta á su alegría, les gritó:

—Animo, señores, ánimo... que esto no sucede más que una vez al año. Esta es la noche en la cual cierro yo los ojos para que todo el mundo abra la boca...

Y el primo Anastasio, el hojalatero de Neuville, tomando al pie de la letra las palabras del cafetero, acababa de encontrar, detrás de unos árboles del bosquecillo, á la silenciosa y morena señora Pourtois, y de darle un par de besos sin que ella opusiera la menor resistencia.

Roberto se dirigió de nuevo al salón; pero al llegar á la puerta oyó que le llamaban desde uno de los túneles del emparrado en donde los farolillos de papel habían ardido, y, por consiguiente, no difundían su claridad. A la luz de la llama de un *bol* de ponche, Edennemare, Saint-André y otros varios de los habituales compañeros de caza del jóven, rodeaban una mesa.

—Ya se fueron las señoras, y hace un calor abrasador ahí dentro, —le dijo uno de ellos.

—Aún tengo algo que hacer, y...

—Si busca Vd. al alcalde y á su hijo, es inútil, porque se acaban de marchar.

—No importa; quiero que me vean, para que toda



esa canalla que rodea á Carvaján se convenza de que no me asusto yo por tan poco.

—¡Eh! Déjese Vd. de tonterías: ¿quién ha de creer semejante cosa?

Roberto entró en el salón. El aspecto del baile era ya distinto. La ausencia de la *sociedad*, como solían llamar á la formada por los aristócratas y secos burgueses, arrastró en pos de sí el comedimiento.

Las parejas habían abandonado su afectación; los brazos ceñían los talles con fuerza, y hasta la orquesta, contagiada de la comun locura, aceleraba el compás, y tocaba con mayor energía, como si los pulmones de los músicos y las piernas de los bailarines lucharan en competencia.

El joven Clairefont buscó en vano á Carvaján y á su hijo. Como le dijeron sus amigos, uno y otro habían partido, de igual modo que el sub-prefecto, quien, juzgando haber hecho bastante en pro de su popularidad, abandonó el salón de baile en compañía del comisario general y del capitán de gendarmes. Roberto dió unos cuantos paseos por entre los grupos de alegres jóvenes procurándose el placer de afrontar las miradas de todos. El ascendiente que la familia del marqués tenía en el país no obstante, la decadencia de su nombre, obligaba á los presentes á saludar al joven Clairefont, y no estando ya el temido alcalde, había muchos adversarios que lo hacían con benevolencia.

Después de todo, ¿quién era capaz de saber lo que sucedería? Muchas veces se había creído totalmente arruinado al marqués, y, sin embargo, aún estaba en pié. Convenía, pues, proceder de tal suerte, que en el caso de que el aristócrata se escapara de entre las garras de Carvaján, quedase una puerta abierta por donde pasar á su campo.

Además, Fleury y Tondeur, los más acérrimos partidarios del alcalde, daban ejemplo con su diplomacia, y rodeaban á Roberto de una falsa atmósfera de galantería y adhesión. En esto estaban, cuando los amigos del joven se le reunieron, con el propósito de bailar un rato con las muchachas del pueblo.

Una danza propia del país daba fin, y entre los más frenéticos bailarines, Russot se distinguía por su ardor y sus violentos vaivenes. Había conseguido que Rosa bailara con él, como se lo había prometido, y la estrechaba por el talle con su brazo nervudo, haciéndola girar con incomparable violencia. Con las mejillas pálidas, los ojos brillantes, los dientes apretados, ébrio por un placer del todo nuevo para él, bailaba sin ton ni son, y su aspecto era más desagradable que de ordinario.

Rosa, mareada por la rapidez de los movimientos de su pareja, aturdida por el estrépito de la música, se dejaba llevar con la cabeza medio caída sobre el hombro de Russot. Tondeur, encaramado en un taburete, con el rostro animado por los vapores del alcohol, gritaba con todas sus fuerzas, golpeando en el sombrero con el mango de su garrote, que nunca abandonaba.

—¡Animo, muchacho!... ¡Duro, duro! ¡Ande el baile!

Y el cansancio agitaba los pechos; los piés de los bailarines se arrastraban pesadamente sobre el tablado; la rapidez de la danza disminuía poco á poco.

Por fin los instrumentos callaron, los músicos suspiraron con satisfacción, las parejas se detuvieron, y fueron á ocupar los asientos como náufragos que llegan á la tierra firme. Sólo el pastor prosiguió dando vueltas, semejante á un torbellino.

—¡Estará rabioso ese majadero! —exclamó Tondeur



bajándose del pedestal.—No quiere detenerse. ¡Capaz es de estar así hasta mañana!

Pero en aquel momento Roberto cogió á Rosa por la cintura al pasar, y arrebatándola de entre los brazos de Russot, la llevó medio desvanecida hasta dejarla sobre una silla. El pastor se había detenido, y venía de nuevo en busca de su pareja, gruñendo frases inarticuladas.

—No está contento,—decía Tondeur, riendo hasta ahogarse casi.—Verán Vds. cómo quiere emprenderla de nuevo.

Roberto frunció las cejas, y encarándose con Russot, exclamó con enérgico acento:

—Basta de baile. Deja en paz á Rosa. Largo de aquí. Anda, anda á guardar tus carneros.

El idiota no parecía muy resuelto á obedecer, porque permanecía en pié delante de la jóven. Clairefont, al ver que no le obedecía, como quien sacude una avispa de entre los pétalos de una flor, dándole un capirotazo, de un revés, envió á Russot al jardín dando trompicones.

—¡Ah!—suspirió Rosa, abriendo los ojos.—Creí que me ahogaba.

—Ahí tienes los inconvenientes de bailar con un animal—dijo el jóven con acento cariñoso.—Ven á tomar un poco de ponche, y se te quitará eso.

—Muchas gracias, señorito; no me gustan las bebidas fuertes. Me han costado muchos cachetes de mi padre cuando se emborrachaba, y las tengo horror. El fresco me pondrá buena...

—¡Ah! Vamos: ¿te quieres ir al jardín en busca de tu adorado?...

—No; me fastidia. Además, ya es hora de retirarme.

—¿No tienes más gana de broma?

—Es muy tarde, y hace mucho calor.

La orquesta comenzaba otro rigodon, y la gente invadía la sala de nuevo. Roberto dejó á sus amigos, salió con Rosa, y la condujo á uno de los oscuros túneles del jardincillo.

En medio del barullo, nadie se fijaba en ellos. Los borrachos no tenían ojos ni oídos más que para sus vasos y para las canciones de Chassevent, que en una sola noche le pagaba á Pourtois el consumo de cafés de todo un año, reteniendo con sus desvergüenzas á los circunstantes.

Los jóvenes estuvieron unos momentos escuchando los gritos que seguían á la terminación de cada estrofa. Roberto fué acercándose poco á poco á Rosa, y acabó por apoyársela contra el cuerpo, estrechándola por el talle.

Rosa, de ordinario viva y alegre como una alondra, estaba pensativa, y no opuso resistencia. Se estremeció, y rodeándose á la cabeza la toquilla que le sirvió para abrigarse al ir al baile, exclamó:

—Hay aquí mucha humedad, y me quedo fría.

—¡Claro! ¡tienes el cuello desnudo!

El jóven sacó del bolsillo un bonito pañuelo azul con su cifra bordada, y, dándoselo, añadió:

—Toma, abrigate la garganta.

Ella hizo un movimiento de alegría al sentir el suave contacto de la seda.

—Muchas gracias, señorito; pero, si Vd. lo permite, me marchó; me hace mal el ruido y este olor á vino.

—Vámonos,—dijo Roberto.

Y levantándose, la hizo pasar delante para salir del jardín. Detrás de ellos, silencioso, deslizándose como una culebra, partió también Russot.

A unos cien pasos de la taberna estaba el sendero



que conducía al Gran Margal. Roberto y Rosa se detuvieron un instante. La casa de Pourtois, el jardincillo y el salón de baile se divisaban por entre las hojas de los árboles; pero el ruido de risas y voces, debilitado por la distancia se percibía apenas. En la semi-oscuridad de la noche, dos formas difusas aparecieron sobre el camino de la Saucelle. A medida que se aproximaban, se veían más claramente, y reconocieron en ellas á unos campesinos de Combrechamps, que, debiendo madrugar para entregarse á los trabajos de recolección, abandonaban á su pesar la fiesta. Uno de ellos, con voz que trascendía á aguardiente, exclamó:

—No hay miedo de que te roben, Rosita; llevas buena compañía.

—El señorito es tan amable, que me acompaña hasta el atajo de Clairefont—replicó la jóven—¿tiene eso algo de particular?

—No, todo lo contrario; con tal de que no te pares... Porque á los dos lados del camino hay una hierba tan fresca...

Roberto se echó á reír, y Rosa, corrida de vergüenza, se apartó de él, exclamando:

—¡Ve Vd.! ¡Se burlan de mí porque me acompaña! Mejor será que me deje Vd. ir sola.

El jóven la detuvo por el brazo, y con acento cariñoso le dijo casi al oído:

—No hagas caso, tonta; tenemos que hablar de tu padre y de la casita que deseas.

Y torciendo á la derecha, tomaron por el sendero que conduce á la meseta, á través de las pendientes de la colina. Roussot les seguía con silenciosos pasos, sin que el rodar de una piedra ó el roce contra un arbusto revelara su presencia. Los dos jóvenes andaban lentamente, muy juntos... respirando con delicia el

aroma de las flores del trébol. La luna aún no había salido, y las complacientes estrellas, apenas iluminaban el espacio lo necesario para ver la senda. De cuando en cuando el sonido de un beso interrumpía el murmullo de la conversación, y en la enramada, como eco de esta amorosa armonía, un gemido sordo como el de una fiera herida, se percibía debilísimamente.

El campanario de Clairefont hizo oír el tardo y grave sonido de la campana del reloj. El cielo comenzaba á adquirir pálidas tintas, el alba se acercaba, debían ser muy cerca de las tres de la madrugada cuando los jóvenes desembocaron en el Gran Margal hácia el lado del soto de Combrechamps.

—Déjeme Vd. marchar, señorito—dijo Rosa con dulzura.—Es ya muy tarde, y hora de entrar en casa.

—¿Dónde te volveré á ver?

—Ya sabrá Vd. encontrarme—replicó la jóven con maliciosa alegría.—Es decir, si le da á Vd. el capricho de buscarme, que no es muy seguro, porque es usted muy variable.

—¡No dices lo que piensas, Rosa!

Subían sin apresurarse, disfrutando de la profunda calma que les rodeaba.

Ya no alcanzaban á oír más que como un lejano murmullo el ruido de la fiesta; embriagados por el poético ambiente que les envolvía, se estrechaban con cariño, y aquella voz débil que antes se percibió, la de su espía misterioso, seguía resonando celosa é irritada.

El sendero no era muy largo, y, por lo común, no podía invertirse en recorrerlo un cuarto de hora, mas para Roberto y Rosa resultaba, sin duda, sinuoso, áspero y difícil, porque mucho tiempo después de comenzada su ascensión, apenas llegaron á mediarlo.

—¡Vaya!... contestó la jóven.



Roberto la cogió por el talle, y levantándola como si fuera una pluma la besó en medio de la boca.

—Deje Vd. un poquito para mañana...

El jóven la depositó de nuevo en tierra, y como si abandonarla le costara gran trabajo, exclamó:

—¿Por qué no quieres que te acompañe hasta tu misma casa?

—Porque si le ven á Vd. conmigo, nos criticará la gente.

Y al ver que Roberto se disponía á insistir, añadió:

—Nada, nada; váyase Vd. por su camino, que yo me voy por el mío. Buenas noches... Es decir, buenos días...

Roberto y Rosa se separaron, dirigiéndose la una hácia Coubrechamps y el otro hácia Clairefont. En la primera revuelta del camino, el jóven se paró y miró hácia atrás; pero no pudo descubrir á la muchacha, porque aún era bastante oscura la noche. Entonces apretó el paso, y en poco tiempo ganó la puertecilla del parque.

Rosa, por su parte, siguió la alameda que conducía á su casa, pensativa y sonriendo al recordar las promesas que le hizo Roberto, mezclándolas con sus caricias: le pareció sentir pasos detrás de ella; y aun cuando no era miedosa, su corazón latió con fuerza, y ligero sudor humedeció su frente. Se apresuró para alcanzar cuanto antes el lugar poblado: un chasquido como el de una rama seca pisada por un pié humano llegó á sus oídos.

Estaba en medio de un talud, enfrente de las canteras abandonadas que coronaban los pozos de extracción. Con la turbación que la dominaba, aquellos lugares tan conocidos le parecían fantásticos y llenos

de espectros medrosos. Los árboles resultaban más sombríos, y hasta creyó que inclinaban las ramas sobre su cabeza. Quiso correr, pero un ser espantoso se le echó encima, la cogió entre los brazos, y lanzando una carcajada infernal, la arrebató por entre la maleza. Aún tuvo fuerza para gritar: «¡Roberto, Roberto!» con voz desgarradora; pero una mano le tapó brutalmente la boca, y ella, en el colmo del terror, se desmayó.

Al mismo tiempo dos hombres seguían el mismo camino por donde Roberto y Rosa pasearon largo espacio hablando de sus amores. El uno tropezaba con alguna frecuencia, y el otro ponía gran cuidado en evitar que se cayera.

—¡Por vida del... Yo no sé por qué son hoy más altas las piedras de este camino.

—No, hombre. No es que son más altas; es que tú levantas los piés menos que otros días.

—Pues no será por lo mucho que bailé.

—No, por el baile, no; pero sí por lo mucho que bebiste,—dijo con su voz de tiple el formidable Pourtois.

—¡Y me lo reprochas, ingrato! ¿Crees tú que si no fuera por lo que entretuve á tus parroquianos, tendría yo esta turca, y hubieras tú ganado tanto?

—Conformes, hombre, conformes. Por eso, para probarte mi buena voluntad, te acompaño hasta el camino llano, para estar seguro que no te has caído en algun pozo del Gran Margal.

—Pues si por precaución sólo, y no por cariño, me acompañas, ya puedes volverte á casa... Con mayor motivo habiendo dejado solos á tu mujer y á tu primo Anastasio... y no te empeñes, porque no te necesito. Cuanto más borracho estoy, veo más claro.



A pesar de la torpeza de sus piernas, Chassevent, que era uno de aquellos dos hombres, andaba de prisa, dejando atrás al tabernero, que le seguía á duras penas, resoplando como un cetáceo. Al llegar al camino de Coubrechamps, Pourtois dijo:

—Descansemos un momento, y despues cada mochuelo á su olivo.

Sentáronse sobre un ribazo, y Chassevent, segun costumbre de los corsarios, se ocultó detrás del matorral, sacó la pipa, la cargó, y empezó á fumar; pero al sentir el paso apresurado de un hombre que se le acercaba, obligó á ocultarse tambien á su compañero. Sus ojos, acostumbrados á penetrar las tinieblas, descubrieron á Roberto, y en voz baja exclamó:

—¡Es el hijo del marqués! ¡De dónde demonios vendrá? Se conoce que le han entrado ganas de dar un paseo antes de acostarse. Como no sea que mi chica... Hace unos cuantos dias que anda detrás de ella... ¡Oh! Lo que es entonces, ya puede ver lo que hace para no molestarme en mi industria... Y ¡qué mañana tan hermosa para poner unos cuantos lazos!... Casi estaba por ir. Precisamente debo llevarlos encima.

Se registró los bolsillos de la blusa, y, en efecto, encontró un mazo de alambres.

—Vaya, me marcho—dijo Pourtois, levantándose. Yo no tengo ganas de trabar conocimiento con los gendarmes. Si te rompes la cabeza, peor para tí.

El cazador de oficio no tuvo tiempo de dar un paso. A lo lejos resonó aquel grito «¡Roberto, Roberto!», y al escucharle sintió helársele la sangre.

—¿Has oído?—dijo apretando el brazo del tabernero.

—Cualquiera diria que degüellan á alguno—balbuceó Pourtois, cuyos dientes castañeteaban.

—Vamos á ver qué es. Somos dos hombres y no es cosa de dejar que maten á un desgraciado sin procurar socorrerlo.

—Chassevent, yo te ruego que no vayamos... Es hácia el lado del Gran Margal..

—¿Y qué importa? Aunque fuera hácia el del infierno. Yo voy—contestó el corsario, cuya borrachera parecia haberse desvanecido.

Y así diciendo echó á correr, y Pourtois, lleno de miedo, prefiriendo seguirle mejor que volverse solo, tomó la misma direccion tan de prisa como sus piernas lo consintieron. Chassevent, con su instinto de cazador, iba derecho hácia el lugar donde resonó el grito, sin titubear, hollando la alta hierba con sus zapatos claveteados. Así recorrió un centenar de metros, siempre remolcando al tabernero, que sorteaba difícilmente los hoyos y las piedras que obstruian el camino. De pronto se detuvo para escuchar, conteniendo la respiracion. Del fondo de un barranco, delante de ellos, salian débiles gemidos, y percibió un gruñido como si una fiera luchara con un hombre. Sin decir una palabra, el cazador volvió á emprender su carrera haciendo el menor ruido posible; pero le oyeron, sin duda, porque una forma confusa se alzó del suelo, y como un jabalí que huye se alejó rápida por la vertiente de la colina.

—¡Que se nos escapa!—gritó Chassevent—¡Ahí te va, Pourtois! ¡Detenle!...

Pero el fugitivo, al reconocer la voz del vagabundo, se detuvo, dejó en el suelo un objeto que le embarazaba para correr, y con una agilidad pasmosa, ganó la meseta, y desapareció.

—¡Se nos escapó!—dijo Chassevent.

—Pero ha abandonado la presa. Vamos á ver que es.



En pocos segundos llegaron al fondo de una antigua excavación, y en el fondo vieron un bulto blanco.

—¡Parece una mujer!— exclamó con emoción Pourtois, que sudaba de miedo y fatiga.

—Voy á bajar,—dijo Chassevent.

Y agarrándose á las raíces, y sosteniéndose sobre los salientes de las paredes del pozo, llegó hasta abajo. Se puso de rodillas, acercó el rostro á aquel objeto informe, y lanzando un ronco gemido, exclamó:

—¡Si es mi hija!...

Al oír esta palabra, Pourtois, medic saltando, medio despeñándose, se reunió con su compañero é incorporó á Rosa, le tocó las manos que aún tenía calientes, y sin perder la presencia de ánimo, dijo:

—Hace falta una luz.

El cazador sacó de su bolsillo una linternita, de que solía servirse para tender los lazos por la noche; encendió un fósforo, y el rostro de la jóven se iluminó. Era un espectáculo espantoso el que ofrecían aquellos dos hombres inclinados sobre el cuerpo de Rosa, que lívida, con los labios amoratados y los ojos sin vida, tenía liado al cuello un pañuelo de seda, á guisa de dogal. Pourtois deshizo el nudo con dificultad. Un estertóreo suspiro se escapó del pecho de la pobre niña; abrió los ojos con expresión de suprema angustia, agitó los brazos, y se desplomó pesadamente.

—¡Dios mío, se muere!—gritó el tabernero.

—¡Hija de mi alma! ¡Rosa, Rosita!—gimió el cazador.

Se golpeó la frente, y con expresión de indecible rabia, dijo:

—¿Pero quién la habrá matado? No puede menos de ser ese infame de Clairefont. El debe haber sido. ¡Ah, canalla!

—¿Pero qué estás diciendo? Por fuerza te has vuelto loco—añadió Pourtois. Sabes muy bien que Mr. Robertó pasó por delante de nosotros y entró en el castillo antes de que escucháramos el grito.

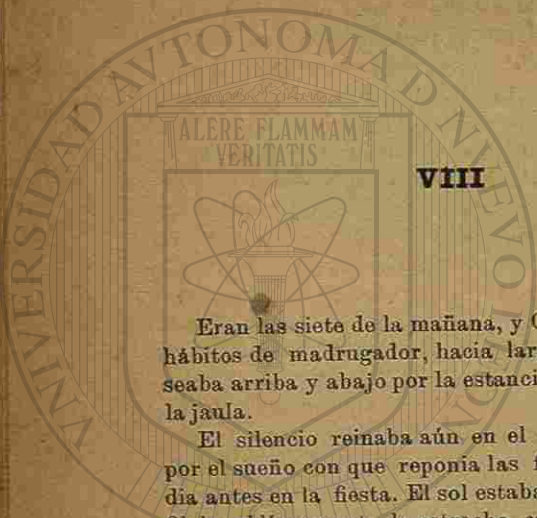
—¡El ha sido, él ha sido!—aullaba Chassevent, con creciente exaltación.—Pero ya me las pagará. Ya le haré saber cuánto vale una hija buena y cariñosa como era ésta...

—Antes que nada, veamos si podemos reanimarla. Mi casa está á dos pasos de aquí; llevémosla.

Entre los dos levantaron el cuerpo de la jóven, cuyas dos manos se enfriaban rápidamente, y alumbrados por la semiclaridad del día, se dirigieron á la taberna.







### VIII

Eran las siete de la mañana, y Carvaján, fiel á sus hábitos de madrugador, hacia largo rato que se paseaba arriba y abajo por la estancia como un tigre en la jaula.

El silencio reinaba aún en el pueblo, aletargado por el sueño con que reponía las fuerzas gastadas el día antes en la fiesta. El sol estaba bastante alto, enfilaba oblicuamente la estrecha calle, y uno de sus rayos doraba la vieja ventana de la antigua vivienda, trazando sobre el suelo una línea luminosa. A pesar de esta alegre claridad, Carvaján, absorto y sombrío, revolvió en la mente amargos pensamientos. En el instante en que creía haber alcanzado ya la meta que se propuso hacia treinta años, para obtener la cual no había dejado de luchar un momento, surgían poderosos obstáculos que le hacían retroceder. Pensando tener á su merced á todos sus adversarios, los provocó, y se le rebelaron. Cuando imaginaba atraerse á Pascual, haciéndole ver á todo el mundo sumiso á los pies de su dominador, el triunfo se cambiaba en humillación,

y una cruel afrenta hería precisamente á quien más le interesaba deslumbrar con su poderío.

Le habían ofendido á él, al tirano de Neuville, por segunda vez, despues de treinta años, y precisamente el mismo día de San Fermin. Carvaján y Clairefont estaban de nuevo frente á frente. Como si una tradición fatal empujara á los hijos igual que empujó á los padres; despues de Honorato hiriendo á Juan Carvaján, aparecía Roberto insultando á su hijo. Era preciso dar el golpe de gracia, y terminar para siempre. En otro tiempo, la partida era desigual; la ventaja estaba del lado del marqués de Clairefont: al presente variaban las circunstancias, y Carvaján reunía los más activos elementos. No era cosa ya de buscar satisfacciones del amor propio; lo conveniente era la resolución definitiva, que estaba á merced de la voluntad de Carvaján. Tenía en caja un legajo completo, conteniendo pagarés protestados, y otros documentos ejecutorios, por valor de 160.000 francos entre capital é intereses. Si el marqués no pagaba inmediatamente, podía embargarle y dejarlo en medio de la calle. ¡Oh! Sería cosa de ver á todo un marqués de Clairefont sin hogar, como un mendigo...

En la soledad de su gabinete, Carvaján, pensando todo esto, se echó á reír, se acercó á un armario, lo abrió, y en el fondo apareció la caja de hierro que tantas veces hizo soñar con fabulosas riquezas á los habitantes de Neuville.

El banquero tomó una llavecita, deshizo las combinaciones de la cerradura, y la puerta giró en silencio sobre los goznes cuidadosamente untados de aceite. El interior de la caja no ofreció el espectáculo que sospechaba la gente. Algunos paquetes de oro, un libro talonario y varios legajos de papel de diversos



colores: hé aquí lo único que encerraba el fantástico mueble. Carvaján tomó uno de los últimos, en una de cuyas tapas se leía *Clairefont* con gruesos caracteres; lo desató, y se puso á hojearle ientamente. A medida que avanzaba en su revista, su fisonomía tomaba un aspecto de gozo feroz. Sus dedos revolvia los documentos con ruido seco, y los estrujaban como si fueran las carnes del marqués mismo. Revolviendo las páginas de aquellas escrituras, el banquero parecía un verdugo que afila los instrumentos de tortura para hacerlos más crueles, recreándose de antemano en los dolores que experimentará la víctima.

Un golpecito dado en la puerta le distrajo: lanzó una inquieta mirada en torno suyo, para convencerse de que estaba solo, y cerrando la caja sin ruido, se acercó al escritorio, y dijo:

—Adelante.

—Soy yo, señor alcalde. Perdóne Vd. si le molesto, —dijo Fleury, asomando por la puerta su monstruosa cabeza que expresaba algo tan extraordinario, que, sin darle tiempo para continuar, Carvaján exclamó:

—¿Qué sucede?

—Cosas muy graves. Hace como cosa de media hora, Chassevent y Pourtois vinieron á despertarme... y sin perder más tiempo que el preciso para vestirme, vine á darle á Vd. cuenta de lo ocurrido, porque me parece que debe enterarse de ello antes que nadie.

—¿Pero de qué se trata? —interrumpió el banquero con acento brusco, dominado por una extraña emoción; pues temió que las reticencias de Fleury fueran encaminadas á prepararle para hacerle saber que Roberto y Pascual se habían batido secretamente aquella mañana.

—La noticia que le traigo á Vd. es que Rosa Chasse-

vent ha sido asesinada esta noche en el Gran Margal.

—¡Asesinada! ¿Pero como ha sido eso? —dijo el alcalde súbitamente tranquilo. —¿Acaso algún accidente?...

—Nada de eso: se trata de un crimen —interrumpió Fleury con voz sorda. —Su padre y Pourtois la encontraron extrangulada en un hoyo, despues de perseguir inútilmente al asesino...

—¿Se la llevaba, por lo visto?

—Segun afirman, así sucedía; dicen que iba cargado con ella, corriendo por entre la espesura... pero no pudieron conocerle, porque aún era de noche...

—¿De modo que el fugitivo debía de ser hombre de una fuerza extraordinaria!...

La mirada de Fleury y la de Carvaján se encontraron, y en los ojos del alcalde leyó el secretario un pensamiento tan terrible que le hizo palidecer y extremecerse de piés á cabeza.

—¡Ah, ah! —exclamó Carvaján, en un tono que daba miedo. —Es preciso descubrir al asesino... ¿Está enterado el comisario? Si no lo está, es necesario avisarle, para que haga las averiguaciones que estime oportunas... Es bien extraño el caso... ¡Era tan bonita la pobre Rosa! Quizás alguno que la perseguía sin obtener nada de ella...

—Eso dice Chassevent...

—De modo que él presume... ¿Dónde está? Quiero hablarle.

—En la calle quedó. Quería subir, pero yo no le dejé hasta que hablásemos.

Carvaján estaba ya en el vestíbulo. En la calle se oía murmullo de voces, dominado de tiempo en tiempo por violentas exclamaciones. El alcalde abrió. En medio de un círculo de vecinos que hacían comenta-



rios de lo ocurrido, Chassevent, sentado en un poyo, se lamentaba, mezclando sus quejas con tremendas amenazas.

—¡Hija de mi alma!—aullaba, volviendo los ojos secos, más borracho aún que la noche anterior.—Tan buena, tan bonita, tan cariñosa para su padre... Y me la han matado esos bribones... Ya me lo temía yo; por eso me trataban tan mal... Y todo porque yo era amigo del señor alcalde... Si, ha sido una venganza... Pero no quedará esto así... No se le quita á un pobre viejo el único apoyo así como se quiera...

Intilmente pretendía Pourtois hacerle callar. Seguía gritando como un energúmeno, y se retorcia sobre su asiento como si estuviera epiléptico. Al ver al alcalde, se levantó, y en actitud de arrojarle á sus piés, exclamó:

—Aquí está nuestro padre. Señor: tenga lástima de un pobre viejo, que sólo en Vd. confía para obtener justicia. ¡Por Dios! ¡Ay, qué desgracia tan grande! ¡Perder á una hija tan querida, que ayer estaba tan buena, bailando como una reina!

—Vaya, tranquilízate—dijo Carvaján con tono severo.—No hay por qué escandalizar el barrio. Pourtois, llévele á mi despacho..., y todos Vds.—prosiguió, dirigiéndose á los curiosos—retírense; no hagan caso de lo que dice este desgraciado, á quien el dolor vuelve loco... No hagamos juicios temerarios... La justicia descubrirá la verdad, y en tonces...

Dejó á sus administrados bajo la influencia de estas palabras llenas de estudiada meditacion, y se reunió con Chassevent y Pourtois: se encerró con ellos, y dirigiéndose al cazador, exclamó con sordo acento:

—Por lo que dices, sospechas de alguien. ¿A quién acusas de la muerte de tu hija? Piensa bien lo que vas

á decir, no soy yo, es la autoridad, quien te interroga.

—Así me preguntase el mismo Jesucristo, no podría responder otra cosa. El hijo del marqués pasó junto á nosotros un minuto antes de suceder el caso.

—Chassevent, sabes muy bien que iba en direccion opuesta,—interrumpió Pourtois lleno de angustia.

—¿Y quién me dice á mí que no dió la vuelta inmediatamente?—exclamó con violencia el corsario.—Además, tú estabas echado: eres tan gordo, que, de otro modo, te hubieran descubierto desde el camino, y no pudiste verle.

—¿De modo que estábais escondidos?—preguntó Carvaján.—¿Qué hacíais allí?

—Nada—replicó Chassevent con acento amenazador.—Es que á mí no me gusta encontrarme con nadie por la noche... ¡hay hombres tan malos!...

—Por lo que veo, pretendes dar á entender que el señor Roberto...

Carvaján no se atrevió á continuar. Sus pálidas mejillas se colorearon, y mirando al padre de Rosa como si temiera que se retractase, prosiguió:

—Fíjate bien en la importancia de una declaracion tal.

—¡Eh! ¿Cree Vd. que voy á calumniarle? No somos nosotros solos los que le han visto. Tubouf y Convre-champs le encontraron en el sendero del Gran Margal, cuando iban á sus casas: entonces estaba con mi hija. ¡Infame! A una pobre niña que no hacia mal á nadie. ¡Ah! ¡ah!...

—Vaya, no grites—dijo Carvaján con frialdad.—Ningun extraño puede oírte, y á nosotros es inútil que nos rompas la cabeza con tus lamentos.

El corsario se calló, y miró humilde al hombre que tan bien lefa lo que pasaba en su alma.

—¿Sabes—prosiguió el alcalde—que si el hijo del



marqués fué quien mató á Rosa, en uno de esos momentos en que la violencia de su carácter le arrebató, acudiendo á los tribunales podías conseguir una indemnización de algunos miles de francos?

Al oír esto, los ojos de Chassevent brillaron de codicia: su borrachera se disipó como por encanto, y con acento meliflúo, dijo:

—De modo, señor alcalde, que acudiendo á los tribunales le parece á Vd. que podría sacarle á esa gente una buena cantidad de dinero?

—Eso es indudable.

—¡Ah, señor! ¡Si Vd. quisiera aconsejarme en este asunto, estoy seguro de que aseguraría el pan durante mi vejez!...

—Es mi deber hacerlo. Todo el mundo sabe que siempre he defendido al débil contra el fuerte.

—¡Entonces están perdidos!—exclamó el vagabundo con terrible alegría. Hizo un gesto de triunfo, y poco faltó para bailar de contento.

—¡Pero, Chassevent!—exclamó Pourtois consternado,—cuando nosotros notamos lo que sucedía, tu hija gritaba:—«¡Roberto! ¡Roberto!» De modo que no era él quien la estrangulaba.

—Decía eso, como hubiera podido gritar «¡asesino! ¡asesino!»—exclamó Chassevent con furia.—¿Quién te mete á ti en ese asunto? Estabas tan borracho, que no sabías lo que te pasaba, y vienes ahora hablando de lo que no entiendes. Con veinte mil francos no me paga ese píllo la vida de mi hija... porque, ¿quién pudo ser sino él? ¿Hay en esta tierra algún otro capaz de atravesar á todo correr con una mujer á cuestras el barranco del Gran Margal? ¡Veinte mil francos! Te digo que él ha sido; y si alguien se atreve á decir lo contrario, ya verá lo que le pasa...

Y tan siniestro era el aspecto del cazador, que el tabernero se resignó á callar. Entonces Carvaján se volvió hácia él, y con aire indiferente, exclamó:

—Hé aquí una desgracia que va hacernos á adelantar más que todas las tonterías del marqués. ¿Cómo, despues de semejante escándalo, han de permanecer los Clairefont en este país? Antes de tres meses tendrá la señora Pourtois las veinte fanegas de prado que están detrás del café. Dígale Vd. que venga á hablar conmigo; tenemos que ponernos de acuerdo; y como ella no es tonta, por fortuna... Porque con los tontos no se puede hacer nada...

El gesto que acompañó á estas palabras fué tan amenazador, que Pourtois sintió helársele la sangre. Su rostro sonrosado y reluciente se tornó pálido; los ojos se le hundieron más entre la grasa de las mejillas, y en actitud que revelaba abatimiento, dejó caer los brazos á lo largo de su cuerpo fenomenal. En aquel momento llegó Fleury.

—Gracias á mis gestiones, la cosa marcha—decía con inexplicable gozo;—es menester volver en seguida al café, porque hemos encontrado pruebas del delito...

Chassevent, empujando á Pourtois, ganó la puerta de la calle con la premura del avaro que teme que le roben. Estuvo un instante solo con Pourtois, y, aprovechándolo, le apretó la mano con fuerza y le dijo en voz baja, pero bronca:

—Mucho cuidado con hacer tonterías, ¿oyes? ¡Si tienes la desgracia de declarar en contra mía... te degüello como á un pollo! Y ya que estamos de acuerdo, nada más tenemos que hablar.

Fleury y Carvaján quedaron en casa de éste. El alcalde se paseaba en silencio; de pronto, se detuvo bruscamente y exclamó:



—La suerte me prepara una venganza completa. Ese insolente osó atreverse conmigo, ha insultado á mi hijo... en cambio yo le mandaré á los tribunales. Clairefont perderá la fortuna y el honor. No les quedará nada. Entonces tendrán que arrastrarse á mis piés implorando mi piedad.

—¿Qué le han contado á Vd. Pourtois y Chassevent?

—Toda la escena del asesinato, que presenciaron desde lejos. ¡Oh! Chassevent jurará sobre la tumba de Rosa que el asesino fué el hijo del marqués... Espera sacar veinte mil francos del cadáver...

—¡Veinte mil francos!... —exclamó Fleury sonriendo. —Por esa cantidad hubiera sido capaz de matarla él mismo.

Carvaján escuchó esta horrible broma con frío semblante; miró con severidad al secretario, y con voz seca dijo.

—Estoy muy serio yo, y deseo que todos los que me rodean lo estén. Tengo la convicción de que M. Roberto, que sin duda estaba bebido, es el criminal. Si lo creyese inocente... me desentendería de este asunto.

—No; si yo estoy seguro también—se apresuró á decir Fleury—y como opino lo mismo que Vd., voy á dar los pasos convenientes para que la opinión no se extravié, y el culpable no pueda escaparse.

Dicho esto, saludó y se fué.

Era el último día de feria, y después de haber dormido la borrachera, los campesinos hacían las postreras transacciones. Por lo común, aquel día los tratos acababan antes del mediodía, y todos pensaban en volver á sus casas. Aquel año fué excepcional, no obstante. En la plaza había una concurrencia inusitada. Formábanse numerosos grupos, y no se hablaba

en ellos del precio de las harinas ó de los corderos. Resonaban por doquier los nombres de Chassevent y de Clairefont, y entre exclamaciones se disputaba, afirmando unos y negando otros.

Como un contagio mortal, las noticias que Fleury hizo correr circulaban por toda la ciudad: y muy pronto, desfiguradas por la exageración, se extenderían por el contorno. Nada más fatal para los Clairefont que aquella afluencia de forasteros venidos de diez leguas á la redonda, que, al partir en breve, llevarían á sus casas una opinión hábilmente dispuesta por los emisarios de Carvaján.

Tondeur, en el café del Comercio, repetía delante de veinte personas lo que oyó decir á Rosa cuando Roberto la abrazó en el planchador de su casa: *No me apriete Vd. tanto: capaz sería Vd. de ahogarme sin querer.* Y entre el humo de las pipas y el ruido de los vasos al chocar unos con otros, el comerciante de maderas lamentaba lo ocurrido con hipócritas frases.

—¡Qué desgracia! —decía.—¡Lástima de muchacho, tan bueno y tan amable! Porque crean Vds. que él no lo ha hecho por maldad, estoy seguro de ello. Respondería con la cabeza...; pero es tan forzado, que, sin querer, tuvo la mano demasiado pesada. Yo le he visto arrancar de raíz una retama, ni más ni menos que si fuera una violeta...

Estaba jugando con la chica cuando llegaron su padre y Pourtois: para no ser sorprendido, quiso impedir que gritara... y la ahogó. Ha sido una desgracia, pero no un crimen.

Esto daba lugar á que se discutiera calurosamente: ¿No estaba muerta la muchacha? Pues entonces había crimen, era indudable. Tondeur, confuso, no tenía más remedio que transigir; pero acumulando de intento



las más absurdas razones, persistía en la defensa. Después de todo, ¿qué pruebas había para condenar á Mr. Roberto? Cuando más, se abrigan sospechas pero no otra cosa.

—¿Cómo sospechas?— decían sus contradictores animados por el calor de la disputa.—¿Y el pañuelo de seda marcado con las iniciales R. C., que tenía la jóven alrededor del cuello, y que nadie le vió en el baile? ¿Y las afirmaciones de Tubœuf? Porque la culpabilidad saltaba á la vista. Preciso era no querer ver para atreverse á negarlo; es decir, que todos se extrañaban de que aun no hubieran prendido al señor de Clairefont. ¡Ah! ¡si hubiera sido un infeliz!... Entonces ya estaría en la cárcel cargado de cadenas.

Un sordo rumor se extendió por la plaza, atrayendo á las ventanas á todos los parroquianos del café del Comercio. Roberto, junto al Sr. de Croix-Mesnil, á quien llevaba en un tálburi á la estacion, desembocaba en aquel momento por la calle del Mercado.

Al llegar á los grupos de campesinos, tuvo que poner al paso su caballo y atravesó por medio de la tumultuosa multitud tranquilo y sonriente, hablando con el oficial. Detrás de él se apiñaban los forasteros, y algunos lanzaron exclamaciones de odio, semejantes á los tiros aislados que preceden al comienzo de una batalla. Roberto se volvió lleno de extrañeza, y oyó decir:

—Se va. ¿Lo ven ustedes? se va.

Lo que había pasado aquella noche aún no se sabía en Clairefont. El castillo era como una fortaleza bloqueada, á cuyos guardadores no alcanzan las noticias del exterior. Los pocos criados que en él había no bajaban al pueblo, y las granjas estaban lejos. Rosa era la única persona extraña que traspasaba aquellos

umbrales, y la pobrecilla no debía alegrar ya con sus canciones los silenciosos ámbitos de la antigua morada. Antonieta, que la víspera la había recomendado la exactitud, viendo que no llegaba á la hora de costumbre, había pensado, sonriendo:

—«Vamos; á pesar de sus buenos propósitos, se retiró tarde, y se le han pegado las sábanas.»

En la estacion, Roberto, sin notar la vigilancia de que era objeto por parte de los gendarmes que se paseaban por el andén, bajó del carruaje, tomó la maleta de Croix-Mesnil, y dejando el caballo al cuidado de uno de los mozos, entró en la sala de espera. Entonces los gendarmes se trasladaron al muelle, y allí prosiguieron sus paseos, dispuestos á impedir al jóven que tomara el tren si abrigaba el propósito de huir; pero aquél, bien ajeno á la atención de que era objeto, hablaba con indiferencia, y ni remotamente podía imaginar el peligro que corría su libertad.

Cuando llegó el tren, abrazó al baron, le ayudó á colocar la maletilla, cerró por sí mismo la portezuela, volvió á su coche, y se alejó.

Tenia el corazón oprimido: el viaje de su amigo le afectaba, sin saber por qué. Debajo del puente detuvo el caballo, y esperó para saludar de nuevo al oficial; éste, asomado á la ventanilla, le devolvió el saludo sonriendo, y Roberto no se decidió á marcharse hasta ver desaparecer el tren envuelto en una nube de vapor al penetrar en el primer desmonte. Entonces arreó y tomó lentamente el camino de Clairefont.

Peró sus impresiones eran siempre poco duraderas; pronto se operó la reacción en su ánimo, y puso el caballo al trote, con el propósito de no atravesar por la plaza, para evitar el barullo que le detuvo al venir. Siguió por la alameda que rodea á Neuville, y ya iba



á salir del pueblo, cuando, enfrente de la cuesta de Clairefont, tropezó con un grupo de obreros que á la puerta de una taberna escuchaban por centésima vez el relato de la muerte de Rosa de boca de Chassevent, que estaba borracho como una cuba.

A la vista de Roberto, todos aquellos hombres se volvieron hacia él en ademán hostil: animado por las amenazadoras disposiciones de sus oyentes, el vagabundo se abalanzó al tilburi, é intentando agarrar al caballo por el freno, exclamó:

—¡Aquí está el asesino, miradle! ¡Venganza!

Con torpe mano logró coger la brida; pero un latigazo que recibió en los dedos se la hizo soltar, y empujado por la limonera, hubiese caído debajo de la rueda, si Roberto no le cogiera por el cuello, arrojándole hasta hacerle caer enfrente de la puerta de la taberna.

—¡Ah! Después de la hija... el padre—rugió el corsario.—A mí, amigos míos; apoderémonos de él, y entreguémosle á la justicia.

En un momento el jóven se vió rodeado por una porcion de hombres en actitud amenazadora. Delante de la puerta de la taberna unas mujeres lanzaban agudos gritos, y por la calle del Mercado apareció un considerable refuerzo de campesinos. Chassevent, furioso, intentaba escalar el pescante; pero el jóven no perdió la sangre fría. Tiró de las riendas, hizo encabritarse el caballo, y con el mango de la fusta dió tan fuerte golpe en la cabeza al vagabundo, que, á pesar de que la violencia se aminoró considerablemente porque el cazador llevaba una gorra de paño y debajo un pañuelo de seda, le hizo caer sobre el polvo del camino medio desvanecido. Esta prueba de vigor y de energía ensanchó el círculo que rodeaba al coche. Fleury apro-

vechó la oportunidad, precipitóse por entre la gente y gritando á los obreros:

—¿Qué haceis aquí?... Recoged á ese hombre... y esperadme... se abalanzó á Roberto, le apretó el brazo con fuerza, y añadió:

—¡Imprudente!... ¡No desafie Vd. la cólera popular!.. Huya Vd. sin perder un instante. Vengo de Clairefont: su hermana y su tia están enteradas, y le convencerán...

—Pero ¿de qué se trata?—preguntó el jóven, empezando á perder la calma.—¿Se han vuelto locos todos ustedes?

El secretario envolvió á Roberto en una mirada severa, y repuso con acento triste:

—Rosa Chassevent ha sido asesinada... y se le acusa á Vd. como autor del crimen. No discutamos. Póngase usted en salvo... que es lo más prudente...

—Pero esa acusacion es una infamia...

—¡Huya Vd., por Cristo!...—repitió Fleury con violencia, señalándole el grupo de irritados campesinos que engrosaba de minuto en minuto con los refuerzos que llegaban de Neuville.

Y dando un puñetazo en el vientre al caballo, le obligó á alejarse.

Sin preocuparse ya de la agitacion que reinaba por doquier, Fleury se volvió á la casa de la calle del Mercado. Eran las once de la mañana, y toda ella fué aprovechada sin desperdiciar un segundo por los emisarios de Carvaján. La red que envolvía al jóven Clairefont entre sus invisibles y pérfidas mallas, se hacia á cada instante más fuerte, y cuanto mayor fuera la agitacion del prisionero por desenredarse, más grande debería ser el enredo.

Pascual, después de una horrible noche de insom-



nio, en la cual todos los recuerdos del pasado se le reprodujeron en la memoria, estaba firmísimamente resuelto á abordar con su padre la cuestion de su partida de una manera totalmente definitiva. No podia resistir la idea de que su vida trascurriese en aquel rincón del mundo, sujeto siempre á las mismas ó mayores causas de pesadumbre. Deseaba alejarse tanto, que ni el más remoto eco de aquellas infames discordias le alcanzara; asentar sus reales en donde nada le recordara su pasado; olvidarlo todo, menos la imágen sonriente de Antonieta, á la cual, rendia un culto misterioso é idolátrico dentro de su corazón.

A la hora de almorzar salió de su cuarto, y se disponia á bajar, cuando se encontró con la criada, que bajaba á su vez del piso superior, y con gestos que demostraban desconsuelo, le dijo:

—¡Ay, señorito! ¿No sabe Vd. lo que ha sucedido? El hijo del marqués de Clairefont ha matado á Rosa Chassevent esta madrugada...

Y al ver que Pascual la miraba, dudando si la joven se habria vuelto loca, prosiguió:

—¡Qué desgracia!... El secretario del juzgado, monsieur Fleury, está en el despacho con su papá de usted dándole cuenta de lo que se dice por el pueblo... Todos hablan de esto, y echan la culpa al hijo del marqués... Yo lo he oído, porque hablaban en voz alta cuando pasé por delante del cuarto, y...

La caja de la escalera le pareció á Pascual un negro y profundo abismo, en el fondo del cual, Carvaján, semejante á un espíritu malo, reía gozoso, y dispuesto á aniquilar á un infeliz. Sintió frío en las venas; le pareció ya ver á Antonieta desesperada junto á su padre, á quien la pesadumbre quitaba la vida, y recordó los tristes presentimientos que tuvo el día de

su llegada á Neuville en la taberna de Pourtois. Aquellos funebres presagios se realizaban. Pero tambien debia realizarse otra cosa. ¿No se habia prometido á sí mismo defender á la joven abandonada á su desdicha, y arrancarla de entre las garras de sus enemigos?

Estaba muy cerca del umbral de la estancia donde su madre espiró; la escena aquella tomó en su mente caracteres de realidad presente; vió á la moribunda pálida y casi exánime, que le miraba con amorosos ojos, y le pareció oír distintas aquellas palabras que pronunció á su oído con acento débil: «Sé bueno, hijo mio. Es preciso que lo seas.» Dominado por supersticioso temor, se volvió, esperando ver junto á sí aquella sombra tan querida, y al hallarse solo, inclinó la frente y murmuró:

—Está tranquila, madre querida; te obedeceré, y me bendicirás desde el cielo...

En un instante recobró su presencia de espíritu; se encontró capaz de vencer todo lo difícil y de intentar lo imposible. Ya no estaba reducido á la inaccion; ya no era tácitamente cómplice de los detractores de la familia Clairefont; ya podia intervenir en la lucha para proteger á Antonieta. Toda la noche estuvo acariciando la idea de alejarse de aquel país donde tantas angustias le dominaban, y en un momento su resolucion cambió: debia quedarse y se quedaria; hallaba esto lo más natural del mundo. La indecision y la incoherencia, ¿no son patrimonio del amor verdadero?

Hizo un esfuerzo para que su semblante no le vendiera, y sonriente, como quien nada tiene que le preocupe, entró en el despacho de su padre. Fleury, que hablaba con animacion, se detuvo; manifestaba cierto embarazo en su fisonomia, y movia los ojos furiosamente.



—¿Qué te parece, eh?—dijo Carvaján saliendo al paso de su hijo.—Ahí los tienes sumidos en los horrores de un proceso, con todo su orgullo y con toda su nobleza antigua...

—Acaban de contármelo todo—replicó Pascual.

—¿Y qué te parece?

—¿Qué opina el juez?

—Duda. Entre las pruebas de convicción, que no son pocas, y los antecedentes del asesino, está perplejo. Todos esos magistrados son reaccionarios en el fondo, y éste hace cuanto puede para salvar al hijo de un marqués. Se ha teleografiado á Ronen para que el procurador de la República ordene lo que le parezca más oportuno, y esperamos su respuesta. Entre tanto, él se agita furioso, y sin la intervención de Fleury, es fácil que á estas horas el presunto autor del crimen hubiera pagado con la muerte á manos de los obreros el terrible delito de que se le acusa. Se habla de una manifestación para mañana... y yo se lo he dicho con franqueza al juez y al jefe del puesto de gendarmes: si no se prende á ese caballero hoy mismo; no respondo del orden público...

—Lo mejor que podía haber hecho Mr. Roberto hubiera sido huir cuando aún era tiempo—añadió Fleury,—y una vez fuera del alcance de los tribunales, los ánimos se hubieran templado muchísimo. Es lo que yo traté de lograr de los señores del castillo. Pero desde las primeras palabras que dije, la señorita Antonieta se irguió pálida y energética y con voz que no era la suya, tan dulce de ordinario, me dijo: «¡Nunca!... ¡Huir, jamás!... ¡Eso sería confesarse culpable!... Sabemos de dónde viene esta infame calumnia y la destruiremos con la verdad.» Al decir esto, se refería claramente al señor alcalde... y acaso también á mí...

Pero yo no cejé; insistí, dándoles á entender que la sobreexcitación de los ánimos podía muy bien impulsar á la gente baja contra el castillo. Entonces... la señorita de Saint Meurice, furiosa, exclamó: «Que vengan: todavía tenemos unas cuantas escopetas, y verán que las mujeres de esta casa valen tanto como los hombres del pueblo de Neuville. Arriba tenemos el pedrero, que sirvió en otra ocasión para lanzar cohetes: lo haremos poner enfilando la puerta, y si hay quien ose tocar la cerradura... ametrallo á esos canallas...» Y juraba el demonio de la vieja, como si fuera un cosaco... Vaya Vd. con razones á semejantes personas... En cuanto al marqués, estaba encerrado en la torre como un buho, y no me dejaron verle. Por memo que sea, creo que me hubiera comprendido mejor, y sentí no hablarle del asunto...

—No estamos conformes, Fleury—dijo con gran calma Pascual.—A mi juicio, esos señores comprenden perfectamente el caso..., y lo que hacen es no complicar la situación del joven Roberto. Como dijeron muy bien, huir sería declararse culpable, y es muy natural que procure defenderse aduciendo pruebas. ¿Quién sabe si podrá acaso probar la coartada, ó cosa análoga?...

—No lo creo...—exclamó Carvaján, á quien la oposición de su hijo le sacaba de sus casillas.

—Padre... ¿sabe Vd. más que yo de este asunto?

—¿Piensas defenderle?

—¿Y Vd. acusarle?

Estaban frente á frente; los dos llenos de energía, pero Pascual, dueño completamente de sí, era el más fuerte; se proponía saber la parte que había tomado su padre en aquel asunto, y esperaba lograrlo, aprovechando la exaltación de Carvaján, á quien la cólera dominaba en absoluto.



—No. Su padre de Vd. no acusa,—dijo Fleury con tono conciliador.—¿A santo de qué? El señor alcalde tiene, como siempre, gran interés porque se haga justicia, y nada más. Delante de Vd. se puede hablar con franqueza absoluta, y pesar el pro y el contra. Si, el señor Carvaján pudiese echar tierra al asunto, yo creo que se la echaría... y sin perder un momento. Es enemigo de Clairefont, pero sólo puede combatirle con armas lícitas y dignas: en el terreno político y en los negocios... Pero aprovechar semejante desgracia, eso no es menester que yo afirme que es incapaz de hacerlo, porque Vd. sabe, tan bien como yo, que tiene un padre digno y honrado. ¡No así sus adversarios!... Ellos nunca atendieron á la calidad de las armas que empleaban. ¡Ayer pudo Vd. verlo bien claramente!... Si nosotros pudiésemos declarar inocente á ese pobre muchacho, ¿por qué no habíamos de hacerlo? Pero por desgracia no hay dudas sobre su culpabilidad. Es la última etapa de una familia que hace treinta años viene hundiéndose. El día que tuve el honor de conocer á Vd., presencié una de las insolencias habituales en ese desdichado. Entonces le dije á Vd. que llegaba para ver el final de la lucha, y no pensé que era tan buen profeta. Termina, en efecto, entre lodo y sangre.

—Y no es nuestra la culpa,—añadió Carvaján con rudeza.—¡Vayan al diablo, y salgan como puedan del atolladero!... No tengo motivos para interesarme por ellos..., y si yo me hallara en su caso, vería Vd. cómo se portaban...

Se puso el sombrero, lanzó una significativa mirada y prosiguió:

—Voy á la alcaldía. Vaya Vd. á buscarme en cuanto pueda.

—También yo le acompañaré á Vd., padre... si no le molesto. Tengo curiosidad de ver el aspecto del pueblo...

—¡Ah! Parece que te interesas... Ven, si quieres... Además, eres del oficio, y acaso puedas dar un buen consejo...

—Si hay ocasión—repuso Pascual friamente—¿por qué no he de darle?...

Y salió con su padre y el secretario.

En Clairefont, luego que pasó el primer momento, sobrevino la calma para razonar.

Reunidos en un gabinete la señorita de Saint-Meu-ric y sus dos sobrinos, discutieron. Las manifestaciones de Fleury y las de la población, eran significativas en extremo. El viejo Germán, enviado á la granja para enterarse al paso, trajo las noticias más alarmantes. De público se tachaba á Roberto como asesino. Entre las imprecaciones de la vieja y la fría calma de la niña, el joven experimentó los más extraños efectos. Tan pronto pensaba que su inocencia resplandecería y la acusación no traería más consecuencias, y entonces formaba el propósito de tomar venganza de los miserables que le calumniaron, como, reuniendo sus recuerdos y buscando pruebas para defenderse, veía con estupor que las apariencias le condenaban, echándole encima toda la responsabilidad.

Entró en su casa por la puertecilla del parque, de manera que nadie le vió. Había pasado todo el tiempo desde que salió de la taberna de Pourtois, precisamente en la senda del Gran Margal; allí le encontraron dos personas que le conocían, y hablaron con él. Esto era innegable.

Y al recordar aquellos dulces momentos que pasó junto á la encantadora joven, alegre y sonriente, en



medio de la arboleda, á la difusa luz de una noche espléndida, sintió oprimirse el corazón.

¿No era hasta cierto punto involuntaria causa de aquella desdicha, por haber retenido á Rosa hasta tan tarde, siendo así que ella quería retirarse? Porque fué menester emplear todo género de razones para que permaneciera junto á él.

—«Déjeme V. que me vaya: su hermana me espera mañana temprano: si tantas cosas tiene que decirme, mañana, en el planchador puede hacerlo, mientras yo trabaje.»

Aún resonaban en su oído estas palabras de la pobre Rosa, y aquellos dos gritos que le pareció oír á lo lejos.

Si la hubiese dejado marchar cuando ella quería, hubiera ido acompañada hasta Coubrechamps, y, en lugar de yacer yerta y muda, aún cantaría alegre y satisfecha.

Honda pena le anudó la garganta, y rompió en sollozos como un niño. Las dos mujeres le miraban con espanto. Para que él, tan enérgico y tan robusto, se dejara dominar por el abatimiento, preciso era que experimentase terribles inquietudes. Secreto pudor sellaba los labios de Antonieta. ¿Qué género de relaciones existieron entre Roberto y Rosa? ¿Alguna intriga comenzada en el baile, é interrumpida por la mano aleva de un celoso? Para saberlo precisaba interrogar al jóven, y penetrar hasta el fondo de su corazón, porque él, de *motu proprio*, no daba más que detalles difusos. Su tia Isabel era la persona más á propósito para poner las cosas en claro. Ella podía interrogarle, y él, por su parte, no había de tener inconveniente en contárselo todo. Así sabrían á qué atenerse, con qué medios contaban para defenderle, y qué argumentos podían aducirse para sacarle del apuro.

Era imposible que su inculpabilidad no fuera reconocida por la justicia, que veía claro, y no se dejaría deslumbrar fácilmente. Porque la opinion pública estaba extraviada, y no era difícil adivinar quién tuvo interés en que esto sucediera. La mano de Carvaján había influido, sin duda, y sabido era la tenacidad con que proseguía todas sus empresas.

Al primer movimiento de indignacion que hizo exclamar á la señorita de Saint-Meurice: «¿Cómo es posible que pueda sospecharse que un Clairefont sea asesino?» había sucedido un vago terror, semejante al de los niños, que huyen de la oscuridad, poblada por espantosos fantasmas en su imaginacion. En suma: no sabían lo que sucedía, ni menos lo que debían temer; pero esta duda era infinitamente peor que una certeza completa que les sirviera de base para discurrir y trazar un plan de conducta conveniente.

La mayor preocupacion suya consistía en no saber cómo podrian lograr que el marqués ignorase lo ocurrido. La idea de que llegase á su noticia la acusacion fulminada contra su hijo, les aterraba: era menester impedirlo á todo trance, para que su tranquilidad no se alterase de una manera cruel. Hacia treinta años que era un niño mimado por todos; la familia entera se doblegaba á sus menores caprichos, por raros que fueran, y lo mismo su hermana Isabel que sus hijos, éstos con cariñoso respeto, y aquella, no obstante algunos momentos de mal humor á duras penas contenidos, tendían un fin comun en todos sus actos: no disgustar al marqués. En cambio de esto habian aceptado hasta la ruina. En el caso presente aceptarían la muerte antes que revelarles aquella amenaza de deshonra.

La primera palabra de la tia tia Isabel fué:



—Llevémonos á Honorato á Saint-Meurice.

Pero Antonieta, siempre prudente, aun en medio de la desesperacion, repuso:

—En ninguna parte está mejor que en su laboratorio: allí se encuentra tan fuera del mundo, que si sabemos manejarlos, es imposible que llegue á saber nada. Ni lee periódicos, ni sale, y, suceda lo que quiera, su aislamiento será completo. Si es preciso decir, solo, medio habrá y momento oportuno para que reciba la noticia con el menor daño posible.

Reunidos en el saloncillo del piso bajo, con las ventanas abiertas, presa de horrible ansiedad, más intolerable que la desgracia misma, fijas las miradas en el camino lleno de polvo que blanqueaba entre los verdes prados, esperaban un peligro, que suponían debía venir por la parte de Neuville, y en los ojos de la tia Isabel podía leerse claramente, que con sus instintos varoniles, era partidaria de la resistencia.

Pasaba el tiempo, y se reanimaban al ver que el instante de la aprehension del jóven se habia retardado tanto. Si la justicia tenia que ejercer su ministerio, como aseguró Fleury, ¿por qué tardaba tanto? Ignoraban los detalles de la legislacion moderna; no sabian que la autoridad judicial estaba perpleja en aquel caso, ni tampoco que las maquinaciones de Carvajal ganaban terreno, y por razon de ellas vigilaba la policia á quien la opinion pública señalaba como presunto autor del asesinato. Como una fiera cogida en el lazo, se replegaban sobre si mismos, sufriendo crueles alternativas de temor y de esperanza.

Cuando el calor ya no era violento, á eso de las cuatro, tenia el marqués la costumbre de dar una vuelta por el parque con su hija. Por nada del mundo hubiera dejado ésta de acudir un solo dia en busca de

su padre, y siempre, al terminar éste su trabajo, la encontraba dispuesta. Pero aquella tarde, con la fiebre que les dominaba, olvidaron al viejo, que llegó hasta el centro del salon sin ser notado, y exclamó, sonriendo:

—¿Cómo es que tengo yo que venir en busca de mi lazarillo?

Todos estaban en pié, temblorosos, y sin saber qué contestar: la presencia del anciano acentuó el horror de la situacion. Roberto fué el primero en reponerse, y dijo:

—Hoy te has adelantado, papá. Pero, no importa, porque así haré yo el papel de Antigone... pues supongo que no se opondrá á que la sustituya sólo por una vez.

Había en el acento del joven tan amarga tristeza, que Antonieta no pudo evitar que los ojos se le llenasen de lágrimas. Se figuró ya á su hermano paseando por última vez junto á su padre, en aquel parque donde tanto habia jugado cuando niño. Temerosa de no poder contenerse, no se atrevió á hablar, y se limitó á manifestar su conformidad con un movimiento de cabeza. Apoyado en el brazo de Roberto, el anciano salió, hablando, como siempre, de sus trabajos de aquel dia. La tia Isabel no podia ya más. En cuanto quedaron solas, llevándose á los ojos el pañuelo, rugió:

—Antonieta, yo no puedo vivir con un peso tan grande sobre el corazon. No. Es más fuerte que yo. Comprendo que no puedo sobrevivir á tan rudo golpe. Roberto, mi sobrino tan querido, preso como un ladrón... Aunque haya apretado demasiado á esa muchacha...

Antonieta palideció, y mirando fijamente á su tia, dijo:



—¿Pero acaso puedes admitir?..

—¡Qué sé yo! Su padre, en sus tiempos, hizo también algunas locuras. Pero entonces las muchachas se defendían menos.. Ninguna se dejaba matar.

—Nos ha asegurado que no tenía nada que ver con ella.

—Es verdad; estoy loca. Sabes cuánto le quiero.. Es un disparate lo que pensé; pero... Bien me castiga Dios; porque sufro horriblemente. Para que una mujer de mi carácter se deje abatir, figúrate tú si se necesita que la pena sea grande. ¡Pobre Roberto! ¡Hijo de mi alma!

Y en un acceso de desesperación, estalló en sollozos. Antonieta, de rodillas delante de ella, se esforzaba en vano por consolarla.

—No—gemía.—Si le llevan á la cárcel le seguiré ..

—Pero eso es imposible, tía.

—¿Cómo? No lo creas. En tiempo del Terror, nuestros abuelos—he oído contar cien veces—estaban todos juntos en la Force.

—Pero ya no estamos en aquella época—replicó Antonieta, que no pudo menos de sonreír.

—Es cierto; pero cómo llamas tú á estos abominables tiempos en que se cometen tales infamias? Es el fin de todo.

—Vamos, tranquilízate; es preciso ir á reunirnos con mi padre; procura que no se te conozca que has llorado.

—No temas, seré fuerte.

Iban á salir al parque, cuando el viejo German, con los ojos extraviados, se les acercó, diciendo:

—¡Señora!..

—¿Qué ocurre?—exclamó Antonieta respirando apenas.

—El señor Jousselin... el comisario... el señor Jousselin...

La hora temida había llegado ya.

—Dígale Vd. que entre. O si no.. mejor será... No vaya á chocarle á papá su visita...

Y las dos mujeres cambiaron una mirada reveladora de su espanto, y ganaron el vestíbulo.

Un hombre grueso, de fisonomía franca, se paseaba impaciente y nervioso arriba y abajo: al verlas entrar se quitó el sombrero, y conmovido se dirigió á Antonieta, diciéndole:

—Señorita, quisiera hablar con su señor hermano.

—Está en el jardín con papá. ¿Quiere Vd. que le llame?

—¡Si fuera Vd. tan amable!..

Hubo un momento de silencio: el funcionario, conmovido en extremo, apenas osaba hablar. Las dos mujeres tenían en los labios una pregunta, y no se atrevían á formularla. La señorita de Saint-Meurice, no sin esfuerzo, dijo con aire terrible:

—¿Viene Vd. á prenderle?

—Señora... Mi cargo me impone un triste deber...

La tía Isabel toleró aquel *señora*, que en otras circunstancias hubiera exigido que lo rectificara.

—Amigo mío—dijo con agitación.—Si no me engaño, es Vd. hijo de Jousselin, el que fué administrador de mi padre. Le unen con nosotros vínculos muy antiguos, y no querrá sumirnos en la desesperación. Mi sobrino es inocente... ¿Será preciso que yo lo diga? ¿Qué se necesita para que le dejen en libertad? Si es cuestión de dinero, todo podrá arreglarse.

El comisario movió la cabeza, y murmuró:

—Es indispensable que el señor de Clairefont me siga; por lo demás, yo haré cuanto me sea posible para tratarlo como merece.



—Yo se lo ruego á Vd. —dijo Antonieta medio llorando— hasta que se pruebe que es inocente mi hermano, interponga Vd. su influencia para que mi pobre padre no se entere.

—Señorita, ya ve Vd. que vengo solo; los agentes de policia quedaron ahí fuera. Si Mr. Roberto me promete, bajo palabra de honor, seguirme, saldremos los dos sin ruido ni escándalo. Creo que así pruebo que no olvido lo que mi familia debe á la de ustedes.

Antonieta bajó la cabeza, exclamando tristemente:

—¡Muchas gracias! En nombre de mi hermano se las doy, y comprometo su palabra: voy á llamarle. Tía, quédate aquí, y así podrás hablarle antes de que se marche, sin riesgo de que papá se entere de nada.

El anciano y su hijo pasaban por debajo de la ventana del vestíbulo. El primero hablaba con alegría infantil del experimento que le preocupaba: escuchándolo Roberto, contenía á duras penas el llanto que se agolpaba á los ojos; le parecia que iba á abandonar para siempre aquellos lugares tan queridos, y con profunda pena contemplaba el castillo, los árboles, las flores y aquel cielo azul que nunca le pareció tan hermoso.

En su corazón germinaban desconocidos afectos; lamentaba sus locuras, se reprochaba su inútil existencia, maldecía los pesares que causó á su padre. Hubiera querido borrarlos todos; los consideraba como causa de su desdicha, y aceptaba ésta como una expiación de sus errores. Cuando se le acercó su hermana, leyó en su semblante la angustia que le ahogaba, y dijo sin dejarla hablar:

—¿Vienes á reemplazarme?

Antonieta bajó la cabeza.

—Te esperan en el salón—murmuró.

—¿Se trata de alguna partida de caza?—preguntó el viejo con dulzura;—¡vé, no te hagas esperar, hijo mío!...

Los dos jóvenes temblaron al escuchar estas palabras. Roberto abrazó á su padre, le besó en la frente con labios temblorosos, y, estrechando la mano de Antonieta, porque no se atrevió á besarla también, temeroso de que su emoción le vendiera, dijo brusca-mente, alejándose:

—¡Adios!

Padre é hija continuaron paseando en silencio. La amargura del corazón de Antonieta parecia haberse transmitido al anciano, sumiéndole de súbito en profunda tristeza.

Jousselin logró arrancar á Roberto de entre los brazos de su tía, y juntos se dirigieron hácia Coubrechamps.

Los gendarmes iban delante; dos agentes vestidos de paisanos seguían á Roberto y al comisario, y según iban andando, éste interrogaba insidiosamente al preso afectando la mayor indiferencia. El joven estaba sobreexcitadísimo, y no teniendo nada que callar se lo contó todo: sus coqueterías desde mucho tiempo antes con Rosa; lo que sucedió en la noche de San Fermín en el baile y después de salir de él; su encuentro con Tubouf y su separación en donde el camino de Clairefont se bifurca con el del Gran Margal. En esto llegaban precisamente al sitio mismo.

—Mire Vd., aquí fué—dijo Roberto deteniéndose.—Me paré aquí precisamente, mirándola hasta que desapareció en la alameda... ¡Si hubiera permanecido en donde ahora estamos unos cuantos minutos más, la pobrecilla viviría aún!...

Un gemido extridente, lúgubre, prolongado, como



el rugido de una fiera que agoniza, le cortó la palabra. Procedía de la colina.

En el valle, los carneros de Roussot pacían la fina hierba; pero el idiota no estaba con ellos, y Roberto le buscó en vano con la vista. Otro sollozo igual que el primero se escuchó detrás del tronco de un vetusto roble, y entonces los dos caminantes descubrieron al pastor, echado boca abajo, con la cabeza entre las manos, ciego y sordo á todo lo que no fuera su dolor.

—¡Pobre diablo!—exclamó Roberto.—Rosa era muy buena para él. Sólo ella le trataba con cariño entre todos los criados de la casa, y el pobre la adoraba. Ha perdido la alegría de su vida...

Siguieron adelante, y por largo espacio no cesaron de escuchar aquel llanto, que á intervalos se hacia más acerbo. Bien pronto abandonaron la carretera, torcieron á la izquierda, y poco tardaron en distinguir las casas de Coubrechamps.

Singular animación se notaba en el pueblo. A la entrada, varios piluelos gritaron, al ver al comisario con su prisionero: «¡Ya están aquí!» Y echaron á correr. En la plaza, la multitud se apiñaba en torno suyo; media población de Neuville había acudido para gozar del espectáculo que ofrecía entre dos germanes el hijo de un marqués.

Al verle en libertad, sin más acompañamiento que Jousselin, la decepción se manifestó con un sordo murmullo.

—¡A esto lo llaman igualdad! gruñó el zapatero de Saucelle, una de cuyas hijas, enferma de una fiebre tifoidea el año anterior, debió su vida á los cuidados de Antonieta.—Si fuera un pobre, vendría atado codo con codo... pero como no lo es...

—Ya le dejarán escapar; no tengan ustedes miedo...—dijo otro.

—¡Acaso la ley se hizo para los ricos!

—¡Matarlo.... tomémos la justicia por nuestra mano!—gritaron varios.

Y los obreros de la fábrica y los aserradores de Tondeur se arremolinaron; los chillidos de las mujeres y el llanto de los chicos acrecieron el ruido; aquella masa humana onduló rugiente y ofreció ese aspecto aterrador de las manifestaciones de la ira popular.

Jousselin tomó por el brazo á su prisionero, más para protegerle que para evitar que se escapara.

Los gendarmes que rodeaban la misera casa de Chassevent, corrieron en su ayuda y los más alborotados retrocedieron ante los caballos, que piafaban con estrépito en medio de una nube de polvo.

—Vd. dispense—dijo Roberto con sangre fría, dirigiéndose al comisario.—Le he puesto á Vd. en un compromiso. Despues de tanto bien como lleva hecha mi familia en este país creí poder esperar un poco más de simpatía. . ¡Ahora ya todo me lo explicó!—añadió con amarga sonrisa.

En medio de la multitud, hablando con Tondeur, estaba Carvaján. Detrás de él, medio oculto, tembloroso de emoción, apoyado contra la valla que cercaba un corralito, Pascual miraba á Roberto con expresivo semblante. Este, un poco pálido, pero en actitud resuelta, avanzó con los ojos fijos en el alcalde. Al pasar, una mujer dijo:

—¡Qué buen mozo!... ¡Siempre lo mismo!...

Y esta sencilla protesta alivió el oprimido pecho de Clairefont. Adquirió la confortante certeza de que arrostraba el peligro con ánimo sereno. Una ráfaga



de orgullo le animó el semblante, y sin fanfarronería miró en torno suyo.

En el jardinillo que rodeaba la pobre vivienda de Rosa, estaba el juez de instrucción hablando con un desconocido, en el cual adivinó Roberto al jefe de seguridad, y junto á ellos vió también al doctor Margueron, que sin duda fué llamado para hacer la declaración oficial del género de muerte de la pobre niña.

La puerta de la casa de Chassevent estaba abierta, y en el fondo oscuro del recinto, al cual daba luz una sola ventana medio oculta por un rosál blanco, se distinguían los amarillos reflejos de los cirios funerarios.

Un suspiro dilató el pecho de Roberto: allí dentro, silenciosa y helada, dormía Rosa el sueño postrero. No le inspiraba terror la idea de verla. El sentimiento que amargaba su alma era una tierna piedad tan sólo. ¿Qué podía temer de la desgraciada niña, tan dulce y cariñosa en vida? Su presencia acaso le arrancara lágrimas, pero de ningún modo le haría experimentar miedo. Si por un milagro hubiera podido recitar, sus primeras palabras hubiesen sido seguramente para proclamar la inocencia del acusado con tanta injusticia.

Y pensando en el verdadero asesino, en aquel incógnito que tal vez se mezclaba entre las turbas que le seguían, que acaso azuzaba contra él la cólera popular, Roberto apretaba los puños con rabia. ¡Ah! Si un día llegara á tenerle al alcance de su mano, ¿cómo le haría pagar la doble infamia de haber asesinado á una mujer indefensa, envolviéndole á él en un proceso escandaloso!

Sin duda se trataba de algún ladrón á quien la justicia no alcanzaba, gracias á la activa animosidad de Carvaján, que extravió la opinión pública.

Pero las averiguaciones que iban á hacerse lo esclarecían todo, y de ellas resultaría su inocencia y el descubrimiento del verdadero culpable.

En el jardinillo se notaba gran animación. El juez seguido por su secretario, que traía debajo del brazo una gran cartera, entró en la casa. Jousselin tocó en el hombro á Roberto, y le dijo:

—Entremos también.

Y bajando la voz, añadió:

—Le van á poner á Vd. delante de la víctima...

El pobre hombre no se atrevió á decir francamente que atendiera á sus palabras, á sus miradas y á sus gestos lo más que le fuera posible; pero con su advertencia le puso sobre aviso para evitar que la emoción y la sorpresa pudieran tomarse por espanto.

—Estoy dispuesto—replicó el joven, entrando el primero en la morada de Rosa.

Esta, tendida en su lecho, estaba muy pálida; tenía las sienes de color violado, y alrededor del rostro le caían en desorden los destrenzados y abundantes cabellos rubios, aún mezclados con las flores de brezo que los adornaban la noche del baile: parecía dormida mejor que muerta. No se había alterado su hermosura; en sus facciones delicadas conservaba el aire dulce y sonriente que le fué siempre peculiar.

Junto á la cabecera, en una vasija de cobre llena de agua bendita, sumergió una mano piadosa la ramita de boj que de la iglesia trajo la pobre joven el último domingo de Ramos, y al lado de ésta estaba la toquilla con que se abrigó en el jardinillo de Pourtois, y el pañuelo de seda con el cual le envolvió el cuello Roberto. Un esplendoroso rayo de sol, entrando por la ventana, reflejaba en el cobre del plato, y daba un color sangriento á la toquilla de roja lana. Roberto con-



templaba con recogimiento aquel cuadro desde la puerta de entrada; y Carvaján, que se deslizó detrás de él, parecía tan turbado y ansioso, que más se le hubiera podido tomar por criminal que por acusador.

—Señor de Clairefont—exclamó el juez con voz pausada—acérquese al Vd. lecho. ¿Reconoce Vd. á esta jóven?

—Sí señor—replicó Roberto con acento triste, pero lleno de firmeza.

El magistrado, haciendo seña al secretario para que escribiese, se volvió hacia el individuo en quien Roberto había adivinado al polizonte, diciéndole:

—Enséñenos Vd. las huellas del asesinato.

El agente descubrió el pecho de la muerta, y sobre el hermoso cuello, que Roberto no pudo mirar sin sentir oprimido el corazón, se distinguía una señal amoratada. Entonces el juez, dirigiéndose á Mr. Margueron, añadió:

—Doctor: sírvase Vd. decirnos el resultado de su reconocimiento.

Sin duda era la primera vez que el médico se veía en aquel apuro, porque tembló, hizo un gesto que revelaba azoramiento, quiso hablar, y no pudo, embargado por la emoción. Al cabo de algunos segundos se repuso, y como una corriente interrumpida por largo espacio, rompió violentamente en explicaciones, llenas de términos técnicos, de los cuales resultaba: que llamado para reconocer el cuerpo de la jóven allí presente, observó en la base de la faringe, en el lugar donde ésta se une con la tráquea, una gran equimosis, que era debida á la violentísima presión de una cuerda gruesa ó de un pañuelo retorcido, la cual presión debió durar de cinco á seis minutos, produciendo, por consiguiente, la muerte por asfixia. No existía ningun-

na otra huella de violencia, y recomponiendo en la imaginación la escena, fundándose en lo que de público se decía, sin duda el asesino, huyendo á la persecución del padre de la víctima y del tabernero Pourtois, trató de sofocar los gritos de aquella, y, para conseguirlo, le tapó la boca con un pañuelo, que debió resbalar por la barba hasta el cuello, y entonces se produjo la estrangulación.

Arrastrado por el calor de su discurso, el médico imitaba con sus actitudes la escena por él supuesta, y era á la vez grotesco y siniestro verle representar aquella terrible comedia á los pies mismos del lecho de la muerta y en presencia del que presumían que fuera su asesino.

—Perfectamente; estamos enterados,—dijo el juez, deseando poner término á la locuacidad del médico.

Y dirigiéndose á Roberto, prosiguió:

—¿Declara Vd. haber dado muerte, en la noche del 25 al 26 de Setiembre, á Rosa Chassevent?

—No, señor.

—¿Rehusa Vd. referir lo ocurrido entre Vd. y la víctima?

—Ya dije al señor comisario todo lo que sé; pero no puedo acusarme de lo que soy inocente.

—Está bien. En tal caso, debe Vd. quedar detenido á mi disposición.

—Si la justicia lo exige para esclarecer la verdad, no obstante mi inocencia, nada tengo que objetar—repuso gravemente Roberto.

Y acercándose al lecho donde Rosa yacía, se arrojó y rezó breves instantes. Después llegó hasta la ventana, cogió una rosa blanca, á la cual daban cierto color sonrosado los rayos del sol poniente, y, mojándola en agua bendita, la depositó en el pecho de la muerta.



—¡Adios, pobre niña!—murmuró con triste acento. Y luego, volviéndose hácia el magistrado, prosiguió:

— Señor juez, estoy á la disposicion de Vd.

Aquella tierna escena, sencilla, pero en extremo conmovedora, impuso silencio á todos menos á Carvajan, que dijo en voz bastante alta para ser oido:

—Siempre fueron teatrales en sus actos los individuos de esa familia... pero quien quiere probar mucho, suele no demostrar nada.

Roberto se encogió de hombros con desden, y sin dignarse mirar á su enemigo, salió en compañía del comisario.

A aquella misma noche fué conducido á Rouen y encerrado en la cárcel de Bonne-Nouvelle.



### VIII

La señorita de Saint-Meurice no habia exagerado al afirmar que no podria pasar sin su querido Benjamin. Despues de una noche de insomnio y desesperacion, en la cual le faltó muy poco para volverse loca, incapaz de resistir más, decidió ir á reunirse con su sobrino, y lo hizo efectivamente. Antonieta quedó sola con su padre, y para explicar la ausencia de su tía y de su hermano, le fué menester inventar una historia. «La tía habia tenido algunas diferencias con el arrendatario de Saint-Meurice, y se habia visto obligada á ausentarse en compañía de Roberto por algunos dias: fué la explicacion que dió Antonieta. El marqués no cayó en la cuenta de la mentira, porque ni se fijó en la sonrisa especial que acompañó á las palabras de la jóven, ni era demasiado exigente. Pasaba gustoso por lo que quisieran, como no le molestaran en punto á sus inventos. Por aquellos dias se entregaba con más ardor que nunca á resolver el problema de calefaccion. Las investigaciones eran un vicio para él. Un invento perdía toda su importancia en cuanto no era un enigma. Una vez resuelto, ya no se cuidaba



—¡Adios, pobre niña!—murmuró con triste acento. Y luego, volviéndose hácia el magistrado, prosiguió:

— Señor juez, estoy á la disposicion de Vd.

Aquella tierna escena, sencilla, pero en extremo conmovedora, impuso silencio á todos menos á Carvajan, que dijo en voz bastante alta para ser oido:

—Siempre fueron teatrales en sus actos los individuos de esa familia... pero quien quiere probar mucho, suele no demostrar nada.

Roberto se encogió de hombros con desden, y sin dignarse mirar á su enemigo, salió en compañía del comisario.

A aquella misma noche fué conducido á Rouen y encerrado en la cárcel de Bonne-Nouvelle.



### VIII

La señorita de Saint-Meurice no habia exagerado al afirmar que no podria pasar sin su querido Benjamin. Despues de una noche de insomnio y desesperacion, en la cual le faltó muy poco para volverse loca, incapaz de resistir más, decidió ir á reunirse con su sobrino, y lo hizo efectivamente. Antonieta quedó sola con su padre, y para explicar la ausencia de su tía y de su hermano, le fué menester inventar una historia. «La tía habia tenido algunas diferencias con el arrendatario de Saint-Meurice, y se habia visto obligada á ausentarse en compañía de Roberto por algunos dias: fué la explicacion que dió Antonieta. El marqués no cayó en la cuenta de la mentira, porque ni se fijó en la sonrisa especial que acompañó á las palabras de la jóven, ni era demasiado exigente. Pasaba gustoso por lo que quisieran, como no le molestaran en punto á sus inventos. Por aquellos dias se entregaba con más ardor que nunca á resolver el problema de calefaccion. Las investigaciones eran un vicio para él. Un invento perdía toda su importancia en cuanto no era un enigma. Una vez resuelto, ya no se cuidaba



de él. Su espíritu inquieto se dirigía entonces en busca de otra dificultad nueva. Encontrar *lo mejor*, ese elemento destructor de *lo bueno*, fué siempre la causa primordial de todos sus males; así trocó en ruinosas las más brillantes empresas; así esterilizó el Gran Margal, aquella mina de oro, que bien explotada hubiera bastado para enriquecer á su propietario y á todos los habitantes de la comarca.

Hacia tres días que estaba absorto; no hablaba con nadie ni aun comiendo; cuando estos estados particulares le dominaban, y solía acontecer frecuentemente, decía Roberto que «á su padre se le olvidaba el alma en el laboratorio;» y en honor de la verdad sea dicho, esta frase era extraordinariamente gráfica.

Cuando estaba así, el marqués ni oía ni entendía. Persiguiendo siempre el mismo pensamiento, cerniéndose en las regiones de lo imaginario en busca de una quimera, ¡cuántos millones de leguas había recorrido al impulso de la imaginación! De cuando en cuando salía de su mutismo, se frotaba las manos con fuerza, y exclamaba radiante de gozo:

—¡Ah! ¡ah! Esta vez me parece que sí que lo he resuelto.

Y sin explicaciones previas que pusieran en antecedentes á los que le rodeaban, emprendía una disertación sobre el asunto que le preocupaba. Sus oyentes habituales, aunque no entendían al pobre viejo, asentían á sus opiniones con frases de aprobación, y de este modo le evitaban una verdadera pesadumbre.

Antonietta bendijo la fatal locura, que en aquellas circunstancias favorecía sus propósitos. Honorato apenas si notó que su cuñada faltaba á la mesa común por primera vez despues de treinta años, y la au-

sencia de Roberto le chocó menos todavía, porque tenía la costumbre de pasar sin verle tres ó cuatro días á veces, con motivo de sus frecuentes y prolongadas expediciones de caza.

Despues de la comida, que duró poco y fué muy silenciosa, se quedaron solos en el vasto salón, apenas alumbrado por dos lámparas. El viento soplaba con impaciencia agitando con ruido las hayas del parque y gimiendo en las altas chimeneas del castillo. La joven escuchaba aquellos pavorosos ecos sumida en profunda meditacion, y pensaba si sería el gemido de las almas de los antepasados de los Clairefont que lamentaban con voces plañideras la decadencia de su ilustre familia.

Despues su pensamiento la llevaba junto á su hermano. Le parecía verle en una celda sombría y triste, esperando impaciente á que su suerte se decidiera. Y en tanto, ¿qué era de la tía Isabel? ¿Qué había podido hacer? No se entra tan fácilmente en una prision, y acaso ni siquiera lograra verle. Entonces, como un perro á quien su amo cerró la puerta, contemplaría los muros de la cárcel, pensando: «¡Ahi está mi querido Roberto; respiro el mismo aire que él; solamente esos muros nos separan!...» ¡Qué triste fué aquella noche! ¡Cuán lentas pasaban las horas! ¡Estaba sola; sin amigos que pudieran darle consejo ó consolar su pena, sin más compañía que la del pobre anciano, que dormitaba en una butaca, ajeno á todo lo que no fuera su creencia, mientras la desgracia asaltaba implacable su casa! ¡Cuán tristes pensamientos agitaban su espíritu, y cuántos esfuerzos hubo de hacer para contener el llanto...!

—¡Ah! ¡ah!—dijo de pronto el marqués, con una risa que heló la sangre en las venas de Antonietta.—Ya



está resuelto. ¿Oyes, hija mía? ¿Recuerdas que el cenicero de mi horno es horizontal? Pues en eso consiste el defecto. Retiene los residuos del combustible, y éstos impiden que el aire circule. Haciendo inclinar la rejilla, entonces bajarán por su propio peso, la incandescencia será constante. ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Qué te parece?

— Qué es verdad... Me parece muy bien.

— ¡Lo dices de una manera tan lánguida! Mira, vamos á subir á mi gabinete de trabajo; y en vez de estar en este salón sin hacer nada, te enseñaré el modelo, y verás prácticamente lo que te digo. Es la fortuna, es la riqueza, hija mía.

Sometiéndose al capricho de su padre, Antonieta tomó una lámpara, y los dos se trasladaron al primer piso de la torre.

En el vasto gabinete, cuya bóveda ojival estaba sostenida por columnas de elegante contorno, el marqués había instalado su biblioteca y su laboratorio. Toda la pared correspondiente al parque estaba cubierta por armarios llenos de polvorientos volúmenes; una escalerilla que giraba alrededor de la torre facilitaba el medio de alcanzar cualquier libro de los colocados en las estanterías más altas; junto á la ventana, cuyas vidrieras eran de colores, había un precioso escritorio, y cerca de un pilar estaba la mesa de dibujo cubierta de planos é instrumentos de matemáticas. El resto del muro estaba cubierto por antiguos tapices, y los muebles que completaban el ajuar de aquella elegante estancia eran muy á propósito para ofrecer con su comodidad la de meditar sin molestias materiales, y según Roberto, para quien la meditación era inexplicable, cualquiera de ellos servía para dormir mejor que para nada.

El otro departamento de la torrecilla daba al patio de honor, y en él estaba instalado el laboratorio. Al inmenso hogar de fábrica, debajo de una ancha campana, y con su fuelle semejante al de una fragua, había sido adaptado un hornillo de hierro fundido, cuyo tubo de chapa desaparecía en la chimenea practicada en la pared. Este era el famoso invento del marqués. Alrededor de las paredes, en sus estanterías, y encima de las mesas, había multitud de crisoles, cucúrbitas y redomas de todas formas y tamaños; y en un rincón, cerca de una tina de piedra, en la cual corría el agua á voluntad del consumidor, el metálico serpiente de un alambique completaba el extraño aspecto de la estancia. En medio de aquel *maremagnum* nacieron las funestas ideas, causa de la ruina del marqués, y éste hacia treinta años que veía discurrir su vida entre aquellos objetos, cómplices mudos de sus locuras.

Exhaló un suspiro de satisfacción, y mirando á su hija con ternura, exclamó:

— Hacia mucho tiempo que no subías, niña mía... Como ves, tengo una porción de dibujos que requieren que los retoques... Y puesto que estamos solos por algunos días, debías instalarte aquí conmigo... y ya verías cómo se nos pasaba el tiempo sin sentir.

— Bueno, papá—murmuró Antonieta; — lo que tú quieras.

El anciano, sonriente, sin más preocupación que su idea fija, satisfecho al oír la respuesta de Antonieta, se acercó al hornillo, y con las mangas regazadas hasta el codo, sin parar mientes en lo que se ensuciaba las manos, hizo rodar las cajas llenas de carbon que ocupaban la parte inferior del hogar, y cargando por sí mismo el del hornillo de hierro con astillas y



papeles, comenzó á soplar con el fuelle para encender el aparato. Pronto invadió el laboratorio una nube de espeso humo, y mitad tosiendo, mitad hablando, casi asfixiado, comenzó su explicacion el fanático inventor. Ya junto al aparato que declaraba imperfecto, ya delante de la mesa donde estaban los dibujos, en los cuales se rectificaron los reconocidos defectos, Honorato hablaba sin darse punto de reposo.

—Ya ves, hija mia, como arden los leños impregnados de agua... Esta era la mayor dificultad... El tiro es ahora insuficiente, porque requiere una chimenea de ladrillo á propósito para el caso... ¡Y qué calor desarrolla!.. Ahí está la ventaja de la invencion... Si esto sucede con leña mojada, figúrate lo que sucederá en los ingenios de América, en donde pueden aplicar para combustible los desperdicios de la caña de azúcar.... ¿Eh? ¿Qué te parece?

Antonietta nada contestó. Un murciélago enorme habia entrado en el laboratorio, atraído por la luz, y giraba en torno á sus paredes. Dos veces cruzó con su incierto vuelo á la altura de la cabeza de la jóven, rozándole casi el rostro con sus repugnantes alas. Ella, como fascinada, le miraba atenta: parecíale que poco á poco aumentaba el volumen de su cuerpo, y se estrechaban los círculos que describia. En su enorme cabeza brillaban los ojos como áscuas, y en su asquerosa boca un gesto diabólico recordaba la sonrisa de Carvaján. Otra vez pasó el murciélago junto al rostro de la señorita de Clairefont con las garras abiertas como un vampiro, y ésta, aterrada, dió un grito, y esquivó la cara, pensando: «Si me toca, es que no debemos esperar nada, y estamos irremisiblemente perdidos.»

Con el rostro cubierto de rubor, cogió las largas

tenazas que su padre acababa de dejar en el suelo, y en el momento en que el repugnante animal avanzaba hácia ella de nuevo, le tiró un golpe con todas sus fuerzas. Herido en medio del cuerpo, el murciélago fué á caer encima de la rejilla del horno y con satisfaccion de Antonietta desapareció entre las llamas.

Respiró con desahogo, y llena de esperanza, pensó: —No tengo el derecho de dejarme abatir. Mi deber es luchar, vencer... ó por lo menos defenderme... ¿Es posible que estemos tan bajos que no podamos lograr reponernos?

Después la horrible situacion apareció de nuevo á sus ojos, y volvió á desesperarse. ¡Su hermano! ¿Qué seria de él? ¿Cómo le defenderian, acusa-lo infamemente, envuelto en una red que tejieron la calumnia y el odio? Si era posible hacer frente á la situacion financiera, ¿lo era acaso destruir el peligro que amenazaba al jóven, por cuyas venas corria la sangre de Clairefont? Tenia la ignorancia de la pureza. El Código no estaba hecho para que le comprendiese su alma inocente. Le parecia un monstruoso enigma, é imaginaba que era formidable é incomprendible el riesgo á que estaba expuesto Roberto. La tristeza sombría, profunda, llenaba de sombras su alma virginal, y la dominaba por completo.

El marqués seguía hablando; pero las palabras que oía sin escuchar la jóven, caian en el vacío, como el chorro de agua que, sonoro é inútil, llenaba sin cesar la pila de piedra. El pago del próximo vencimiento y el temor que la situacion de Roberto le causaba, la preocupaban tanto, que era incapaz de pensar otra cosa.

Por un momento estuvo resuelta á interrumpir la diversion científica de su padre, poniéndole de mani-



fiesto lo apurado del caso. Pero cuando iba á hablar, un último resto de lástima hacía el pobre viejo á quien iba á arrancar aquellas ilusiones que eran su dicha, heló las palabras en su garganta.

—«Mañana se lo diré—pensó: que pase esta noche tranquilo con sus esperanzas.»

Y como una bandada de infernales espectros, los siniestros pensamientos envolvieron de nuevo su espíritu en un círculo en el cual todo eran dolores.

A las once el padre y la hija abandonaron el laboratorio, retirándose á sus respectivas habitaciones. El marqués, contento por haber podido desarrollar sus ideas, sin preocuparse por saber si habian sido entendidas, dejó á Antonieta á la puerta de su cuarto, y la dijo, besándola con entrañable ternura:

—Estoy rejuvenecido; no puedes figurarte cuánto bien me causa tu presencia; cuando te veo en medio de mis aparatos, se me figura que no habrá empresa imposible para mí. ¿Volverás, verdad? También á ti te interesa, hija mía.

¡La fortuna! ¡Siempre aquella palabra mágica! Ese fantasma perseguido por todos los inventores: la piedra filosofal descubierta... Y el inventor lleno de confianza, fué á acostarse, contento y satisfecho.

La noche resultó muy larga para Antonieta: no podía dormirse, y escuchaba el rugir del huracán desencadenado que parecía remover los muros del castillo en sus cimientos.

Las irritadas ráfagas le recordaban el mar: diríase que la antigua vivienda era un buque combatido por la tempestad. El viento gemía en los mástiles y en las cuerdas, y el fragor que producía creciendo y decreciendo á intervalos, causaba en Antonieta la impresion del subir y el bajar de las olas. En medio de

la oscuridad, parecia estar sobre un negro Océano, aturdida por el balanceo horrible de las embravecidas ondas, y sufriendo cruelmente. El temporal, cada vez mayor, impresionaba sus oídos con un rujir estridente y enajenada por la confusion del espíritu, figurábase en camino de librar á su hermano, abandonado sobre un escollo.

Buscaba con la vista al capitán del fantástico buque, y á la rauda claridad del relámpago distinguía el rostro de Pascual, mirándola cariñoso, como diciéndole: «Sabes que te adoro; pronuncia una palabra, manifestándome tu deseo por un solo gesto, y yo mismo te llevaré junto á tu hermano, asegurando su salvacion. Nada me parece desagradable, si puedo complacerte. Tus lágrimas me angustian el alma, tu tristeza me vuelve loco de pena. No te aferres á tu orgullo, sé razonable y buena, y tu desdicha desaparecerá en el acto.»

Pero ella, implacable, volvía la cabeza, y rechazaba al que con tanto amor se le ofrecía. En el caos inmenso de furiosas olas, el barco se alejaba, abandonando á su propia suerte al pobre Roberto, que imploraba su auxilio. La noche se tornaba más siniestra; el clamor del viento más espantoso; el negro mar se volvía de color de sangre, y entre sus ondas aparecía la figura aterradora de un cadáver.

Espantada, quiso Antonieta sustraerse á la influencia de aquella pesadilla. Palpó la ropa de la cama, y pensó que estaba realmente en su casa cerca de su padre. Pero la vision no desaparecía, y hubo de encender luz para borrarla. Rendida de fatiga, con los cabellos pegados á la frente por el frío sudor que la inundaba, logró un poco de calma, y por fin, á los pálidos reflejos del alba, su angustia desapareció por



completo. Saltó del lecho, vistióse, y se acercó á la ventana. El huracan habia hecho un destrozo en el parque y en el tejado del castillo. La terraza estaba sembrada de pedazos de teja, y las alamedas cubiertas de ramas desgajadas.

El marqués, á cuya estancia fué luego la jóven, estaba tranquilo y sonriente, despues de una noche de perfecta calma. A las diez, cuando subió como de costumbre á su gabinete de trabajo, llegó una carta, que trajo un escribiente de Molejean, y Antonieta corrió á encerrarse en su estancia para leerla. Contenia una esquela escrita en Ronen por Isabel de Saint Meurice, y al propio tiempo una suplicante recomendacion del notario para que no se echara en olvido el vencimiento del día siguiente.

La tia Isabel daba cuenta de sus gestiones. No bien llegó á la ciudad, sin perder un momento fué en compañía de un amigo influyente á ver al procurador general. Le habia rogado que pusiera en libertad á Roberto; pero, no obstante sus buenos propósitos, el magistrado no pudo complacerla. «Los canallas de los periodistas» habian hecho presa en el asunto, y comentádole con detalles inexactos á tal punto, que produjo un escándalo enorme. Tampoco pudo ver al jóven, por estar incomunicado. Habia encontrado alojamiento en el barrio de Saint-Sever, en casa de un alquilador de coches, que le habia arrendado una habitacion amueblada. La señorita de Saint-Meurice, en medio de sus torturas, no olvidaba los negocios, y advertia á su sobrina que todos los papeles referentes al vencimiento próximo, estaban guardados en su cómoda, debajo de los pañuelos.

Leyendo aquella carta, escrita á las cinco de la mañana, en papel basto, con gruesas letras, apenas le-

gibles, y con tantas faltas de ortografía como palabras, Antonieta lloró mucho. La confesion de su impotencia, hecha francamente por la tia Isabel, disipó las últimas dudas, destruyó las postreras esperanzas de la pobre jóven, poniéndola de manifiesto la realidad desnuda. Con la certeza de que todo estaba perdido, resolvió hacer lo que la situacion exigia, y sin enjugarse siquiera el rostro bañado en llanto, fué en busca de su padre.

Sentado delante del escritorio, el inventor anotaba sus observaciones en el márgen de un plano. Al ver entrar á su hija, se detuvo, se echó hácia atrás el gorro de terciopelo que le daba el aspecto de un viejo alquimista, y exclamó alegremente:

— ¡Ah, ah! Parece que te interesa lo que te expliqué anoche... Muy bien, hija mia; muy bien. Ven: siéntate junto á mí.

Y fijándose entonces en el aspecto desolado del semblante de Antonieta, prosiguió, cambiando de tono:

— ¿Pero qué te sucede? Se te conoce en los ojos que has llorado. Te exijo que me digas francamente...

— ¡Ay, papá! ¡Ya no me queda el consuelo de callar! Si fuera posible, acaso, más cariñosa que prudente, hubiera diferido la hora en que es fuerza causarte crueles inquietudes.

— Vamos, Molejean ha hecho alguna de las suyas— interrumpió el marqués con fastidio.— ¿No puede arreglar los negocios sin romperme la cabeza con sus observaciones? Tengo yo otras cosas más serias de qué ocuparme .., y el tiempo que me hace perder es precioso.

— En efecto, el tiempo es dinero; pero no podemos disponer apenas de nada. Hemos llegado al límite...



y la impaciencia de los acreedores no puede satisfacerse más que pagando.

El rostro del marqués expresó asombro y disgusto al propio tiempo.

—¿Pero no les han hecho comprender que estaba en vísperas de realizar un negocio de gran importancia?... A no ser porque me empeñé en perfeccionarlo, mi horno habría obtenido ya privilegio de invención, y la industria del mundo entero sería mi tributaria... porque, tú lo viste ayer, hija mía: es innegable, y dentro de muy pocos días...

—Apenas si podemos contar con algunas horas.

—Esos tontos, ¿no han de comprender su interés en darme un plazo? Me parece que en treinta años que me están explotando, les he dado á ganar bastante dinero... Podían mostrarse una vez más complacientes...

—Pero, papá, ¿olvidas que Carvaján es el único acreedor? ¿O es que Molejean no te lo ha dicho la última vez que estuvo aquí?

El marqués se dió una palmada en la frente, como quien hace memoria de una cosa que se echó por completo en olvido, y dijo:

—Sí, recuerdo algo parecido á eso; pero yo me distraje hablando de mi horno, que me satisface mucho aun cuando no haya alcanzado su total perfeccionamiento, y en cuanto nos separamos no me volví á acordar de semejante hombre. ¡Ah, Carvaján!... Sí, y ¿qué es lo que quiere?

—El dinero que se le debe.

—Es muy justo...; ¿presentó ya su cuenta?

—¡Pues ya se ve! Y formalizó el asunto hasta obtener un mandamiento de embargo.

—¿De embargo!

—Precisamente; falta sólo practicarlo, y...

—Pero, hija mía, me parece que ha habido mucha negligencia por parte vuestra. ¿Por qué se ha consentido acumular gastos inútiles? ¿Por qué no se le pagó á su tiempo?

Antonieta miró al anciano con tristeza, y respondió:

—¡Si hubiera sido posible!

El marqués se rascó la cabeza por encima del gorro, y añadió con cierta zozobra:

—¿De modo que no hay fondos disponibles?

—No, papá. Hace un año vivimos con tanta sencillez como el más modesto habitante de Neuville. Tú no lo has notado, porque el lujo no te es necesario. Y, gracias á la economía más estricta, se ha podido atender á los gastos que requieren tus trabajos. Registrando los bolsillos de todos los que habitamos en esta casa, no sería posible reunir siquiera mil francos. Y nada tenemos que cobrar, porque el arrendatario de Coubrechamps pagó ya; el de la Saucelle tiene adelantado el arriendo; en el bosque ya no se puede cortar un árbol más; quedan tan solo las hayas del parque, que valen, según dicen, unos sesenta mil francos; pero talarlas, sería lo mismo que deshonorar la propiedad.

El marqués no pareció oír estas últimas palabras, y murmuró:

—Ese dinero lo necesito para sacar el privilegio de mi invención.

Tan ciego egoísmo arrancó un gemido de dolor á Antonieta. En medio del desastre común, su padre, importándole poco la ruina de la casa, no pensaba más que en su invento, y parecía dispuesto á sacrificarle hasta su propio nombre. Se había puesto en pié, y paseándose, lanzaba inquietas y acariciadoras miradas al horno. En su alma se libraba una lucha, y



hablaba en voz alta, gesticulando, sin darse cuenta de ello:

—En el momento de alcanzar el resultado... por unos cuantos miles de francos... Es imposible... ¡Qué golpe para mí!... Pero aún podrá tomarse algo sobre mi patrimonio... Si es menester, sacrificaré el privilegio en Africa, Asia y Oceanía. Perderemos una porción de millones... pero al menos América y Europa me pertenecerán... ¡Y pensar que por unos cuantos miles de francos!...

Antonietta, pálida y fría, observaba la inútil lucha que sostenía el anciano consigo mismo. En vano, como el marino que aligera de peso su barco arrojando al mar una parte de su cargamento, reducía la esfera de sus proyectos. Era tarde, y la tempestad que le amenazaba no podía conjurarse.

—Desgraciadamente, papá—dijo la joven con firmeza—es fuerza que renuncies á tus ensueños, de todo punto irrealizables. Todo ha concluido. Hemos agotado hasta el último recurso. Cree que me ha costado mucho trabajo hablarte así, y ojalá me hubiese decidido á hacerlo antes, porque tal vez no hubiésemos llegado á la total ruina...

—Hija, ¿qué dices?—exclamó el marqués con acento de reproche.

—¡Oh! ¡no dudes de mi respeto y de mi cariño! Uno y otro lo prueban mejor mis palabras que mi silencio de antes. Tenias el derecho de disponer de una fortuna que te pertenece, y nadie de la familia se permitió nunca poner en tela de juicio tus actos; pero...

—¡Loca!—exclamó con energía el inventor,—¿Acaso mi conducta tenia más objeto que enriqueceros? ¡Ya no me comprendes: ya no tienes confianza en mí...!

—Sí, padre mio. Pero el resultado ha sido funesto,

y ya no tienes medios para continuar tu trabajo, ni tampoco lo preciso, siquiera para saldar tus deudas.

—¿Cuánto importan? No tengo inconveniente en duplicar su valor, con tal de obtener un plazo. Estoy seguro de vencer...

—No te forjes ilusiones, papá.

—¿Pero es desesperada del todo la situación? Comprendo vuestras inquietudes: ignorais hasta qué punto puede rendir utilidades mi invento: no veis, como yo, la cuestión por el verdadero prisma. Cellini, viendo que el bronce fundido no bastaba para llenar el molde de su Júpiter, arrojó en el crisol la vajilla de oro y plata cincelada por él. Yo, para asegurar el éxito de mi empresa, sería capaz de venderme yo mismo...

Henchido por el entusiasmo, el anciano estaba trasfigurado. Estrechó entre sus brazos á la joven, le prodigó los más cariñosos epítetos, hizo todo cuanto es capaz de hacer un niño para obtener un capricho. Pero Antonietta era una Clairefont, buena y cariñosa hasta lo inverosímil, pero también enérgica hasta la inflexibilidad, después de tomada una resolución.

—Tu tia Isabel posee Saint-Meurice, libre de toda carga. ¿No podría sacarnos del apuro?

—Sí puede, pero lo rehusará. Muchas veces ha repetido que esa finca sería el último refugio para todos nosotros.

—Ingrata: ¡después de treinta años de vivir conmigo! ¿Cuándo diferencié yo lo mio de lo suyo? En la prosperidad todo fué comun; pero la decadencia establece ya diferencias.

—No, papá; en eso eres injusto. La tia Isabel nos ha dado más de lo que podia, y debes saber que su desinterés ha rayado tan alto como nuestro cariño.

—Pero ¿y tú? Antonietta querida, en tu mano está



salvarme..., y no consentirás que tu padre sufra una cruel decepcion, porque me moriria si no realizase mis proyectos... Tú tienes dinero... Toda la fortuna de tu madre, puesto que tu hermano te cedió su parte. Sácame del apuro: evita la ruina. ¿Quieres ser mi socia? Te haré millonaria en un año. Bien vale la pena de arriesgar algo. No tu dote entero, una parte nada más.

Y suplicante, con los ojos extraviados, extendia las manos hacia su hija. Esta tembló de pena. ¿Cómo su padre habia podido llegar á tal punto de rebajamiento moral? Su monomania, como un veneno corrosivo, llegó á destruir en él la dignidad de hombre y la delicadeza de padre de familia: era un pobre monomaniaco, sin más criterio que el de un niño: merecia lástima, no recriminaciones. ¡Su dote! Se la pedia, gimiendo como un mendigo que implora la caridad. No sospechaba, ignorante de los sacrificios que se hicieron en torno suyo, que aquella fortuna se enterró en el abismo comun, y eso que representaba el matrimonio, el porvenir y el bienestar de su hija. Antonieta, con el corazon oprimido, se resignó á mentir, con tal de evitarle al padre querido el pesar de saber que se habia arruinado por él.

—Lo que me propones, papá, no puede ser—le dijo con voz alterada.

—¿Cómo! ¿Rehusas?—replicó el marqués con estupefaccion.—¿Me dejas que ruegue inútilmente? Por fuerza no me has comprendido, ó yo no te oí bien.

Viéndola muda ó inmóvil, transida por el dolor, pero afectando firmeza, la miró frente á frente, y trató de leer en su alma.

Ella volvió la cabeza con los ojos secos, pero tan pálida, que el círculo amoratado que los rodeaba se

destacó más oscuro. El marqués, estupefacto al ver á su hija cambiada de súbito, hasta parecerle otra mujer distinta, olvidó su monomania, y en vano queria convencerse de su impotencia para dominar á la niña, hasta entonces sumisa á sus menores caprichos.

—¡De modo—le dijo,—que por una cuestion de miserable dinero dejarás que la ruina se consume; serás capaz de consentir que se venda la casa donde naciste... y donde murió tu madre!

Antonietta, como petrificada, no replicó; oponia solamente la resistencia de su silencio. Era la primera vez que desplegaba su energía delante de su padre, que desesperó hasta decir:

—Sin duda estabais de acuerdo Isabel, Roberto y tú. Por eso han huido. Tú, más atrevida ó menos sensible, te quedaste para hacerme frente, y no solo me rehusas la salvacion, sino que me robas la fortuna y la gloria... Vete de aquí, hija desnaturalizada. Tu presencia me llena el alma de disgusto.

Y con el rostro descompuesto, temblándole los labios, le señalaba la puerta. Antonietta, no pudiendo resistir más, rompió á llorar. Abrazó con fuerza á su padre, le besó, humedeciéndole el rostro con sus lágrimas, y con frases de infantil ternura, mezcladas con razonamientos propios de un hombre, pagaba la dureza de unas amenazas que le destrozaron el corazon.

—Eres injusto y cruel—gemia.—No me digas eso; no me expulses de tu lado; luego tendrias un gran remordimiento. Tampoco acuses á mi tia ni á mi hermano. Ellos, como yo, darian su sangre por tí. Somos victimas de la fatalidad, que se encarniza con nosotros. Tú no puedes imaginar cuán infelices somos, ni lo quieras saber. Sé bueno; no aniquiles á tu pobre hi-



ja, que te quiere mucho, que te venera con toda su alma, y que cifra su felicidad en tu ternura.

Se puso de rodillas, logró aturdir al anciano, y hasta le impuso silencio; pero no le convenció. Testarudo, y empeñado en realizar sus proyectos, sólo éstos ocupaban su mente en tanto que su hija hablaba. La idea de llamar á Tondeur y venderle los grandes árboles del parque, se le imponía. Arrasar las alamedas, destruir los bosquecillos que poblaban la vertiente de la colina con sus verdes bóvedas, y sacar de esto lo necesario para realizar su empeño, era lo que más le llamaba la atención.

Absorto aparentemente en la contemplación del maravilloso panorama que se ofrecía á sus ojos, no admiraba el esplendor y la belleza que ofrecía; calculaba lo que podría valerle, y sin duda ni sentimiento se preguntaba con angustia si bastaría para satisfacer la necesidad del momento, entregando los últimos vestigios de la riqueza de aquel patrimonio en manos de los aserradores.

Independientemente de la idea de negocio, tenía otra, hija legítima de su amor propio: la de hacer un modelo de gran tamaño, que tuviera importancia industrial. Al impulso de su imaginación, veía ya el aparato, terminado con una chapa de acero, en la cual, con gruesos caracteres decía: «Horno sistema Clairefont;» y ante semejante idea sonreía orgulloso y satisfecho.

Su hija le miraba llena de angustia. Se le alcanzaba, sin género ninguno de duda, que ni una sola de sus palabras había hecho mella en la monomanía de su padre. ¿A qué luchar con una persona á quien la locura hacía invulnerable?

¿A qué sobreexcitarse los nervios y desgarrarse el

corazon, si el marqués había de salir de aquella lucha, lo mismo que al comenzar, tranquilo é indiferente?

Paseándose arriba y abajo por su gabinete, con las manos metidas en los bolsillos, canturreaba entre dientes, y á primera vista se conocía que no se preocupaba por la presencia de su hija; varias veces pasó junto á la butaca en que estaba ella aniquilada; luego se arrellanó delante del escritorio, hizo unas cuantas anotaciones, como si una súbita idea le hubiese ocurrido; por fin, pasó al laboratorio, y Antonieta sintió el ruido de las tenazas atizando el fuego, y el resoplido del fuelle.

Más aislada en medio de aquella triste habitación que en el parque mismo, sintió ansia por respirar el aire libre; y, levantándose lentamente, salió; sin objeto determinado recorrió los vastos corredores, bajó las escaleras, y experimentó cierto sobresalto al verse enfrente de la habitación de su hermano. Entró en ella; las persianas estaban echadas, y la oscuridad reinaba en la estancia: todo estaba en el sitio de costumbre; las escopetas en el armero, los látigos y las fustas en su percha; un rayo de sol penetraba por un agujerillo de la vidriera, y reflejando sobre el pabellón de una trompa de caza, producía un resplandor rojizo.

El ramo que la víspera adornó el pecho de Antonieta se marchitaba en un jarrón exhalando débil perfume. La tristeza del abandono reinaba en el cuarto aquel, y á tal punto se posesionó de la jóven, que hubo de apoyarse en un mueble para no desfallecer. Parecía estar en la estancia de un muerto; sentía el corazon oprimido, y por largo espacio estuvo atónita, mirando sin ver en torno suyo, presa de horrible desaliento. Pensaba en Roberto, que, devorado por la inquietud y la impaciencia, luchaba en vano por desen-



redarse de la trama en que le envolvieron sus calumniadores. Acaso la cólera haría que sus labios pronunciaran una palabra equívoca, que le comprometiera más, y nadie, de los pocos que le amaban, podía acercarse para darle ánimo y calma. El pobre jóven, acostumbrado á la vida activa del cazador, encerrado en una celda, sometido sin cesar á interrogatorios en los cuales nada podia decir, debía padecer mucho.

¿Cuándo tornaría á verle? ¿Volvería? ¿Qué no debía esperarse de sus crueles enemigos, que pudieron extraviar la justicia hasta el punto de que un inocente fuera perseguido como un criminal? Aparecíasele también la pobre tia Isabel, yendo y viniendo, sin resultado, al palacio de Justicia, y dando vueltas alrededor de la cárcel donde estaba aquel ser tan querido, como un perro á quien su dueño abandona. ¡Pobre señora! ¡Cuánto debía sufrir!

Antonietta quiso escribirle. Supersticioso temor la decidió á no descorrer la persiana de aquella habitacion, que debía permanecer cerrada en tanto que su natural poseedor no volviese, y encendió una bujía. Tomó el papel y la pluma que acostumbraba á usar su hermano, y, vertiendo lento mientras su mano temblorosa trazaba sobre el papel la expresion de sus tristezas, sintió desahogarse su pecho.

No quiso que nadie de Neuville supiera dónde estaba la señorita de Saint-Meurice, y mandó la carta, por medio del fiel Bernardo, al buzón mismo del ferrocarril. Más tranquila, volvió á sus habitaciones, y pasó el dia entero entretenida en revolver los cajones y ordenar cuentas y otros varios documentos.

Por la noche, padre ó hija se reunieron en el comedor: el primero, frio y ceñudo, no desplegó los labios en toda la comida, y Antonietta casi se alegró de

aquel silencio. Despues de los postres, el marqués se levantó; dió unos cuantos paseos arriba y abajo; acarició al lebrele, que, abandonado hacia dos dias ya, miraba á su ama lleno de extrañeza; se acercó á una ventana de las que daban al patio; estuvo un rato entretenido echando miguitas de pan á los gorriones, que revoloteaban disputándose los manjares de aquel festin; estuvo indeciso unos minutos; miró á su hija como si fuese á hablarla, pero cambiando de propósito, y haciendo un gesto de despecho, dijo con acento áspero:

— ¡Buenas noches!

Y se fué sin darla un beso siquiera.

La señorita de Clairefont inclinó la frente, como si el peso de aquella injusticia la abrumase; se volvió hácia donde estaba Fox, moduló un tenue silbido, y saliendo al patio, empezó á pasear arriba y abajo por encima de las piedras, sin preocuparse de la molestia que esto debía ocasionarle, y que hubiese evitado andando con más comodidad por la alameda cubierta de fina arena.

La noche se acercaba; el fresco ambiente reanimó las plantas abrasadas por el sol, y los grillos cantaban á lo lejos con su metálico chirrido. Era el segundo dia que Roberto y la hermana de su padre no la acompañaban. A la luz del crepúsculo, todos los objetos que la rodeaban adquirían melancólicas tintas, y contemplándolos, el sentimiento de su espantosa situacion la dominaba más absolutamente: buscaba angustiada seres queridos en quien desahogar la pena, y al verse sola, sintió que las fuerzas le faltaban, y se dejó caer sobre un banco murmurando:

— ¡Roberto! ¡Oh, Roberto!

Un débil gemido de Fox contestó al pensamiento que encerraba la exclamacion de Antonietta.



El pobre perro, con su hocico puntiagudo dirigido al cielo, miraba á la jóven, como si comprendiera su dolor y lo compartiese. Ella, á su vez, descubrió en la mirada del inteligente bruto un cariño que tenia algo de humano; le habló para tranquilizarle, y con su necesidad medio oculta entre las espesas lanas de su compañero, quedóse absorta por largo espacio. El reloj de la iglesia del pueblo dió las ocho; la jóven se estremeció, y ya se disponia á volver al castillo, cuando, abriéndose la verja, dió paso al señor Molejean.

El notario se acercó precipitadamente, y exhalando un suspiro, le dijo:

—Bendito sea Dios que me hace encontrar á usted sola; temia que su padre de Vd. la acompañase.

Se detuvo, y, estrechando con ternura las manos de su interlocutora, prosiguió tras breve pausa:

—¡Pobre niña! ¡Qué pena me causa verte sufrir así!

No continuó, porque le parecia que habia incurrido en falta, tratándola con tanta familiaridad...

—Perdóneme Vd. esta frase, hija de mi sincero cariño, señorita; pero la vi á Vd. nacer, y eso excusa mi confianza.

—¿Tiene Vd. necesidad de darme excusas? Lejos de disgustarme sus testimonios de simpatía, amigo Molejean, me son gratísimos en estos momentos en que no se nos prodigan apenas.

—¡Ah, señorita! Crea Vd. que mi adhesión no conoce límites; no habrá poder, por imperioso que fuere, capaz de impedirme llenar los deberes que me impone mi amistad con su familia. Vengo dispuesto á servirles en cuanto de mí dependa, lo mismo á Vd. que al marqués. ¡Si supiera Vd. qué parte tan activa tomo en esta desgracia!.. No hore Vd., se lo ruego; su

llanto me trastorna, y necesito tener el juicio perfectamente claro, porque precisa que tomemos muy serias resoluciones.

Antonieta enjugó el llanto que inundaba su rostro, y esforzándose por serenarse, exclamó:

—¿Qué nueva desgracia nos amenaza? No me oculté Vd. nada; quiero saberlo todo. ¿Acaso mi hermano?...

—¡Oh, señorita! ¿Qué fatalidad le impulsó á no venir con Vds. el día de la fiesta? ¿Qué imprudencia fué ir adonde seguramente nada bueno podia sucederles?...

—Pero ¿quién hubiera sido capaz de imaginar el golpe que nos amenazaba?

—Preciso era esperarlo todo. Carvaján—el notario bajó instintivamente la voz, como si temiera que el viento de la noche llevara sus palabras hasta la casa de la calle del Mercado—Carvaján tiene el corazón de tigre. Él ha sido quien ha levantado la opinión pública en contra del señor Roberto; si no le hubiesen preso, Dios sabe lo que hubiera podido suceder, dada la agitación que dominaba al pueblo ¡Oh! El juez cumplió con su deber; las averiguaciones continúan; se han hecho varias prisiones, sin que ninguno de los detenidos pudiera dar luz sobre el asunto... y mientras tanto las apariencias todas condenan al que yo creo inocente. El lazo estaba bien tendido.

—¿Y qué podríamos hacer para desarmar á Carvaján?

—Hace ocho días le hubiese respondido á Vd.: Satisfacer su ambición y su orgullo cediéndole amistosamente el Gran Margal; pero hoy no se contentará con esto solo: odia á su padre de Vd. y á cuanto le rodea... Están Vds. á su merced, y esperar nada de su generosidad, sería ilusorio.



— ¡Ah! ¡Piérdase Clairefont, desaparezca el Gran Margal, que los despojos de nuestra pasada opulencia sean absorbidos por la desdicha, pero sálvese mi hermano querido!...

— Esté Vd. segura, señorita, de que en cuanto dependa de mí para conseguir lo último, estoy á la disposición de Vds.; pero desgraciadamente tenemos para mucho tiempo.

— ¿Cree Vd. que habrá que esperar?

— Desgraciadamente en muchas semanas no se llegará á la resolución definitiva. ¡Los procedimientos judiciales son tan lentos!...

— ¿Y cómo nos arreglaremos para que mi padre ignore lo que ha sucedido?

— Será muy difícil.

— Decírsele es matarlo: no podrá soportar tan rudo golpe. La pequeña disputa que tuve con él esta mañana, le trastornó. ¡Es claro! Está acostumbrado á no experimentar contrariedades, porque hasta hoy las hemos guardado para nosotros solos. Entregado á sus esperanzas, no pensaba más que en sus trabajos, que son su vida. Si hubiese encontrado realmente el enigma cuya resolución persiguió con tanta laboriosidad, ¿no hubiera sido un crimen privarle de tan inmensa alegría?

— No se trata ahora de eso, señorita; lo que nos interesa es encontrar la manera de defendernos. Estan Vds. al borde del abismo: mañana tendrá lugar el embargo, diferido gracias á los procedimientos, que no podían servir más que para ganar tiempo aumentando los gastos. Aún podemos dilatar la acción judicial y sostener á Vds. en posesion de su propiedad por unos cuantos días. Seguiremos la pelea en papel sellado; pero al fin y al cabo llegaremos al término fatal

sin haber conseguido más que exasperar á Carvaján. Por otra parte, si dejamos que el embargo se realice, tenemos probabilidades de ver terminada la causa de su hermano de Vd., antes de que llegue la subasta, porque, sin más preocupaciones, podemos dirigir todos nuestros esfuerzos en beneficio suyo. Rogaremos á cualquier abogado notable de París que le defienda, y una vez que le hayamos arrancado de entre las garras de sus enemigos, ya no hay razón para guardar más consideraciones, y entonces se procurará sacar todo el partido posible de los bienes embargados. Enviaremos anuncios á los agentes de negocios de la capital, para que nos proporcionen compradores; nos dirigiremos á los fabricantes de cal de Senonches, haciéndoles saber el peligro que les amenaza con la competencia, para que pujen y hagan subir el precio del Gran Margal, con objeto de unificar las tarifas. Carvaján se pondrá furioso; es muy fácil que llegue por su parte hasta la exageración, con tal de satisfacer su orgullo, y nada tendría de particular que, despues de pagadas todas las deudas, se encontrasen Vds. con unos cuantos miles de francos, que, bien colocados, produzcan lo bastante para vivir modestamente en Saint-Meurice. Hé aquí el plan que venia á proponer.

Molejean, en el calor de su discurso ya no tartamudeaba y suprimia su estribillo habitual; pero redoblaba en cambio el pestañeo detrás de sus gafas con armadura de oro.

— Si, eso es lo que conviene—dijo Antonieta.—La razón aconseja lo que Vd. ¡Oh Dios mío! ¡A fuerza de pesadumbres y de tristezas, he llegado á tener miedo en estos sitios, y los abandonaré sin disgusto! ¡He sufrido mucho en ellos! En manos de Vd., querido señor Molejean, encomiendo nuestra salvación. ¡Vea Vd. á



mi padre, convénzale, obtenga de él que se valga de nosotros para arreglar sus negocios! Creemos el vacío en su alrededor hasta que mi hermano vuelva... Después del peligro, tiempo tendremos de hacerle partícipe de nuestras zozobras para que su alegría sea mayor.

Una triste sonrisa esclareció su pálido semblante, y prosiguió diciendo:

—Tal vez hallará Vd. ridículas nuestras precauciones..., pero papá está acostumbrado á ellas. Es preciso regularizarle el placer y el dolor, como si se tratara de un niño pequeñito, y yo tengo para él mucho del cariño que las madres sienten por sus hijos.

Molejean miró á la joven con admiración y ternura, le tomó ambas manos, y apretándoselas con fuerza, exclamó:

—Es verdad, señorita; es verdad...

No prosiguió, porque una palabra más hubiera desbordado las lágrimas que se le agolpaban á los ojos. Se levantaron; juntos se dirigieron al castillo, y en el vestibulo Antonieta se detuvo, diciendo:

—Voy á mi cuarto. Si antes de marcharse tiene Vd. algo que decirme, mándeme Vd. á llamar; se lo ruego.

El notario se inclinó ante la señorita de Clairefont como ante una reina, y subiendo la escalera, penetró en el laboratorio.

Encerrada en su cuarto, Antonieta esperó con oído atento. Abridaba cierto vago temor de que su padre se resistiera á las razones de los proyectos del notario. Temía que hiciera nacer alguna complicación destructora del frágil baluarte que le ponía al abrigo de las noticias que tanto daño podían hacerle. Al cabo de una hora, oyó que bajaba Molejean, le vió atravesar el patio y alejarse, y á poco el viejo Bernardo le trajo

una cartita, escrita con lápiz, en la cual decía tan sólo: «No se atormente Vd.; el señor marqués será razonable. Mañana, al mediodía, volveré.» Estas sencillas frases la reanimaron, y á causa de ellas sintió dulce consuelo. Rendida por la fatiga, aquella noche pudo dormir, y cuando se levantó por la mañana, el sol estaba ya bien alto. Aquel reparador descanso habia devuelto á la señorita de Clairefont las agotadas fuerzas.

Pero tanto como fué tranquila para Antonieta aquella noche, resultó larga y penosa para Carvaján, que en la casa de la calle del Mercado oyó sonar las horas, una tras otra, alarmado por su impaciencia, cada vez mayor, á medida que el resultado perseguido por espacio de tantos años se aproximaba. Seguro de que el marqués no podia escapársele, no se explicaba la violenta excitación que en su alma asentaba los reales. Estaba inquieto, sin saber por qué.

La vispera, so pretexto de una visita importante, Pascual habia partido para el Havre, debiendo volver por la noche. Fleury fué á tomar instrucciones definitivas para la importante operación del embargo, y retenido por Carvaján, que hablaba con desusada animación, no logró retirarse hasta después de las doce.

Cuando quedó solo el alcalde, se encerró en su cuarto, y de madrugada ya, todavía seguía paseándose como una fiera en su jaula.

Durante aquella penosa vigilia, todo el pasado resucitó en su mente, embriagándole de odio y fortificándole el rencor. Al pensar que el marqués estaba á su merced de manera que podría humillarle á su sabor, sentía infernal gozo. Deseaba verle sufrir mucho; juntar con las torturas de su alma las del cuerpo, fomentadas por la miseria. Imponerle la vergüenza de un embargo con su cohorte de curiales; obligarle á



presenciar aquel acto, sin medios para defenderse; vender los preciosos recuerdos de familia, los retratos de sus abuelos, los objetos que legaron un padre ó una madre cariñosa; prostituir aquellas reliquias adoradas, introduciendo en el santuario del hogar extraños que, en nombre de la ley, revolvieran los cajones, sellaran las puertas, y, en una palabra, formalizar así el inventario judicial. Era su desquite.

Hubiera deseado tener el derecho de presenciar el espectáculo, excitando á sus secuaces, con el sombrero puesto, altivo y orgulloso, al frente de Honorato de Clairefont, temblando, impotente y pálido por el dolor. Pero la ley, menos cruel que Carvajan, se oponía á este monstruoso triunfo, sustrayendo á la víctima de la acción directa del verdugo. El banquero no podía franquear los umbrales de aquella casa. Encontraba absurda esta disposición; se acostó refunfuñando, y soñó que era diputado y la hacía modificar para su particularísimo uso.

Por la mañana se levantó muy temprano, como de costumbre. Abrió el correo; y cuando dieron las nueve, pensó con fruición: «Papillon y Fleury se dirigen en este momento al castillo.» Dos golpecitos dados sobre la puerta le hicieron estremecerse de los pies á la cabeza, y al propio tiempo se oyó la voz de Tondeur, que, hablando con la criada, decía:

—¿Está ahí dentro el amo? Porque tengo que hablarle en seguida...

Por sí mismo abrió la puerta. Presentía un nuevo obstáculo, y la ansiedad apenas le dejaba respirar.

Miró al comerciante de madera con interrogadores ojos, y exclamó:

—¿Qué sucede, Tondeur?

—Pues sucede que muy temprano me llamó el mar-

qués para proponerme un negocio... Jamás hubiera podido imaginar...

—¡Acabará Vd.!—gritó el alcalde, sobresaltado por la calma de Tondeur.—Al grano, al grano. ¿Qué quería?

—Venderme todas las hayas del parque esta mañana mismo por sesenta mil francos... Valen cien mil... pero, claro... yo le dije que no. Entonces bajó á cincuenta, y al ver que también me negaba, se puso pálido, y añadió, bajando la voz: «Por menos de cuarenta mil francos no puedo vender.»

—Como usted quiera, señor marqués—le dije—pero yo no hago nada sin el consentimiento del señor Carvajan, que es el único que puede autorizar la operación. ¡Diantre! Si me comprometo cuando todo está á punto de ser embargado, ¡vaya un negocio que me expongo á hacer!

Entonces el viejo siguió paseándose, y murmuraba: «¡Cuarenta mil francos y dos meses de plazo es mi salvación!»

Después, como si le ocurriera una idea de pronto, añadió:

—¿Cree Vd. que el señor Carvajan tendría inconveniente en venir á hablar conmigo?

—Yo no lo sé... pero se lo puedo preguntar, le respondí.

—¿Quiere Vd. encargarse de eso?

—Con mucho gusto.

Y así diciendo, tomé el camino, y en quince minutos héme aquí. Si no le molesto á Vd., agradecería que me diese de beber, porque me muero de sed.

El alcalde abrió la puerta.

—¡Claudina, un vaso de vino!—grito; y luego, poniéndose el sombrero, prosiguió con calma:



—Ahora, en cuanto beba Vd., nos iremos.

—¡Hola! ¿Quiere Vd. encontrarse frente á frente con el vejete?

—Hombre, ¿por qué no? Conviene que sepamos lo que quiere. Papillon y Fleury ya deben estar camino del castillo.

—Sí. Los encontré á la salida del pueblo.

—Los alcanzaremos antes de llegar á la meseta.

—¡Caramba! Hoy voy á perder diez libras de carne,

—exclamó Tondeur, y soltó la carcajada, tosiendo hasta ponerse de color de violeta.

Carvaján estaba ya en la calle, y andaba de prisa. Inmenso orgullo le henchía el pecho. Su enemigo le hacía llamar, sin duda para pedir cuartel. De nuevo se dirigía á Clairefont, por el mismo camino que treinta años antes pasó. ¡De qué manera tan diferente! Entonces era de noche, y él corría tropezando en las piedras del camino y ahogándose de angustia; ahora, á la luz de un sol esplendoroso, con paso seguro, convencido de su fuerza y distinguiendo perfectamente claro el objeto que se proponía al dirigirse en busca de su adversario, ningún sentimiento penoso laceraba su alma. Ganas le daban de decirles á los árboles, á las piedras, á todos aquellos mudos testigos de una escena cuyo recuerdo no pudo borrar el tiempo: «¡Yo soy aquel miserable que una noche, lloroso y desesperado, pasó entre vosotros en pos de la mujer que amaba! ¡Yo soy el paria á quien impunemente se le podía insultar! ¿No me conocéis? Pues soy el mismo. Solo que vuelvo vencedor, y, si quiero, pagaré insulto por insulto, golpe por golpe. En treinta años la rueda de la fortuna giró, poniendo en lo alto á quien estaba debajo. Han cambiado las circunstancias.»

Miró la terraza y el parque, y prosiguió pensando:

«No; no se talarán esos robustos árboles. Mañana serán míos. Me instalaré en seguida en esa hermosa vivienda, que fué el hogar de mi enemigo, y en su puesto sabré sostenerme mejor que él.»

En esto llegaron á la gran alameda, desde donde se distinguía el Gran Margal. La presencia del árido montecillo desagradó á Carvaján, que decidió plantar tres filas de árboles para que ocultaran á la vista de los transeúntes los trabajos de la cantera.

Se consideraba ya dueño de todo, y lo modificaba á su gusto.

Poco antes de llegar á la verja, alcanzó á Fleury y á Papillon.

—¿Qué sucede? —exclamó el secretario al verle.— ¿Se ha modificado el programa?

—El marqués de Clairefont ha manifestado deseos de verme... y por condescendencia vengo en su busca. Porque si hubiese querido, con decirle que en mi casa le recibiría... Pero soy el más fuerte, y no me gusta abusar de mi poder. Si lo que trata de proponerme me conviene, entonces modificaré el programa como usted dice; pero si no... ¡Entremos!

El mismo abrió la puerta de hierro, y holló el primero la tierra de Clairefont. Erguido, pero con la vista baja, anduvo algunos pasos, y luego se detuvo un instante. Había encontrado el sitio donde le atropellaron los caballos del marqués y el látigo de un cochero le cruzó el rostro. Como si hubiese una huella, y fuera posible borrarla, restregó los pies contra el suelo, y, trastornado por aquel recuerdo doloroso, se disponía á entrar en el vestíbulo, cuando apareció en la puerta la señorita de Clairefont.

No cruzaron una sola palabra. La joven, impasible, interrogó con la mirada á Fleury y Papillon, á



quienes estaba esperando. La morena frente de Carvaján se contrajo. Al verse en presencia del único adversario á quien su odio todavía no pudo combatir, se estremeció, y su triunfante alegría quedó nublada. Pensó que entre los Clairefont y él no había concluido todo. Con un imperioso gesto hizo hablar á Tondeur.

—El señor marqués me mandó esta mañana que rogara al señor alcalde que viniese á verle, y ha sido tan amable, que...

¡Carvaján en casa del marqués!... Todo el peligro que esta visita representaba se le ocurrió en el acto á Antonieta. ¿Qué mal espíritu pudo inducir al anciano para tomar semejante resolución? ¿Qué transacción había entre él y el banquero? ¿No le revelaría este en un instante lo que con tan sublime abnegación se esforzaron en ocultarle todos?

—Está muy bien. Voy á conducir al señor Carvaján al gabinete de mi padre—dijo lentamente.—Entre tanto, Vd., señor Fleury, puede cumplir su objeto. Bernardo, acompañe Vd. á estos señores, y póngase á sus órdenes.

Así diciendo, se volvió con altivez, y desapareció seguida por Carvaján y Tondeur.

Subiendo la escalera, sufrió la pobre jóven más que en toda su vida. Sospechosa á los ojos de su padre, ya no ejercía sobre él autoridad ninguna, y, por lo tanto, no era posible que estuviera en su mano el evitarle ó no cualquier pesadumbre. Momento hubo en que pensó encararse con Carvaján y decirle:

—Vamos á ver. ¿Qué pretende Vd.? Imponga las condiciones que quiera, y acabemos...

La puerta del laboratorio se abrió, y resolvió sus zozobras.

El marqués había oído llegar á su enemigo, y le salió al paso. Frunció las cejas, y notando la presencia de su hija, se detuvo; pero Antonieta avanzó sin miedo, en actitud de entrar, y lo hiciera si no le hubiera detenido por el brazo su padre, diciéndole:

—Ve, hija mía. Tengo que hablar con estos señores, y no te necesito.

—Pero, papá...—exclamó ella con manifiesto disgusto.

Carvaján alzó entonces la cabeza, y con sarcástico acento añadió:

—Si el señor marqués está bajo tutela, no sé que vine á hacer aquí...

Entonces, temerosa de disgustar al anciano resistiéndole, la jóven se decidió á abandonarle á sí propio, temerosa de lo que podía suceder; pero obediente á su voluntad, manifestada de nuevo por estas palabras dulces al par que imperativas:

—Ve, hija mía. Si te necesito, ya te haré llamar.

El inventor y el banquero permanecieron en silencio unos instantes. Tondeur se había retirado discretamente á un rincón de la estancia, y fingía ser indiferente á la escena aquella. Hábil emisario, supo introducir en la fortaleza enemiga á su aliado; y mientras no llegara el instante de repartir el botín, sus oficios eran ya inútiles.

—He rogado á Tondeur que le trajese á Vd. para que directamente arreglemos nuestras diferencias por cuestión de intereses. Vd. ha recogido la mayor parte de los créditos en contra mía; ignoro las causas que hayan podido impulsarle; desde luego las respeto, y voy derecho á mi propósito. Me parece que he hallado medio para salir de todos mis apuros: para realizarle necesito un plazo de dos meses y 40.000 francos. ¿En



qué condiciones puede Vd. otorgarme el uno y prestarme ese dinero?

El alcalde miró al marqués estupefacto: no podía comprender que se le hiciera semejante proposición. Tanta inocencia le hizo desconfiar. Creyó que le tendía un lazo. Pedirle un favor, olvidando sus exacciones, sus calumnias, sus insultos, y finalmente, el postrer golpe de la prisión de Roberto, que el país entero atribuía á su verdadero autor, era absurdo. Indudablemente detrás de aquellas palabras llenas de mansedumbre se ocultaba un propósito dañino, y muy sobre sí se replegó en sí mismo.

El marqués, viendo al banquero indeciso, imaginó que reflexionaba, y para resolverle, añadió:

—No tema exigirme mucho. Daré cuantas seguridades quiera, porque estoy seguro del éxito.

La palabra *éxito* iluminó la mente del tirano de Neuville: era la frase que encierra el enigma perseguido por todos los inventores. Recordó el horno de que le habían hablado, y comprendió que en él basaba sus esperanzas el marqués. Con aquel famoso aparato se proponía explotar el Gran Margal, y con sus productos pagar todas sus deudas y reconstituir su fortuna. Todo lo subordinaba á su invento; por él olvidaba las luchas del pasado, las del presente y hasta las desdichas de un hijo que llevaba su propio nombre.

—Se trata sin duda de su horno de Vd.—dijo Carvaján con acento burlón;—pero debo advertirle que yo vine aquí para recibir dinero y no para prestarlo; á liquidar un negocio, pero de ninguna manera á entablar uno nuevo. ¿Era esto todo lo que tenía Vd. que decirme?...

El inventor, lejos de comprender que era inútil cuanto hiciera por vencer á su adversario, con la te-

nacidad y el candor de un loco insistió, describiendo los proyectos que abrigaba. Incapaz de discurrir, como el objeto no fuera su monomanía, pensaba sólo en su descubrimiento, como si nada más existiera en el mundo. Condujo al banquero al rincón del laboratorio; le propuso que presenciara funcionar el aparato, y le encomió sus excelencias, lleno de confianza y entusiasmo. La voz de Carvaján cortó de súbito aquel discurso.

—¿Pero en qué se funda Vd. para suponer que voy á darle mi dinero, ni á interesarme en su invención? ¿Cree Vd. que voy á surtirle de cartuchos para que me haga la guerra con más comodidad? Comprendo el interés que le anima; pero el mio es absolutamente contrario. No soy yo de esos que se precian de las apariencias, ni tengo nada de filántropo. ¡El progreso! ¡la industria! son dos palabras muy bonitas; mas como nada me prueba que Vd. sabrá emplear mi capital, no pienso prestarle un solo céntimo; y además, me debe Vd. muy cerca de 400.000 francos; de estos, ciento sesenta mil puedo y quiero cobrarlos hoy mismo, y no tengo el propósito de esperar más... ¿Se ha enterado Vd.? ¿Está dispuesto á hacer honor á su firma?

El marqués inclinó la cabeza, y murmuró:

—No, señor...

—Entonces no podemos entendernos; no se molesta á la gente para contarle tonterías, y cuando no se tiene dinero para pagar las deudas, está fuera de lugar presumir de talento superior. ¡El horno! Ese aparato me pertenece, como todo lo que hay en esta casa, y no sé por qué, aunque muy bueno, no pienso explotarlo...

—¿Explotarlo Vd.?...

—Sí, yo. Me parece, señor marqués, que llegó el



momento de no andarse por las ramas. Soy ya demasiado viejo para que pueda entretenerseme con subterfugios. Francamente, le creía á Vd. menos á propósito para la lucha... pero me engañé porque se ha defendido Vd. bien. Pero ya todo se acabó; no hay que hacerse ilusiones. No le queda á Vd. más recurso que pagar (no ha de poder hacerlo) ó marcharse más que á prisa. Hace treinta años me echó Vd. de esta casa. Hoy se cambian los papeles, y soy yo quien le echa. Abajo tiene Vd. al escribano cumplimentando un mandamiento de embargo.

Al decir esto, su rostro estaba animado por espantosa alegría; soltó una carejada injuriosa, y paseándose con las manos en los bolsillos, igual que si fuera ya el dueño de la casa, todo lo escudriñaba con felina curiosidad.

El marqués había escuchado aquel discurso lleno de estupor. Como las nubes barridas por el cierzo, así las ilusiones desaparecieron de su alma. Volvió en sí, comprendió el rebajamiento que representaba haber descendido hasta tratar con Carvaján, y al dejar de ver en él al prestamista siempre dispuesto á una especulación ventajosa, tornó á considerarle como el enemigo rencoroso é implacable de su casa.

—Me engañé—dijo con desdén;—creía poseer aún algo capaz de excitar su miserable codicia.

—¡Oh! ¡oh! ¡Insolencias tenemos? Es un lujo que no puede Vd. permitirse. Cuando se debe una fortuna, no se paga con malas palabras.

—Es Vd. dueño de la situación, y puede abusar de ella—dijo el marqués con amargura.—Me tiene en sus manos, y nada debo esperar. Después de todo, Vd. es un extraño; y cuando mi hija me negó su auxilio, y mi hijo me abandona, no puede chocarme que Vd. me

rehuse su apoyo. Por lo demás, el punto está sobradamente discutido. ¡Nada tenemos que hablar ya!...

Carvaján hizo un gesto de asombro. Luego su semblante se reanimó por diabólica satisfacción, y dejando caer lentamente sus frases envenenadas por el ódio, exclamó sonriendo:

—Me parece que está Vd. en un error. Acusa Vd. á sus hijos, y es injusto. Por lo visto, pidió Vd. dinero á su hija, y se lo negó. ¡Claro! ¡Si no lo tiene!... ¡Hace ya mucho tiempo que me lo dió á mí! Se queja de su ingratitud, después de que la pobre muchacha se ha arruinado por tener un pobre loco, sin quejarse, en silencio, rogando que nunca le dijésemos á Vd. cómo había destruido su fortuna. ¡Llama Vd. á esto negarle su auxilio?

El marqués no pronunció una palabra, ni exhaló un suspiro. Vivo rubor tiñó sus mejillas, para palidecer de nuevo súbitamente. Le parecía que una mano de hierro le oprimía el corazón. Miró á Carvaján como una víctima á su asesino. Inconscientemente dió unas cuantos paseos, olvidado de la presencia de su verdugo, y por fin se dejó caer sobre una butaca con la vista extraviada. El alcalde, gozándose en las torturas de su enemigo, ansioso de aplastarle bajo el peso de su rencor, prosiguió:

—Y en cuanto á su hijo de Vd., si no le tiene junto á sí, no es por culpa suya, puedo asegurárselo. Ayer fué preso y conducido á Rouen entre dos gendarmes, ni más ni menos que como el último ratero.

Honorato se puso en pié de un salto: con los ojos centellantes y los labios temblorosos, cogió al banquero por el cuello, y empujándole con increíble fuerza contra uno de los pilares de la estancia, gritó con voz ronca:



—¡Mientes, miserable!... ¿Confiesa tu infamia, si no quieres que te estrangule!...

Hubo un instante de lucha; pero la falsa energía de Honorato duró muy poco, y sacudido por Carvaján, que juraba como un condenado, fué á caer desfallecido entre los brazos de Tondeur, que había corrido á separarlos.

—¡Ira de Dios! ¡Viejo zorro! ¿Quiéres volver á empezar como antes? Pues ahora han variado las circunstancias. Tondeur: Vd. es testigo de que ha levantado la mano á una autoridad. ¡Vive Dios, que le he de llevar á los tribunales!...

—Vamos, señor Carvaján, no haga Vd. caso—dijo Tondeur, lleno de lástima por el pobre viejo—le ha dado Vd. un golpe muy rudo, y en el primer momento no fué dueño de sí mismo.

—Conque no ¿eh? Ya le ajustaré yo las cuentas. Si le disgusta ver á su hijo en la cárcel, aún le espera algo más fuerte, porque me propongo llevarle un poco más lejos. Así aprenderá á tratar con personas...

El viejo abrió los ojos, y descompuesto por el dolor, exclamó con débil acento:

—¡Mi hijo! ¡Mi Roberto entregado á los tribunales!... Pero, ¿por qué, Dios mio?...

Carvaján se le acercó, y tocándole casi en el rostro con el suyo, inflamado por la cólera, le dijo:

—Ha seguido la tradición paternal; y como la mujer que pretendió arrebatarse se defendía... la estranguló. Por eso está en la cárcel, por asesino.

El señor de Clairefont se levantó tambaleándose, y con acento suplicante gimió, cruzando las manos:

—Eso no puede ser; no es criminal Roberto; yo respondo de ello. ¡Es mi hijo!... Vd. tiene también uno... ¡Fíjese Vd. lo que yo sufro!... Un pobre jóven, inocente

del crimen que se le imputa... Disponga Vd. de mí; yo haré lo que me mande. Reconozco mis errores; perdónemelos. El desdichado Roberto puede esperar todo, si Vd. quiere protegerle... Tenga un poco de indulgencia. ¡Sálvelo Vd.! ¡Devuélvame, por piedad!...

Carvaján, con los brazos cruzados, estaba impasible. Sonreía gozoso, y murmuró con acento cruel:

—¡Hola, hola! ¡Parece que hemos variado de tono!... Hace un instante todo eran insultos, y ahora todo son lágrimas. ¡Qué cobardía, y cuanta necedad!... ¿Por ventura, soy yo un amigo dispuesto á hacer un favor?

—Señor Carvaján, me arrepiento de mi pasada conducta...

—¿Pero piensa Vd. borrar sus ultrajes por medio de palabras?...

Atrajo al anciano por un brazo, le llevó junto á una ventana, y señalándose el rostro, donde la blanca cicatriz subsistía indeleble, prosiguió:

—Aquí está, ésta es; aún existe la huella del ultraje. Y ahí fuera, en ese mismo patio, fué donde me atropelló brutalmente un orgullo que desde ahora me desdice mucho de esta humildad de ahora.

—Pues bien—exclamó con exaltación el marqués—bajemos, y en el mismo lugar donde infligí la afrenta, pediré gracia de rodillas para salvar á mi pobre hijo...

Delante de su enemigo vencido, suplicante y lloroso, Carvaján estuvo un momento dudando. Al ver correr las lágrimas por las mejillas de Honorato, pensaba:

—Héle ahí aniquilado á mis piés. El ensueño de toda mi vida se realiza; ya soy feliz...

Y, sin embargo, en vano pretendía engañarse á sí propio. Extraña amargura invadía su ánimo, y, no pudiendo resistir la influencia que sobre él ejercía la



humilde actitud del anciano, dió media vuelta, y se apartó murmurando:

—Es inútil: con Vd. y con su hijo no se puede confiar en nada. Lo tengo á Vd. cogido, y no he de soltarle. Vd. comenzó la lucha, que yo me haya defendido es natural, y que me proponga inutilizarle en absoluto lo es más todavía. En aquella época Vd. tenía fortuna y consideración, que le sirvieron para herirme sin piedad: me llegó la vez, y es justo que saldemos todas nuestras cuentas.

Estas palabras, impregnadas de odio y de desprecio, trastornaron el cerebro de Honorato. Presa de un terrible vértigo, miró con extravío al hombre sin corazón que tanto le maltrataba.

—¡Hay una Providencia!—gritó con voz enronquecida.—Eres implacable para mi hijo; tienes uno indigno de tí, porque es un hombre honrado, y él se encargará de castigarte.

—¡Por qué me dice Vd. eso!—exclamó Carvaján, ébrio de cólera y lleno de sobresalto.

—¡Ah! ¡Ah! Mis enemigos mismos me vengarán. Sí, el hijo es un hombre de bien. Ya una vez huyó de la casa paterna avergonzado, y esto volverá á suceder cuando enterándose de estas horribles maquinaciones, se espante por sólo llevar el nombre de Carvaján.

—Está loco,—murmuró el alcalde, dirigiéndose á Tondeur.

El viejo le miró unos instantes de arriba abajo, y pronto á lanzarse sobre él, añadió:

—Fuera de aquí monstruo. Tu objeto está cumplido. Me has robado la fortuna, pretendes robarme el honor; ya no queda más que mi invención...; pero esa no caerá en tus manos.

Y frenético [corrió á la mesa de trabajo, desgarró todos los planos, y las pisoteó luego. En seguida, arrojándose con un pesado martillo, riendo como un insensato, se precipitó sobre el horno, y á grandes golpes pretendía destruirlo...

Carvaján, exasperado, quiso contenerle; pero el viejo, volviéndose á él, con los cabellos erizados y actitud amenazadora, le gritó:

—¡Atrás, miserable! Si das un paso, te aplasto de un martillazo.

—¡Vive Dios... no te tengo miedo!—dijo á su vez el alcalde, disponiéndose á luchar.

En aquel instante se abrió la puerta, y dió paso á Antonieta, que había subido atraída por las voces.

—¡Padre mio!...—dijo al verle en aquel estado.

El anciano se dejó abrazar de ella: no opuso resistencia para que le arrebatase el martillo, y con voz ahogada murmuró:

—Que se vaya ese hombre... Me mata su presencia...

La joven se volvió hacia Carvaján, diciéndole con dulce acento:

—Mi padre le ruega á Vd. que se vaya.

Y al verlo inmóvil, cambiando súbitamente de tono, le señaló la puerta con un imperioso gesto, exclamando:

—¡Fuera de aquí!

El alcalde y Tondeur, subyugados á su pesar, bajaron la escalera y salieron.

Entonces Antonieta obligó á sentarse á su padre, se arrodilló á sus piés, cubrió de besos sus heladas manos, enjugó el sudor que le inundaba la frente y llena de angustia gemía:

—¡Padre mio... soy yo...; vuelve en tí... Papá, mírame...; me das miedo...



Honorato abrió los ojos, y reconoció á su hija. El llanto corrió por sus mejillas, y cruzando las manos como quien implora, dijo:

—¡Hija!... ¡ángel mio!... ¡perdóname! Te acusaba... te juzgaba mal...

Cayó hacia atrás, y perdió el conocimiento.

Rumor de pasos resonó en la escalera, y el señor de Croix-Mesnil entró en la estancia.

—¡Antonietta!...—exclamó.

—¡Le esperaba á Vd!...—repuso ella con acento de convicción.

—¡Dios mio! ¿Habré llegado tarde?

—No; por desgracia, aún nos queda mucho que sufrir. Ayúdeme Vd. á conducir á papá á su cuarto.

Los dos jóvenes incorporaron al anciano, que se quejaba como un niño, y formando lúgubre cortejo, bajaron la escalera de piedra.



## IX

Las horas que siguieron fueron espantosas. Croix-Mesnil se multiplicaba, y hacia vanos esfuerzos para tranquilizar á Antonietta sobre la gravedad del estado de su padre.

El doctor Margueron partió aquella mañana para celebrar una consulta en un pueblecillo algo lejano, y no volvió hasta las siete de la tarde. Encontró al marqués extremadamente inquieto, y con el lado izquierdo de la cara afectado por ciertos movimientos convulsivos, que eran uno de los síntomas de la afección cerebral. Prescribió sinapismos y una aplicación de sanguijuelas, á la base del cráneo, si la congestión aumentaba. No ocultó la gravedad del caso, y prometió volver en las primeras horas del día siguiente.

La joven pasó en compañía del barón la velada más cruel de su vida, á la cabecera del enfermo. En el silencio de la alcoba, la respiración entrecortada del marqués y sus frases incoherentes resonaban lúgubramente. Sentada junto á la mesa, sobre la cual una lámpara difundía débil claridad á través de la bomba de cristal raspado, miraba con cariño al amigo leal, que acendió no bien supo la desgracia que la había ocurrido. Los dos callaban.



Honorato abrió los ojos, y reconoció á su hija. El llanto corrió por sus mejillas, y cruzando las manos como quien implora, dijo:

—¡Hija!... ¡ángel mio!... ¡perdóname! Te acusaba... te juzgaba mal...

Cayó hacia atrás, y perdió el conocimiento.

Rumor de pasos resonó en la escalera, y el señor de Croix-Mesnil entró en la estancia.

—¡Antonietta!...—exclamó.

—¡Le esperaba á Vd!...—repuso ella con acento de convicción.

—¡Dios mio! ¿Habré llegado tarde?

—No; por desgracia, aún nos queda mucho que sufrir. Ayúdeme Vd. á conducir á papá á su cuarto.

Los dos jóvenes incorporaron al anciano, que se quejaba como un niño, y formando lúgubre cortejo, bajaron la escalera de piedra.



## IX

Las horas que siguieron fueron espantosas. Croix-Mesnil se multiplicaba, y hacia vanos esfuerzos para tranquilizar á Antonietta sobre la gravedad del estado de su padre.

El doctor Margueron partió aquella mañana para celebrar una consulta en un pueblecillo algo lejano, y no volvió hasta las siete de la tarde. Encontró al marqués extremadamente inquieto, y con el lado izquierdo de la cara afectado por ciertos movimientos convulsivos, que eran uno de los síntomas de la afección cerebral. Prescribió sinapismos y una aplicación de sanguijuelas, á la base del cráneo, si la congestión aumentaba. No ocultó la gravedad del caso, y prometió volver en las primeras horas del día siguiente.

La joven pasó en compañía del barón la velada más cruel de su vida, á la cabecera del enfermo. En el silencio de la alcoba, la respiración entrecortada del marqués y sus frases incoherentes resonaban lúgubramente. Sentada junto á la mesa, sobre la cual una lámpara difundía débil claridad á través de la bomba de cristal raspado, miraba con cariño al amigo leal, que acendió no bien supo la desgracia que la había ocurrido. Los dos callaban.



Antonieta aniquilada moral y materialmente, sólo lucubraba tristes ideas. Toda su atención la concretaba en aquel pobre hombre, delirante y febril, y en el recuerdo de su hermano, cuyo peligro era menos inmediato, pero mucho más grave. ¡Qué triste calvario debía recorrer, y cuán pesada era la cruz que la abrumaba! Apenas tenía fuerzas para sostenerse en pie; como si dentro de la cabeza tuviera una bala de plomo; sentía espantosa pesantéz, y hubiera dado un año de vida por poder llorar; pero sus ojos secos, hundidos en las órbitas, como si el esfuerzo del pensamiento los atrajera, brillaban de desesperación en medio de dos círculos violados.

A las diez el viejo Bernardo entró con paso cauteloso, y les avisó que estaba servida la cena. Antonieta se negó á bajar al comedor, y á fuerza de súplicas, Croix-Mesnil la arrancó la promesa de tomar un poco de sopa allí mismo, haciéndola ver que no habiendo comido desde por la mañana, era muy fácil la faltase la energía necesaria para cuidar á su padre.

Después de que cenó, el barón volvió junto á ella, y pretendió sustraerla á sus meditaciones, hablándola en voz muy baja, sin pensar que era inútil esta precaución, porque las palabras herían los oídos del enfermo, pero no despertaban el eco más ligero en su espíritu.

La fría calma de la señorita de Clairefont. asustaba al joven que hubiera preferido verla exaltada; razonaba con una frialdad y una lucidez admirables; no abrigaba ninguna esperanza; ella misma provocó la conversación, interrogando á Croix-Mesnil sobre el efecto que produjo en el público la prisión de su hermano, pues en el rincón donde vivían era imposible que se supiese lo que se pensaba y se decía en el exte-

rior. Todas sus noticias estaban limitadas á las que su tía Isabel escribió en su breve carta.

Pero Croix-Mesnil no podía decir más que lo que era público; él supo la desgracia por el *Courrier de l'Eure*, que un oficial amigo suyo le llevó, y en cuyo periódico se contaban los detalles del asesinato y de la prisión del presunto criminal. Tan pronto como obtuvo de sus jefes una licencia para ausentarse por veinticuatro horas, emprendió la marcha, y en la capital otros varios periódicos le pusieron al corriente del giro tomado por la opinión pública.

Se habían formado dos bandos; el uno favorable, y el otro contrario á Roberto. Por desgracia, éste era más numeroso que el primero, efecto de la pasión política, que influía no poco en el asunto.

Los periódicos radicales declamaban contra «los instintos sanguinarios de aquellos últimos representantes del feudalismo, que aún se consideraban dueños de sacrificar la honra y la vida de los proletarios.» A Chassevent, llamado por ellos «venerable anciano» y «honrado obrero,» le revestían con las formas de un padre loco de pena, llorando sin consuelo á la hija que era el báculo de su vejez. Y todas estas novelescas invenciones terminaban excitando la energía de los magistrados y el rigor del jurado, que debían ser inflexibles tratándose de tan espantoso crimen.

Croix-Mesnil se guardó muy bien de contar á Antonieta todos estos detalles, que demostraban la habilidad con que se supo extraviar la opinión. Tampoco le dijo que momentos antes de salir de Evreux había recibido un telegrama de su padre, poniéndole en guardia contra el primer movimiento irreflexivo, y aconsejándole que procurase mantenerse á cierta distancia de la familia de Clairefont. «La ruptura no ha



sido provocada por tí—decía el prudente magistrado—aprovéchate de esta circunstancia, y no te comprometas. Todas las pruebas materiales condenan á Roberto; en su favor no hay más que presunciones morales, bien débiles por cierto.» El capitán guardó en el bolsillo el despacho, y partió, sin tomar en cuenta nada de lo que en él se le decía. Tenía un corazón grande; era uno de esos hombres que no creen hacer bastante como no hagan demasiado. Antonieta era desgraciada; su hermano, víctima de una calumnia; lejos de parecerle esto razón para alejarse, como le telegrafaba su padre, entendía que en tales momentos el que fué amigo en la prosperidad, no tiene el derecho de prescindir de sus deberes por temor de comprometerse.

El uno junto al otro, triste él y pálida ella, hablaban á la luz de la lámpara, ténue como para velar á un moribundo. A intervalos se interrumpían para escuchar al anciano, que en su delirio pronunciaba palabras inconexas, y reía lúgubramente, recordando la horrible escena. Aquellas frases, balbuceadas con torpe lengua, estremecían á los dos jóvenes, y les ponían de manifiesto la espantosa realidad.

—¡Carvaján! ¡Siempre ese nombre maldito! ¿No fué él quien acusó á Roberto?—preguntó Croix-Mesnil.

—Eso dice el señor Molejean, y es indudable que fué una venganza de la afrenta que le hizo mi hermano. Hemos labrado nuestra propia desdicha; y si bien es verdad que nuestros enemigos merecen reproches por su conducta, también la merecemos nosotros por nuestra imprudencia.

Como una protesta de estas palabras humildísimas, la voz confusa del marqués se hizo más distinta, y pronunció:

—¡Carvaján!... ¡Ah, miserable!... ¡Fortuna, honor!... ¡Todo, menos mi obra!...

Presa de respetuoso miedo, los dos jóvenes se callaron, y por largo espacio sólo el monótono tic-tac del reloj interrumpió el silencio. Tres veces entró Bernardo: el pobre viejo quería pasar la noche á la cabecera de su amo; pero Antonieta le despidió con dulzura, mandándole acostarse para estar dispuesto al día siguiente.

Las dos de la madrugada serian cuando, acercándose al lecho de su padre, observó que tenía el rostro menos crispado, y que la respiración era más regular.

Tuvo un momento de alegría, y el llanto, que no consiguió hacer brotar el dolor acerbó, corrió en abundancia cuando un rayo de esperanza esclareció su alma. Juntó las manos, cayó de rodillas, y Croix-Mesnil la oyó rezar. Trató de consolarla, pero ella le dijo:

—Déjeme Vd.: estas lágrimas alivian mi pena.

Y señalando al marqués, prosiguió:

—Parece que está mejor; ¡si pudiéramos salvarle!... ¡Sería horrible que Roberto no tornara á verle, y pudiera pensar que el disgusto le causó la muerte!

—No sucederá eso—replicó conmovido el barón.—Esté Vd. tranquila; los malos no triunfan siempre; hay una Providencia protectora de los inocentes, y ella hará que vuelva Vd. á ver juntos y felices al padre y al hijo.

—Espero que Dios escuchará mis ruegos—añadió Antonieta con acento que revelaba su profunda fé.

Por espacio de algunos minutos estuvieron al lado del lecho del enfermo. Despues Antonieta declaró francamente que deseaba velar sola á su querido padre.

—Si necesito ayuda, prometo llamarle



Croix-Mesnil resistió mucho; pero por fin hubo de resignarse á obedecer. El silencio lo invadió todo: el silbido melancólico de una corneja se escuchaba á lo lejos; pero, con ser de mal agüero, no aminoraba la esperanza de la jóven. ¿Por ventura no era el ave que lógicamente debía rondar los alrededores de aquella casa donde todo era dolor?

Medio tendida en una butaca, con la mirada fija en una faceta de los adornos de la chimenea, sobre la cual reflejaba un rayo de luz, pasó mucho tiempo inmóvil, sin darse cuenta de lo que sucedía á su alrededor. Poco á poco sintió que languidecía, como si la vida la abandonase; su alma flotaba en los espacios imaginarios, donde todo es infinito. No sentía cansancio ni dolor; exhaló un suspiro, y se quedó dormida. Pero su sueño no duró más de una hora. Le pareció oír su nombre; se levantó asustada, y corrió junto al lecho del marqués. Este se había incorporado sobre un brazo, y la miraba con dulzura; la habló, la estrechó una mano como para probarle que la reconocía, y articuló con dificultad:

—Conviene que veas á ese hombre, hija mía. Es honrado, y salvará á tu hermano.

Pensando que se trataba de una alucinación, efecto de la fiebre, y que se refería á un ser imaginario, abrazó al anciano para tranquilizarlo, y repuso:

—Sí, papá; se hará como deseas.

El movió la cabeza, la miró con aire inteligente, y con acento que le pareció á Antonieta profético, repitió:

—El nos salvará; no lo dudes. Es bueno. Precisa que le veas, hija mía.

Intentó mirarla de nuevo; pero al volver la cara, sus facciones se contrajeron. Una sombra de insensa-

tez se extendió por su semblante, y prosiguió diciendo:

—Hace un momento estaba ahí..., junto á las cortinas.

—Era el señor de Croix-Mesnil, papá.

—No—insistió el enfermo, con creciente agitación:—sé lo que me digo; tengo mis razones para afirmarlo. Era Pascual Carvaján. Sólo él puede salvar á tu hermano. Ofrece me que le verás. No estaré tranquilo hasta que me lo prometas...

—Bien, tranquilízate. Te prometo cumplir tu mandato.

Las facciones del marqués se dilataron: se dejó caer hácia atrás; murmuró algunas palabras que la jóven no pudo comprender, y se durmió tranquilamente.

La señorita de Clairefont permaneció pensativa. El recuerdo de Pascual, evocado por su padre, había renacido por completo. Parecía que estaba en su presencia, con su fisonomía enérgica y varonil; entreabría la boca para hablarla; pero ella, que sabía de antemano lo que le iba á decir, no quería escucharle. No obstante, sus palabras, como una plegaria acariciadora, resonaban en sus oídos. ¿Podría dudar que la amaba? Su muda admiración, su tímido respeto, proclamaban amor á todas luces. Al contemplarla, temblaba, y cuando la veía alejarse, palidecía. Provocó á Croix-Mesnil, impulsado por los celos: le pertenecía en absoluto; debía aborrecer cuanto no fuera ella; repugnaba con horror las tenebrosas intrigas de su padre, y, sin embargo, ni siquiera esperaba un poco de amistad en cambio de su adhesión incondicional.

Todo lo que oyó contar de él tomaba forma en su imaginación, y con su habilidad en los negocios, su ta-



lento como abogado, su energía para rechazar el despotismo paternal, lo atraía á su pesar y se confesaba á sí propia que entre Carvajan padre y su hijo había un abismo. Las palabras del marqués resonaban aún en sus oídos: «El salvará á tu hermano!» le oyó decir. ¿Por qué misteriosa intuición, el padre afligido, señalaba en él al hombre capaz de resolver aquel horrible conflicto? ¿Acaso un poder sobrenatural le inspiró? Jamás le había visto, y sin embargo se le aparecía en su delirio, le llamaba por su nombre, y con irresistible autoridad se incorporaba en el lecho del dolor para manifestar su deseo. ¿No tenía ella el deber de complacerle? ¿No se lo había ofrecido, y en el fondo del alma sentía renacer la esperanza?

Acaso la salvación dependiese, en efecto, de él. Indudablemente debía influir mucho en el ánimo de su padre. Con sólo conseguir que el odio de Carvajan se aminorase (y podría suceder, si con esta capitulación se satisfacía el orgullo del alcalde), se habría adelantado mucho. Como consintiera en permanecer neutral, destruida la influencia de partidarios tan poderosos, la salvación de Roberto era mucho menos difícil, y obtenida ésta, el pobre enfermo ya no moriría de pesadumbre.

Este pensamiento exaltó el ánimo de Antonieta. Si, en efecto, estaba en sus manos la salvación de todos, no había lugar á duda, aunque obtenerla requiriese una humillación. Sería menester que fuese á buscar á Pascual, que le rogara, que le convenciese, después de haberle hecho comprender un día que entre una Clairefont y un Carvajan nada de común podría existir. Pero, ¿qué importaba todo esto, si era el precio de la vida de su padre y la libertad de su hermano?

Aceptaba el sacrificio de su orgullo como una ex-

piación, porque se reconocía hasta cierto punto culpable. Su altanería y su desden acaso influyeron en la común desgracia. Si era preciso, hasta llegaría á arrostrar las iras del alcalde, pidiéndole gracia para los suyos y perdon [por haberle arrojado de su casa.

La llegada del día la afirmó más y más en su propósito. Sólo le faltaba inventar el pretexto para acercarse á Pascual, y lo encomendó á la suerte.

A las siete Croix-Mesnil se le reunió. El anciano, sumido en letárgico sueño, no hablaba ya, y respiraba con fuerza. Accediendo á la súplica de su amigo, consintió en dejarle al cuidado del enfermo: se fué á su cuarto; se refrescó la cara lavándosela; se acostó vestida, y dormitó hasta las nueve. A esta hora llegó el doctor en compañía de Molejean. Avisada por Bernardo, fué á reunirlos, y les encontró á la cabecera del enfermo.

Por orden del médico estaban abiertas todas las ventanas; el aire y la luz parecía que reanimaban al enfermo; tenía los ojos abiertos, y en ellos se reflejaba un destello de inteligencia.

La fiebre había remitido, pero la parálisis parcial invadía el costado derecho.

El doctor declaró que abrigaba muchas esperanzas de salvación, pues el ataque cerebral incipiente estaba dominado.

—Necesita mucha tranquilidad, y sobre todo no hablar. Salgamos, y abajo extenderé una receta.

Sobre la terraza, entre el notario y la señorita de Clairefont, el médico no pudo resistir al deseo de hablar de Roberto. El día antes, preocupado por la gravedad del marqués, no pudo contar la impresión profundísima que le causó la escena de la confrontación.



—Cuando le ví arrodillarse delante del lecho de la muerta, no pude remediarlo; me conmoví, y pense para mí: «ó este hombre es un criminal empedernido, ó es inocente.»

—Es indudable que no intervino para nada en el crimen—dijo Molejean—es tan leal, que le creo incapaz de mentir. Un Cleirefont no sabe hacerlo.

—Tiene terribles enemigos—volvió á decir Margueron.—Mis declaraciones, desnaturalizadas por la gente, corren de boca en boca por Neuville, y perjudican al señor Roberto; pero delante del tribunal me rectificaré, y como el jurado no esté influido...

—¿Sería eso posible?—exclamó Antonieta asustada.

—Se dan casos—dijo Molejean.

La señorita de Clairefont dejó partir al doctor, y detuvo al notario; estaba resuelta á no retroceder ó intentarlo todo, antes que consentir que Carvaján, trabajando la opinión pública, influyese sobre los que habían de juzgar á su hermano. En cuanto se quedó sola con Molejean, sin más preparacion ni más ambages, le dijo:

—¿Cómo nos arreglaremos para que pueda yo tener una entrevista con Pascual Carvaján?

El notario, que ni soñaba que semejante cosa pudiera ocurrírsele á Antonieta, se quedó estupefacto; hasta llegó á temer que, exaltada, intentase un disparate. La interrogó con tino, y al oírle referir lo ocurrido la noche anterior, sin emitir su opinion sobre las palabras de su padre, que á su juicio tenían algo de sobrenatural, Molejean sintió que le subyugaba la emoció, y pensó:

—¿Quién sabe si, en efecto, este plan es el más prudente! Acaso sea posible dominar á Pascual excitando sus buenos sentimientos, y sujetar á su padre

por medio del interés. Quizá será menester entregar todos los bienes al alcalde de Neuville, para que transija; pero, ¿no es esto preferible á un proceso que puede concluir con el cadalso? El notario tenía la conciencia de que todas las declaraciones contrarias á Roberto fueron dictadas por Fleury, Tondeur y comparsa, y no se engañaba. Una sola palabra de Carvaján podía trocar la sentencia de muerte en un *no ha lugar*.

—No me parece mal: es una tentativa que tal vez dé resultado. El hijo del alcalde llegó esta mañana: fácilmente podremos verle; pero me figuro que no querrá Vd. que encontremos al padre, y para evitarlo precisa obrar con mucho tacto. Si quiere V. que yo me encargue de arreglarlo...

—Sólo en Vd. confío.

—Pues bien: puede Vd. venir á mi casa, y mientras yo vigilo la de Carvaján y preparo la manera de que V. entre en ella, mi mujer la hará compañía.

Después de una ausencia de veinticuatro horas que había preocupado mucho á Carvaján, Pascual volvió como había prometido. Interrogado sobre los resultados de su viaje, contestó lacómicamente que fué al Havre para entenderse con uno de sus corresponsales. Pero no tenía costumbre de mentir, y no pudo menos de ruborizarse al contar lo que no era cierto. Volvía de Rouen, y fué en busca de un condiscípulo suyo recientemente nombrado sustituto del procurador general. Su amigo le recibió con esa amabilidad enfática, patrimonio de las gentes de curia; hablaron largamente por espacio de media hora sobre lo penoso que era un cargo de tan enorme responsabilidad; y cuando Pascual intentó traer la conversacion al objeto de su visita, sólo obtuvo menoslabos por respues-



ta, y hubo de abandonar su propósito ante la desconfiada frialdad del sustituto.

—Negocio muy difícil. Instrucción complicadísima; de pronóstico reservado.

Esto fué lo más que pudo conseguir que le dijera el magistrado, que acabó por imponerle silencio, cuando le dijo con un acento que envolvía una reticencia:

—En suma, mi querido Carvaján; no sé cómo me pregunta Vd. por cosas que debe saber mejor que yo, puesto que es Vd. de Neuville.

Y en lugar de contestar, había sometido á Pascual á un interrogatorio.

Al cabo de una hora de visita, Pascual se retiró muy inquieto, con la convicción de que la mayoría de aquel tribunal llevaría adelante la causa, y pasó una noche bien triste en la fonda; pues temeroso de inspirar sospechas á su padre, no se atrevió á volver hasta el día siguiente. Mientras la señorita de Clairefont estaba en casa de Molejean, Pascual se esforzaba por distraerse trabajando en el despacho de su padre, pero sus propósitos resultaban inútiles, porque el pensamiento, desobediente á su voluntad, volaba fuera de la casa paterna, para fijarse en la imagen de la mujer amada. Estaba nervioso é inquieto, tan pronto sentado como en pié junto á la ventana, ya paseándose, ya mirando al cielo cubierto de nubarrones que amenazaban tempestad.

Brilló un relámpago; á lo lejos se escuchó el fragor del trueno, y la luz se tornó amarillenta, como si los rayos del sol se filtraran á través de una nube de cenizas.

El aldabon resonó con violencia, sacudido por una mano impaciente. Pascual prestó atención, y apercibió confuso rumor de palabras en el patio, y antes

de que pudiera sospechar quién era el visitante, el señor Molejean apareció en la puerta de la estancia.

En su presencia se reflejaba una expresión particular; pestañeaba con vertiginosa rapidez, y con aire misterioso avanzó hasta el joven, y le dijo en voz baja:

—Su padre de Vd. se ha marchado á Lisors, ¿verdad? ¿Está Vd. solo... y no espera á nadie?... Porque ahí fuera aguarda una señora que desea hablar con usted.

Al escuchar estas palabras, Pascual creyó que el corazón se le iba á salir del pecho, sintió que las piernas se le doblaban, y le pareció que la estancia giraba en torno suyo. Con voz alterada preguntó:

—¿Quién es? seguro de que le contestaría que la señorita de Clairefont.

Pero no sucedió así, porque Molejean, sin perder siquiera el tiempo necesario para responder, abrió la puerta, y dijo, apartándose para dejar el paso libre:

—Entre Vd., señorita.

Los dos jóvenes se encontraron frente á frente, y sus fisonomías revelaban afectos bien diversos. Antonieta vestida de negro, traía el rostro cubierto por un velo: se lo arrancó con un movimiento nervioso, y su rostro, pálido, revelador de una profunda pena, apareció á los ojos de Pascual.

Al fijar su mirada en los ojos de Antonieta, enrojecidos por el llanto é impregnados de tristeza, sintió que le recorría un escalofrío, y sin darse cuenta de lo que hacía, le ofreció una silla. La joven se dejó caer sobre el asiento, y miró á Molejean de un modo muy expresivo; éste se inclinó, y, saliendo del cuarto, dejó solos á los dos poéticos adversarios.

Aquella situación, que el día antes hubiera pagado



Pascual con la mitad de su vida, le embarazaba á tal punto, que no sabía lo que le pasaba. Una llama abrasadora ardía en sus mejillas; sentía como si la raíz de cada pelo tuviera un botoncito de fuego.

—Si me callo—pensaba—resulto grotesco; y si hablo, corro el riesgo de decir alguna tontería que me haga odioso.

Alzó los ojos llenos de angustia, y Antonieta leyó en ellos tal sumisión, que comprendió que era á ella á quien correspondía empezar. Sonrió tristemente, y con un acento que penetró hasta el fondo del alma de Pascual, dijo:

—Vengo á suplicar, y para decidirme á hacerlo, heube de encontrar valor evocando el recuerdo de nuestro primer encuentro. La casualidad supo lo que hizo colocándole á Vd. en mi camino...

Era preciso vencer, y Antonieta tuvo el valor de admirar á su adversario con tal coquetería, que Pascual sintió que le fascinaba. Después de recordarle ella misma la escena de su encuentro en aquel frondoso camino, tantas veces recorrido luego por el jóven con el alma hecha pedazos, los sucesos subsiguientes al feliz instante quedaban borrados de la manera más absoluta. Para los dos restaba sólo la memoria de aquel paseo á través de un camino cubierto de césped, y cuyo ambiente embalsamaban los aromas del campo aquella mañana de estío, que formaba época en la vida del hijo de Carvaján. «La amo á Vd.; déme una esperanza, y pídamela en cambio hasta la última gota de mi sangre.» Esto hubiera dicho el jóven, si se hubiese creído dueño de expresar francamente sus pensamientos; pero en su corazón no existía un átomo de fibra capaz de vibrar al influjo de lo que no fuera grande de suyo, y al verla sola con él, tranquila bajo la sal-

vanguardia de su caballería, y desdichada por ende, todo lo que no fuese amarla en silencio y servirle sin esperar un premio en cambio, le repugnaban.

—No; nunca sabrá cuánto la adoro, si no lo adivina al ver que le consagro mi existencia entera.

Este pensamiento, formulado en lo más hondo de su corazón, destruyó la cortedad que en un principio experimentara Pascual, y, acercándose á la jóven en ademán respetuoso, le dijo con acento tranquilo:

—Bien se me alcanza, señorita, el único objeto capaz de impulsarla á honrar esta casa con su presencia. Presentia que habíamos de vernos hoy, y por eso fui ayer á Rouen, sin más objeto que informarme de los detalles de la causa que se sigue á su señor hermano.

Un relámpago de alegría animó el rostro de Antonieta, cuyas mejillas pálidas se cubrieron de rubor. Miró á Pascual llena de gratitud, y exhaló un suspiro revelador del placer que le produjo verse tan perfectamente comprendida.

—Según me han asegurado—prosiguió Pascual—M. Roberto está tranquilo, y tiene buena salud. Pero en cuanto al sumario, me fué imposible penetrar el absoluto silencio de los jueces.

—Acaso aún sea tiempo; quizá no se resolvió nada todavía... y si Vd. quisiera asociar sus esfuerzos á los nuestros... Vd. es noble, tiene un corazón generoso, y no sé por qué me parece que va á escuchar mis súplicas. Interceda Vd. con su padre para que salve á nuestro pobre Roberto...

Al oír este ruego, que colocaba á Carvaján al nivel de un verdugo cuya crueldad le es propia hasta el punto de poder desarmarla, Pascual palideció y bajó los ojos en actitud sombría. Creyendo haberle ofendi-



do, la jóven le miró acariciadora, y con acento humilde exclamó:

—Mis palabras le han disgustado á Vd..., bien lo conozco, y le ruego que me perdone: ¡pero estan delicado lo que tengo que decir!... No quiero pronunciar una sola frase que pueda parecer irrespetuosa para su padre de Vd., y, sin embargo, es preciso que exprese el verdadero objeto de mi visita. Vengo á pedir gracia... Estamos á merced de Vds., y si podemos obtener un poco de indulgencia para mi infeliz hermano, haremos cuanto nos exijan. Todo, absolutamente todo... La intercesion de Vd. puede ser poderosísima, y no vacilé en venir á rogarle que nos proteja, porque es público que su pecho abriga nobilísimos sentimientos.

Era, pues, sólo por su hermano por lo que se decidió á buscarle. En su corazon no cabia nada que no procediese de Roberto, y por amor á él vencía su orgullo y suplicaba. Las nacientes esperanzas desaparecieron. Hizo un esfuerzo para dominarse, y dejó caer la cabeza sobre el pecho, presa del más cruel desaliento.

—¡Si Vd. supiera á cuántas y cuán terribles penas nos somete la desgracia!—prosiguió la jóven.—A consecuencia de una entrevista con el señor Carvaján... ¡oh, no le acuso!..., mi padre cayó enfermo, y su vida nos inspira serios temores. Todo pesa sobre mí, y no sé á donde volver los ojos que no encuentren una amenaza de nuevas pesadumbres. Estoy sola en Clairefont, y á no ser por un amigo leal que vino en mi ayuda...

Una sospecha cruel laceró el corazon de Pascual, crispó los puños, y con angustiado semblante exclamó sordamente:

—Sin duda el señor de Croix-Mesnil...

—Sí, él fué. ¡Pobre jóven! Sólo pesadumbres y disgustos ha obtenido en cambio de su adhesion.

Y al decir esto, la voz de Antonieta era tan dulce y al propio tiempo revelaba tan tierna indiferencia, que Pascual volvió á la vida.

—Por lo que á mi toca, señorita, estoy pronto á servirla incondicionalmente; pero no puedo comprometer más que mi persona... y Vd. quiere que responda por mi padre.

La jóven creyó que se le escapaba aquel cuya conquista le interesaba tanto, y exclamó con ardiente viveza:

—¿No le domina Vd. en absoluto? ¿No sabe todo el mundo el lugar que ocupa Vd. en sus preocupaciones? Pues sea Vd. bueno; interésese por nosotros; Vd. es nuestra última esperanza. Que nos devuelvan á Roberto, y abandonaremos todo lo demás.

—El castillo y sus alrededores, el último resto de la fortuna de Vds., ¿verdad?—dijo amargamente el jóven.

Antonieta bajó los ojos silenciosa; era la segunda vez que hacia un ofrecimiento, y de nuevo era escuchado con amarga tristeza. Pero, ¿no era preciso llegar á aquel punto decisivo para el banquero, según aseguraba Molejean? A juzgar por el criterio de éste, el Gran Margal era el objeto de todas las persecuciones del viejo Carvaján. Era el botin ofrecido á sus aliados en cuanto la victoria se obtuviese. La señorita de Clairefont comprendia lo delicado del terreno en donde tenia que luchar; pero, puesto que se trataba de capitular, ¿no era indispensable fijar las condiciones? No atreviéndose á hablar, miraba á Pascual, que se paseaba arriba y abajo con paso torpe y la cabeza inclinada sobre el pecho. De pronto se detuvo, pasó una mano por delante de sus ojos, exhaló un suspiro que pareció un sollozo, y sentándose con abandono junto á la ventana, parecia haber olvidado la presen-



cia de Antonieta. Esta sintió lástima, se levantó, y acercándose a él, le dijo con un acento que le hizo estremecerse:

—¿Le han ofendido a Vd. mis palabras? Perdóneme usted.

Pascual la miró con ojos extraviados, y sonriendo con suprema amargura, repuso:

—¿Acaso puede ofenderse a un Carvaján ofreciéndole dinero? ¿No sabe todo el mundo que el interés material es lo que rige en esta casa? Su lenguaje de Vd. es lógico y razonable. Después de todo, se trata de un negocio. ¿Qué motivos puede tener para considerarme excepcional quien apenas me conoce? ¿Quién pudo decirle a Vd. lo que yo he sufrido, mis repugnancias y mis dolores, al ver lo que sucedía en torno de mí? ¿Acaso tuvo el presentimiento de que yo fuese activo y desinteresado? Indudablemente no; yo soy un Carvaján, es decir, un hombre avaro y venal. La venta que Vd. me propone es ventajosa, y pensó desde luego que la aceptaría. Poner en juego mi codicia era un medio que lógicamente debía dar el resultado apetecido.

Pascual estaba completamente trastornado, y la desesperación rebotaba en sus sarcásticas frases. Antonieta le estuvo mirando fijamente unos segundos, y moviendo la cabeza, exclamó con calma:

—Se equivoca Vd.: yo no le juzgo así; le creo bueno, caballero, de todas veras, y sabía perfectamente que mis lágrimas y mis súplicas influirían sobre Vd. cien veces más que las promesas de una ganancia material. Por eso, en cambio del beneficio que estoy segura ha de hacer, no pensaba ofrecerle, ni le ofrezco, más que mi gratitud sincera; y en prueba de mi veracidad, y como testimonio de nuestro recíproco contrato, hé aquí mi mano, que espera la de un amigo leal.

La manecita misma que, armada de una fusta, corrió el aire en el camino de Couvrecamps, se le ofrecía acariciadora. Tocar aquellos dedos afilados, sentir el dulce contacto de su fino cutis, era una fortuna para Pascual... Significaba declararse en contra de Carvaján. Pero, ¿acaso no lo estaba desde que volvió a Neuville?

No cruzó por su mente la idea de poder ser amado un día; se resolvió, sin esperanza de un galardón. La pobre niña, obligada por una implacable necesidad, violentaba su orgullo, y hasta casi su pudor. La compadeció, y quiso abreviar la prueba. Estrechó en la suya aquella mano querida, y con respetuoso acento, impregnado de ternura y de tristeza exclamó:

—Esté Vd. tranquila, señorita; la desgracia no se cebará en sus afecciones ni destrozará la fortuna de su casa, en tanto que yo tenga un átomo de vida. Esto le ofrezco, bajo mi palabra de honor.

La alegría anudó la garganta de Antonieta, que no pudo pronunciar una palabra, y la promesa del joven resonó tan solemnemente en medio del silencio del sombrío gabinete de Carvaján, que Pascual mismo se estremeció.

—No obstante, amigo mío—dijo el joven, haciendo un esfuerzo—yo no le pido tanto. Si de su conducta pudiera resultarle algún perjuicio...

—¿Y qué me importaría? Además, no puede perjudicarme intervenir, aunque indirectamente, en la destrucción de una obra que siempre me repugnó.

La señorita de Clairefot asintió con la cabeza, y en sus ojos brilló un fuego extraño. Su voz pareció a Pascual más melosa, más avasalladora, sin embargo, repuso:

—Entiéndase bien que es Vd. libre por completo, y



sin hacer desmerecer en un ápice mi gratitud, es dueño de fijar el alcance de su beneficio.

Y como si quisiera rectificar aquel último esfuerzo de su orgullo, que pudiera herir á un hombre tan noble, añadió:

—De todos modos, siempre guardaré un grato recuerdo de esta entrevista, y me honraré llamándole mi amigo.

Le tendió de nuevo la mano, y esta vez se la estrechó Pascual lleno de emoción, como si aquel acto hubiera de unirle aún más á Antonieta.

La joven salió con M. Molejean; Pascual la acompañó hasta la puerta, la contempló con toda el alma, circunscrita en la mirada, en tanto que pudo distinguirla, y cuando la perdió de vista, cerró la puerta, subió á su cuarto, y, sentándose en una butaca, quedó sumido en profunda meditación.

A las siete de la tarde Carvaján regresó de Lisors. Aquel viaje de siete leguas en coche le abrió el apetito. Entró pidiendo la comida á grandes voces, y se fué derecho al comedor. Su hijo se le reunió allí, y su actitud formaba extraño contraste con la alegre animación de su padre. Estaba contento, hablando del negocio que había realizado aquella tarde, y del cual se prometía pingües beneficios.

—Es una fábrica que promete; la corriente del río Lièvre le proporciona la fuerza motriz, y esto representa una grande ventaja; pero así y todo, los socios, como no tenían dinero, apenas podían hacer marchar el negocio. Para emprender una industria como esa, no sólo se requiere capital, sino que hace falta además inteligencia. Figúrate que ellos compraban en el Norte la remolacha, y vendían los residuos á los granjeros vecinos. De este modo, era imposible obtener los pro-

ductos naturales. Preciso fué que yo les enseñase cómo se hacen esas cosas. Dumontier y yo les hemos prestado, en primera hipoteca, ciento cincuenta mil francos. Ahora, en vez de enajenar los residuos, mantendrá por su cuenta á una porción de vacas, y sólo con el producto de la leche les saldrá á un precio insignificante la primera materia. Como Lisors no está lejos, les haré alguna visita de vez en cuando, y vigilaré la explotación... Me ha abierto el apetito el paseo; y tú, ¿qué has hecho esta tarde?

Pascual sintió agolpársele la sangre al corazón. No era cosa de contarle francamente lo ocurrido; y resuelto á no dar un paso en falso, creyó prudente callar, evadiendo la respuesta.

—No he salido; me quedé en casa—dijo afectando indiferencia.

En el acento de Pascual había cierta cortedad que chocó á Carvaján; pero sin darse por enterado, añadió:

—Vamos á fumar á mi despacho...

Se trasladaron al oscuro gabinete, alumbrado por una lámpara colocada encima del escritorio del alcalde; y al entrar Pascual respiró con ánsia aquel ambiente, impregnado aún por el perfume que de ordinario usaba Antonieta. Pero Carvaján tenía un olfato lo mismo que un salvaje; á su vez aspiró con fuerza, y lleno de inquietud, porque temía ver realizarse lo que hacía mucho tiempo sospechaba, comenzó á pasearse arriba y abajo, sin pronunciar palabra. ¿Estaría su hijo en connivencia con sus enemigos? ¿Y en qué forma sucedía esto? Absorto en la resolución de este problema, fijó los ojos distraídos sobre el mármol de una antigua consola, y un velito de granadina que sobre ella estaba, le chocó é hizo que exhalase una sorda exclamación:



—¿Quién estuvo aquí?—exclamó. —¿Quién ha venido durante mi ausencia, que dejó este olor, que desde que lo noté me pareció que no era muy católico? Tú debes saberlo, puesto que no saliste en toda la tarde. Este velo no es de las mujeres de Neuville... Ellas no se tapan la cara... Acaso...

La suposición que hizo era tan brutal, que no se atrevió á formularla. Con el rostro inflamado por la cólera, estrujando los crispados dedos aquel pedazo de gasa, saturado por un aroma delicioso, quedó suspenso mirando á su hijo, que tras largo silencio cerró los ojos, porque la presencia de su padre en aquella actitud le causaba horror; y haciendo un esfuerzo, exclamó enérgicamente:

—No se canse Vd. en hacer suposiciones; ese velo pertenece á la señorita de Clairefont.

—¡Ah, muy bien!—dijo Carvaján con acento burlesco.—Muy apurados deben andar por allá arriba cuando la altiva Antonieta se resolvió á pisar los umbrales de esta casa. ¿Y la recibiste?

—Claro que sí.

—¿Qué se proponía?

—Interceder acerca de Vd. por las personas que le son queridas.

—Verdaderamente, el cambio ha sido radical. ¿Dónde ha ido á parar su orgullo, que la permite humillarse?

Cambió de tono, y mirándole con severidad añadió.

—¿Y por qué no me lo dijiste en cuanto llegué?

—Porque esperaba ganar un poco de tiempo, para lograr predisponerle á Vd. en su favor.

—De modo que esperabas... ¡Vamos!... ¿me tomas acaso por un tonto á quien se maneja de cualquier manera? ¿Te parece que cambio yo de opiniones por

un capricho, y renunció á mis proyectos en cuanto veo lloriquear á una chiclela? Á tí te ha conmovido con sus palabras tiernas y sus sensiblerías, porque conoce muy bien el papel que puede hacer una mujer con un hombre joven. Pero á mí no me engaña: con todas sus zalamerías, no conseguiría hacerme cejar un paso; y hasta qué punto sabe manejarlas, nos dió la prueba el día de la fiesta, cuando su *Nicademus* se negó á bailar enfrente de tí. No hay que fiarse de ellas: ni tienen palabra mala, ni obra buena. Saben mentir como nadie; pero á tí te ha hechizado..., y aún estariá en la esquina, cuando ya se burlaba del chasco que te habia dado.

Pascual no respondió. Estaba resuelto á aguantar el chubasco previsto de antemano, y aquellos sarcasmos eran sólo precursores de las violencias que esperaba más adelante.

Carvaján habia emprendido de nuevo sus paseos por la estancia: reflexionaba, y su rostro estaba sombrío. De pronto se detuvo, y encarándose con su hijo, exclamó.

—Supongo que no se habrá limitado á suspirar. ¿Qué te ha dicho? Cuando se propone la paz, siempre es con ciertas condiciones. Dejémoslos de sensiblerías, y vamos á lo práctico. ¿Qué quieren ahora?

—Que salve Vd. á su hermano y le dé un plazo al padre.

—Es decir, que demuestre la inocencia de un asesino, y teniendo al viejo á mi disposición, le deje en libertad de hacerme la guerra... ¡Bien! ¿Y qué ofrecen en cambio? Sin duda un eterno reconocimiento.

—La señorita de Clairefont no fijó las condiciones.

—¿Y quién las ha de fijar entonces?



—Vd.—respondió friamente Pascual.—¿No están en sus manos?...

Carvaján se apoyó contra la chimenea, y afectando benevolencia, dijo:

—Es verdad; pero la situación es difícil, y más ven cuatro ojos que dos. ¿Qué harías tú en mi caso?

—Desde mi llegada le dije á Vd. francamente mi criterio; conciliar es lo que yo haría. Pero hoy cambian las circunstancias. Entonces se trataba de una cuestión puramente material, de miserable dinero, y mi deseo era que renunciase Vd. á una hostilidad que podía rebajarle á los ojos de muchas personas. Me proponía que las ideas de Vd. estuviesen al nivel de su posición. Siendo el más fuerte, la generosidad era dignísima, aún sucediendo que sus enemigos opusieran resistencia. Pero hoy, que están rendidos, desesperados, implorando gracia, ¿qué podré decir? Ya no se trata de un consejo, como entonces; se trata de un ruego que la dirijo con toda mi alma. No sea Vd. inhumano; no se ensañe Vd. con el caído; olvide Vd. á los Clairefont, como si no existieran, y no aniquile á un pobre joven, cuyo verdadero crimen consiste en el nombre que lleva.

—¿El hijo de Honorato!—exclamó colérico Carvaján.—¿Olvidas que te insulté en público? Y en cuanto al padre ¿ignoras lo que ayer pasó en su casa? Intentó maltratarme, y me expulsaron de ella. Si tal hizo caído, figúrate lo que haría si se pusiera en pie. Y, sobretodo, me debe cerca de cuatrocientos mil francos, y...

—Y la hipoteca vale el doble...

—¿Pues no faltaba más!...

—¿Padre!...—insistió Pascual con voz temblorosa por la emoción;—no me quite Vd. la esperanza de con-

vencerle; hágame el sacrificio de un odio que desdice de una persona que ocupa posición tan elevada, y en cambio exíjame lo que quiera. Estaré á las órdenes de Vd., me asociaré á sus negocios, haré triunfar sus ambiciones...; pero, por lo que más quiera, no me niegue lo que le pido.

Carvaján sonrió irónicamente, y con un acento que envolvía cien insultos, exclamó:

—¿Oye, ¿qué te ha ofrecido la cándida Antonieta, si dabas cima á tu empresa?

—¿Padre!...

—¿Eres el hombre de negocios de los ilustres Clairefont, por lo visto?

—No; soy un hijo que quiere ver honrado como merece el nombre de su padre.

—Honor... No sientan muy bien esas palabras en tus labios... Vamos, *señor íntegro*. Confiesa tu traición; sé franco al ménos. ¿Crees que no he notado tu conducta, y sospechas que no comprendí que tenía un enemigo en mi propia casa? ¿Pensaste engañarme?... Necio, que, arrastrado por una mujer, eres capaz de vender á tu padre. Intercade por ella, sacríficame... que ya verás lo que obtienes en cambio. ¡Ah! Quería saber á qué atenerme, y ya lo sé. Ve, anda, y que te enseñe Antonieta lo que es honor y lo que es respeto...

—¿Padre!...

—Atrévete á sostener que esa chiquilla no te ha embrujado...; afirma, á fé de caballero, que no estás enamorado de ella.

Pascual, que dominado por la cólera paterna había inclinado el rostro, se irguió, y con el semblante iluminado por la pasión, exclamó:

—Pues bien; es cierto. La amo. Y será la desgracia



de toda mi vida, puesto que he de optar entre Vd., que se me muestra implacable, y ella, que es imposible para mí. Los golpes que Vd. les asesta, repercutirán sobre mi corazón. Es la fatalidad quien así lo quiere. Yo no he buscado á la señorita de Clairefont; la suerte la interpuso en mi camino, y cuando quise reflexionar, era tarde. Deponga Vd. sus odios, y si me lo exige, no volveré á verla... No conozco ni á su padre ni á su hermano. En todas estas desgracias ella sola me interesa. Vd. no puede aborrecerla. ¿Qué daño le ha hecho? ¡Padre! ¡Padre mío! Piense Vd. que también fué joven, y amó como yo amo... Y, en nombre de los sufrimientos que Vd. experimentó, no me condene á otros análogos.

—Has hecho mal en evocar ese recuerdo (dijo Carvaján con acento sombrío). Lejos de calmarme, excita mi odio. Renuncia á tu amor, más joven que mi afán de venganza, vivo hoy en mi alma como cuando era reciente la ofensa. Le consagré mi vida entera, y cuando el triunfo me sonrie, ¿pretendes tú que lo sacrifique á un capricho tuyo? Eres un niño ciego y débil. Déjame obrar, y verás como obtengo en tu beneficio lo que no puedes figurarte. Casi me acusas de ser un mal padre, cuando de mis actos resultará tu bienestar. ¿quieres á esa mujer? Pues la tendrás. Has de verla dócil á tu voluntad antes de muy poco tiempo. Conozco yo una manera infalible para dominar en las personas más altivas. Ten confianza en mí. Sigue mis consejos. Limitate á ser espectador de este drama, y tendrás tu princesa...

—¡Nunca! (gritó Pascual con furia.) Me moriría de vergüenza al mirarla...

—Estás abusando de mi paciencia, y no tengo demasiada. Me entretiene la conversacion, siempre que

no se prolongue mucho, y sabes también como yo que si digo una vez no, no hay poder humano que me tuerza. Hace treinta años juré arrojar al marqués de su castillo y ocupar su puesto....

—Pues á mi vez juro yo ahora no consentirlo.

—Bueno (dijo Carvaján con espantosa calma). Sentiré tener que enseñarte que es una insensatez comprometerse á lo que es temerario. Antes de quince días (¿te haces cargo?) antes de quince días, repito, se venderá ese patrimonio en pública subasta, y el marqués de Clairefont estará en la calle.

—No, no sucederá, porque mañana mismo quedará saldado el crédito.

—¡Vamos, estás loco! (dijo sonriendo con lástima Carvaján). ¿Con qué dinero?

—Con el mio...

Si la casa se hubiese hundido, de seguro Carvaján recibiera el golpe con más vigor que oyó las palabras de su hijo.

—¿Sabes lo que dices?—balbuceó.

—Sí, tan bien como lo que quería Vd. hacer.

—¿Te atreverás á contrarrestar mis proyectos?

—No retrocederé delante de nada, con tal de evitar esa expoliación indigna.

—¿Cómo te atreves á hablarme así?

—Porque me inspiran horror los actos de Vd.

Al oír estas palabras, Carvaján avanzó un paso, amenazador y terrible: trastornaba su rostro una cólera salvaje; sus ojos brillaban con un fuego infernal, y con las manos crispadas, que más que manos parecían garras, se le hubiera tomado por un espíritu del averno.

—¡Ah! ¡Me amenazas! ¡Me ultrajas! Pues bueno; no esperes piedad, ni tú, ni los miserables á quienes defiendes; atrayéndote, creyeron obtener un triunfo, pues



imaginaban que no te combatiría; ya vereis todo lo que yo hago cuando se me provoca. ¡Valiente protector tienen en tí, misero gusano, que pretendes destruir un noble royéndole! Otros mas fuertes que tú he reducido á la nada, y ahora podrás apreciar exactamente si aprieta fuerte mi mano cuando se propone estrujar á alguien. ¡Necio! ¡Creiste todo lo que te ofrecieron esos hipócritas de Clairefont, que se valen de tí, sirviéndose de una chisnela para atraerte! ¡Ah! No es muy avara que digamos. Pregúntaselo á su novio, que difirió el matrimonio indefinidamente... Y además, acabará por despreciarte. ¿Cómo tú, que no llevas un *de* delante de tu apellido, osas pretender á una hija del ilustre marqués de Clairefont? Luego que hayas sacado las castañas del fuego, te echarán á la calle como un lacayo... Vaya, comprende las cosas, Pascual... Hijo mio... Yo no te engaño; soy franco y sincero; estas al borde de un abismo. Si procedes así, al renegar de tu padre, habrás faltado á los mas santos deberes. ¡No me oyes? Levanta la cabeza, hombre. Contesta. Prométeme reflexionar; no des ese dinero. ¡Caramba! ¿Cuesta mucho ganarlo... Despues no será ni agradecido, ni pagado. ¡Pascual... Pascual!...

Se acercó al jóven; le abrazó; le acarició, hablándole con ternura, con elocuencia, variando las entonaciones. Avido por convencerle y seducirlo, al verle inmóvil, sordo y mudo, escuchado por su firme voluntad, de nuevo montó en cólera, y exclamó con furia: —¡Fuera de aquí miserable! ¡Quitate de mi presencia, infame, que vendes á tu padre y le asesinas! Porque me matas, sí. Si no logro ver los Clairefont en medio del arroyo, me mnero, porque no he vivido para otra cosa. Necesito verles sumidos en la nada, y la desesperacion. Ya que me quitas este codiciado bien...

vete... vete... ¿Qué esperas? Sal de esta casa, si no quieres que te cruce el rostro.

—¡Padre!...—gimió Pascual.

—Te prohibo que me llames así. No es mi hijo quien procede de esa manera.

El jóven, mudo de horror ante aquella furia que no retrocedía por nada, hizo un gesto de desesperacion, y se dirigió á la puerta; pero Carvaján le detuvo para intentar el último esfuerzo.

—Espera, oye mi última palabra; transijamos. No pagues, y te prometo dejarlos tranquilos.

—No, padre; perdóneme, pero no me fío; el odio le ciega, y sería Vd. capaz de engañarme.

Los cabellos grises de Carvaján se erizaron sobre su cabeza. Alzó la mano para pegarle á su hijo, pero su brazo cayó inerte, sin fuerza. Pretendió gritar, y no pudo. Rebuscó un insulto en su cerebro, y sólo pudo decir con voz ronca:

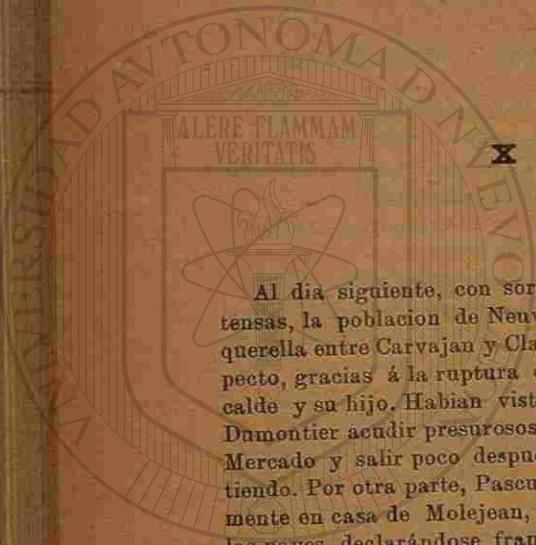
—Si tu madre ve esto, te maldecirá.

—No, todo lo contrario. Tengo la certeza de que me bendice desde el cielo,—replicó Pascual irguiendo la frente con orgullo.

Y dejando al viejo ébrio de rabia al verse impotente para dominarle, salió.







Al día siguiente, con sorpresa y satisfacción intensas, la población de Neuville se enteró de que la querrela entre Carvaján y Clairefont adquiría otro aspecto, gracias á la ruptura de relaciones entre el alcalde y su hijo. Habían visto á Fleury, á Tondeur y Dumontier acudir presurosos á la casa de la calle del Mercado y salir poco después gesticulando y discutiendo. Por otra parte, Pascual se instaló provisionalmente en casa de Molejean, que se decidió á quemar las naves, declarándose franco partidario de la familia del marqués.

¡Qué ventaja para los habitantes del pueblo, aburridos de su vida monótona, á quienes las circunstancias ofrecían emociones y medios de alimentar la murmuración, que era su entretenimiento!

Las malas lenguas estaban de enhorabuena, y sus comentarios adquirían proporciones á un tiempo risibles y espantosas.

Los Dumontiers contaron á la familia Leglorieux que Pascual, perdidamente enamorado de la señorita de Clairefont, se había atrevido á hacer frente á su

padre, y esta confianza, embellecida por ciertos detalles de la invención de la familia de Felicia, tomó todos los caracteres de una calumnia.

Aseguraban que Antonieta y Pascual habían sido sorprendidos por el banquero, que arrojó ignominiosamente de su casa á la joven sin pudor, y estuvo en poco que no estrangulase á su hijo, ciego de indignación. ¿Quién había de pensar semejantes excesos, tratándose de un muchacho que parecía tan formal? ¡Ah! La desmoralización lo invadía todo. En otros tiempos no sucedían aquellas cosas. Pero el castigo iba á ser ejemplar, y las intrigas de los Clairefont para fomentar la discordia entre el alcalde y su hijo, les costarían bien caras; porque si hasta entonces les trató con ciertas consideraciones, estaba dispuesto á no guardarles más en adelante. Sabía alguna cosa que iba á decidir el asunto de Roberto, y se proponía no callarla; era cierto que, por lo menos, le condenarían á trabajos forzados á perpetuidad, ya á que muerte no lo hicieran los jueces, en extremo débiles. Y el mismo día que se firmara la sentencia, el castillo, vendido en pública subasta, sería adjudicado á Carvaján.

En otras esferas se opinaba de distinto modo, favorable á Pascual, aunque también estaba lleno de inexactitudes el relato que se hacía.

—¡Ah! El alcalde iba á verse en un apuro por haber prestado al cincuenta por ciento, valiéndose de testaférricos, sin más objeto que hundir al inocente marqués. Además, ya se sabía quién era el verdadero asesino de Rosa Chassevent. Carvaján le facilitó medios para huir al extranjero, y sustrayéndole á la acción de la justicia, hacer más segura la condena del infeliz Roberto, que era tan inocente como un niño recién nacido. Pascual lo había descubierto todo, é in-



dignado, intentó hacer transigir á su padre, y le mencionó al verdadero culpable; pero Carvaján resistió, y entonces su hijo se fué, declarando que iba á defender al reo en la Audiencia y á impedir la venta del patrimonio de Clairefont.

En dos días perdió Neuville su habitual fisonomía: ya no era aquella pequeña ciudad, tranquila y adormecida, cuyos habitantes mataban el tiempo con sus diversiones fastidiosas y sus pequeños negocios, sin lograr en absoluto ahuyentar el tédio. Las calles, ordinariamente desiertas desde por la mañana, se llenaban de curiosos que discurrían por ellas, adquiriendo noticias de casa en casa, y discutiendo, ya en pro, ya en contra del marqués y su familia. Los más ancianos no recordaban haber presenciado otro espectáculo como aquél.

Las mujeres, en su mayoría, eran partidarias de este último. Pascual había reunido en sí las simpatías de todos los corazones sensibles. Estaba enamorado; ¿cómo podía no interesarles? Los hombres, por el contrario, conocedores por experiencia del poderío de Carvaján, auguraban mal para Clairefont.

—No se resiste tan fácilmente al alcalde (decían en voz baja). Cuando sus intereses están de por medio, es capaz de todo, y esta vez tiene interesado además el amor propio. Pascual es un buen muchacho, tiene mucho talento, pero no logrará su objeto. ¿Quién le mete en semejante atolladero, por defender á personas que nada le importan, porque fuego de amor es como fuego de paja? Un viaje de seis meses le hubiese hecho olvidar á la bella Antonieta, y no tenía necesidad de reñir para siempre con su padre.

Los ociosos rondaban los alrededores de la casa de la calle del Mercado, ávidos por enterarse de nuevos

detalles; pero la triste vivienda permanecía silenciosa. La puerta estaba siempre cerrada, y Carvaján no se dejaba ver.

Jamás corazón humano sufrió mayores torturas. Desde la partida de su hijo, el tirano de Neuville no descansaba; paseándose furioso por su estancia, se entregaba á los mayores transportes de cólera. Molejean le hizo saber que había recibido por su cuenta la cantidad total que le debía el marqués, y aquel golpe aumentó las sombras de su alma.

Así tan sencillamente concluía desmoronándose una obra que representaba treinta años de constante zozobra. El escribiente que llevó la carta del notario tuvo que huir, asustado por la explosión de rabia que, desbordándose en los labios del antiguo dependiente de Gatelier, como el fango se desborda en los arroyos, estalló con frases groseras, capaces de espantar á cualquiera. La criada, al oír aquel estruendo en el gabinete de su amo, acudió presurosa, pensando que algo malo le sucedía. Se atrevió á asomarse por la puerta entreabierta, y vió al alcalde lívido, echando espuma por la boca, que golpeaba furioso los muebles, dirigiéndoles insultos como si fueran seres animados; al notar su presencia se le había abalanzado, gritando.

—¿Te atreves á espiarme, animal? ¡Sal de aquí, ó te retuerzo el cuello!

Ella, toda temblorosa, fué á refugiarse en la cocina, y por la tarde les contó la escena á los vecinos.

—¡María Santísima, qué hombre! ¡Si parecía loco! Rechinaba los dientes, y me dió tanto miedo, que no sé como tuve fuerzas para correr. No quisiera encontrarme en la piel de sus enemigos.

No obstante este pronóstico, la paz reinaba en Clai-



refont, siquiera de un modo relativo. El marqués mejoraba, y, llena de esperanza por lo que Pascual le había dicho, Antonieta estaba casi tranquila. Francamente le contó á Croix-Mesnil el paso que había dado, y éste sintió honda pena al ver intervenir á Pascual en aquellos asuntos; porque, con esa intuición propia de los enamorados, presentía un misterioso peligro.

¿Qué otra razón más que la belleza de la joven pudo convertir en aliado al antiguo enemigo? Secretamente amargura envenenó la alegría que de otro modo hubiera sentido el barón; pero tuvo el valor de disimular, y su corazón generoso abrigó el deseo de ver triunfar á sus amigos, ahogando los celos que sentía.

Finalmente: la señorita de Saint-Meurice, atraída por la inquietud que la causó la enfermedad de su cuñado, abandonó á Rouen más delgada por los sufrimientos, pero más iracunda que nunca. Molejean fué á buscarla á la estación en su cabriolet; por el camino tuvo tiempo de hablar con ella, y cuando la tía Isabel vió en los pilares de la verja los anuncios que fijó Papillon, se bajó del coche, y arrancándolos, se los llevó.

Ya en el castillo, agitándolos delante de Antonieta y Croix Mesnil, dijo con aire de triunfo:

—Ya tengo aquí papel para hacerme los papillotes.

Preciso fué calmarla. La excitación del viaje, el placer de volver á verse en Clairefont, y los antecedentes que le proporcionó Molejean sobre los últimos acontecimientos, la tenían fuera de quicio. Se la demostró que no por ser mejor, era del todo buena la situación por que atravesaban; entonces el recuerdo de Roberto la dominó de nuevo, y volvió á caer en profunda tristeza.

Habló de Roberto, á quien no pudo llegar á ver;

describió la horrible prision en que estaba encerrado, y acabó por llorar. Para que se tranquilizara, fué menester que el notario le asegurase que muy en breve tendría noticias ciertas por Pascual Carvaján; porque, tan pronto como la causa hubiera de verse en la *Cour d'assises*, el defensor podría comunicarse con su cliente, y hasta ella misma tendría el consuelo de verle de cuando en cuando. Había que esperar algún tiempo; pero con la esperanza de obtener un resultado satisfactorio, por fuerza había de aparecer menos largo. Además, el nombre de Carvaján, por sí solo, valía más que el de cualquier abogado de París.

El talento y la elocuencia de Pascual no requerían alabanzas para recomendarse á todo el mundo; bastaba recordar los triunfos que obtuvo cuando era un principiante, y claro es que, avezado al trabajo, fortalecido por la edad é impulsado por el entusiasmo que manifestaba en la defensa de Roberto, sería un temible adversario del fiscal, cuya derrota era casi segura.

—Sí, re pensé que el tal Pascual era un buen muchacho (dijo la señorita de Saint-Meurice con su hombruno acento). ¡Ah! Lo que es como me devuelva á mi querido Roberto..., que me pida lo que quiera, seguro de que no se lo negaré.

El señor de Croix-Mesnil sonrió, y en tono de broma, exclamó:

—No lo asegure Vd. mucho, porque nadie sabe hasta dónde puede impulsarle su ambición.

—Nunca sería demasiada, después de tan gran servicio (repuso con exaltación la tía Isabel). El honor y la libertad de un Clairefont, vale mucho más que todo lo que poseemos. ¿Verdad, Antonieta?

—Sí, tía,—replicó friamente la joven.

Y poniéndose en pié para cortar aquel diálogo,



atrajo á Molejean hacia la terraza, y le interrogó sobre los medios de que se habia valido para contrarrestar los proyectos de Carvaján.

El notario la dijo que habia encontrado un prestamista en condiciones muy ventajosas. Los negocios industriales y el comercio estaban paralizados, y los capitalistas buscaban ávidos, medio de colocar sus capitales en buenas condiciones. Éste se habia contentado con la garantía hipotecaria y un interés de cinco por ciento anual; por lo tanto, no habia ya que apurarse. Tan luego como el proceso de Roberto terminara, se comenzaría la explotación del Gran Margal, poniendo al frente un ingeniero, y si el marqués queria ser prudente, en pocos años quedaria extinguida la deuda. Para esto era preciso que renunciase al empeño de ser inventor, contentándose con ser un buen padre de familia.

Antonietta escuchó á Molejean con profunda emocion; le apretó la mano con cariño, y de sus ojos brotó un torrente de lágrimas.

—No sé como expresarle á Vd. mi gratitud. Le somos deudores de todo lo bueno que nos sucede, porque con su fiel amistad fué el primero que se atrevió á entablar la lucha contra nuestro cruel enemigo. Por medio de ella hemos logrado el providencial auxilio de Pascual, y, gracias á ella tambien, la tremenda crisis financiera por que atravesábamos se ha resuelto favorablemente. ¡Toda la vida conservaré la más profunda gratitud, y rogaré á Dios para que le colme de bienes!...

Los ojos de Molejean se llenaron de lágrimas, que empañaban los gruesos cristales de sus gafas, y balbuceó:

—Señorita... Nada tienen Vds. que agradecerme..., porque yo he hecho bien poca cosa... Otro merece esa

gratitud... No yo, que solo intervine con mis buenos propósitos.

Creyó haber dicho demasiado; lanzó una investigadora mirada á la jóven, y se calló.

—En cuanto á mi padre (prosiguió Antonieta), creo que, por desgracia, no podrá volver á sus habituales monomanías. El equilibrio de su espíritu parece haberse destruido con tantas emociones, y aunque recobra las fuerzas, y habla, y oye, y se acuerda, ni tiene energía, ni voluntad. Es un niño sonriente y dulce... El doctor Margueron asegura que puede vivir así muchos años...

Antonietta trazaba, distraída, líneas y figuras sobre la arena con la contera de la sombrilla. Hubiese querido hablar de Pascual, y conocer á fondo lo que habia sucedido en la casa de la calle del Mercado luego que ella se fué. Estaba inquieta, turbada, y, por vez primera en su vida, no tenia la conciencia tranquila. ¿No habia encendido la guerra entre un padre y un hijo? ¿No fué aprovechando su influjo sobre Pascual como consiguió atraérsele incondicionalmente? En el fondo de su alma, una secreta voz le decia: «¿Qué te importa? ¡Pobre cordera, deja devorarse á esos dos lobos; son de la misma raza; tienen la propia sangre!

Esa lucha que á los dos les aniquila, ¿no es un justo castigo de lo que por su causa sufris y habeis sufrido?...

Pero Antonietta sabia muy bien que Pascual no era un enemigo; era, sí, su esclavo; le pertenecia en alma y cuerpo, y por obedecerla, por serle agradable tan sólo, se aprestó al combate, abandonando el campo neutral en donde vivia. Era, pues, la responsable de cuanto pasara, y le alcanzaria la total responsabilidad



de lo que al noble joven pudiera sucederle en perjuicio de sus intereses.

Por este tácito compromiso se consideraba ligada á Pascual, y su amor propio se revolvía contra la suerte que así lo dispuso.

—Mi padre indicó ya el deseo de conocer á M. Pascual. ¿Cuándo vendrá, amigo Molejean?...—se decidió á preguntar por fin.

—No puedo contestarle á Vd., señorita. Es el hombre más raro que imaginarse puede. Es de lo más retraído que Vd. ha visto. Mi mujer aún no consiguió que nos acompañe á la mesa. Teme ser importuno, y desea estar siempre solo. Ó mucho me engaño, ó no le verán Vds. mientras no sea indispensable que se les presente.

Antonieta respiró; temió una invasión y viendo que sucedía todo lo contrario, se alegró de aquella manera de proceder, y se consideró más libre.

Encerrado en el cuarto que Molejean puso á su disposición, el joven hacia dos días que era víctima del más profundo abatimiento. Sentía cansancio de la vida; las infamias que acompañan á toda colectividad de hombres le causaban asco, y huía de ellos. Presa de aquella especie de misantropía, pasaba las horas tendido en un sofá, fumando y haciendo las más dolorosas reflexiones, en medio de la semioscuridad de la estancia, cuyas persianas tenía echadas día y noche. ¿Había nacido acaso con un sino que debía causarle siempre dolores sin cuento? Su pasado se le ofrecía en la memoria lleno de dolorosos recuerdos; en el presente, la suerte le condenaba á bien duras penas, y el futuro, vacío de esperanzas, no era más seductor que su ayer y su hoy. ¿Para qué vivía? Execrado y maldito por su padre, colocado por la mujer amada á la altu-

ra de un mercenario á quien se despidió cuando ya no se le necesita, ¿no fuera cien veces mejor desaparecer y horror de esta suerte todos los males? ¿Qué comparación cabía entre las angustias de la muerte y su amargo vivir? ¿Cuánto más cruel era esto que aquello! Después de pasado el breve espacio de sufrimiento que conduce desde la vida á la muerte, la calma del sepulcro, el sueño eterno se le ofrecían sonrientes, embellecidos por una especie de ensueño en que la imagen de Antonieta era el encanto principal. Entonces, extinguidos ya todos los odios, en sus labios brillaría la sonrisa siempre. Su alma acariciaría la de la joven, haciéndole comprender cuánto y cuán desinteresadamente la adoró desde que la vió en aquel camino umbroso y fresco, el día de su primer encuentro. Y al fin y al cabo, convencida de su ternura, le aceptaría por eterno compañero. Y pensando así, el infeliz se lamentaba, vertía acerbo llanto, se recriminaba su cobarde debilidad de espíritu, y para reanimarse, bastábale reconocerse á propósito para evitar pesadumbres á la querida joven que confiaba en él para ponerse al abrigo de crueles venganzas que la amenazaban.

Era menester realizar el propósito que tenía; era indispensable cumplir la palabra empeñada, y después, dejando una huella indeleble de su amor, desaparecer; huir, ó morir..

Encontró fuerzas en su propia pena; sacudió la inercia que el dolor le imponía, y comenzó su tarea de averiguar los hechos tales como eran, ocultándose en el misterio para no comprometer el éxito de sus pesquisas.

Desde los primeros pasos se tropezó con los emisarios de Carvaján, que buscaban pruebas del crimen en los mismos lugares en donde él quería encontrar las



de la inculpabilidad. La lucha entre el defensor y los confederados era, pues, inevitable, y unos y otros tomaban sus precauciones, trazaban sus planes para el ataque, y preparaban el terreno para la batalla.

Ante la perspectiva de tener que combatir, el espíritu enérgico de Pascual se reanimó, y al tropezar con el obstáculo, volvió á ser el hombre activo y fuerte que no sabía cómo se hace para desmayar cuando una empresa ofrece dificultades. Quien salió airoso de sus negocios habiéndoselas con los astutos americanos, estaba en condiciones de entenderse bien con los normandos, tan astutos por lo ménos como aquéllos. Pronto adquirió la certidumbre de que no se habían limitado á buscar pruebas de convicción en contra de Roberto, sino que se manejaba el asunto de manera que viniera á recaer en donde el pobre jóven no pudiese escapar.

Varios individuos fueron presos por sospechas. Un calderero ambulante, que permaneció en Couvrechamps durante la noche del crimen, probó la coartada; Roussot, que pasó parte de la velada en compañía de Rosa, fue asimismo interrogado, pero inútilmente. Se presentó ante el juez, flaco, extenuado, con el rostro descompuesto por horribles gestos, que le daban un aspecto estúpido y grotesco á la vez. Por mas esfuerzos que se hicieron, fué imposible sacarle de su mutismo, y amenazándole, no se logró mas que hacerle exhalar agudos gritos, que más parecían de bestia salvaje que de hombre. El granjero de la Saucelle, que presencié el interrogatorio, hubo de interceder en su favor, y dió los mejores informes.

—Si se le quita el ser mudo y sordo, lo cual no es mal grande en demasia (dijo con malicia de paleta), es un excelente servidor; cuida muy bien los carneros,

y jamás va á la taberna. A Rosa la queria mucho; bien puede asegurarse eso. Era buena para él, y le pagaba su interés con una fidelidad sin límites. La seguía como un perro, y antes que consentir en que nadie la hiciera daño, se hubiese dejado hacer pedazos. Además, serian las dos de la madrugada cuando volvió á casa: mi mujer oyó abrir la puerta de la caseta, y me dijo: «Mira, ya ha vuelto Roussot...»

El idiota entonces se puso á temblar, su rostro adquirió un tinte lívido, lanzó un lastimero grito, como el aullido de un perro, y fué presa de una convulsion.

—¡Ven Vds.!... Le matarán si continúan atormentándole. Padece de alferecia, y está medio loco....; pero es tan infeliz, que no sería capaz de hacer mal á una hormiga....

¿Cómo obtener una declaracion de aquella criatura? Y si se lograba obtenerla, ¿que valor podia dársele? Convencido de esto, el juez le dejó en paz.

Recorriendo el lugar del crimen, Pascual encontró á Roussot en el Gran Margal, y quedó atónito al ver el cambio que en él se habia operado. Tenia los ojos mastios y la boca crispada; estaba de ordinario inmóvil, él, que era tan vivo antes, y ya no saludaba á los transeúntes con sus gritos y los chasquidos de su tralla. Pascual se le acercó sin ser notado, aunque el perro ladró, y debió prevenirle; parecia dormir despierto, como si una vision atrajera todas sus facultades, y el llanto mojaba sus mejillas. El jóven Carvaján pronunció en voz alta: «Rosa.....» El idiota se estremeció, pero no abandonó su extraño éxtasis. ¡Qué diferencia entre su pesada torpeza y el vivo ardor que le animaba el día que Pascual le vió por vez primera!... Entonces Roussot y Rosa jugaban, riendo, á la orilla de la balsa, y la lavandera era casi tan fuerte como el



pastor. ¡Cuán libre y despreocupado vivía entonces! Alegre, en compañía de la encantadora amazona, recorría el camino de Couvrechamps; aromoso ambiente ensanchaba su pecho; los árboles umbrosos le recreaban la vista: la tierra cedía muellemente debajo de sus piés; era uno de esos momentos en que el cuerpo vive en una atmósfera más pura y el espíritu se dilata gozoso, como una planta acariciada por el sol. Poco despues, ¡qué brusco cambio!... Bastó que Antonieta pronunciara su nombre y él el suyo, para que el cielo perdiera á sus ojos la transparencia, y el ambiente sus aromas, la tierra su blandura!... El jóven sintió que el corazón se le oprimía; parecía que aquél cuadro, que remedaba otro más bello, era el resumen de su historia, comenzada con una alegría y terminada por un amargo pesar...

Se alejó de Roussot y se encaminó á la taberna de Pourtois, como hizo el día de su encuentro con Antonieta. La misma oscuridad reinaba en la casa de verdes persianas y tejado de rojas tejas. Fleury y Tondeur no estaban como entonces; pero Chassevent, sentado junto á una mesa, embrutecido por el alcohol, bebía aguardiente, en tanto que la señora Pourtois hacia calceta detrás del mostrador. El vagabundo no se movió; pero la mujer del tabernero palideció, y saliendo al encuentro de Pascual, le dijo con acento de hipócrita alegría:

—¡Calle!... ¡Si es el señor Carvajan! ¿Qué tal? ¿Quiere Vd. tomar algo?...

—¡Nada! Gracias. ¿Se puede ver á Pourtois?

—¿Quería Vd. hablarle? (preguntó la tabernera con desconfianza.) ¡Ah! El pobre hace una porción de días que está malo. Mr. Margueron dice que tiene la sangre revuelta. Está en cama..., y el médico tiene prohibido

que hable. Desde el día de la desgacia está así. ¡Claro! Para un hombre que jamás tuvo emociones, verse obligado á conducir un cadáver... Eso le causó el mal...

Chassevent, que estaba absorto mirando al fondo de la copa de aguardiente que tenía delante, pareció reanimarse:

—¿Es verdad, señor Carvajan (preguntó con acento sombrío), que va Vd. á defender ante los jueces al asesino?

—Sí; al acusado como tal.

—¿Qué tiene Vd. contra la pobre gente para que intente Vd. hacerla daño? Ahora que mi pobrecita niña ha muerto, ¿cómo encontraré donde ganar un pedazo de pan á mis años? ¿Cómo me sostendré y me vestiré, y podré cuidarme si caigo enfermo?... ¡Ay! ¡Era tan buena!... Perdiéndola, me he quedado solo en el mundo, ya puedo decirlo... ¿Y Vd. quiere impedir que me den una cantidad, y además que le corten la cabeza al pillo en medio de la plaza pública?... ¿Es esto digno de un hombre como Vd.?

Pascual quiso aprovechar la oportunidad para ver si hacia hablar al vagabundo, y dijo con estudiada dureza:

—Si el señor de Clairefont ha cometido el crimen, se le condenará; pero yo le creo inocente, estoy seguro, y aún lo está Vd. más que yo, lo mismo que Pourtois, su compañero de aquella noche.

—¡Inocente!... (gritó Chassevent.) Que lo diga ese que está ahí dentro, y que el diablo me lleve si no le...

La señora de Pourtois le atajó la palabra á tiempo.

—Caballero, ¿ha venido Vd. aquí (le dijo con avinagrado acento) para atormentar á la gente honrada que no se mete con nadie? Mi casa es un sitio público,



es cierto, pero sólo sirve para comer y beber, y no para pronunciar palabras mal sonantes... Después de haber salido de mala manera de casa de su padre, me parece que debía Vd. abstenerse de venir aquí á armar camorra...

La tabernera se hallaba incomodada, y su fisonomía demostraba extraordinaria maldad: sus pequeños ojos de víbora lanzaban destellos, y su boca, de labios delgados, se entreabría como para morder. Iba á proseguir, cuando se abrió la puerta de la trastienda, y apareció Fleury.

—¡Ah, señor Carvaján! (exclamó.) Quería precisamente ir á ver á Vd.

—Segun parece, la prescripción del médico no se refiere á todo el mundo,—dijo con sorna Pascual,—dirigiéndose á Mme. Pourtois, que se había sentado silenciosamente detrás del mostrador.

—Venga Vd.,—dijo el secretario del juzgado.

Y sin ocuparse de la tabernera ni del vagabundo salió con el jóven.

Se hallaban en el mismo sitio en que Fleury señalando la terraza de Clairefont, había dicho con acento de triunfo:

—¡Todo ha concluido!...

Este recuerdo le asalto de nuevo; inclinó la cabeza preocupado, y oyó á Fleury, que le decía:

—¿No tiene remedio? ¿Somos enemigos? ¡Ah! ¡Si supiera Vd. el pesar que causa á su padre!... Ha envejecido diez años. Se espantaría Vd. de los destrozos que en él ha hecho el sentimiento... ¡Y pensar que Vd. es el causante de todo!...

—¡Yo! (gritó Pascual, exasperado por tan imprudente hipocresía.) ¡Se atreve Vd. á acusarme!

Respiró con fuerza, como para calmar los violentos

latidos de su corazón, y después, con acento vibrante, prosiguió:

—¿Cree Vd. que se han borrado de mi mente sus confianzas? Se figura que tengo el alma de acero, cuando se ha atrevido á suponerlo. Si, Vd., con un cinismo increíble, me descubrió sus proyectos, me hizo tocar todos los resortes de la infame trampa; ¡y porque permanecía mudo, ha creído Vd. que aprobaba tan viles planes, y que quizás les ayudaría á ejecutarlos! La verdad es que no hubiera sido muy halagüeño para mí. Esa admirable empresa iba dirigida contra la fortuna de un pobre hombre, incapaz de defenderse... ¡Se trataba de desesperarle, de robarle, esta es la palabra! Y se hacía para ello todo género de picardías, tales como préstamos por medio de testafierros, pagarés renovados acumulando los intereses; se apelaba, en fin, á todos los medios ilegales de la banca... Y yo presenciaba estas indignidades, preguntándome la manera de impedir que continuaran. Me callaba, presa de invencible repugnancia, entre el horror que me inspiraban semejantes villanías, y la vergüenza de tener que rechazarlas. ¡Lo que yo he sufrido, Vd. no puede comprenderlo! He derramado las lágrimas más amargas que brotar puedan de humanos ojos. He querido huir, desaparecer, poner de por medio inmensas distancias entre mí y esa iniquidad. Iba á marcharme... ¡A fuerza de infamias me han obligado Vds. á quedarme! La fortuna no bastaba ya; se quería también la honra de estos infelices. Para esto se tendió un vergonzoso lazo al pobre jóven, que nada malo hizo, y se le acusó, entregándole á los tribunales. Y yo, que he sido testigo de estas maniobras, no he tenido más remedio que confesarme á mí mismo, que si le abandonaba me hacía cómplice de Vds. Mi conciencia se ha



rebelado, y, harto de tanta ignominia, me veo en el duro caso de luchar con el que me dió el ser... ¡Sí! Carvaján *contra* Carvaján, según dicen en el Palacio de Justicia.

Fleury dejó pasar este flujo de palabras ardientes, y le dijo con acento burlón:

—Ha sido un necio. Hubiera debido callar... Pero, ¿qué apostamos á que si la señorita Antonieta no fuera tan bonita, estaría Vd. menos irascible?

Pascual palideció. Cogió al secretario del juzgado por el brazo, y le dió una violenta sacudida.

—Le prohibo á Vd. pronunciar delante de mí el nombre de la señorita de Clairefont... El primer uso que haga de la independencia que he conquistado, será castigar á los bribones como Vd., que se permiten familiaridades que no admito. Conque, ya lo sabe Vd., y adviértaselo á sus compañeros...

—¡Vamos! ¡vamos! No enfadarse (contestó con fingida dulzura Fleury): soy un hombre pacífico... No tenía intención de molestar á Vd. Mi afán ha sido siempre conciliar, y eso me prometo... ¿Piensa Vd. dejar á su padre solo con su aflicción, sin tratar de consolarle? Sin duda ha sido algo severo; pero Vd. también le exasperó, y... ¿No se podría llegar á un arreglo?

Pascual hizo un esfuerzo para calmarse; quiso saber qué nueva infamia iban á proponerle, y replicó, fingiendo calma:

—¿Qué quiere Vd. decir con eso?

Fleury se rascó furiosamente la cabeza, adornada de cabellos crespos.

—Vd. es el amo de la situación. Es menester, pues ser indulgente... ¿Cédanos Vd. el Gran Margal!

—¡Devuelvan Vds. la libertad á Roberto de Clairefont!

—Vd. no desconoce que por ahora es imposible...

—¡Sí!... ¡Es más fácil causar el daño que repararlo!

—¿Consentiría Vd. en volver á ver al señor Carvaján?

—¿Para qué?

—Podrían Vds. llegar á un acuerdo.

—Nunca, sobre las bases que Vd. propone.

—¿Dará Vd., pues, el tristísimo espectáculo de un hijo luchando contra su padre?

—Impidiéndole cometer excesos que repruebo, atiendo á los intereses de su honra, defendiéndola contra él mismo.

—¿Esta es su última palabra?

—Hablé todo lo necesario ya; ahora no me resta por hacer más que seguir adelante.

—¡Tenga Vd. cuidado!

—¡Oh! No ignoro lo que puedo esperar de vuestra concupiscencia. No retrocederán Vds. ante ningún medio. No vacilarán Vds. en calumniarme, en corromper lo que se preste á ello, sea lo que fuere. La verdad, sin embargo, resplandecerá. Yo, por mi parte, no me descuidaré para que así suceda.

Fleury hizo un gesto de rabia, y después, volviéndose hacia Pascual, le dijo:

—¿La paz ó la guerra? Por última vez le ofrezco la mano de amigo...

Pascual miró con supremo desprecio al secretario, y, encogiendo los hombros, contestó:

—Lo que Vds. quieran. ¡No puedo ofrecer nada!

Y sin añadir una palabra más, sin volver una sola vez el rostro, continuó su camino.

Sin embargo, las amenazas de Fleury no eran infundadas. Se trabajaba á los testigos con descarada audacia. Los Tubœuf, de Couvrechamps, habían reci-



bido varias visitas de Tondeur. Este se había informado de sus necesidades, y las había interrogado sobre el encuentro que tuvieron con Roberto y Rosa cuando regresaban de la fiesta. El albañil de Tubouf estaba siempre hablando de Tondeur, y se mostraba muy alegre y decidido desde la visita del tratante en maderas. Al doctor Margueron le habían tomado por su cuenta Dumontier y Leglorieux. Tenía una hija ya crecida, bella, pero pobre. Le habían ofrecido casarla con un hombre rico. Le pedían nada más que obrara con arreglo á su buen juicio; pero dejaban comprender que si condenaban al señor de Clairefont, sacaría gran provecho de ello. El médico prestó gran atención á lo que le dijeron, pero no había pecado de hablador. Y la convicción que abrigaba de la inocencia de Roberto se acrecentó con los esfuerzos que se hacían para establecer su culpabilidad. El mozo de cuadra á quien el joven maltrató en cierta cacería, no se hallaba en el país; se le siguió la pista, y se le encontró, según decían, en Mortagne, de donde se le pensaba traer para que prestase declaración.

Las maniobras, pues, de la parte contraria se llevaban adelante con una actividad febril. Se decía de público que un abogado eminente, reconocido como el orador más mordaz del Colegio de París, defendería los intereses de Chassevent, que representaban la acusación fiscal. Los Saint-André y los Tourette, que hicieron causa común con sus amigos de Clairefont, les daban estas noticias, que causaban la desesperación de la tía Isabel. Hubiera deseado ver á Pascual.

—Si pudiésemos hablar con él, saber lo que piensa y lo que espera! El oficio de un abogado consiste en tranquilizar primero á sus clientes y después en conseguir la victoria. Por eso no debe hacerse invisible.

¡Es cierto que la influencia moral de su nombre es una gran cosa! Pero á mi no me inspirará confianza hasta que le haya oído hablar sin tregua, en mi presencia, por espacio de una hora.

Antonieta, cediendo á las instancias de su tía, escribió al señor Molejean para que trajese á Pascual.

La emoción que el joven experimentó al apearse con el notario, junto á la verja del patio de honor, fué la más violenta de su vida. Se veían aún restos de los anuncios amarillos pegados á las columnas. Era aquel el lugar mismo en que estaban la joven y su tía cierta noche en que él rondaba á lo largo de la muralla del parque, cuando Fox le percibió y ladró furioso. Llegó al vestíbulo sin darse cuenta de cómo había atravesado el patio, se abrió una puerta, y vió en la sala á la tía Isabel, al marqués y Antonieta. Oscureció sus ojos una nube, la sangre zumbó en sus oídos, y creyó morir cuando escuchó la voz de Molejean, que decía:

—¡Señor marqués, señoritas... tengo el honor de presentar á Vds. al señor Pascual Carvajan!...

El marqués, pálido aún, le miró con afecto; y sin levantarse, saludó con la mano, sonriendo.

—Que sea bienvenido,—dijo.

El joven se inclinó, y sentóse cerca de la chimenea, en una silla que le ofreció Antonieta. El castillo no se derrumbó sobre la cabeza de este Carvajan que se convertía en huésped de Clairefont. La antigua mansión señorial le reconocía como un amigo; se mostraba sonriente y hospitalaria.

Trascurrió el primer cuarto de hora de esta visita sin que Pascual pudiera recobrar el imperio sobre sí mismo, ni ver claros los objetos, ni apaciguar su corazón palpitante. Coordinaba difícilmente las ideas.



En aquel salón, adornado con ensambladuras de madera divinamente trabajadas, la luz hería con ténues rayos las telas antiguas de los muebles, y convirtiendo en foco luminoso la araña de Venecia suspendida del artesonado del techo, producía extraño contraste de luz y sombra. Jardineras cubiertas de flores acupaban las ventanas; enfrente de la chimenea estaba colocado un piano, cubierto con un gran paño bordado. Sentado en un gran sillón, el marqués sonreía siempre, y hablaba con voz débil. Junto al anciano estaba su hija, y á sus piés semejante á una esfinge, se hallaba acostado el fidelísimo Fox. La tia Isabel, encarnada como una amapola, hablaba sin punto de reposo, y, entre tanto, Pascual buscaba en vano al señor de Croix-Mesnil. ¿Se encontraría en el castillo, ó habria regresado á Evreux? Antonieta, fríste y grave, prestaba escasa atención á lo que hablaban en torno suyo, y dos veces notó Pascual que la jóven le miraba; pero no se atrevía á alzar la vista.

—No es un sueño (se decía). ¿Será cierto que me encuentro en esta sala á su lado? Despues de tanto odio y desprecio, ¿habré conseguido vencer su repugnancia? Ya una vez me dió la mano, y ahora me abre la puerta de su casa. Estoy junto á ella, la veo, respiro el perfume que de ella se desprende. ¿Será verdad tanta dicha, despues de haber sufrido tanto?

Pero una sombra oscureció su espíritu. ¿Era á Pascual Carvaján á quien recibían y á quien estrechaban afectuosamente la mano? ¿No era más bien al defensor de Roberto, al poderoso y útil auxiliar, cuyos esfuerzos debían contribuir á salvar al heredero del título de la casa? No se le recibía; se le toleraba: hé aquí todo. ¿Y qué opinion tenian formada de él? ¿Qué habia detrás de aquella finura propia de la gente bien

nacida? Quizás un irónico desprecio hácia el renegado, hácia el traidor. ¿Quién sabe si en este mismo instante no pensaba Antonieta: «¡Me sirvo de tí, pero te desprecio!»

De pronto sintió que el corazón se le ensanchaba.

—¿Que me importa? (pensó.) ¿Es acaso por ellos por quienes he resuelto desligarme de todos los lazos que me impedian llenar mi deber? ¿No ha sido acaso por mí, por mi razón, por mi conciencia y por mi honra? ¿Que piensen, pues, lo que quieran!

Era ya dueño de sus facultades, y, por lo tanto, capaz de observar. Oyó á Molejeau que decía á la tia Isabel:

—Se celebrará una audiencia en Noviembre, señorita, y creo que á nuestro negocio le tocará el turno á fin de mes....

—¿Y nos responde Vd. de ese jóven?—preguntó, bajando la voz, la solterona.

—Como de mí mismo.

—¿Se ha fijado Vd.? No se parece en nada á su padre.

—No, no; en nada. Defenderá á Roberto. Ha sido mi idea... Y Vd. ya sabe, amiga mía, que las tengo buenas.

La tia Isabel miró con inquietud al notario, y murmuró entre dientes:

—¡Me hace temblar!

No tuvo tiempo de concluir. Antonieta se habia levantado, y se dirigía al vestíbulo. Pascual la siguió con los ojos, arrastrado por una fuerza irresistible. El lebrél se levantó también desperezándose, se acercó al jóven, le olió, le miró con sus ojos melancólicos, que parecían decirle: «te comprendo; siento que, como yo, eres bueno, leal y fiel.» Y le lamió la mano con dulzura.



—¿Qué animal tan extraño! (dijo la señorita Saint-Meurice:) esta es la primera vez que no le veo enseñar los dientes á un extraño. Nunca ha podido aguantar al señor de Croix-Mesnil... Antonieta se había parado en la terraza, y Pascual pudo recrearse con su vista, y enloquecer con la esperanza de gozar de su compañía durante algunos instantes. Admiró la delicada blancura de su tez, la graciosa ondulacion de sus contornos, la majestuosa elegancia de su porte. Estaba sencillamente vestida con un traje de cachemir sin adorno alguno. Cubriase la cabeza con una sombrilla encarnada, y un rayo de sol indiscreto acariciaba su cuello, haciendo brillar como hebras de oro los mechoncillos de dorado cabello que le adornaban la nuca. Estaba tan encantadora, que Pascual tuvo la idea de arrodillarse á sus piés como ante una imagen de la divinidad. Lo olvidó todo, sus inquietudes, sus desconfianzas, sus amarguras; no pensaba más que en ella, ni veía más que á ella.

Todo desaparecía ante el celeste encanto de su gracia y su belleza. Se creía trasportado al cielo mismo.

Oyéndola hablar volvió á la realidad.

—Ya ve Vd., caballero, lo que es nuestra casa (le dijo con melancólica dignidad). Tristes restos de pasada grandeza, poco digna de ser envidiada. Pero tal cual es, nos hallamos con ella satisfechos. A Vd. se lo debemos. ¿Cómo? No lo se. Pero ello es que por Vd. nos es dado permanecer bajo este techo. No estoy versada en cuestiones de negocios; pero se me figura que solo Vd. ha podido operar un cambio tan favorable y tan rápido en nuestra situacion. ¡Ojalá seamos tan felices cuanto se trate de Roberto!

Pascual envolvió á la jóven en una mirada indefi-

nible, y con voz simpática, sonora, cariñosa, repuso,

—Si para tener génio sólo hiciese falta la voluntad, le aseguraria á Vd. la salvacion de su hermano, señorita; pero no debo prometer lo que un hombre no puede estar cierto que ha de cumplir. Está Vd. segura, sin embargo, de que encontraré fuerzas en la conciencia del derecho que nos asiste, y de que cuando mas difícil sea mi posicion, lejos de acobardarme, mayores serán los esfuerzos que haga para triunfar.

La señorita de Clairefont bajó la cabeza en señal de asentimiento, y quedó unos instantes pensativa; luego suspiró, y sus ojos se arrasaron de lágrimas.

Pascual, pálido, se adelantó hácia ella; al verle junto así, sonrió, y le dijo:

—Dispénsese Vd... Tengo tanta pena...; me olvido de que gente extraña...

Y recobrándose, prosiguió:

—Es preciso que tenga Vd. la bondad de visitarnos á menudo; es necesario que nos conozca bien, que viva Vd. nuestra vida, para podernos defender. Le impongo á Vd. un sacrificio, pidiéndole que frecuente una casa en donde sólo ha de hallar á un anciano enfermo y dos mujeres entristecidas. Mas espero que se resignará á ella, porque es Vd. bueno.

Pascual se inclinó sin contestar. Temblaba de temor y de alegría, encantado al ver cuán francamente le abrian las puertas del castillo, y al propio tiempo asustábale pensar el incremento que iba á tomar su amor, ya enorme, en medio de aquella dulce intimidad.

Los dos jóvenes se dirigieron al salón.

Al entrar, oyó Pascual á la señorita de Saint-Maurice, que decia con voz iracunda á Molejean:

—¡Pero si no ha despegado los labios! ¿Cómo ha de salvar á mi Roberto un abogado que no habla? No,



—¡Qué animal tan extraño! (dijo la señorita Saint-Maurice:) esta es la primera vez que no le veo enseñar los dientes á un extraño. Nunca ha podido aguantar al señor de Croix-Mesnil... Antonieta se había parado en la terraza, y Pascual pudo recrearse con su vista, y enloquecer con la esperanza de gozar de su compañía durante algunos instantes. Admiró la delicada blancura de su tez, la graciosa ondulacion de sus contornos, la majestuosa elegancia de su porte. Estaba sencillamente vestida con un traje de cachemir sin adorno alguno. Cubriase la cabeza con una sombrilla encarnada, y un rayo de sol indiscreto acariciaba su cuello, haciendo brillar como hebras de oro los mechoncillos de dorado cabello que le adornaban la nuca. Estaba tan encantadora, que Pascual tuvo la idea de arrodillarse á sus piés como ante una imágen de la divinidad. Lo olvidó todo, sus inquietudes, sus desconfianzas, sus amarguras; no pensaba más que en ella, ni veía más que á ella.

Todo desaparecía ante el celeste encanto de su gracia y su belleza. Se creía trasportado al cielo mismo.

Oyéndola hablar volvió á la realidad.

—Ya ve Vd., caballero, lo que es nuestra casa (le dijo con melancólica dignidad). Tristes restos de pasada grandeza, poco digna de ser envidiada. Pero tal cual es, nos hallamos con ella satisfechos. A Vd. se lo debemos. ¿Cómo? No lo se. Pero ello es que por Vd. nos es dado permanecer bajo este techo. No estoy versada en cuestiones de negocios; pero se me figura que solo Vd. ha podido operar un cambio tan favorable y tan rápido en nuestra situacion. ¡Ojalá seamos tan felices cuanto se trate de Roberto!

Pascual envolvió á la jóven en una mirada indefi-

nible, y con voz simpática, sonora, cariñosa, repuso,

—Si para tener génio sólo hiciere falta la voluntad, le aseguraria á Vd. la salvacion de su hermano, señorita; pero no debo prometer lo que un hombre no puede estar cierto que ha de cumplir. Está Vd. segura, sin embargo, de que encontraré fuerzas en la conciencia del derecho que nos asiste, y de que cuando mas difícil sea mi posición, lejos de acobardarme, mayores serán los esfuerzos que haga para triunfar.

La señorita de Clairefont bajó la cabeza en señal de asentimiento, y quedó unos instantes pensativa; luego suspiró, y sus ojos se arrasaron de lágrimas.

Pascual, pálido, se adelantó hácia ella; al verle junto así, sonrió, y le dijo:

—Dispénsame Vd... Tengo tanta pena...; me olvido de que gente extraña...

Y recobrándose, prosiguió:

—Es preciso que tenga Vd. la bondad de visitarnos á menudo; es necesario que nos conozca bien, que viva Vd. nuestra vida, para podernos defender. Le impongo á Vd. un sacrificio, pidiéndole que frecuente una casa en donde sólo ha de hallar á un anciano enfermo y dos mujeres entristecidas. Mas espero que se resignará á ella, porque es Vd. bueno.

Pascual se inclinó sin contestar. Temblaba de temor y de alegría, encantado al ver cuán francamente le abrian las puertas del castillo, y al propio tiempo asustábase pensar el incremento que iba á tomar su amor, ya enorme, en medio de aquella dulce intimidad.

Los dos jóvenes se dirigieron al salón.

Al entrar, oyó Pascual á la señorita de Saint-Maurice, que decía con voz iracunda á Melejeau:

—¡Pero si no ha despegado los labios! ¿Cómo ha de salvar á mi Roberto un abogado que no habla? No,



nunca me hará Vd. creer que pueda conseguir que absuelvan á su defendido, si no está charlando dos horas seguidas!

Y el notario contestó con su voz pausada y débil:

—Soy yo el que he tenido la idea... No teman Vds. La idea es mia... ¡Y es buena!

Pascual se acercó á Molejean; saludó al anciano y á la tía Isabel, y acompañado por Antonieta hasta la verja, se alejó. Desde esta visita fue todos los días á Clairefont, y se encontró siempre, desde el día siguiente, con el señor de Croix-Mesnil. No le agradaba entablar relaciones con el jóven oficial. Sin embargo, pronto desechó sus prevenciones. Vió en el baron á un hombre fino y reservado, y pronto apreció su mérito. Se sintió mas atraído hacia él, porque conocia que, en vez de rival afortunado, era un compañero de infortunio. La indiferencia encantadora con que Antonieta trataba al señor Croix-Mesnil se le figuró á Pascual ya mayor de las desgracias. Su alma ardiente hubiera preferido verla amante ó aborrecedora, mejor que insensible. Comprendió que el baron amaba á la señorita de Clairefont, y que no abrigaba ninguna esperanza. El peligro de Roberto era el último lazo que le unía á una familia entre la cual habia soñado vivir feliz. Ahora sufría en ella, y sólo la frecuentaba en cumplimiento de un deber. Con sus delicadas palabras de alabanza en obsequio del defensor de su amigo, y con refinado tacto, conquistó definitivamente la voluntad de Pascual, y de buena fé fueron amigos.

Era un espectáculo interesante el que ofrecían los dos jóvenes al lado de Antonieta. Prendados de ella hasta adorarla; el uno, amable, fino, ligero, disimulaba sus afectos con una gracia natural y correcta; el otro, severo, huraño, habia momentos en que extraños ful-

gores animaban sus ojos, y daban á su fisonomía hermoso aspecto que avasallaba.

Cuando Pascual, en este estado de ánimo, daba rienda suelta á sus pensamientos, una contraccion singular de los párpados, y un gesto repentino de los labios, daban á la fisonomía de la señorita de Clairefont extraña gravedad. Parecia no oír lo que se hablaba en su alrededor; hubiérase dicho que sólo escuchaba una voz que en el fondo de su alma se imponia de una manera irresistible.

Después, cuando el jóven se expresaba ya con mesura, recobraba la jóven su aspecto acostumbrado. Estos cambios rapidísimos, fugaces, sólo habian sido observados por Molejean, el cual, á pesar de que sus ojos pestañeaban, y no obstante ser miope, como acreditaban los gruesos cristales de sus gafas de oro, veia muy claro.

Mientras que en Clairefont transcurrían los días esperando con ansia acontecimientos favorables, en la calle del Mercado la agitacion iba en aumento. El odio burlado, la codicia defraudada, habian producido en Carvajan tal rabia, que se abrigaban sérios temores de que perdiese la razon.

En la ciudad se notaba una reaccion en favor de las víctimas contra el verdugo.

La opresion material que el banquero ejercía sobre los que de él dependían, no llegaba hasta impedirles emitir sus opiniones particulares, siquiera lo hicieran con recelo. Podia obligarles á servirle materialmente, pero sus pensamientos quedaban en libertad.

La mayoría se declaraban partidarios decididos del hijo en contra del padre.

Carvajan, sin salir de su casa, con el instinto admirable que le servia siempre de norma, comprendió de



una manera exacta el estado de los ánimos. Repercutía en él, en cierto modo, la opinión pública. Meditaba, comparaba y confesaba con rabia que entre el joven, que nunca había perjudicado á nadie, y él, el tirano de Neuville, nadie vacilaba. Cuando trató Fleury de calmarle, asegurándole lo contrario, le interrumpió con violencia diciendo:

—¡Cállese Vd. estúpido! ¡No sabe Vd. lo que se dice! ¡Pascual nos pierde! No le conoce Vd... No hubiera debido dejarle volver. Se ganará las voluntades de todos los que le oigan. ¡Qué necio he sido al enfadar me con él! ¡Me ha cegado la ira!... No produce el furor más que disparates. Si hubiera discutido en vez de sulfurarme, Clairefont sería nuestro en pago de la libertad de ese animal, cuya condena sólo me causará una satisfacción insignificante. Me he portado como un borrico. ¡Vd. mismo, Fleury, no hubiese sido más bestia que yo!

Aliviado por estos insultos, se paseaba á grandes pasos por el despacho.

—¡Si consiguiere al menos verle!... Quizás podrían aún arreglarse las cosas... Pero no quiere venir aquí... Y yo no quiero ir á casa de Molejean... Parecería que trato de capitular... ¡Ah! ¡Si consiguiéramos que condenasen á Roberto!... Entonces sería acaso posible la victoria. ¡Tal vez pudiéramos aniquilarlos, cuando creen ser los vencedores! ¡Qué triunfo! ¿Pero cómo?

Un día, á eso de las cinco, Pascual oyó que lo llamaban al bajar de Clairefont. Se paró allí, y en la esquina del Gran Margal se encontró en presencia de su padre.

—Puesto que no consentes en venir á buscarme (dijo el anciano), yo, menos rencoroso que tú, te salgo al paso. ¿Quieres hablar cinco minutos conmigo?

Condujo al joven por entre la enramada, y sentándose al abrigo de un ribazo, prosiguió:

—Me haces muy desgraciado. No me puedo acostumbrar á la idea de que hagas causa común con mis enemigos. Á mi edad, cuando me resta tan poco tiempo de vida, hallarme separado de mi hijo en tan crueles circunstancias, es muy superior á mis fuerzas... Veamos qué es preciso hacer para poner un término á tan horrible separación.

—¡Oh! Si Vd. lo desea de buena fé, es muy fácil que nos pongamos de acuerdo,—contestó alegremente Pascual.

—Pues bien: vuelve á mi casa, y renuncia á la defensa de Roberto de Clairefont.

—Regresaré á su casa si Vd. lo desea, padre mio; pero no puedo abandonar la obligación que me he impuesto.

—¿Pero no se te alcanza que tu conducta para conmigo equivale á una bofetada?... Si viviendo en mi compañía continúas defendiéndolos, creerán que no te importa un ardite de mí...

—Nada de eso; puedo participarles que lo hago con su consentimiento de Vd.

—¿Pero tan comprometido estás con los de Clairefont?—le preguntó Carvaján con irritación creciente.

—Estoy comprometido con mi conciencia.

—¡Pascual!—gritó el alcalde.

Se detuvo, y despues, como hablando consigo mismo, prosiguió:

—¡Este chico tiene una cabeza de hierro!... Jamás se avendrá á la razón... Nunca... Y, sin embargo, se burlan de él... ¡Pero el amor le ciega!... ¡Para qué tienes los ojos! ¿No ves que la señorita de allá arriba es la querida del capitán de dragones?



—¡Padre mio! (gritó Pascual, lívido de ira.) ¡Oh! No quiero oírle á Vd. más.

Y volvió corriendo al camino.

El banquero le siguió, hablando siempre.

—¡No se casan..., porque pueden pasarse sin ello! No soy yo el que he inventado lo que digo... Toda la población lo sabe. . . ¡Cómo se deben reír de ti cuando estén juntos!..

Pascual exhaló un rugido, y volviéndose con terrible ademán:

—¡Cállese Vd.! ¡Podría olvidar para siempre que es Vd. mi padre!

Carvaján se paró.

—¡Bueno! No lo diré más. Pero no te separes así de mí, Pascual; me haces sufrir mucho... Eres implacable...

Y al decir esto, en su fisonomía se retrataba la angustia con rasgos bien salientes.

—¡Adios, padre! (exclamó el jóven, con aire sombrío.) Olvido lo que Vd. me ha obligado á oír... Es una prueba mas del respeto que le tengo.

El anciano le dijo con rabia:

—Espera un instante.

Se puso muy encarnado, abrió los lábios como si fuese á hablar, y nada dijo; era presa de horrible agitación, y no tardó poco en poder pronunciar con entrecortado acento:

—No sabes lo que te haces. Te estás creando reñeres, de los cuales no podré librarte siempre... No pases nunca por este sitio; cuando te dirijas allá arriba, toma siempre la carretera... ¡Adios!

Y casi corriendo, se fué en dirección á la taberna de Pourtois. Pascual volvió á casa de Molejean, y al entrar, pensaba:

—¿Habrá querido asustarme tan sólo?... ¿Qué debo temer?

Olvidió aquellas palabras, y continuó yendo á Clairfont por el sendero del Gran Margal. A los dos días, por la tarde; cuando regresaba á Neuville, al llegar á un recodo del sendero, oyó una detonación, y una rama de abedul, á una cuarta sobre su cabeza, cayó en tierra hecha trizas. De un salto el jóven ganó la cuneta de la carretera, y, resguardado, esperó. Entre los rojizos resplandores del sol poniente, subió una pequeña nube de blanco humo, pero la llanura permanecía desierta. El que disparó no aparecía. Había huido á través de las zarzas, ó se había ocultado en algun pozo abandonado.

Pascual permaneció allí algunos instantes. Despues agachándose para que no le vieran, se alejó.

—No hay equivocación posible (se dijo): ha tirado Chassevent. ¿Pero cómo no disparó por segunda vez?... Tenia tiempo... ¡Quizás su propósito era amedrentarme! Sin embargo, la bala ha pasado muy cerca.

Recordó los consejos de su padre. Era evidente que sospechaba de las intenciones del corsario. Como no podia hacerse obedecer por él habia tratado al menos de proteger á su hijo.

—¡Vamos, aún le quedaba algun cariño!

Pascual no contó en Clairfont el accidente, y se limitó á variar de camino.

Aquella semana misma, la Sala formuló la orden de prisión, y con gran dolor hubo que renunciar á la débil esperanza, conservada hasta entonces, de que á Roberto se le absolviera de las sospechas que infundia.

En la ciudad corrió el rumor de que habia sido condenado.



Hasta dos días después no se pudo disipar el error, y aun así no se consiguió del todo.

La tarea de Pascual empezaba.

Tuvo que instalarse en Rouen, no tanto para estudiar la causa, que ya conocía de antemano, como para ponerse de acuerdo con su cliente.

La última visita que hizo á Clairefont fué triste. El tiempo había cambiado. La lluvia caía lentamente; parecía que el cielo se deshacía en agua; una espesa niebla envolvía á Nenville, y por las alamedas del parque corrían arroyos amarillentos.

Cuando Pascual dijo que al fin iba á ver á Roberto, la tía Isabel se levantó, exclamando:

—Yo también voy... ¡Hijo mío! No tendrá Vd. la crueldad de rehusarme que le acompañe... Quiero estar allí para escuchar lo que diga, para besarle, para...

—Me honraré con su compañía... Vd. misma podrá hablarle. Pediré una licencia para que pueda verle. ¡Marchemos, pues..., sin tardanza!...

—Espere Vd. el tiempo preciso para hacer un baul, y soy con Vd... ¡Ah, querido amigo mío!...

La vieja solterona abrazó á Pascual, y, fuera de sí, corrió á su cuarto.

Una gran tristeza se apoderó de Antonieta. ¡Que horrible soledad, después de tan febril agitación!

Iba á quedarse sola con su padre en aquel castillo tan grande. Sola, completamente sola, con sus paredes.

Nadie más que el señor de Croix-Mesnil rompería la monotonía de su existencia, con sus raras y cortas visitas.

La tía Isabel se marchaba con Pascual; el porvenir era espantoso; sentía profunda pena, y se le saltaron las lágrimas... ¿Quién era el que influía tanto en su ánimo? ¿Era la señorita de Saint-Meurice, ó el nuevo

huésped de Clairefont? Sintió un impulso de ira contra ella misma; se juzgó débil, y pidiendo á su orgullo la firmeza que le faltaba, acogió con glacial dignidad la despedida del joven.

—Ya no nos veremos (la dijo) hasta el día decisivo, prométame Vd. que se hallará presente. La presencia de Vd. dará una gran fuerza moral á su hermano. En cuanto á mí...

Se calló y después, con acento apasionado, que ella no le había oído nunca:

—En cuanto á mí, esté Vd., segura de que, si ta hace, inspirado por Vd., realizaré imposibles.

Ella se inclinó sin contestar. Pascual se despidió del marqués, siempre sonriente, con su inquebrantable calma, y acompañado de la tía Isabel, se alejó. Cuando se encontró sola, Antonieta halló el día más sombrío, la lluvia más monótona, y el viento más violento y gemidor. No despegó los labios hasta la noche, escuchando distraidamente á su padre, que hablaba con incoherencia, como se mueve un molino viejo y abandonado cuya máquina se agita en el vacío.

Dos días después experimentó una gran alegría. Recibió una carta de su tía Isabel. La solterona la había escrito bajo la influencia de una emoción extraordinaria; después de ver á Roberto, y, por efecto consiguiente á su gratitud hacia Pascual, que le había franqueado las puertas de la cárcel se ocupaba casi tanto de él como de su sobrino. Los confundía en una especie de comunidad inquebrantable.

—¡Si vieras á nuestro pobre Roberto! (la decía.) ¡Qué cambiado está! Ha adelgazado, y\* tiene la tez más pálida. Cuando fuimos á visitarle, se me figuró que los corredores que atravesábamos no concluían nunca. Por fin se paró el llavero ante una puerta que



tenia un ventanillo, abrió, y nos encontramos en presencia de tu hermano. Lanzó un grito de alegría al verme, y despues conocí á Pascual. Entonces se irguió, y los dos permanecieron un instante mirándose cara á cara. Roberto ignoraba aún que nuestro amigo debía defenderle. Sorprendido, olvidó mi presencia, y le dijo con terrible acritud:

—¿Qué viene á hacer aquí el hijo de Carvajan?

»Entonces, el otro le contestó con esa voz que tú conoces, y con una dulzura que me llegó al alma:

—¿A defender el honor y la libertad del hijo del marqués de Clairefont!

»Se miraron como si se quisieran penetrar con la vista hasta lo más recóndito del alma, y despues se abrazaron con efusion. Se comprendieron en un segundo. Entonces, Roberto, sin orgullo ya, no se pudo contener, y rompió á llorar. Se lo hemos referido todo; la enfermedad de mi hermano y los acontecimientos que han seguido á ésta. No se cansaba de abrazarme y de apretar la mano de Pascual. Te envia sus cariñosos recuerdos, y te encarga le des á papá un abrazo muy apretado de su parte....»

Leyendo esta carta, vertió abundante llanto Antonieta. Veía, como en un sueño, á Pascual y á Roberto abrazados. Los dos estaban alegres y llenos de confianza. ¡Qué igualdad en sus afectos, y, sin embargo, qué disparidad en sus orígenes! Pascual, hijo de un advenedizo; Roberto, descendiente de una de las primeras familias del país; el uno, moreno, con el pelo corto, la frente ancha, la nariz fina, los ojos grises y el bigote afétado, revelaban su energía y su inteligencia; el otro, blanco, sonrosado, con los cabellos rubios, la nariz ancha, los ojos azules y su largo bigote, era la genuina expresion de la audacia y de la fuerza. Por-

maban extraño contraste, y de él resultaba una duda. Ella misma se preguntaba, viéndolos juntos, quién era el noble, y cuál el burgués; los dos tenían el aire igualmente distinguido.

Y, pensativa, no hallaba contestacion. La tia Isabel escribía todos los dias, y no se cansaba de hablar de Pascual. Vivian juntos en casa del alquilador de carruajes de Saint-Sever.

«No me encuentro sin él (decía la señorita de Saint-Meurice); y creo que él tambien me echaria de ménos. Pasamos las veladas hablando. Me cuenta sus viajes... ¡Ah! ¡Cuán mal le habia juzgado al principio, apreciándole por su timidez!... Porque este chico es reservado, y dulce como una mujer... Habla, querida mia, horas enteras, y me tiene encantada... ¡Nunca creí que un hombre se expresara con tanta facilidad! Y ahora que tiene ya confianza, me lo cuenta todo... ¡Si supieras cuánto ha sufrido por nuestra causa!... Pero me ha recomendado expresamente no hablarte nunca de ello. Y ya ves que soy discreta. Sólo hay un pequeño detalle que es necesario conozcas, y que prueba la intranquilidad que causa en nuestros enemigos el apoyo que nos presta Pascual. Algunos dias antes de nuestra marcha á Rouen, á la caída de una tarde, en el valle del Gran Margal, Chassevent trató de asesinarle... ¡Si! ¡Esos bribones han tratado de quitar de enmedio á nuestro abogado!... Se ha salvado del peligro; por lo tanto, debe triunfar. El destino lo quiere, y yo lo he presentado en mis sueños.»

Y despues, algunos dias mas tarde, decía en otra carta:

«El momento supremo se aproxima; la vista de la causa tendrá lugar muy pronto. Pascual me llevó ayer por la mañana á visitar el Palacio de Justicia; es una



maravilla de arquitectura; me condujo á la Sala de lo criminal para acostumbrarme á su vista; quedé sorprendida. ¡Qué cosa tan majestuosa! Impone respeto. Toda cubierta en las paredes de paños encarnados se me figuró ver un tribunal de la Inquisición... En el fondo de la sala, un gran Cristo mira al cielo con ojos moribundos. Hacia él se extendía la mano en otro tiempo para jurar. Porque ahora no se jura ya ante Dios, lo cual facilitará la mentira á nuestros enemigos... Pero es igual; tengo confianza. Ayer nos hemos encontrado á Fleury, Tondeur y Pontois. Los dos primeros volvieron la cara con aire jesuitico; el último nos lanzó una mirada suplicante. Imagínate que ese hombre, tan gordo hace algunas semanas, ha adelgazado de tal manera, que está desconocido. La piel de la cara le cuelga arrugada y fofa. Se ha quedado como una anguila. Pascual dice que los remordimientos por el falso testimonio que prestó el miserable, le están matando.»

Por fin llegó una última carta:

«Faltan solo tres días (decía)... ¡Qué largo me parece el plazo!... Saldrás por la mañana de Neuville, y llegarás á esta ciudad á las diez y veinte; es decir á tiempo. Iremos á esperarte á la estación. El abogado de París está aquí. Pascual le ha visto esta mañana. El *grande hombre* se ha ido á cazar á Malamay con uno de sus amigos. Nuestro querido defensor dice que es un enredador que se va derecho al bulto, y ataca de un modo formidable. Está muy escamado, no obstante, y dicen que es tan malo porque aún no ha podido conseguir ser nombrado senador. ¡Que le nombren, y que nos deje en paz!... A medida que se aproxima el momento terrible, Roberto está más tranquilo. Tiene confianza en la justicia y en su defensor. Ha recobra-

de su aspecto de otros tiempos, pero aún está abatido. Ya verás... ¡Dios mío! ¿Qué daría yo porque todo se hubiera ya resuelto?...»

En la mañana de su viaje, Antonieta, que había ocultado hasta el último momento á su padre la fecha de la vista, tuvo que confesarle la verdad. El anciano estaba aún en el lecho. La sonrisa, que no le abandonaba nunca, desapareció, y el pensamiento volvió á iluminar su mirada. La besó, la estrechó la mano, y con voz sonora la dijo:

—Hija mía, atravesamos una prueba muy ruda. Vete á asistir á tu hermano, ocupa mi lugar, y confirma con tu presencia la seguridad que abrigamos de que un Clairefont no ha podido faltar al honor. Lleva mi bendición á mi hijo, y suceda lo que quiera, dile que nunca abrigaré la menor duda de su inocencia.

El anciano colocó dulcemente la mano sobre la cabeza de la joven y concluyó:

—¡Auda, hija mía, y ten valor!...



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS





## XI

Eran las tres, y en la Sala de lo criminal empezaba á decrecer la luz. Una apiñada multitud invadía el local, llenaba los corredores, y en oleadas violentas reflúa sobre las tribunas reservadas á los abogados y á los periodistas.

En un recodo en primera fila, aisladas sin embargo, y al abrigo de miradas indiscretas, Antonieta y la tía Isabel asistían desde por la mañana al terrible debate en el cual estaba comprometido todo lo que les era más caro en el mundo; la honra y la vida de Roberto.

Ante ellas se hallaba un espacio, en cuyo centro estaba la barra, y más lejos la mesa con las piezas de convicción; una toquilla de lana y un pañuelo de seda.

Allá en el fondo, el tribunal, imponente é imponente, se destacaba con severa gravedad; á la izquierda el Jurado, y á la derecha el banquillo de los acusados, en donde, entre los gendarmes, se veía á un Clairefont. A los piés de su cliente, sentado en el banco de la defensa. Pascual se apercibía á la lucha, ves-

tido con su toga negra, llevando el blanco armiño sobre la espalda. Todo el auditorio prestaba una atención apasionada. Entre la acusación y la defensa se libraba violento combate de argumentos.

El interrogatorio había sido favorable á Roberto, el cual, siguiendo los consejos de Pascual, se mostró lleno de tacto y de moderación. La declaración prestada por el doctor Margueron había causado buen efecto; pero las de los testigos impresionaron mucho al Jurado. Tondeur y Fleury hicieron referencia á ciertas violencias habituales en el presunto asesino, y éstas eran de un efecto terrible en contra del joven.

Pourtois, titubeando, y con voz temblorosa, había relatado la escena de la muerte. Los Tubouef y el palafrenero de Montagne habían venido también, y el atroz Chassevent fué escuchado por el Presidente, en virtud de su poder discrecional.

El conjunto de las acusaciones, encadenadas con suma destreza, presentaba una porción de pruebas difíciles de atacar. Sin embargo, Pascual, con una sangre fría y un acierto inquebrantables, había dirigido varias preguntas á los testigos, haciéndoles disentir en sus declaraciones y tratando de poner en contradicción á unos con otros.

Uno de los puntos que más se esforzaba en hacer resaltar era la buena inteligencia que existía entre Rosa y Roberto. Le había seguido de buena voluntad; no necesitó hacer ningún esfuerzo para decidirla. Y todos contestaban afirmativamente, creyendo ver en ello un principio de prueba del crimen. ¡Ah, ya lo creo! Iba agarrada alegremente de su brazo la pobrecilla. Se la oía reír en el camino. No se resistía y coqueteaba con el hijo del marqués.... Pero él ...



En el banco de encima, lustroso por el contacto de los criminales que en él se habían sentado, Roberto escuchaba impasible. Y en el fondo de su alma, una voz se elevaba protestando contra la iniquidad de su proceso. Pensó: «Yo he negado muchas veces los errores judiciales, diciendo que eran imposibles, y, sin embargo, siendo inocente me siento anonadado bajo esta multitud de testimonios irrefutables. Y si la luz no se hace en el espíritu de estas gentes que están sentadas enfrente de mí al oír á mi defensor, me van á condenar con la conciencia de obrar bien.»

Sin embargo, permanecía tranquilo, sin oponer más que la orgullosa firmeza de su actitud á las acusaciones que se le dirigían. Sólo una vez, cuando oyó á Chassevent acusarle con rabia, perdió la paciencia, y bruscamente, dirigiéndose al corsario, dijo:

—El crimen de que Vd. me acusa, y que no he cometido, no es el único de que ha sido teatro el Gran Margal. También ocurrió hace poco una tentativa de asesinato, y de ella Vd. nada dice.

Chassevent palideció. El Presidente pidió á Roberto que se explicase. Pero él, recobrando su sangre fría, le contestó:

—No me encuentro aquí para acusar, sino para defenderme. Ese hombre sabe muy bien lo que he querido decirle...

Fué imposible lograr que pronunciase una palabra más. Pero la acusación había perdido terreno. La temerosa sombra de lo desconocido se cernía sobre el fiscal. Un misterio se imponía á la inteligencia de los oyentes.

El discurso del abogado de la parte contraria á Roberto restableció el combate. Elegante, conciso, pérfido, envolvió á Roberto en una malla de pruebas

morales, dejando al ministerio público la ventaja de apoyarse en las pruebas materiales.

Mientras duró este terrible ataque, Antonieta y la señorita de Saint-Meurice estuvieron como sobre áscuas.

Lo que sufrieron es imposible decirlo. Juzgaron la causa perdida. Nunca podría borrar su defensor las huellas de esta terrible diatriba, en la que el carácter de Roberto estaba analizado con terrible habilidad. Todo lo que tenía de bueno y generoso quedaba oscurecido, resaltando en cambio lo malo; su soberbia y su violencia naturales. Descrito de esta manera, el joven era, sin duda alguna, el autor del crimen. Estranguló á Rosa por un movimiento brutal, inconsciente quizás, pero no ménos fuésteo por sus efectos.

La respuesta de la acusación fiscal infundió aún más pavor en el ánimo de las dos mujeres. Este magistrado, con la voz hueca, de pié, vestido con toga encarnada, les hizo el efecto del precursor del verdugo. Con el brazo amenazador, parecía querer apoderarse de la cabeza de Roberto. Su enfática elocuencia les parecía tétrica. La parte teatral que tiene el aparato de una audiencia influyó en ellas, sumiéndolas en una postración invencible. Comprendieron, sin embargo, que, en medio de la retahíla de palabras rebuscadas, el fiscal reconocía la existencia de circunstancias atenuantes. Indicaba el presidio en vez del patíbulo, y ante esta idea, se apoderó de la tia Isalel tal desesperación, que á no ser por Antonieta, hubiese intervenido interrumpiendo la audiencia y causando un escándalo irremediable.

—¡La cárcel, el presidio! ¡Nunca! (gruñía la vieja solterona.) ¡Un Clairefont! ¡Antes le proporcionaría yo misma un veneno!



—Ten calma, tía (murmuró Antonieta.) Te lo ruego. Mira qué tranquilo está Pascual.

—¡Lo que está es anonadado!

El discurso del representante del ministerio público fué un llamamiento á la severidad del Jurado, esclarecido guardian de la igualdad judicial, y una enérgica diatriba contra la holganza que conduce al crimen. Las últimas palabras fueron escuchadas en medio de un terrible silencio.

Después el Presidente, con reposada voz, pronunció la frase usual: «El defensor tiene la palabra;» y en medio de un murmullo de curiosidad se levantó Pascual.

Estaba muy pálido, pero nunca resolución más enérgica se reflejó en rostro de hombre de foro. Se volvió hácia el auditorio, y le abarcó con su mirada penetrante. Fijó un instante los ojos en Antonieta, como para pedirle inspiración, y empezó á hablar. Al principio muy bajo, con una especie de indolencia, como si desdenara refutar los argumentos de sus adversarios, y con esta entonación apagada, su voz tenía una dulzura penetrante, que produjo en el auditorio un estremecimiento de placer.

Antes de que empezara á discutir, se imponía ya con el mágico poder de su acento.

Asemejaba un gran músico ejecutando el prelude de una pieza de efecto, precursor de algo muy grande, en medio de delicados y suaves acordes. Era de una manera tan evidente dueño de todas sus facultades, que el ilustre abogado de París frunció el entrecejo, y aunque afectaba indiferencia, cesó de clasificar los documentos de un legajo que tenía entre manos.

El tribunal se había incorporado sobre las anchas butacas. El Jurado, poseído de esa turbación interior

que producen irresistiblemente los grandes artistas desde la primera nota ó los primeros compases de la batuta, estaba inmóvil y sorprendido.

En la gran sala, opaca ya por la proximidad de la noche, no se escuchaba el más ligero rumor.

El discurso de Pascual se desenvolvía melodioso, y prestándole las tinieblas un encanto más, resultaba avasallador de puro poético. Antonieta, con el alma oprimida y el corazón palpitante, escuchaba con angustia y arrobamiento á la vez al defensor de su hermano. ¡La joven lo sabía; por amor hacía ella, era por lo que hablaba así Pascual!... Si, todas aquellas seducciones se dirigían á ella. En su turbación, apenas si podía oír la palabra del sábio joven. Pero la mirada de éste, sin apartarse de su objeto un instante tan sólo, era aún más elocuente que sus frases... «Te adoro (le decía). Todo lo que he hecho, todo lo que haré, es para agradarte. Luchó por tí, por tí sola; desecha toda inquietud; puesto que defiende tu causa, ¡encontraré fuerzas sobrehumanas y triunfaré!»

Antonieta sintió renacer en su alma súbita confianza. Ya no tenía miedo; fué presa de una especie de éxtasis, que no la permitía distinguir lo falso de lo verdadero. Parecíale que la envolvía una nube; perdió la conciencia de las cosas que la rodeaban; se creyó transportada á los espacios celestes en donde cantaba una voz divina, y esta voz evocaba los recuerdos de su infancia y la de su hermano; y el parque de Clairefont se le aparecía bañado por los rayos del sol. Pascual lo desmenuzaba todo. Una pobre mujer enferma andaba sobre la terraza; era la marquesa con el sello de la muerte impreso en la frente. ¡Pobres huérfanos, que no habían conocido los encantos de la ternura materna, y que, entre un padre completamente dedi-



cado á los trabajos científicos, y una tía de corazón ardiente, pero exento de dulzura, habían crecido en medio de una libertad casi salvaje!

La vida de familia, en el fondo de aquel gran castillo, silencioso y desierto, monótono, triste, á pesar de animarse por el respetuoso afecto de los niños hácia su padre y el de éste por ellos; la sumisión á sus caprichos, y poco á poco la ruina apoderándose de la casa; la hostilidad, producida por la concupiscencia de todo un país, creciendo alrededor de un anciano maniático; todo se reprodujo á la voz del letrado...

El cuadro completo de una lucha sorda librada por los confederados, que deseaban apoderarse de las riquezas de Clairefont, contra el pobre marqués, enloquecido por su manía, adquirió fatídicos tintes, y toda la parte enigmática que encerraba aquel asunto empezó á descubrirse sondeada en sus profundidades más íntimas.

La voz divina cantaba siempre. Ahora ya no acariciaba ni enternecía; era sonora, severa, enérgica, imponía respeto y tristeza.

Conmoviendo aún más que antes, iba derecha al alma; armoniosa y llena de colorido, demostraba é imponía la convicción triunfante en los espíritus. Los períodos eran más rápidos; los argumentos se hacían más contundentes, lanzados al asalto como una columna de ataque. Y Antonieta escuchaba, dominada por ardiente y febril curiosidad, fundiendo su alma con la de aquel que encantaba sus oídos, viviendo su vida misma, y animándose con su entusiasmo. Estaba enteramente en él, le ayudaba, le influía, le daba bríos se había apoderado de ella la ilusión de que con esto defendía también ello á su hermano. Aquella palabra clara y

potente, era la expresión de su pensamiento... Hablaba por boca del abogado.

La sensación fué tan viva, que la jóven salió de su éxtasis. Sus ojos distinguieron lo real. Tornó á ver la multitud, á su tía, á los jueces, á su hermano y á Pascual.

Ya no estaba pálido; la más enérgica animación se retrataba en su semblante, teñido de vivo carmin, y sus ademanes eran desenvueltos y majestuosos. Discutía con sarcástica ironía, y todas las preguntas que había dirigido mientras se interrogaba á los testigos le servían para la defensa. Luchaba cuerpo á cuerpo con sus adversarios, y les aplastaba bajo el peso de sus razones. Los hechos acusadores de Roberto, aquel edificio tenebroso levantado por la fatalidad y la mala fé, se derrumbaba, y no quedaba de él más que ruinas. Por medio de una série de razonamientos admirablemente enlazados, se propuso demostrar que ningun móvil pudo impulsar al crimen á su defendido, y obtuvo su propósito. ¿Por qué había de querer matarla? ¿Con qué miras? ¿Por qué razones? Todas las presunciones morales eran inútiles, y no podían influir ni un solo momento, como no fuera en los espíritus pequeños y raquíficos. Y si las morales nada demostraban, las pruebas materiales todavía eran más insignificantes y más débiles. ¿Quién vió al asesino? ¿Chassevent y Pourtois? ¿Cómo y cuándo? En la oscuridad, huyendo entre árboles, y ésto un instante tan sólo. ¿Y qué valor merecía el testimonio de un padre arrastrado por la codicia de obtener una fuertesuma en calidad de indemnización de daños y perjuicios? ¿Él le convenía que el señor de Clairefont fuese el culpable, porque tenía con qué pagar, y no un cualquiera, acaso un bandido miserable, asesino misterioso del cual na-



da podía esperar fuera de la venganza. ¿Y Pourtois? Aquél testigo tembloroso y asustado siempre, sometido á horrible tortura por el remordimiento, que balbuceaba sus declaraciones, mirando con miedo á su compinche, no era más digno de crédito que éste, porque en su conducta se veía que estaba influido por las amenazas del otro. ¡Y sobre semejantes testimonios se pretendía fundar una acusación que envolvía deshonra y dolores sin cuento!...

Indignado, irónico, agresivo, volvió á hacer méritos de la conspiración fraguada en contra de aquella pobre familia; puso de relieve el lazo en que se envolvió á Roberto, sin consideraciones ya, hiriendo con saña por doquier á todos sus enemigos, lanzando el sarcasmo, como mortíferas balas que iban á destrozarse los baluartes de los contrarios á su causa.

Los confederados veían caer sus fortificaciones con estrépito, y el terror les invadió. Su adversario era dueño del campo; todo estaba ya en tierra; de la acusación restaba una sombra, próxima á desvanecerse.

Flenry, Tondeur y Chassevent cambiaban miradas terroríficas. Pourtois suspiraba en un banco, aplastado por la pesadumbre de su mal proceder. La victoria de Pascual era indudable; el auditorio, ya del todo sordo, comenzaba á ondular con deseos invencibles de aplaudir.

Entonces, el orador, volviendo de súbito á recobrar el dulce acento con que dió comienzo á su discurso, desarrolló el epílogo, tan tierno y armonioso como una plegaria. Sus palabras eran á tal punto sentidas, que subyugaban el ánimo; no pretendía reivindicaciones; sin enfurecerse, rogaba, influía sobre el corazón de los jueces, poniéndole de manifiesto la tremenda responsabilidad que les cabría si condenaran á un

inocente, no ya á morir ó á pasar la vida en una cárcel, con sólo que le retuvieran lejos de los suyos y bajo el peso de una acusación infamante. La sombra de la víctima, de aquella pobre niña tierna y cariñosa para el joven que la quería y la respetaba, se debía alzar irresistible, implorando gracia para el inocente...

El auditorio se decidió por completo; la dureza de corazón de los más fuertes y más encarnizados defensores de la rigidez de la justicia, se ablandó hasta borrar del todo; todo era cándido y puro en el desdichado á quien se creía un miserable. La voz de Pascual se extinguió poco á poco, y resonó entre el público un murmullo anhelante, como un sollozo enorme.

Antonietta y su tía se miraron contentas; era la primera vez que tal sucedía desde por la mañana. Tenían las dos los ojos llenos de lágrimas, pero la esperanza brillaba en ellos. Se apretaron las manos, temblorosas, sin atreverse á cruzar la palabra, y un murmullo las volvió á poner en zozobra. El abogado contrario se levantó á replicar, y en su rostro se revelaba profunda irritación. Convencido de que había de hacer el último esfuerzo, so pena de la más completa derrota, atacó atrevido el asunto en lo privado, en las personalidades, sin pudor ni reparo. Con diabólica intención se apoderó de la idea de Pascual sobre el complot fraguado en contra de la familia Clairefont, y comenzó una serie de tremendas alusiones. ¡Cómo! ¿Era Carvaján el denunciador de tales hechos? ¿Podía esto ser cierto cuando representaba el eco de una opinión sin importancia, aun cuando pública, que señalaba al mismo padre del letrado defensor como alma de la pretendida conspiración? ¿Las operaciones financieras, legales del todo, merecían el nombre de *conspiración*...



nes? El afán de triunfar llevaba más allá de lo justo al representante del presunto reo, de lo que á sí propio se debía. Porque las razones aducidas en favor de Roberto de Clairefont eran inexplicables en sus lábios, y tenían por objeto único el deseo de extraviar el juicio del Jurado.

Semejantes argumentos causaron penosa impresión en el auditorio. Los jurados se miraron; el corazón de Antonieta se oprimió hasta faltarle el aliento; comprendió el alcance de las envenenadas frases que acababa de escuchar para herir al noble Pascual; apretó con fuerza el brazo de la señorita de Saint-Maurice, y sus labios murmuraron:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Pascual, herido como si una víbora le hubiese picado, movió la cabeza como un león herido, y lanzando fuego por los ojos, golpeando con los puños el balaustré de la tribuna, exclamó:

—¡He ahí adónde conduce la injusticia!... Ya que no se puede envolver en la infamia á mi defendido, se dirigió un golpe sañudo á mi personalidad. Se me acusa de haber olvidado el nombre que llevo, ocupando este puesto. Y se atreve alguien á juzgar mis actos. ¿Con qué derecho? Sí, es cierto; todo lo abandoné para venir aquí á defender con todas mis fuerzas al hijo del marqués de Clairefont. Esa es la mayor prueba de su inocencia. Yo le defiendo, yo le amparo, yo le protejo, y me llamo Carvajal. ¿Creéis que no soy hombre? ¿Imagináis que si fuera culpable no vería en su condena la mano de la Providencia, hiriendo en un sér muy querido al enemigo de mi padre? Su indignidad es mía, su honor es asimismo el mío, y éste garantiza el suyo. La calumnia que hirió á ese inocente, señala aquel otro por distinto concep-

to, siendo inocente también; ved ahí la razón de mi conducta; defiendo al hijo del marqués de Clairefont, y esta defensa se extiende al hombre que me dió el sér.

Fué tan violenta esta explosión de elocuencia, que las dos mujeres lo olvidaron todo para no ver más que la sublime indignación de Pascual. Estaba transfigurado; miraba, desafiándole, á su adversario. Ávido de lucha, capaz de sacrificarlo todo en aras del afán de salvar á un sér amado por Antonieta, que llevaba su nombre y su honra.

El auditorio estaba dominado. Pascual conocía que había ganado la partida, y hallando en su amor por Antonieta fuerzas para serenarse, con acento dulce, pero enérgico aún, concluyó diciendo:

—Creo, señores, que dije todo lo necesario. Y fuera inferir una ofensa al tribunal y al Jurado, insistir más para hacerle ver con claridad mayor la verdad que resplandece.

Fué el último cañonazo.

El Presidente, con voz tranquila, recitó la fórmula ordinaria: el Jurado estaba indeciso, y al resumir el debate, el magistrado intentó un postrer esfuerzo, tratando de llevar la cuestión al terreno de la imprudencia temeraria; es decir, suponiendo la muerte de la jóven causada involuntariamente por su mataador. El Jurado se encerró en la sala de deliberaciones; el presunto reo fué retirado, y el auditorio se removió satisfecho al verse en aptitud de dar reposo á sus razones interesados en el debate y á sus cuerpos oprimidos por la afluencia de gente.

Varios abogados rodearon á Pascual, felicitándole por su victoria. Hasta su colega parisien atravesó por entre la multitud, y fué á cumplimentarle. La tía Isa-



bel, llena de estupor, vió que se estrechaban las manos sonriendo.

—¡Cómo!... ¡Y se hablan!... (dijo.) Yo creí que iban á pegarse por lo ménos.

—Las palabras, tía, se las lleva el viento.

—Pero tú no oíste á nuestro Pascual? ¡Cuidado que vale! Yo no podía respirar, tenía *sofocación*. Tan pronto me daba frío como calor. Talento hace falta para conmover así á la gente. ¿Has visto á los jurados? ¡Ay, hija de mi alma, que contenta estoy!

—Todavía no. Aún no hemos terminado...

—¡Bah!... ¿Qué duda cabe ya? ¿Habían de estar vendidos á Carvaján todos los jueces? Porque el asunto está ahora más claro que la luz del día...

La vieja solterona se levantó, como empujada por un muelle, al ver que Pascual se les acercaba. Se arrancó á la admiración de sus colegas, y venía en busca de su más preciada recompensa; una palabra, una sola mirada de Antonieta.

—Y bien, hijo mío (exclamó la tía Isabel con exaltación); está salvado, ¿verdad?

—Tal creo (repuso el jóven); es la opinión general. Pero la del Jurado... Esperemos que será justo...

—¡Qué lento pasa el tiempo!—murmuró Antonieta.

—Ya verá Vd. qué breve le parece cuando se reuna con Roberto para llevarle á los brazos del señor marqués...

—¡Ay! Si Dios quisiera...

—Querrá. Es decir, vamos á ver en seguida si ha querido...

La campanilla del tribunal impuso silencio. Las dos mujeres apenas pedían respirar de angustia. El público, con impaciente curiosidad, volvió á ocupar la sala, Pascual, á su vez, ocupaba su tribuna. El tri-

bunal, más severo y sombrío que antes, á la luz artificial, pues era ya de noche, inspiraba vago terror en el alma de la tía Isabel y de la pobre Antonieta. El Jurado entró; todos se pusieron en pié, y en el silencio más profundo resonaron las graves palabras del Presidente, que dijo:

—Por su honor, en conciencia, ante Dios y los hombres, la respuesta del Jurado que presido á todas las preguntas, es que *no*...

Una ruidosa aclamación acogió el veredicto: después, en medio de aquel tumulto, el acusado fué de nuevo á ocupar su puesto. Pálido, sin saber qué le pasaba, estaba en pié; un mugido, semejante al de una fiera herida, retumbó en sus oídos. Era que su tía Isabel, por vez primera en su vida, se puso mala. Las palabras del Presidente ordenando el cumplimiento de la sentencia y la libertad de Roberto de Clairefont, se perdieron en el tumulto. Veinte personas rodearon á la señorita de Saint-Maurice. El tribunal se retiró, y á la voz del hujier gritando: «Ha concluido la audiencia,» comenzó el desfile del público.

—Tía, vamos á buscar á Roberto,—dijo Antonieta.

Estas palabras reanimaron á la solterona, que se arregló el sombrero con aire azorado, y dijo:

—¿Dónde está?

Signieron á Pascual, y en una sala contigua á la de la audiencia, encontraron al jóven. Al ver á su defensor, se abalanzó á él, y abrazándole, dijo:

—Á él antes que á vosotras; no me reprocheis que le quiera tanto...

—Por Dios, que bien lo merece,—dijo la solterona con voz alegre.

Luogo Roberto colmó de caricias á su hermana y



á su tía, llorando y riendo al propio tiempo, y por fin, empujándolas hácia su defensor, les dijo:

—¡Abrazadle también!... Le debeis mi vida, porque tenía yo resuelto matarme si me condenaban.

Antonietta, temblorosa al verse junto á Pascual, creyó que iba á caerse; sintió que la apretaba la mano con fuerza convulsiva, y luego que la estrechaba contra su pecho con ternura tan grande, que la llegó al alma.

La tía Isabel no se cansaba de mirar á Roberto. Le parecía que en un siglo no le había visto.

—¡Ya no tienes tan mala cara como ayer, pobre Roberto mío!—le dijo.

—Es, tía, que estoy muy contento.

—Señoras (interrumpió Pascual). Si les parece á Vds., nos iremos. Voy á que se extienda la orden de libertad, y en el tren de las ocho pueden Vds. marchar á Neuville. Entre tanto, se le pondrá un telegrama al señor Molejean para que prepare al señor marqués. No hay que perder un minuto que retrase su dicha...

—Como siempre, tiene Vd. razón; pero ¿van á acompañarnos estas buenas gentes?—repuso Roberto, señalando á los gendarmes que estaban cerca de él.

—Sí; han de volverle á Vd. á la cárcel de igual modo que le trajeron.

—Han sido buenos para mí, tía; deme Vd. el dinero que lleve.

La tía Isabel vació su bolsa en manos de los dos soldados, que la miraban atupefactos, y Roberto, volviéndose á Pascual, dijo:

—¡Vamos!... Confieso que ansío verme dueño de mi libertad.

Á las nueve llegaron á Neuville. El tren retardó la

marcha en el puente del Thelle, y silbó para entrar en la estación. Roberto, asomado á la ventanilla, miraba á lo lejos los faroles que relucían en medio de la oscuridad; se volvió con emoción, y exclamó:

—Dentro de media hora veremos á mi padre. ¡Qué á gusto voy á abrazarle!

—Al bajar del tren le esperaba una sorpresa: Croix-Mesnil estaba paseándose por el muelle; los dos amigos lanzaron un grito, y antes que nadie, Roberto saltó en tierra, y cayó en brazos de su compañero de caza. El baron, con los ojos húmedos y el corazón henchido de alegría, saludó á Antonietta y á su tía, estrechó la mano de Pascual, y les dijo:

—Vengan Vds.; salgamos.

Le siguieron, salieron de la estación, y en el carruaje, á la puerta, vieron al marqués.

Esperaba junto á Molejean la llegada de su hijo; quiso ir á recibirlo como jefe de la familia, haciendo en público aquella especie de solemne rehabilitación. Roberto, que con tanta firmeza supo resistir á tan crueles pruebas, lloraba como un niño delante de su padre, que así le probaba su profundo cariño, y le oprimía convulso entre sus temblorosos brazos.

—Ahí tiene Vd. varias personas que son del todo felices. Pascual (dijo Molejean), y Vd. es la causa de toda su ventura. Creo que nunca le olvidarán.

El joven movió la cabeza tristemente y repuso:

—Pierda Vd. cuidado que yo haré de modo que su reconocimiento no les obligue mucho.

Y acercándose al coche se despidió, rehusando las insinuaciones de Roberto, que quería llevársele á Clairfont con ellos. Vió alejarse la carretela en donde iba Antonietta, y cuando se perdió entre las sombras, murmuró con extraño acento:



—¡Se acabó todo!...

Y, en efecto; ¿no había concluido toda su dicha?... Junto á Molejean tomó el camino del pueblo. Al pasar por la calle del Mercado, vieron iluminadas las ventanas del gabinete de Carvaján, y el notario dijo:

—Su padre de Vd. vela todavía...

Delante de la luz se colocaron varias personas sin duda, y sus sombras se dibujaron fantásticas sobre las cortinillas.

—Y no está solo (añadió Pascual): Fleury y Tondeur tomaron el tren de las seis, y ellos deben ser los que le acompañan. ¿Qué intentarán ahora?

—Nada (replicó el notario). A las siete encontré á su padre de Vd. en el telégrafo esperando, como yo, noticias de Rouen. Nos saludamos sin hablarnos, pues hace ya tres semanas que nuestras relaciones se rompieron. El telegrafista, que á su vez estaba curioso por iguales razones que nosotros, iba á menudo á operar, y siempre que el timbre le llamaba para cosas indiferentes á nuestros asuntos, salía sonriendo. Pero por fin una vez entró, y le oímos gritar desde dentro: «Absuelto.» Sin preguntar más, salimos. En la plaza su padre de Vd. se detuvo; estaba muy pálido; pensé que se ponía malo, y me acerqué á él. Entonces me cogió por un brazo y con voz sorda me dijo: «Estaba seguro de que los sacaría adelante. El día que se puso de su parte, lo consideré perdido todo. Se llama Carvaján, y tiene todo lo que yo, más la educación que yo no recibí, y algo de su madre.»—«Es un gran corazón» (dijo). Y al oírme bajó la cabeza, y añadió: «Puede que ese sea el secreto de su fuerza. Tiene ideas propias, que á otros no se les ocurren, y las expresa como nadie ¡Oh! Le conozco muy bien, y ya

lo decía: Pascual nos derrotará!.. ¡Bien ha debido defender su causa! ¡El charlatan parisiense, que me lleva tan caro, y el fiscal, han quedado lucidos! ¡Ah! Bien se le conoce que es un Carvaján...» Hizo un gesto de orgullo; estuvo como reflexionando unos instantes, y despues, ya enfrente de la puerta de su casa, cogíendome por una solapa: «Molejean: ¿Quiere Vd. que hagamos las paces? Pues tráigame Vd. á mi hijo mañana temprano.» Y viendo que iba á responderle, me atajó, añadiendo: «Ni una palabra ahora. Reflexione Vd. antes... y aconséjeme bien á Pascual. Adios.» Como Vd. comprende, esto quiere decir que no piensa continuar por el camino de antes. Y además, aun queriendo, no conseguiría nada. ¿Está Vd. dispuesto á ceder?

—Ir á verle no me importa. Pero volver á su casa á vivir con él, no quiero. Me ha expulsado por segunda vez...

—Bien. Se lo haré presente.

En esto llegaron á casa del notario. Entraron, y la señora Molejean les salió al paso.

—¿Van Vds. á cenar?—les dijo.

—¡Vaya! Tengo hambre, y me caigo de sueño; de modo que cuando quieras... Aquí la tienes, vencedor, querida (dijo Molejean, viendo que su esposa estaba toda emocionada, sin atreverse á preguntar, por miedo á obtener una respuesta negativa). Vamos al comedor...

Pascual durmió bien aquella noche. Era ya muy tarde cuando se levantó; en el jardín, en donde el invierno ya comenzaba á manifestar su próxima llegada por medio de la caída de la hoja, los gorriones se perseguían piando, y sus chillidos llegaban á la estancia del victorioso adversario de los proyectos de Carvaján.



—En Clairefont son hoy felices. ¡Qué hermosa estará la terraza en este día tan espléndido!—murmuraba mientras se vestía.

Veía en su imaginación á una jóven que se paseaba al sol con un hombre á su lado, como iba el pocos días antes. Ya no estaba de luto; era dichosa; pero su felicidad expulsó al defensor, y su acompañante era Roberto ó Croix-Mesnil.

—¿No sabia de antemano que esto debia suceder? (se preguntaba entonces.) ¿Por qué me quejo, pues? No; Dios la haga venturosa, áun á trueque de mis dolores; vuelva á su espíritu la calma, y sea con esto felicísima. Yo he pagado una deuda de mi padre. Esto sólo significa mi conducta.

Bajó al jardín, se paseó en silencio por los alrededores de la fuente, que murmuraba espumosa al golpe del chorro del surtidor, y serian las once cuando Molejeau, apareciendo en la ventana de su estudio, le sacó de sus meditaciones, diciendo:

—Buenos días, Pascual. ¿Quiere Vd. hacerme el favor de subir á mi despacho?

Obedeció, atravesando el estudio, entró en el pequeño gabinete de trabajo, donde se encerraba el notario cuando algun negocio de que sus oficiales y pasantes no debian enterarse lo requeria, y se encontró con su padre.

El viejo parecia otro; habia cambiado mucho en tan poco tiempo,

Molejeau salió y los dejó solos.

—¡Pascual!—le dijo Carvaján, tendiéndole la mano. El se la estrechó friamente, le hizo sentar, y quedó en pié enfrente de su padre.

—¿Quieres que echemos un velo sobre el pasado? (preguntó el alcalde, despues de un momento de da-

da.) Ya ves; yo, que soy el ofendido, vengo, á buscarte. Si cometí algun yerro, bien me hiciste expiarlo...

—Padre, no depende de mí el que todo se olvide. No soy yo solo quien...

—¿Acaso las gentes de allá arriba quieren aún más? Les has dado la victoria, y gozan de ella. ¿Ó es que crees que debo? ..

El viejo sonrió con extraña sonrisa, y luego dijo:

—¡Ah! si no hubiera sido porque tú les prestaste auxilio!...

Y cambiando de tono, prosiguió:

—Me figuro que te estarán muy agradecidos.

—Padre...: yo nunca procedo bien para que se me agradezca...

—¿Ni áun tratándose de Antonieta? Muy ingrata será si, despues de lo que has hecho, no te adora...

—Pienso abandonar esta tierra la semana que viene, y muy tarde, ó acaso nunca, volveré á pisar el suelo de Neuville,—dijo Pascual con rudeza.

—¿Y te dejarán partir? Aunque... ¿por qué han de retenerte? ¡Ya no te necesitan; les has salvado de la ruina y de la deshonra, sacrificándoles hasta tu fortuna!... ¿Qué más pueden exigir de tí!... Tu presencia, lejos de agradecerles, les pesaria, recordando el beneficio... Siempre te querran mucho... pero desde lejos será más cómodo y más fácil que lo hagan.

—¡Padre!—dijo Pascual con disgusto.

—¿Quieres quedarte? Por tí renuncio á todas mis ambiciones. Ahora ya se sabe lo que vales, y en las elecciones próximas nadie se atreverá á ponérsete enfrente. Serás el amo de la provincia. Dominaremos, Pascual: ¿comprendes lo que te digo? Así haremos comprender á esos ingratos lo que vales, ¡Vaya! Dame la mano en prueba de que cedes á mis ruegos esta vez.



El joven movió tristemente la cabeza.

—Agradezco sus buenos deseos, padre; pero mi resolución es firmísima. Necesito expatriarme, siquiera por algún tiempo.

—¿De modo que nada quieres conmigo?

Pascual miró fijamente á su padre, y luego exclamó:

—A ver si nos entendemos, ¿Hará Vd. lo que le pida?...

—Píde...

—Pues bien. Mi obra no está terminada. He librado á Roberto de Clairefont de la acción injusta de los tribunales pero me falta reivindicarle á los ojos de todo el mundo, que puede dudar de él, descubriendo al verdadero culpable. Ayúdeme Vd. á encontrarlo, y se apartará de mi mente un horrible pensamiento.

El viejo reflexionó unos instantes, y, abstraído, murmuró en voz alta, casi de modo que Pascual le oía:

—Tiene mi ardor, mi apasionamiento; sólo que no le inspira, como á mí, el odio. Se entrega á su amor, como yo me entregué en absoluto á mis rencores. ¿A qué oponerle obstáculos, si los echará abajo?... Y como volviendo en sí, prosiguió ya, con objeto de ser oído:

—No puedo decirte lo que quieres saber; pero el caso es que ni Chassevent se atreve á ir de noche á poner lazos en el Gran Margal, ni Pourtois, que vive en él, es sombra de lo que fué. Allí existe un secreto, que será acaso lo que te interesa.

—Gracias, padre. Buscaré..., y tal vez encuentre lo que deseo.

Carvaján estaba para irse.

—¿No partirás ya?—le dijo.

—No, padre mio...

—Así me gusta...

Se estrecharon de nuevo las manos, y se separaron.

Las tres serian cuando Pascual llegó en busca de Roberto. En el castillo chocaba su despego, y la tía Isabel estaba furiosa.

—Me ocupaba de Vd., y la señorita de Saint-Meurice me perdonará, lo que no fué falta de gusto en verles, —dijo Pascual para disculparse.

Partieron juntos. Era un día de otoño; las hayas del camino habian tomado amarillentos tintes, que hacian resaltar más el verde oscuro de los pinos. El aire era tibio, y las alondras cantaban en los barbechos. Siguiéron la senda en donde Pascual oyó silbar la bala de Chassevent, y al pasar le enseñó á su amigo el lugar preciso del lance, en el cual aún se vela la rama partida que recibió el balazo.

—¡Suerte fué que no tirase con postas, porque le hubiera alcanzado á Vd.!... ¿Y dónde estaria yo á estas horas?...

A cien pasos de aquel sitio, Roberto se paró y señalando al suelo, dijo:

—¡Calla! ¿Pasan por aquí las reses de noche?

Pascual se inclinó para reconocer el rastro del animal, impreso en el barro seco, y sólo descubrió una huella ancha y confusa.

—No busque Vd. (añadió Roberto). Están rotas las ramas bajas de los árboles. ¿Se conoce que son ciervos?... Si quiere Vd., vendremos á darles las buenas noches una de estas... ®

Pascual guardó silencio, y hasta llegar al castillo, sólo pronunció algun que otro monosílabo.

No hallando á nadie en el salón, bajaron á la terraza, y allí encontraron reunida á la familia.



Sobre amplia butaca rústica, el marqués oía la lectura de un periódico de labios de su hija, y junto á ellos la tía Isabel, más roja que nunca, hacia su eterna labor de *crochet*. Por primera vez, despues de largo tiempo, se repetía aquella escena tan hermosa. Ya no huían unos de otros los moradores de Clairefont para ocultar el llanto; ya podían mirarse sonriendo, sin esconder tras la sonrisa algun hondo pesar. Hasta Fox parecía mas alegre, y salió ladrando de gozo al encuentro de Pascual y de Roberto.

—¡Gracias á Dios que logramos atrapar á mi compañero de destierro! (exclamó al verlos la tía Isabel; y apoyándole las manos en los hombros del abogado, le besó en las dos mejillas, exclamando luego.) ¡Son caricias de labios viejos que valen poco! ¿Eh? ¡Pues encierran tanto cariño como si tuviera veinte años en vez de... qué se yo cuantos! ¡Ay, hijo mio! ¡Qué á gusto se está sin peso en el alma!...

Pascual se inclinó ceremoniosamente delante de Antonieta; buscaba á Croix-Mesnil cerca de ella, y supo con cierta alegría que había partido á Evreux, llamado por sus obligaciones. El marqués le colmaba de frases cariñosas; su salud avanzaba en el trabajo de la convalecencia, y había ya recobrado la plenitud de sus facultades intelectuales, aunque conservaba una gran indolencia, que le tenía imposibilitado para ocuparse en nada que requiriese fijar la atención. Ya no se ocupaba de sus inventos; el laboratorio permanecía solitario, y él mismo contaba todo esto alegremente.

—En fin (concluyó). He resuelto no trabajar más. Creo que es la mejor manera de reconstituir mi fortuna.

Se levantó alacabar su discurso; se apoyó en el bra-

zo de Pascual con franqueza y cariño, y trayéndole hacia el parque, le dijo.

—Tenemos que arreglar nuestras cuentas; somos dos socios que deben entenderse como padre é hijo. Pero eso se queda para Molejean... Hablar de dinero con Vd. me repugna.

—Le prometo á Vd. ocuparme muy seriamente de ello. Y puesto que Vd. me autoriza, verá cómo marcha el asunto. Creo que la explotación del Gran Margal merece mucho tiento. Bien dirigido, es un negocio soberbio, y me encargo de encontrar un ingeniero que se ponga al frente de él.

El jóven desarrolló sus opiniones sobre aquella industria con tal acierto, que entusiasmó al marqués. Le miraba gozoso, y cuando volvieron junto á Antonieta é Isabel, aprovechó un instante en que Roberto estaba lejos con Pascual, y dijo:

—He hablado con Carvaján de industria, y me ha admirado. Verdaderamente es un mozo que promete, y...

—¿Ahora te das cuenta de ello? (interrumpió impetuosa la tía Isabel.) Yo, que he vivido con él como una madre con su hijo, aseguro que en el mundo no hay tres como él. ¡Es un águila en todo y por todo!... ¿Tú, que te creías?...

Antonieta, que bordaba en silencio, no le interrumpió; pero sus dedos temblaban al meter y sacar la aguja. Pascual se quedó á comer en Clairefont; estuvo muy reservado, y serían las diez cuando se retiró. Roberto se dispuso á acompañarle hasta la puertecilla del parque, y al pasar junto á su tía, ésta le atrajo, y besándole, preguntó:

—¿Qué tiene Pascual? Está muy preocupado; ¡no se le saca una palabra ni con garfios!... ¿No lo has notado, Antonieta?



— ¡No, tial... Será aprension.

— Hija, pareces boba.

La noche estaba oscurísima. Roberto pidió á Bernardo una linterna, y éste, despues de vacilar un momento, le dijo:

— Si el señorito quisiera le acompañaria. Una vez cerrada la noche, no conviene pasear por las inmediaciones del Gran Margal.

— ¿Por qué?

— Despues de la desgracia, los bosquecillos que rodean al monte están como quien dice encantados... Por la noche suceden cosas muy extrañas...

— ¡Bah! ¡Viejo chocho! ¡Pero cómo, Bernardo! ¿Esas tenemos? ¿Ahora tú me vienes con cuentos de brujas?...

Tomó la linterna, y partió con su amigo. Bajaron por la cuesta del parque, y llegaron á la puertecilla. El jóven Clairefont descorrió los cerrojos, y se disponía á seguir hasta Neuville; pero Pascual se opuso á ello.

— Voy por el camino real... No se moleste Vd. en acompañarme, porque me atreveria á recorrerle con los ojos vendados.

Despues de hacerse las más francas protestas de amistad, se separaron, y Pascual, en vez de seguir por la carretera en direccion al pueblo, torció hácia la taberna de Pourtois. La casa estaba ya cerrada, sus alrededores sombríos y solitarios, y por las rendijas de la puerta se filtraba algun rayo de luz. El jóven ganó el sendero del Gran Margal, y apagando en lo posible el ruido de sus pasos, le recorrió hasta cerca de Couvrechamps. Iba andando con tiento, mirando á todas partes con profunda atención, como si se propusiera descubrir á alguien oculto en las sombras. Llevaba, por toda defensa, su baston de *palo de hierro*;

pero acostumbrado á semejantes excursiones durante sus viajes, ningun temor abrigaba.

Al llegar á lo alto se detuvo; era precisamente el sitio en el cual Roberto observó las huellas que atribuyó á la caza; siguió la especie de sendero que formaban entre la maleza, y como quince ó veinte pasos mas adelante, torció á un lado y se emboscó detrás de un enebro bastante grande para ocultarle á la vista de los que discurriesen por la senda tortuosa.

Las estrellas fulguraban en el cielo sin una nube. La luna, como un enorme disco de cobre, se alzaba sobre el horizonte por entre las ramas bajas de los pinos, y poco faltaba para que esclareciese el bosque con sus resplandores pálidos y melancólicos. En el desierto valle, ese vago rumor que sólo se observa en los lugares poblados de árboles, fantástico de suyo, y que excita á meditar, interrumpla el silencio de la naturaleza adormecida; la vida nocturna con sus ruidos diversos lo invadia todo. Pascual se sentó en el suelo, y se entregó á sus pensamientos.

La velada que habia pasado en Clairefont se reprodujo en su memoria, primero en conjunto, y por fin distinta hasta en sus más nimios detalles. Ni una sola vez le dirigió la palabra Antonieta; estuvo tal cual era antes de ocurrir los incidentes que establecieron cierta íntima comunidad de miras entre ellos; fría como el hielo y altiva como una reina.

Quando creía que era dueño de su confianza y de su amistad, la veia indiferente alejarse de él. ¿Era que en su corazon no habia nada para nadie? Sin embargo, el día de la vista, la contempló emocionada hasta lo infinito, y antes de ésta en sus ojos se leía el dolor, y el llanto mojaba sus mejillas. En aquellos momentos si penetró en su alma, fué dueño de ella, porque la hí-



zo sentir. Pero la impresion no duró más que un fugitivo meteoro; de tan dulce posesion no le quedaba ni un átomo.

¡Ah! ¡Cuán feliz le hubiera hecho una sola frase de gratitud, sólo de gratitud! En su honda pena, aquella prueba de interés le hubiera consolado mucho.

El reloj de Clairefont dió las doce; la luna, ya en el cenit, difundia por doquier sus melancólicos resplandores.

—¿Hasta qué hora debo esperar? (pensó el jóven.) Estoy como Horacio, espiando al espectro del rey en la explanada de Elseneur. Si mi padre no me engañó, ¿á quién voy á ver? Y si alguien viene, ¿pasará por aquí?

Un secreto presentimiento le decia que habia elegido lugar á propósito. Estuvo observando un rato á dos liebres que saltaban y corrían jugando en el sendero, en tanto que sobre el cerro de Clairefont un zorro gaña, persiguiendo un conejo, para prevenir á su compañera emboscada entre los matorrales. Poco antes de la una comenzó á impacientarse, y ya se disponia á abandonar la empresa por aquella noche, para tornar á su observatorio la siguiente, cuando, despues de una brusca detencion en sus jugueteos, las dos liebres enderezaron las orejas, y dieron á correr hácia el bosque. Entonces escuchó en lo alto del sendero pasos de un hombre que se acercaba. Se estremeció, apretó los dientes, empuñó en la diestra el baston, y esperó. El ruido se hizo del todo distinto; era el andar de una persona que no teme ser oida. Sobre el fondo blanco de la cuesta del Gran Margal se destacaba la figura de un hombre, con el traje en desórden y la cabeza al aire, y Pascual reconoció en él á Rousot. Con los ojos abiertos, fijos en un punto, y andan-

do como un autómeta, cual si un iman desconocido le atrajera, pasó, y se perdió entre los árboles. Pascual le siguió, sin que al parecer el pastor notase que era objeto de aquel espionaje. Andaba erguido, sin precipitarse, pero tambien sin detenerse, como una máquina.

Al llegar al pozo en donde fué hallada Rosa por Chassevent y Pourtois, se detuvo. Su rostro tomó una expresion desesperada; retorciéndose las manos, rompió á llorar con sollozos desgarradores, y prosiguió su camino hácia Couvrechamps. Seguido por Pascual, llegó al cementerio del pueblo. Con la agilidad de un mono, saltó el idiota la tápia, y acercándose á una tumba coronada por una cruz de madera, se arrodilló y renovó su llanto. Besando la piedra con doloridos ademanes, presa de horrible desesperacion, gemia, y su lengua murmuraba torpemente:

—¡Perdon, Rosa! ¡Perdóname!...

Era un espectáculo aterrador ver al idiota llamando á la muerta entre sollozos de arrepentimiento y de amor.

Largo espacio estuvo así; por fin besó de nuevo la losa, y se fué como habia venido. Pegado al muro quedó Pascual, y pensativo permaneció en el lúgubre sitio, lugar de tan extraños sucesos, hasta bien cerca de las tres de la madrugada. El velc se habia desgarrado súbitamente; conocia al culpable. En un momento reconstruyó la escena del asesinato. ¿Cómo no lo adivinó en tiempo oportuno? Recordó al insensato jugando con Rosa con amenazadora alegría; en el corazon de aquel sér idiota ardia un deseo brutal, y el afan de satisfacerle. Con la bestialidad de una fiera, el pastor pretendia saciarle, y al ver que se le resistia la jóven, la arrabató como una presa, y sorprendido sú-



bitamente por Chassevent y Pourtois, huyó; quiso acallar los gritos de la víctima, y su amor resultó mortífero. Al presente, el infeliz pasaba la vida recor-dándola en medio de crueles torturas, y las noches buscándola en los horrores de su especie de sonam-bulismo.

El problema estaba resuelto; el crimen podía pro-barse muy fácilmente, con sólo que se repitiera otra escena como la que acababa él de presenciar. Pero ¿se repetiría todos los días? ¿Aquella peregrinación del crimen era diaria?

Por dos veces volvió Pascual á su observatorio, y otras tantas volvió á suceder lo de la noche primera. El sonámbulo llegaba, atravesaba el arenal, se detenía en el horno, y paraba en el cementerio. Presa de la misma pesadilla, repetía lo mismo diariamente. Con- vencido de esto Pascual, resolvió aprovechar la oportu- nidad. Sin dar á nadie cuenta de sus descubrimientos, se avistó con el comisario Jousselin, le rogó que le acompañase á casa del procurador de la república, y allí les contó lo que sabía, pidiendo en nombre de la justicia que lo presenciaran, para poner las cosas en su preciso lugar, certificando aquella prueba defini- tiva.

—Estoy á la disposición de Vd. (le dijo el magistra- do), y voy á disponer lo necesario para asegurar los re- sultados de nuestra empresa. ¿El señor de Clairefont era, pues, víctima de un error? Francamente: creíamos todos que Vd. inventó un criminal imaginario, y aplau- díamos la victoria de su gran talento. Pero, dada la inocencia de su cliente de Vd., nosotros tenemos el deber de certificarla, porque la magistratura en Fran- cia obra siempre de buena fé, y no desea más que es- clarecer la verdad.

—Si quiere Vd., nos reuniremos esta noche á las once en la puertecilla del parque de Clairefont, y el señor Jousselin apostará su gente en la capilla del cementerio, porque aunque estoy seguro de que Rous- sot, en su estado de sonambulismo, no ve ni oye, no estará de más que tomemos todo género de precau- ciones.

—Hasta la noche, pues,—dijo el procurador.

A las cinco, Pascual llegó á Clairefont. No se lo esperaba, y fué recibido con extremadas muestras de alegría de parte de la tía de Isabel y de Roberto. El marqués también le hizo tan buena acogida como de costumbre; pero Antonieta no se mostró más comu- nicativa que otros días. Hacia algunos días que su carácter había cambiado. Ella, que antes era la ale- gría de la casa, estaba de ordinario triste, pasaba á veces horas enteras absorta en profundas meditacio- nes; y si algo la sacaba de ellas, era siempre despues de un estremecimiento y de una mirada vaga, como si despertase de un profundo sueño. Buena y cariñosa como siempre, la preocupaba una circunstancia indi- ferente al parecer: Croix-Mesnil, con licencia por ocho días, se había instalado en el castillo; la acom- pañaba en sus paseos, y hablaba á todas horas de Pascual y del proceso, deshaciéndose en elogios exce- sivos como quien se propone que se le contradiga. Pero la jóven, por el contrario deseo sin duda, re- huía la conversacion, y evitaba discutir.

Aquel día, en el momento de llegar Pascual, Anto- nieta se volvió á su antiguo prometido, y con acento casi ágrío, exclamó:

—Ya tiene Vd. ahí á su amigo...

Croix-Mesnil palideció; pero sin desconcertarse, repuso:



—Por tal le tengo. Yo quiero á todas las personas que les quieren á Vds.

Antonietta, á su vez, alzó la cabeza, y añadió, lanzando una mirada indefinible, que hizo bajar los ojos al capitán:

—Si sus palabras de Vd. fueran sinceras, sería Vd. el hombre menos amante ó el más generoso.

Y saliendo al encuentro del defensor de su hermano, no pudo observar la nube de tristeza que oscureció la fisonomía de Croix-Mesnil.

Pascual estaba contentísimo, y lo demostró durante la comida y la velada. El, de ordinario tan serio y taciturno, encantó con su verbosidad y su talento. Era otro Pascual, á quien no conocían.

La tía Isabel le escuchaba con la boca abierta; entre él y Roberto estaba radiante de gozo, tanto, que no pudo contenerse, y exclamó:

—¿Pero Vds. conocen hombre más simpático? A mí, francamente, me ha *embujado*...

A las diez y media, á pesar de las reiteradas instancias de la señorita de Saint-Meurice, Pascual se dispuso á partir, y rogó á Roberto que le acompañase.

—Sólo que hoy ha de ser á oscuras. Si damos algun tropezon, ¡qué remedio! nos levantaremos.

Los dos amigos se alejaron por el parque; llegaron á la puertecilla, y salieron al camino. Un bulto se destacó de la tapia, y avanzando hácia ellos, dijo:

—¿Es Vd., Mr. Carvaján?

—Sí, señor procurador, y Mr. de Clairefont me acompaña también.

—¿Pero de qué se trata? (dijo Roberto, no sin cierto sobresalto).

—De rehabilitarle á Vd. por completo (repuso el

magistrado). Y crea Vd. que me causará una verdadera alegría poder hacerlo de la manera más completa.

—Ahora, señores, mucho silencio...—interrumpió Pascual.

Y guiando á sus dos acompañantes, ganaron el sendero del Gran Margal.

Desde las diez estaban en el cementerio Jouselin y los agentes; él, detrás de la tapia, por la parte de afuera, entre unas matas, y los otros dentro de la cerca y de la capilla. En el llano y en el bosque reinaba profundo silencio. Como la noche primera de observación, estaba claro el cielo, la luna en su lleno iluminaba aún mejor la tierra, arrancaba azulados destellos de las pizarras del tejado del campanario, y era tan clara, que podían leerse las inscripciones de las sepulturas. Hacia ya frío, y el comisario sufría el hielo con esa resignación patrimonio de las personas cuyo oficio es perseguir criminales. Comenzaba á inquietarse: ¡si no iría aquella noche el pastor! la causa de Roberto siempre le fué simpática, y desde que le vió delante del lecho de Rosa, rezando, el día de la confrotación, adquirió la convicción de que era inocente, y deseaba verle á salvo de las dudas que abrigaban aún algunos, más testarudos todavía que sus mismos acusadores.

Resonó un ligerísimo silbido, que era la señal convenida con el agente que vigilaba el camino de Couvrechamps para indicar que alguien se acercaba.

A poco llegó á sus oídos rumor de pasos, y despues el roce de un cuerpo contra la arcilla que recubría el caballete de la tapia; entonces Roussot apareció sobre ella, iluminado de lleno por los rayos de la luna. Tenía los ojos abiertos, y parecía mirar al cementerio. Se dejó caer, y con andar rápido tomó por uno de los



paseos bordeado de tumbas en dirección a la de Rosa, como otras noches. La escena misma que presencié Pascual se repitió a la vista del procurador, el comisario y los agentes. Arrodillado, besó la fría losa, lloró con angustiados sollozos, y de nuevo repitió: «¡Oh, Rosa! ¡Perdóname, Rosa!...» Y con un esfuerzo convulsivo, arrancó la cruz de madera.

Los espectadores de aquel cuadro, que tenía algo terriblemente fatídico, adelantaron; pero el idiota no lo notaba; seguía llorando sin consuelo. A una señal del procurador de la república, el comisario tocó un hombro al infeliz Roussot; éste alzó la cabeza, después se irguió, se pasó las manos por la cara, como quien despierta, miró en torno suyo con espantados ojos, lanzó una especie de aullido gutural, inarticulado, y de un salto se precipitó al mar. Al ver a un agente á horcajadas sobre la tapia, retrocedió, buscando otra salida, y viéndose cercado, se precipitó en la capilla:

—¡Ahí va!... ¡Detenedle!—gritó Jousselin á los agentes.

Se percibía el ruido que producían éstos persiguiendo al fugitivo, mezclado con gruñidos semejantes á los de una fiera.

Uno de los polizontes salió corriendo, y dijo:

—Huye por la escalera del campanario...

A la luz de la luna apareció el idiota en una de las ojivas, junto á las campanas; escuchó atento los pasos del agente que le había seguido; avanzando un paso, midió con la vista la distancia que había hasta el suelo, y se abalanzó con los cabellos erizados, lívido de espanto.

El agente le alcanzaba; hizo un supremo esfuerzo, y trepando con la agilidad de un gorila por uno de los

pilares que sostenían el tejadillo, se encaramó en él, y se mantuvo un instante en equilibrio sobre la estrecha cornisa, un vértigo le hizo perderle, y como atraído por el vacío, cayó de cabeza, lanzando una carcajada.

Roberto, Pascual y el magistrado, no tuvieron tiempo de apartarse, y el cuerpo de Roussot se detuvo con ruido sordo, casi entre ellos, sobre la misma tumba de Rosa, regándola con su sangre, como poco antes la regaba con su llanto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DE BIBLIOTECAS





XII

Tres días despues, en el gran salon del castillo, delante de la familia reunida, el Sr. Molejean dió cuenta de las operaciones financieras realizadas. El pasivo del marqués estaba liquidado en absoluto. Una escritura de sociedad entre éste y Pascual aseguraba la explotación del Gran Margal; el hijo de Carvajan, como comendatario, pondría al frente de ella un ingeniero de su confianza, y adelantaría los fondos necesarios. Las ganancias se partirían por igual, pues que él uno aportó el capital y él otro la finca.

Roberto, deseoso de trabajar, pidió ser empleado, y obtuvo una plaza que le permitiría utilizar su actividad en algo ventajoso. Chassevent, despues de llorar mucho por la pérdida de su hija, había consentido en alejarse de Neuville mediante la cantidad de dos mil francos; y como se quejara hallando escasa aquella suma, el notario exclamó con rudeza:

—Dos mil francos en metálico y un balazo dirigido á Mr. Carvajan, hacen cuenta cabal. Si no está Vd. con-

tento, haremos que le satisfaga el Procurador de la República.

El corsario no replicó, y partió á Louviers, donde tenía parientes.

Despues de dar todas estas explicaciones, Molejean recogió las firmas, y dijo:

—Perdone Vd., señor marqués, la premura que pongo en arreglar estos negocios; pero Pascual quiere irse mañana, y por eso...

—¿Qué quiere irse! (interrogó la señorita de Sain-Meurice.) ¿Y adónde?

—Lo ignoro; pero me parece que no lleva intención de salir de Europa.

—¿De veras? ¡Pues, hombre, no faltaría sino que se marchara de nuevo á América, en donde se muere uno de la fiebre amarilla como aquí se coge un resfriado!... ¿Pero por qué se va? ¿Qué manía le ha dado por viajar?...

—¿Y qué quiere Vd. que haga aquí? Ha roto todas sus relaciones, y tiene centenares de enemigos, entre tantos como tenían los ojos puestos en un pedazo del patrimonio del señor marqués. La vida no le sería aquí muy agradable. Por mi parte, y cuidado que le quiero, les aseguro á Vds. que, aunque mi mujer y yo le echarémos muchísimo de menos, no le aconsejaré que se quede. ¡Su resolución me parece prudentísima por mil razones, y admirable por un millón de razones más!...

—¿Y por qué le parece á Vd. eso?

—Pascual tiene motivos... que yo no puedo revelar, y su ausencia merece mi aprobación.

Estas palabras fueron seguidas por un profundo silencio. Roberto y Croix-Mesnil se preguntaban cuáles podrían ser aquellas razones reservadas; el prime-



ro, con la sorpresa de quien no acostumbra á preocuparse por lo que sucede en derredor suyo; el segundo, con lástima, porque, enamorado sin esperanza, reconocia en los propios la identidad de los dolores de Pascual.

Antonietta, sentada cerca de la ventana, al dulce calor de los rayos del sol de otoño, dejó caer la cabeza encima de sus rodillas, y con los ojos medio cerrados, parecia dormir. Pero estaba bien despierta; evocaba en la memoria el recuerdo de aquel Jacob luchando con el ángel, que servia de asunto á la escena representada en la vidriera de la iglesia de Neuville.

El patriarca, con su tez morena, su ancha frente, su barba castaña y sus expresivos ojos, era el vivo retrato de Pascual. Erán lo mismo; apasionados, valientes y tenaces. Aquél pasó catorce años en casa de Laban para obtener la mano de su hija Raquel; luchó con fé, y venció al fin todas las resistencias, logrando lo que deseaba. El hijo de Carvaján, ¿no tuvo semejante valor, inspirado por análogo amor?... Le veia de nuevo como el dia que le halló en el camino de la Saucelle. ¡Cuán dichoso era entonces!... Volvía después de recorrer lejanos países, y gozaba con ansia el placer de tornar á los lugares donde pasó su infancia. De pronto se encontró lanzado en medio de una lucha cruel, y el primer nombre que escuchó fué el del enemigo de su padre. La jóven aún se figuraba oír su propia voz, como cuando le dijo: «Yo soy la hija del marqués de Clairefont.» ¡Y con qué altivez le replicó él: «Pues yo soy Pascual Carvaján!» ¿No fué aquel un reto entre dos enemigos que izaban la bandera negra? ¡No; no fué tal! La suerte no lo queria así. Desde el primer instante todo rencor habia desaparecido, y él se declaró por simpatía su defensor

incondicional; le presintió rondando su casa en silencio, espíandola para compartir sus goces y sus penas, sin abrigar esperanzas de obtener nada, y, sin embargo, cada vez más entusiasta, más ligado á ella por una constante comunión de sus almas. Después llegaba su turno en aquel ex ámen retrospectivo á la escena del baile, y la cuestión entre su hermano y él.

Su intervencion puse fin á la quimera, y fué excusándose como le dió cima al propósito, aunque sabia que una sola palabra de disgusto bastaba para que cayese á sus piés pidiéndola gracia. Por fin, el hecho más culminante coronaba los demás. ¡Con qué fé pronunció aquella frase: «Esté Vd. tranquila, señorita, la desgracia no se cebará en sus afecciones, ni destrozará la fortuna de su casa, en tanto que yo tenga un átomo de vida;» y ¡con cuánta ternura repuso ella: «De todos modos, crea Vd. que nunca olvidaré esta entrevista, y le quedará para siempre agradecida!» El cumplió su promesa; á costa de los mayores sacrificios rehabilitó á Roberto y liberó el patrimonio de Clairefont. Pero ella, en cambio, ¿qué hizo para probar su gratitud? ¿Verter unas cuantas lágrimas, y apretarle la mano que guardó la honra y el bienestar de su familia! Y así y todo, estaban de hecho en paz; ¡podia dejarle partir sin remordimiento, consintiendo que sufriera por ella, después que para ella sufrió tanto!

La voz de la tia Isabel la sacó de su ensimismamiento. Roberto y Croix-Mesnil con Molejean estaban en la tarraza, y la solterona hablaba con su cuñado.

—Lo que es como yo tuviera treinta años menos (decia), te garantizo que no me faltarian medios para retenerle...

—Vamos, hermana, cálmate. Eres demasiado impetuosa...



—Es en compensacion de los que son demasiado hemáticos...

—Has cambiado de ideas. Antes no comprendias que fuera de la aristocracia hubiese un hombre digno de una mujer noble...

—¡Si; mira cómo se ha portado con nosotros la aristocracia!... Fué menester que Pascual se declarase en favor nuestro, para que no nos mirasen por encima del hombro... Antes que ese plebeyo nos defendiera, Sainte-Croix, los Edennemare, todos esos nobles, amigos nuestros, nos volvieron la espalda. ¡El si que es caballero!... Es cierto que su cuna fué humilde; pero es tambien verdad que nuestros antiguos reyes hacian generales, ministros, duques y pares á hombres del mismo temple que nuestro Pascual.

—No; si yo no te contradigo. Creia ser el único liberal de la familia... y ya veo que somos dos. Pero, mira, habla mas bajo, porque aún tengo la cabeza algo débil, y vas á despertar á Antonieta...

—¡Pero duarme! ¡Jesús!... ¿Es posible? ¡Cuando debia estar llena de agitacion, con mayores motivos que yo!... Imposible me parece que haya educado yo á esta criatura. ¡El dia de la vista estaba más conmovida!... Pero, pasado el peligro, aunque el defensor se vaya al diablo, poco importa.

—¡Isabel! ¡Por Dios!...

—Digo lo que pienso, como siempre. Yo no tengo pelos en la lengua, y nunca retrocedo delante del obstáculo.

—En verdad, puedes asegurar que la quieres como nadie.

—¿Y no es muy justo? Nada nos debia y nos lo dió todo. Pero... ¿quién me mete á mí en dar consejos? En adelante, guardaré las ideas para mí sola....

Antonieta se movió, y la tía guardó silencio.

—Voy con esos señores á la terraza. Tengo tan pesada la cabeza...

Se levantó, bajó lentamente al parque, y oyó detrás de sí la voz de la tía Isabel, que la emprendia de nuevo:

—Vosotros pensais de otro modo que yo. Mirala, fria como el mármol. Esa chica ó está ciega para no ver que el pobre muchacho está loco por ella, ó tiene el corazon de mármol.

Una discreta sonrisa dilató los labios de la jóven, y su rostro se animó como un pintoresco paisaje cuando el sol lo inunda de luz. Se reunió al grupo que paseaba, y tomando el brazo de Molejean, insensiblemente, acabó por hacerle hablar de Pascual. El notario la participó los proyectos que abrigaba el jóven. Pensaba desde luego instalarse en Paris, en donde esperaba crearse muy pronto una posicion brillante en la carrera del foro. Protegido por varias sociedades de grandísima importancia, en breve se formaria una buena clientela. Por el momento no queria ser diputado, pero más adelante lo seria sin duda. Además, en la alta sociedad se apreciarian sus excelentes condiciones (al asegurar esto, que Molejean consideraba de mucho efecto, pestañeaba furiosamente), y claro era que hallaria una mujer capaz de comprenderle y hacerle dichoso. Pero Antonieta no manifestó disgusto ni satisfaccion; indiferente del todo, su fisonomia nada reveló, y el bueno del notario, que esperaba adquirir claros indicios para formarse un juicio concreto, se quedó tan á oscuras como al comenzar la conversacion con ella. Una hora antes de comer, llegó Pascual; estaba pálido y abatido, y á pesar de sus esfuerzos, no pudo lograr que su pesadumbre no saltara á la v-



ta del menos observador. La tía Isabel, que no lo era mucho, le miró con lástima, y luego sus ojos se fijaron en su sobrina con verdadera indignación. Esta, ajena á la tristeza del abogado, estaba más animada que de ordinario, y después de hablar de mil cosas sin interés, le dijo con naturalidad:

—Neuville está muy cerca de París. ¿No vendrá Vd. á vernos alguna vez?

Estas palabras hirieron al pobre Pascual en medio del alma, y no siendo dueño de dominar su dolor, huyó á la terraza, ávido de soledad; pero en ella encontró á Croix-Mesnil.

Antonieta le siguió con la vista sorprendida, y, levantándose con viveza, se acercó á una ventana.

Los dos jóvenes pasearon unos cuantos minutos; el señor de Croix-Mesnil señaló un banco pegado á la pared del edificio, sentáronse en él, y á poco la animación de su coloquio era extraordinaria.

La señorita de Clairefont, presa de una inquietud inexplicable, se puso un poco pálida, y pensó:

—¿De qué estarán hablando!...

Precisamente sobre el lugar en donde estaban sentados los dos rivales, caía la ventana del cuarto de Roberto, y detrás de las persianas podía observar lo que sucediera en el exterior sin riesgo de ser vista; le joven sintió gran curiosidad por saber de qué hablaban Pascual y su amigo, y pensó esconderse en el sitio que tan á propósito era para su objeto. Pero escuchar, ¿no era una acción ruin?... Arrastrada á su pesar por el deseo violento que la subyugaba, dominó su repugnancia, y salió de prisa, sin escuchar á Roberto, que la decía:

—¿Adónde vas?

Ligera como una corza, subió la escalera de la tor-

recilla, empujó la puerta de la estancia, y entró. La persiana estaba medio abierta; andando de puntillas y conteniendo el aliento, miró por entre las junturas de las delgadas tablillas, y escuchó llena de emoción.

—Cuanto Vd. ha hecho por ella (decía Croix-Mesnil) fué mi ensueño más caro. Mucho le he envidiado, pero ni un instante sentí odio... Le reconocía á Vd. demasiado necesario...

—Ahora, todo ha concluido, y Vd. es quien merece que se le tenga envidia (repuso Pascual con acento doloroso). Yo me voy, y Vd. se queda.

—¿Y por qué se aleja Vd.?...

—Porque seguir así es empresa muy superior á mis fuerzas. Cada vez la amo más, y es mayor mi desesperación. ¡Hay algo más horrible que haber soñado la dicha, y verla imposible!... ¡La adoro, es mi vida, es mi locura!... Pero, ¿á qué cansarle con mi relato, si Vd. sabe lo que siento tan bien como yo, porque igualmente que á mí me sucede, ama Vd. sin ser correspondido?

—A mí me sucede eso, es verdad; pero á Vd. (exhaló un hondo suspiro, y prosiguió con voz alterada), á Vd. no le pasa lo que á mí; Antonieta le ama; yo se lo fío.

—¡Oh! ¡Si eso fuera!...

—Lo es, y lo comprendo, porque es justo y lógico: ¿Qué suerte la de Vd., que ha podido consagrarse y sacrificarse por ella!... Créame Vd., porque á mi vez la adoro; á la perspicacia de un enamorado no se escapa la existencia de un rival, y, además, he preferido la certidumbre mejor que la duda, y creo firmemente lo que digo. Antonieta le ama á Vd., porque debe hacerlo, á fuer de noble, buena y generosa. Si no le amase... no valdría tanto. Alégrese V., porque la dicha le sonríe.



—El dolor de Vd., me hace daño,—dijo Pascual con tristeza, estrechando la mano de su amigo.

—Lo que debe ser es, y fuera bien triste que sucediera otra cosa. A un alma como la suya le hacía falta un corazón como el de Vd. Nadie está en condiciones mejores para hacerla feliz, y mi esperanza única es la certeza de que sabrá Vd. labrar su ventura. Yo la quería por ella, no por mí, y me parece que lo prueba de un modo irrecusable mi conducta.

Pascual movió la cabeza con desaliento, y exclamó:

—Entre los dos hay un abismo. Me llamo Carvajal.

—Vd. se llama «el esposo digno de ella...»

Largo espacio estuvieron absortos y silenciosos aquellos dos hombres excelentes, entregados cada cual á sus pensamientos. El barón fué el primero en romper el silencio, diciendo al ponerse en pié:

—Yo no he anunciado mi partida, que será mañana mismo... y para siempre, pues no volveré. Despidámonos. Yo no le deseo nada, porque todo lo tiene; Vd. deséeme que pueda olvidar...

Pascual no replicó: abrió los brazos, y recibió en ellos á Croix Mesnil, que le abrazó como á un hermano.

Hacia ya largo rato que los jóvenes entraron en el salón, y todavía Antonieta estaba en pié junto á las persianas, inmóvil como una estatua, cual si el eco de lo que había oído vibrase en sus oídos. Al volverse para salir, sus ojos recorrieron la estancia, y con sobresalto se acordó del día aquél, uno de los siguientes á la prisión de Roberto, en que se encerró en la estancia de su hermano para leer la carta de su tía Isabel. Todas sus impresiones, todos sus temores todas sus esperanzas, se le vinieron á las mientes como

evocados por mágico poder. Allí, estaba la mesa donde se apoyó aniquilada de pena; el papel aún conservaría las huellas de su acerbo llanto. ¡Qué negro se ofrecía entonces el horizonte de la vida... y cuán sonriente se había tornado! En pocas semanas, por la influencia del amor de un hombre, se realizó aquello que tenía algo de milagro. Llena de gratitud, apasionada, Antonieta juntó las manos, y miró al cielo con inefable dulzura, murmurando:

—¡Dios mío, gracias!...

Se enjugó las lágrimas que corrían por sus mejillas, y salió.

En el salón, la tía Isabel se fijó en que tenía los ojos encarnados, y se felicitó por aquel llanto; la imposibilidad de su sobrina la confundía.

La comida, á pesar de los esfuerzos de Roberto por animar á los comensales, fué triste, y apenas se habló durante ella. Todos tenían alguna seria preocupación, y, absortos por completo, no se ocupaban de lo que sucedía en su alrededor. Cuando concluyó, Antonieta se sentó al piano, y por vez primera cantó delante de Pascual. Tenía una hermosa voz *mezzo soprano*, y cantaba con gran sentimiento. Como por casualidad, cogió una preciosa aria de la *Reina de Saba*, y por la expresión triunfante y apasionada con que dijo aquellas frases:

*Plus grand dans son obscurité  
Qu'un roi paré du diadème  
Y semblait porter en lui-même  
Sa noblesse et sa majesté (1).*

Visiblemente estas frases se dirigían á él. ¡Le en-

(1) Más grande con su humildad—Que un rey con su diadema.—Parece que lleva en sí mismo—Su nobleza y su majestad.



volvía con un manto de púrpura y le adornaba con una corona! Por algunos minutos sus almas estuvieron en contacto íntimo, como si algo de ella se fundiera en él. Ebrio de felicidad, perdió la conciencia del lugar y del tiempo, como si un velo le cubriera los ojos y su cuerpo se tornara insensible. Cuando volvió en sí, sufrió horriblemente. La joven cantaba con brío, llena de indiferencia, el aria del *Barbero*, «Una voce poco fa...», y vocalizaba con una seguridad que acreditaba la tranquilidad más completa.

—Soy un cobarde (pensó el joven letrado en un acceso de furor). Dejarme destrozarse el corazón así, es una necesidad. Juega con él como una niña caprichosa. ¡Ea; un minuto de energía y rompamos el encanto!

Se levantó, y saludando a la tía Isabel, le dijo:

—Señorita, permítame Vd. retirarme. Aun me quedan por hacer muchos preparativos; y como me voy mañana...

—Pero ¿tan pronto? Al menos, déjese Vd. ver antes de partir, un momento siquiera...

—¡Con gran pesar, me figuro que no podré venir!... respondió Pascual con voz temblorosa.

—¿A qué hora sale el tren?

—A las dos de tarde.

—Iré a decirle a Vd. adiós, y almorzaré con Vds. en casa del amigo Molejean,—dijo Roberto.

—Señor marqués, adiós. Señorita...

—Acuérdese Vd. (exclamó el anciano) de que en Clairefont estará Vd. siempre en su casa....

El joven se inclinó sin responder; una amarga onda de hiel le subió del corazón a la garganta, y con voz temblorosa dijo:

—Adiós...

Antonieta le tendió la mano. Él se la estrechó, y la

encontró tibia y suave al contacto de la suya helada; en sus ojos brillaba la composición y la ternura: pareciendo decirle:

«¡Atrévete, pobre tonto! Arrodíllate a mis pies, llora, ríe... pero haz algo. ¿Es que no sabes adivinar?...»

Pascual, apretando los puños, pensaba a su vez:

«Si no da el primer paso, es que tiene más orgullo que ternura, y debo huir de ella.»

De sus labios salió un «adiós» que parecía un sollozo: tomó el brazo del notario, y arrastrándole, salió trastornado por completo.

Hasta la mitad de la cuesta de Clairefont, no logró recobrarle; mecido en el *cabriolet* de su amigo, contemplaba las luces del castillo perdiéndose entre los árboles, y con el alma desgarrada, murmuró:

—¡Todo ha concluido!...

Llegados a la casa de Molejean, se encerró en su estancia; a solas ya, tuvo un momento de desesperación tan grande, que le parecía que su vida era inútil y sin objeto, y pensó en la muerte. ¿Qué impulsaría sus actos en adelante? ¿Qué le haría ambicioso, si su ambición única, Antonieta, era un imposible? Y sin ésta, al influjo de un amor inmenso que le llenaba el cuerpo y el alma por completo, renegaba de su estrella, y se aborrecía a sí propio; hasta llegó a blasfemar...

Cual si la tuviera presente, gimió, implorando de la joven un poco de piedad, y al verla muda, le dirigió duros reproches; la llamó falsa, ingrata, incapaz de sentimientos... La había hachizado para hacerle su instrumento, y cuando ya no le necesitaba, le veía partir sin pena, ni siquiera con gozo; con indiferencia, que era peor que su odio...

Luego que se desahogó, se repuso; discarrió con



la claridad que le era propia, y pidió perdón con el alma á la mujer adorada, por haberla tratado con poco respeto. Se reprochó la injusticia manifiesta de sus pensamientos. ¿Qué le habia prometido? Su gratitud; sólo ésta. Las esperanzas, las ilusiones que habia abrigado, ¿acaso las fomentó ella?

—¡Croix-Mesnil me envidiaba!—murmuró en el silencio de la noche.

Y hablando solo prosiguió:

—No, no me debias nada: yo nací para tí; eres mi dueña, y yo tu esclavo! has dispuesto de mí, porque era tuyo. ¡Te adoro y te bendigo en medio de las torturas que me causas!...

En este desorden de ideas, y presa de semejantes angustias, pasó la noche Pascual. Al amanecer durmió un poco; pero con el día se renovó la tortura. Sólo le quedaban unas cuantas horas de estar cerca de Antonieta. Con el corazón oprimido, bajó al gabinete de Molejean, escribió varias cartas, y á las diez, cuando se disponia á ir á la calle del Mercado á despedirse de su padre, como le prometió, al pasar se vió reflejado en un espejo. Dirigió una sonrisa á la imagen del desdichado aquél, pálido y ojeroso, para prestarle ánimos, y presa de la pesantez que le sobrevino despues de tan agitada noche, se detuvo al lado de una ventana que daba sobre el jardín, para contemplar por encima de los tejados de las casas, la colira de Clairefont, que se destacaba blanca como un sepulcro, coronada por las seculares hayas del parque. Allí estaba Antonieta, segura y contenta, despues que él desarmó los odios y destruyó los medios de saciarlos. Era feliz y libre, gracias á él...

—¿Quién sabe (pensaba), si llegaré un día á trocar este amor que me abrasa, por la tierna amistad de un

hermano? Entonces la podria ver sin peligro... ¡Oh! ¡Verta!... ¡Soy un cobarde!... ¡Es mi ensueño, mi único afán..., y trato de engañarme á mí propio!...

Se apretaba la cabeza entre las manos, se empeñaba en desalojar de su mente aquellas ideas, y permaneció unos instantes prestando oído á los ruidos de la calle, y mirando al jardín para distraer el ánimo. Oyó que habrian la puerta de la casa; en el vestíbulo resonaron pasos, que se dirigian hacia donde él estaba, y la voz distinta de Molejean, que dijo:

—Está en mi gabinete.

—¿Quién será el que pregunta por mí?—pensó con ansiedad.

El notario entró en aquel momento, como el día memorable de la escena de Antonieta en casa de Carvajan; se le acercó, y sonriendo le dijo:

—Ahí fuera aguarda una señora que desea hablar con Vd.

Lanzó un grito, salió presuroso, y se encontró con la señorita de Clairefont.

Traia el mismo vestido, é igual sombrero que cuando fué en su busca para interceder en favor de su hermano. Tan pálida estaba como entonces; pero no causaban su palidez el dolor ni el miedo. Mudos, contemplándose, pasaron un momento delicioso para los dos: por fin, ella, con gracia sin igual, exclamó:

—Una vez mas vengó en busca de Vd.; sólo que hoy no es por mi hermano tan solo por quien voy á interceder, sino por todos los míos. Vd. tomó á su cargo nuestra dicha, y lo consiguió en parte; concluya su obra. Roberto está triste, mi tía desesperada, pensando que se va Vd. para no volver...

Hizo un gesto de infantil coquetería, y preguntó:

—¿Qué se necesita para decidirle á quedarse entre







